Pilar
Rahola
Cornèlius,
el almogávar
DESTINO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Proemio (1285-1306)

De cómo Cornèlius de Famagusta nació tres veces, o quizá cuatro

Épica (1282-1303)

De cómo Gastón de Torroella, padre de Garsenda, quemó Peralada

De cómo la Oliveta, la galera del corsario fray Roger de Flor, se hizo a la mar

De cómo fray Ramon Llull quiso predicar al sultán de Babilonia y fue envenenado en Famagusta

Traición (1302-1304)

De cómo el rey Jaume regaló la espada de Pere el Grande a su hermano, el rey Federico

De cómo el almogávar Radulf de Monells descubrió que unos monjes de Malvasía hacían un vino muy dulce

De cómo Cornèlius de Famagusta cogió el puñal y degolló a un genovés

De cómo fray Roger de Flor fundó el Consejo de los Doce mientras pasaba el invierno en el cabo de Artacio

De cómo el senescal Corberán de Alet gritó: «¡Desperta ferro!», y miles de chispas saltaron en la oscuridad

De cómo el patriarca Atanasio I escribió una carta indignada al emperador Andrónico

Venganza (1305-1307)

De cómo Roger de Flor desabrochó la delicada camisola de María de Bulgaria
De cómo el noble Ramón Alquer, caballero de Castellón de Ampurias, se ocultó en un campanario
De cómo el almogávar Perico de la Clara secuestró a dos genoveses en los jardines de Constantinopla
De cómo el rey Jaume liberó al noble Berenguer de Entenza de la prisión de Génova

Bonanza (1307-...)

De cómo arrastraron a fray Ramon Llull por las calles de Bujía con una cuerda atada a la barba
De cómo fray Ramon Llull y Cornet el Catalán se encontraron con Dante Alighieri en Aviñón
De cómo la cabeza del duque Gualterio de Brienne se convirtió en un trofeo almogávar

Epílogo (26-4-1316)

De cómo fray Ramon Llull se durmió plácidamente acunado por el mar

Notas

Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

You
Tube

Sinopsis

En el siglo XIII, en una época de conquistas y fervor religioso, Cornèlius Papapoulus, nacido en la noble ciudad de Famagusta, ve su vida marcada por una serie de renacimientos que le transforman profundamente. Tras conocer a Ramon Llull, Cornèlius se une a los temidos almogávares, liderados por Roger de Flor, para luchar en las históricas campañas contra los otomanos que asediaban Constantinopla.

Su travesía le lleva a lugares emblemáticos de las batallas almogávares, desde las tierras de Anatolia o los grandes puertos del Mediterráneo hasta Armenia, en una retahíla de aventuras en las que conocerá a la bella Garsenda de Torroella, que se convertirá en una figura primordial en su existencia.

Cornèlius, el almogávar es una novela que transporta al lector a una época de intrigas, batallas épicas y alianzas traicioneras. Con un estilo vibrante, Pilar Rahola nos ofrece un apasionante relato sobre la resistencia y la perseverancia de nuestros antepasados.

Cornèlius, el almogávar

Pilar Rahola

Traducción de Ana Ciurans

Ediciones Destino

A todas las generaciones de catalanes que,
siglo tras siglo, lucharon y resistieron.
Gracias a ellos se han salvado las palabras
y ha persistido la nación.

Y a Robert, que siempre está ahí.

Proemio
(1285-1306)

Aquestes gents qui han nom Almugavers son gents que no viven sino de fet de armes, ne no stan en viles ne en ciutats, sino en muntanyes e en boschs; e guerreien tots jorns ab sarraïns, e entren dins la terra dels sarraïns huna jornada o dues lladrunyant e prenent dels sarraïns molts, e de llur haver; e de aço viven; e sofferen moltes malenances que als altres homens no porien sostenir; que bé passaren a vegades dos jorns sens menjar, si mester los es; e menjaran de les erbes dels camps, que sol no s'en prehen res. E los adelits quels guien, saben les terres dels camins. E no aporten mes de huna gonella o huna camisa, sia stiu o ivern; e en les cames porten hunes calses de cuyr, e als peus hunes abarques de cuyr. E porten bon colteyl e bona Corretja, e hun foger a la cinta. E porta cascu huna llança e dos darts, e hun serró de cuyr en què aporten llur vianda. E son molt forts e molta laugers per fugir e per encalsar. E son Catalans e Aragonesos e Serrans.

Crónica,
BERNAT DESCLOT

De cómo Cornèlius de Famagusta nació tres veces, o quizá cuatro

Cornèlius Papapoulus nació tres veces.

La primera vez fue a las afueras de Famagusta, la noble ciudad donde se entronaba a los reyes de Jerusalén, un día de noviembre de 1285, cuando su madre, dando un gran alarido, lo dejó caer al suelo. La mujer llevaba horas en cuclillas tratando de parir a aquel intruso que se le había metido en el vientre y se lo había abultado. Cuando por fin empezó a salir, con un último esfuerzo lo expelió como si fuera un gran pedo. Aliviada, se espachurró al lado del charco de sangre donde había aterrizado el pequeño cuerpo pringoso salido de sus entrañas y lo sacudió con una mano para ver si se movía. De repente, aquel cuerpecito se puso a berrear como si fuera uno de los cochinos que mataba su amo, el señor Agatarco Papadaki, que era el que le hacía las cosas que le habían metido al intruso en el cuerpo, según le había contado la cabrera del amo, la señora Nicolasa, que era una mujer muy sabia. En un primer momento, cuando la barriga empezó a hinchársele, no entendía qué le pasaba, pero como lo que se hinchaba también se movía y le hacía daño, pensó que quizá era un monstruo; sin embargo, la señora Nicolasa le dijo que no era un monstruo, sino un hijo, y que cuando saliera ella sería su madre.

El señor Papadaki le decía que no sabía con exactitud cuántos años tenía, si doce o trece, pero que debía de tener unos diez cuando se la compró a un señor de Famagusta que había estado en las cruzadas, donde se había hecho con dos esclavas musulmanas. Eran dos mujeres robustas que trabajaban sin tregua y que cuando tenían hijos le proporcionaban un jugoso ingreso adicional, porque los niños eran una excelente adquisición para las faenas del campo. Así fue como Galatea, ese era el nombre que le pusieron, acabó en casa del señor Papadaki, que la trataba bien, aunque de vez en cuando la conducía a un pequeño cobertizo lleno de paja, contiguo al silo de los cereales, donde le hacía las cosas que le habían metido al intruso en la

barriga. A veces el señor Papadaki le decía: «Eres una niña mala», y ella pensaba que no se lo merecía, porque hacía todo lo que le mandaban; pero el señor Papadaki se lo decía sonriendo, y entonces le metía dentro su cosa, lo cual, pese a ser quizá el castigo a su maldad, no dolía como las bofetadas de la señora Papadaki, que la tumbaban en el suelo, sino que se parecía a las cosquillas y además le encendía las mejillas.

En aquel momento también estaba en el suelo, pero no por culpa de la señora Papadaki, sino del intruso que había expulsado, que no paraba de bramar y emitir unos aullidos tan agudos que se le clavaban en los oídos. «Piensa, piensa», se dijo mientras contemplaba aquel charco de fluidos donde yacía el recién nacido. En tanto que cavilaba si lo dejaba en el charco, en el bosquecillo que rodeaba la finca, o le hacía caso a la señora Nicolasa, que le había dicho que lo llevara al hogar de los monjes y ellos sabrían qué hacer, el niño se calló un momento, como si el llanto se le hubiera agotado, y ella se asustó. Fue entonces, al tocarlo suavemente, cuando decidió que le haría caso a la señora Nicolasa e iría al gran monasterio cercano a la casa de los amos, donde los monjes lo lavarían, le darían de comer y le harían las cosas que los adultos hacen a los niños. «El señor Papadaki estará contento de que ya no tenga el vientre abultado», se dijo, levantándose con el niño en brazos. A pesar de que se sentía dolorida, estaba sucia y le dolían las partes, aquel pensamiento la puso contenta.

En aquel estado de aturdimiento, ensangrentado, con el cordón aún unido al ombligo y llorando a pleno pulmón, el bebé de Galatea llegó al monasterio de San Bernabé, donde los piadosos monjes, que veneraban las reliquias del apóstol y mártir, le pusieron un nombre. «Se llamará como yo: Cornèlius», dictaminó, sin derecho de réplica, el señor Cornèlius Athinaios, hegúmeno del monasterio, y así fue bautizado, pues según los monjes su superior procedía de la *gens* Cornelia, la influyente familia patricia que había dado insignes prohombres a la República romana; con pecaminosa vanidad, el hegúmenoincluso aseguraba que descendía del dictador romano Lucio Cornelio Sila y de Publio Cornelio Escipión, el caudillo que luchó contra los cartagineses; pero, sobre todo, presumía de ser pariente de Publio Cornelio el Africano, el famoso general romano que derrotó al gran caudillo cartaginés Aníbal. Y a pesar de que el respetable

hegúmenodirigía un monasterio griego ortodoxo y no parecía tener nada que ver con los antiguos linajes romanos, nadie había osado nunca poner en duda la verosimilitud de aquel parentesco.

De este modo, el intruso que la joven Galatea había expulsado como si fuera un gran pedo se coronaba con el nombre de un ilustre linaje de patricios romanos que habían dado generales y dictadores a la gloriosa Roma. Coronado y bendecido, pues el segundo nombre que se le dio en el bautismo fue Bernabé, en honor del apóstol y mártir fundador del cristianismo en la isla y muerto en la hoguera en la gran ciudad de Salamina. Y puesto que el tercer nombre lo escogió el monje más joven, que era un entusiasta del *corpore sano* y tenía una propensión clandestina a disfrutar de la observación de los cuerpos masculinos, también le pusieron Leónidas, en homenaje al gran Leónidas de Rodas, el mejor atleta de los Juegos Olímpicos que se celebraban en la antigua Grecia. Finalmente, fue el señor Agatocles Alexopoulos, registrador de Famagusta, llamado al monasterio con las prisas que la ocasión exigía, quien eligió el apellido del recién nacido: puesto que conocía a un Papapoulus en Grecia, de la época que estudió en Atenas, pero a ninguno en la isla, le pareció que aquel sería un apellido seguro porque nadie lo consideraría su hijo. Así fue como el intruso que habitó el vientre de la joven Galatea pasó a llamarse Cornèlius Bernabé Leónidas Papapoulus, aunque aquel no fue el único nombre que recibió en los primeros días de su vida, porque a la señora Helena Calimeris, la nodriza encargada de alimentarlo, el tamaño de su pilila y de sus testículos le causó tal impresión que, convencida de que aquel niño tendría mucha suerte en la vida y sería un prodigio de virilidad, lo apodó en secreto «el pequeño Príapo». Y así empezó la andadura del pequeño Cornèlius, bajo la protección de generales, mártires, atletas y dioses, y felizmente amamantado por la nodriza con las tetas más grandes de la isla de Chipre.

Cuando, dieciséis años después, un hombre de gran estatura que lucía una capa blanca con una cruz roja en el pecho aferró en volandas su flacucho cuerpo, Cornèlius supo que había vuelto a nacer. Acababa de sentir el cuchillo que el señor Aetós le había clavado en el hombro, justo en el nacimiento del cuello, y aunque en un primer momento creyó que lo había matado, la sangre que manaba de la herida, el

brazo dolorido a causa del tirón que aquel hombre le había dado al levantarlo y, sobre todo, la imagen de sus testículos indefensos danzando en el aire como dos huevos a punto de hervir lo convencieron de que aún estaba vivo. «¿Qué pasa aquí?», gritó el hombre, que lo mantenía a media altura; su mirada era tan furibunda que Cornèlius creyó que, en efecto, había llegado su hora. «Si no me mata el señor Aetós, lo hará el gigante», dijo en voz alta, tan asustado por la situación que no se dio cuenta de que convertía su pensamiento en palabras.

—No pienso matar a nadie, so burro. ¿Acaso no sabes quién soy? ¿No te das cuenta de que soy un caballero templario? Tú, en cambio, ¿quién eres? ¿Por qué huías como alma que lleva el diablo? ¿Y qué diantres haces sin pantalón, mentecato, con esa butifarra enorme colgándote entre las piernas? Tienes una picha tan grande que parece una tercera pata.

—Yo, yo, señor, no he tenido tiempo de ponerme...

—Se lo cuento yo lo que hacía este zoquete malnacido, este cagalindes, que no es más que eso, un cagalindes que, viva Dios, mañana no verá salir el sol.

—¿Y vos quién sois? Presentaos. Y soltad el cuchillo, que os encontráis ante el gran maestre del Temple, y no creo que queráis ofender a Dios nuestro Señor.

Una tímida exclamación precedió al silencio sepulcral que, durante unos instantes, congeló el tiempo y fijó la absurda escena: un joven sin pantalón, sostenido en volandas por la poderosa mano de un soldado de Dios; un hombre furioso que empuñaba un cuchillo y quería matar al joven, cuya herida chorreaba sangre sobre la capa blanca del gran maestre; un monje franciscano observando la escena con ojos inquisidores, y, en torno a ellos, una multitud curiosa que se había ido agolpando atraída por el griterío. De repente, alguien gritó: «Jacques de Molay, ¡bendito seas!», y la muchedumbre se hizo eco de la bienaventuranza.

Acababa de salvarlo de una muerte segura el gran soldado templario conocido en toda la cristiandad, victorioso en múltiples batallas contra los infieles y vencedor del sultán mameluco de Egipto en la batalla de Jerusalén. Impactado por aquella resurrección que solo podía proceder de la voluntad divina, Cornèlius se hizo la señal de la cruz con la mano que le quedaba libre al mismo tiempo que

gritaba: «¡Dios me ha salvado!».

Mientras repetía eufóricamente aquella exclamación, el señor Georgios Aetós, prestigioso comerciante de telas de la ciudad de Famagusta felizmente casado con la señora Melanta, de quien se decía que era la mujer más fina de la isla, gritaba furioso que el joven merecía morir porque lo había pillado con las partes pudendas al aire mientras hundía el morro en las tetas de su esposa. «Este cagalindes, este mangurrián paticorto, este crápula piojoso... Ahora mismo lo mato. ¡Permita Dios que pague por esta grave ofensa!», le gritaba como un loco al gran maestre, que, impasible, mantenía al joven Cornèlius levantado del suelo por el brazo. En estas, alguien gritó: «Mátalo, Georgios, mátalo», y cuando la muchedumbre se hizo eco del deseo unánime de sangre, una voz poderosa, surgida de la garganta del hombre que vestía la túnica franciscana y que había permanecido en silencio hasta entonces, exclamó: «¡Basta!».

El silencio inmediato que se hizo, solo roto por el suave susurro de las cabezas que se giraban con curiosidad hacia el extraño, dio paso al murmullo cuando este repitió: «¡Basta!». ¿Quién era aquel monje de barba espesa que acompañaba al gran maestre y cuyo acento delataba su condición de extranjero? Las conjeturas dieron paso rápidamente a las certezas: debía de ser el sabio del que todos hablaban, un enviado del papa que debatía con los nestorianos y los judíos en San Jorge de los Latinos y los hacía callar con sus palabras. Cuando Cornèlius lo oyó, de nuevo incapaz de morderse la lengua, expresó su pensamiento en voz alta, «Ostras, el azote de los infieles, ¡ahora sí que me afeitan!», y acabó la frase en el suelo, porque Jacques de Molay lo dejó caer como si fuera un saco de patatas.

Acababa de conocer al misionero de Dios Ramon Llull, «o Raymundus Lullus, como me llaman en toda la cristiandad», que, antes de ser interrumpido por aquel jaleo, conversaba con el gran maestre sobre la posibilidad de reunir de nuevo un gran ejército templario para reconquistar Tierra Santa. De repente, agarrado por el cogote como si fuera un conejo al que van a rebanar el pescuezo, Cornèlius se vio arrastrado por las calles por aquel monje, que no paraba de gruñir: «¡Afeitarte, pazguato! Por lo que veo, vas a darme trabajo. ¡Calla y camina!». De lejos llegaban los lamentos del señor Aetós, cuya sed de venganza el gran maestre acallaba con dureza, «No es el momento de derramar sangre»; la muchedumbre se dispersó,

decepcionada porque la señora Melanta, la mujer más fina de la isla, no había sido vengada.

—¿Dónde vamos, señor hermano fraile?

—No soy tu hermano, mocoso imberbe con el miembro en el lugar de la cabeza. Escúchame bien, pazguato, ahora vendrás conmigo y serás mi ayudante, así te enderezaré un poco, pues, a fe mía, necesitas algún que otro bastonazo. ¡Y deja de sangrar, que pareces un marrano!

Sin permitirle rechistar, aquel monje de barba espesa y edad venerable lo empujó por las calles hasta que llegaron a una gran casa contigua a la vieja torre de las murallas, justo al lado de la iglesia de San Jorge de los Latinos.

—Aquí es. Entra y cúbrete, por Dios nuestro Señor, ¡que tienes una trompa por pito! Luego le echaremos un vistazo a esa herida.

Así fue como el joven Cornèlius Bernabé Leónidas Papapoulus, apodado Príapo, volvió a nacer. Atrapado por la furia del dios de la virilidad, eludió una muerte segura a manos de un vendedor de telas, que lo había pillado con su esposa, la señora Melanta, la mujer más fina de la isla, cuyo delito era dejarse chupar las tetas mientras gozaba de las alegrías bien dotadas que colgaban de su flaco cuerpo, gracias a la intervención del gran maestre de la orden de los Templarios, que lo salvó al vuelo, y, finalmente, fue conducido hasta las murallas de la ciudad por un monje franciscano al que todos consideraban un santo porque convertía a los infieles con la elocuencia de la palabra. El mismo día en que Ramon Llull lo acogió lo bautizaron de nuevo, porque fray Lullus decidió que a partir de aquel momento no se llamaría Cornèlius, sino Cornet: «Es más corto y me recuerda mi tierra». Y con un nuevo nombre, perseguido por un vendedor de telas, salvado por un gran maestre templario y rescatado por un monje misionero, Cornèlius Bernabé Leónidas Papapoulus empezó su nueva segunda vida con el nombre de Cornet.

La tercera vida llegaría de la mano de Garsenda de Torroella, cuando un caluroso sábado de julio de 1306 tiró de él y, poniéndolo a salvo, evitó que la Parca cortase el hilo de su vida. Cornet había recibido seis flechazos: uno en el pecho, cerca del hombro, dos en el brazo izquierdo y otros tres en las piernas; además, una de las flechas le

había agujereado la oreja derecha, convirtiéndola en un colgajo sangriento que seguía pegado al cuerpo por un hilo de carne. La lluvia de flechas era tan intensa que ennegrecía el cielo, y no había en Galípoli hombre o mujer que no hubiera sido alcanzado por una de ellas. Los cuerpos de los caídos yacían en el suelo, y el vocerío de los atacantes se mezclaba con los gritos de las mujeres que defendían las murallas con piedras y guijarros y con los de los mercaderes catalanes, que el capitán Ramon Muntaner había colocado en cada muro para defenderlo. Hacía horas que dos mil mujeres, ciento treinta y cuatro almogávares y siete caballeros se enfrentaban a veinticinco mil galeras genovesas rebosantes de ballesteros, lanceros, arcabuceros, artilleros y toda clase de hombres de armas determinados a tomar la fortaleza. Pero las mujeres se defendían con la fuerza de Dios y con la furia del infierno, y conseguían repeler el ataque una y otra vez.

«Estoy aquí, Cornet, estoy aquí. Abre los ojos», oyó en la lejanía; y aquella voz melosa, por la que había perdido completamente el juicio, lo sacó de la neblina en la que lo había sumido el dolor que le causaban las heridas. Hacía tres años que se había alistado en la Gran Compañía Catalana, seducido por las gestas que contaban del almirante Roger de Flor, antiguo caballero templario que había salvado a decenas de cristianos en el sitio de San Juan de Acre y que se había convertido en el terror de los turcos otomanos que amenazaban el Imperio romano de Oriente. Y cuando el gran almirante fue asesinado a traición, se unió a la venganza de los almogávares, que llevaban dos años cubriendo de sangre aquellas tierras malditas.

A veces se preguntaba qué hacía con aquella furia humana que masacraba villas y pueblos y que, animada por la rabia que había provocado la traición, acababa con la vida de todo lo que encontraba en su camino. Al fin y al cabo, no era más que un chaval sin escudo ni patria, un desgraciado vagabundo sin otro oficio que rodar por el mundo en busca de fortuna. Por un instante, allí mismo, tumbado en el suelo al lado de los muros de la fortaleza, mientras su querida Garsenda le curaba las heridas, su vida le pasó por delante como si fuera uno de aquellos códices que narran las gestas de los santos: la infancia en el monasterio de San Bernabé, cuando imaginaba que se convertiría en monje ortodoxo... La juventud, perdiéndose en los más íntimos recovecos del sexo femenino, cuando las hormonas hacían que

le hirviera la sangre y se deleitaba con la idea de que algún día se casaría con la hija de una de las damas que reclamaban sus favores en Famagusta... Los meses bajo la tutela del monje franciscano que escribía libros, le enseñaba latín y lo animaba a creer que se convertiría en templario y partiría en busca de fastuosas aventuras en los confines de la cristiandad...

Pero los templarios hacían voto de castidad y de pobreza, y la idea de aquel doble sacrificio le quitó para siempre las ganas de convertirse en uno de ellos: estaba demasiado deseoso de salir de la miseria y era incapaz de rechazar los placeres de las afroditas que lo obsequiaban con su amor. De esta suerte, acabó vagando por el puerto de Limasol, a donde se había mudado con el monje Llull, que, tras haber sufrido un intento de envenenamiento, se había trasladado a casa del gran maestre Molay. «En Limasol, fue en Limasol donde di el gran salto»; y mientras se abandonaba a los cuidados de Garsenda voló con la mente a aquel día, en el puerto, cuando decidió ofrecerse como mozo al capitán de una tarida que zarpaba rumbo a Grecia. «Eres un poco enclenque, pero si eres buen trabajador, aquí siempre tendrás un sitio», le respondió, y él subió de un salto a la cubierta de la pequeña galera, con sus ciento cincuenta remos prestos para zarpar rumbo al puerto de Malvasía a fin de comprar una buena cantidad de barriles de vino de aquellas tierras.

El dedo de Dios, que hace bailar las vidas humanas como si fueran motas arrastradas por el viento... De los meses con los hombres de la mar a la tienda de un comerciante catalán, instalado en Malvasía desde la época en que el almirante de la Armada Real, Roger de Llúria, había conquistado la ciudad. Y, más tarde, el trabajo como ayudante de un notario, los planes para un futuro tranquilo, el rumor de fondo de una guerra cercana, la llegada del gran ejército, la fascinación por las célebres gestas que acompañaban a aquellos gloriosos soldados, el encuentro inesperado con Garsenda, el amor del que disfrutaba, la decisión de ofrecerse a la Gran Compañía Catalana, que partía hacia las tierras de Oriente a luchar contra los turcos...

«Tú, Garsenda, tú...», musitó, y aquellas últimas palabras se quedaron suspendidas en el aire; luego, el silencio en el cuerpo inerte, las tinieblas en los ojos, la antesala de la muerte. Pero estaba escrito que aún no había llegado su hora, y allí, cubierto de heridas, tumbado en el suelo bajo los muros de la fortaleza de Galípoli, justo en el

corazón de una feroz batalla, Cornèlius Bernabé Leónidas Papapoulus, apodado Cornet, nació por tercera vez.

Sin embargo, aquella tercera vez no sería la tercera, porque unas semanas antes había nacido de nuevo. Y aquella ocasión había sido la más sorprendente.

Más adelante habría muchas otras.

Épica
(1282-1303)

E aquell jorn mateix, l'almirall, ab tots los hòmens de mar, fo al coll de Panissars. E aquella nuit sap Déus quina nuit haguerens los franceses, que anc un no se'n desguarní ne dormí, ans tota la nuit oirets plants e gemecs; que los almogàvers, e sirvents de mainada e hòmens de mar ferien per les esponeres de la host, e mataven gents e trencaven cofres; que major estalladís de cofres hi oirets que si fóssets en un bosc e qui hi hagués mil hòmens qui no fessen sinó estellar llenya.

Crónica catalana,
RAMON MUNTANER

De cómo Gastón de Torroella, padre de Garsenda, quemó Peralada

El ejército almogávar, habituado a la huida veloz, corría en dirección al bosque. Estaba formado por un millar de sombras escurridizas que, a pesar del desorden aparente, avanzaba en grupos compactos con un almocadén a la cabeza. Salían de Peralada, donde se ubicaba el cuartel general de su ejército, porque se habían quedado sin provisiones y se dirigían a reunirse con las tropas del rey Pere, que, tras el combate a campo abierto en Besalú, tan feroz que estuvo a punto de costarle la vida, marchaba hacia Gerona para luchar contra el asedio de los franceses. El rey había dado la orden de no abandonar la ciudad, a la espera de que el almirante Roger de Llúria volviera de Sicilia y destruyera las galeras francesas de avituallamiento que estaban ancladas en las costas ampurdanesas. Desde entonces, ya hacía dos meses que Gerona, comandada por el vizconde de Cardona, Ramon Folc, resistía a un sitio implacable. Liberar la ciudad se había convertido en una urgencia, y la orden real de abandonar Peralada se ejecutó sin dilación: más de cuatro mil almogávares marchaban durante el día, y la retaguardia formada por el millar restante esperaba la noche para culminar la evacuación.

Al llegar a la primera hilera de árboles, el almocadén del grupo de Gastón de Torroella se detuvo, y cuando gritó: «Compañeros, contemplad cómo arde la villa», todas las cabezas se giraron a la vez y sus pupilas enrojecieron. Peralada ardía por los cuatro costados, y aquella columna de fuego que ascendía en la oscuridad paralizaba la mirada, seducida por el baile de las llamas que danzaban en el aire. Lentamente se ennegrecían los muros del castillo y las casas se desmoronaban como si fueran de arena. «¡Tierra quemada! ¡Hemos cumplido! Vámonos, compañeros», exclamó de repente el almocadén rompiendo la magia del momento, y todos a la vez se pusieron de nuevo en marcha, indiferentes a la destrucción que dejaban atrás.

Gastón no habría sabido decir cuántas horas llevaba caminando

cuando notó un pinchazo en la pierna izquierda. Aquella pierna aún no se había curado del todo desde la gran batalla del collado de Panissars, durante la cual un francés del rey Felipe le clavó un cuchillo que alcanzó el hueso, lo cual le preocupaba, porque los almogávares marchaban sin detenerse durante largas jornadas, a menudo sin comer ni dormir, y él no quería fallarles. Además, el almocadén les había advertido que no se detendrían porque tenían que alcanzar a los compañeros que habían salido hacía horas para Gerona, y se esperaban combates de camino. Y mientras apretaba los dientes tratando de resistir el dolor, que empeoraba a cada paso, un hombre del grupo de Peirot Rocabardí, que marchaba al lado del suyo, se puso a gritar: «¡Ciervos, una manada de ciervos!», y el grupo se detuvo en seco, como si fuera una sola alma unánimemente determinada a no dejar escapar la caza. Podían resistir sin comer, pero si había animales para cazar nunca desperdiciaban la ocasión. Gracias a aquel hallazgo inesperado, Gastón consiguió un valioso descanso y una inmejorable ración de carne que, tras días de alimentación a base de hierbas y raíces, se le antojó exquisita.

También se le antojaba exquisita Ximena. La rondaba desde hacía tiempo, desde la batalla de Mesina, cuando se unió al almirante Roger de Llúria en la defensa de los sicilianos contra la ocupación francesa, y, a pesar de que Ximena se hacía la tonta, estaba seguro de gustarle. «Cuando hayamos salvado Gerona, hablaré con su padre», pensó con determinación, animado por las fuerzas renovadas que le había proporcionado la carne de ciervo. Y así, con la barriga atemperada y la mirada enamorada, Gastón de Torroella reanudó el camino hacia Gerona, convencido de que Ximena pronto sería suya.

Lo que más lo impresionó cuando decidió alistarse con los almogávares fueron las mujeres. Aquellos soldados no formaban un ejército convencional: no seguían las leyes de la caballería y sus cuerpos desnudos eran su única defensa, pues no llevaban escudos ni armaduras, sino solo la gonela, las calzas y las abarcas de cuero; además, iban a pie, sin caballos, y sus únicas armas eran el cuchillo, la honda, la lanza, algunos dardos y una jabalina. En el zurrón llevaban pan para dos días, un eslabón para encender el fuego y el valor que les había hecho ganar batallas imposibles contra ejércitos numerosos. Pero lo que más lo sorprendió fue que viajaban con las mujeres y los niños, y que estos aprendían a luchar cuerpo a cuerpo desde muy

pequeños. Nunca había visto mujeres como aquellas, determinadas y feroces como los hombres, y supo desde el primer día que se casaría con una de ellas y que tendría hijos que lucharían con él en la batalla y que estarían orgullosos de pertenecer a un linaje de guerreros imbatibles.

La primera ocasión en que oyó hablar de los almogávares fue el día en que su padre le dio la última paliza. Tenía dieciséis años y, por primera vez, le devolvió el golpe. Su padre le pegaba desde que tenía uso de razón, sobre todo tras la muerte de su madre, cuando el hombre se encerró aún más en sí mismo, pero hasta entonces nunca se había atrevido a rebelarse. Fue un puñetazo seco, inesperado, que le salió del fondo del estómago, que era donde había ido acumulando las patadas que su padre le daba cuando, lloroso y asustado, yacía en el suelo. Sin embargo, aquel día fue él quien lo tumbó, y, tras el primer puñetazo, le asestó otro y otro más, hasta que perdió la cuenta de cuántas veces lo había golpeado, y entonces paró. Su padre, a pesar de tener la cara ensangrentada y el semblante aturdido, aún reunió fuerzas para maldecirlo con un hilo de voz: «¡Malnacido, almogávar salvaje, hijo del demonio!». Luego se desmayó.

«Almogávar salvaje», las últimas palabras de su padre, repicaron en su cabeza como un martillo durante los meses en que vagabundeó en busca de cualquier trabajo que lo ayudara a sobrevivir. Y en Vilabertrán, donde había llegado de la mano de un comerciante de Ampurias que lo empleó como ayudante, tuvo el primer trato con ellos. Era día de mercado y los campesinos y vendedores ambulantes se colocaban al lado del monasterio de Santa María para ofrecer sus productos. Allí mismo, al lado de los muros del monasterio, se había reunido un pequeño grupo de almogávares que atraía a un nutrido número de personas que querían escuchar sus historias de conquista. Era una familia completa, con padres, hijos, sus parejas y descendientes, que juntos sumaban una treintena, todos vestidos como si fueran mendigos, aunque nada desmerecía la admiración que despertaban a su paso. Los más mayores habían participado en la conquista de Mallorca con el rey Jaume y en las últimas incursiones sarracenas, y en aquel momento mataban el tiempo a la espera de unirse a una nueva expedición real, esta vez bajo las órdenes del almirante Roger de Llúria. «Dicen que iremos a matar infieles a Túnez, pero ya veremos dónde nos lleva el viento»; y mientras hablaban de

las nuevas batallas que los esperaban, iban desgranando las conquistas pasadas, que habían conseguido para gloria del linaje catalán.

El sitio de Peñíscola, la conquista de Mallorca y de las Pitiusas, el sometimiento de Menorca, la conquista de Valencia y de Murcia, las sublevaciones sarracenas..., toda aquella sarta de batallas que habían protagonizado aquellos hombres indómitos con la única arma de su coraje dejó a Gastón totalmente conmocionado. Y no solo por su condición de luchadores invencibles, sino también por las relaciones que establecían entre ellos: familias unidas por el combate, hijos que luchaban con sus padres y sus abuelos, mujeres que desfilaban a su lado. Nunca había imaginado un ejército como aquel y nunca había anhelado tanto formar una familia hasta que conoció a aquella. Atrapado por un delirio épico, se acercó al miembro de más edad y le pidió que lo aceptara como almogávar.

—¿Y tú quién eres, chaval? Los almogávares somos una estirpe de combatientes, no unos inútiles. ¡Un cualquiera no puede ser uno de los nuestros! No todo el mundo puede ser uno de los nuestros.

—Aprenderé. Sé guerrear. Soy fuerte.

—No sabes lo que dices. Nacemos almogávares. Lo llevamos en la sangre. Y tú pareces un pobre desgraciado que no sabe dónde caerse muerto.

—Pero sé luchar. Lo demostraré. Déjeme demostrarlo.

Unos minutos después, un corro formado a su alrededor..., un joven plantado delante..., un intento de levantar el brazo... y, al instante, un puñetazo en plena cara que lo deja aturdido en el suelo, con la nariz sangrando. «¿Cuántos años tienes?», oyó que le preguntaba una voz lejana cuya propietaria le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse. «Dieciocho, señor, dieciocho», le pareció que respondía; y, entre neblinas y tinieblas, se puso en pie y se dejó limpiar por una mujer robusta que le dijo: «Soy Guinedilda, la esposa de nuestro almocadén. Ven. Te cuidaré». Desde entonces había viajado a Sicilia con el ejército del rey Pere para luchar contra las tropas de Carlos de Anjou, combatía a los cruzados que el papa Martín había enviado contra la Corona catalana, lo habían herido en el collado de Panissars, acababa de quemar Peralada y en aquel momento marchaba hacia Gerona para liberar la ciudad. Tres años después de aquel encuentro en los muros de la abadía de Santa María de Vilabertrán, Gastón de Torroella tenía un oficio y una familia, y estaba enamorado.

Mientras Gastón y el resto de los almogávares de Peralada llegaban a Gerona, el rey Pere trataba de recomponer la estrategia de defensa tras el feroz combate de Besalú. Había salido de Barcelona con quinientos caballeros y más de cinco mil infantes, y repasaba las acciones de aquellos últimos días, que lo habían conducido al umbral de la muerte: la parada en el monasterio de Montserrat para recibir la bendición; la celebración del consejo de caballeros en Hostalric para decidir cómo plantear el ataque al sitio de Gerona, y, finalmente, la decisión de ir a Besalú y el inesperado choque frontal con el ejército francés fuera de las murallas de la villa.

La muerte nunca lo había tocado tan de cerca. Ni siquiera en la batalla del sitio de Mesina, durante la liberación de Sicilia de los franceses, cuando la lanza de un caballero angevino le pasó zumbando por encima de la cabeza y le rozó el pelo. Tampoco en el collado de Panissars, cuando un grupo de caballeros franceses lo identificaron y cabalgaron hacia él, determinados a matar al rey de los catalanes; tuvo suerte de que los almogávares se deslizaran rápidamente debajo de sus caballos y los destriparan con sus cuchillos antes de que pudieran alcanzarlo.

¡Qué gran batalla la del collado de Panissars! Contra todo pronóstico, consiguió frenar el embate del conspicuo ejército reunido por el papa y el rey de Francia, determinados a dominar todo el territorio catalán, y aquella victoria le concedió un tiempo valioso para agrupar a sus hombres. Pero la traición de su hermano, el rey Jaume de Mallorca, que le abrió las puertas del Ampurdán al francés... Era mejor no pensarlo, en aquel momento no podía distraerse con las traiciones familiares. Al fin y al cabo, todo el mundo lo había traicionado: el rey Sancho de Castilla, que no cumplió su compromiso cuando le pidieron ayuda; su aliado, el rey Eduardo de Inglaterra, que participó en la emboscada que el papa le tendió en Burdeos para matarlo; los nobles aragoneses, que se desentendieron de la amenaza y ni siquiera respondieron a la llamada; los abades de los monasterios ampurdaneses, que no querían tomar partido contra el poder de Roma e incluso guiaron al ejército francés por la sierra de la Albera... Todos, todos lo habían dejado solo cuando el papa Martín lo excomulgó y convocó una cruzada de doscientos mil soldados contra la Corona de

Aragón. Sin embargo, no sucumbiría a la soledad, no desfallecería. ¡Quién era aquel papa para desposeerlo de sus reinos y regalar la corona a Felipe el Atrevido! ¡Quién era para violentar sus dominios! Ya había derrotado a los Anjou en Sicilia, primero liberando la isla, y luego destruyendo toda su flota francesa en el puerto de Nicotera. Además, tenía prisionero al hijo de Carlos de Anjou, ese al que llamaban el Cojo, y por su fe que no tenía la intención de liberarlo.

No. No permitiría que invadieran sus reinos, y si había que perder la vida en la lucha, él ya se la había encomendado a Dios el día en que su padre, el rey Jaume, lo proclamó *Heres Catalonie* y lo invistió guardián del linaje catalán y de los reinos de Aragón y Valencia.

Si había que perder la vida... Por su fe que había estado a punto de perderla allí, al lado de los muros de Besalú, el día de la Virgen de agosto. Hacía pocas horas que la batalla había acabado y evocaba mentalmente las escenas una y otra vez, cada golpe de maza y de espada, los caballeros franceses saliendo de todas partes, el círculo estrechándose más y más... Había asestado tantos golpes y con tanta furia que la hoja de la espada se había partido, y suerte de la maza, que manejaba con destreza desde que era muy pequeño. Con esa arma asestó al conde de Nevers un golpe sobre el yelmo que lo dejó tumbado en el suelo; luego lo remató Guillermón de Játiva, que siempre combatía a su lado.

«¡Pobre Guillermón!», se dijo, y al instante sintió una mezcla ácida de rabia y dolor. Le tenía cariño a aquel joven, Guillermón Escrivà, que siempre estaba a su lado, dispuesto a todo. Había sido él quien lo conminó a bajar de la caballería: «¡Desmonta y mátalo!», y Guillermón, que siempre le hacía caso, obedeció y mató al conde de Nevers, pero entonces apareció aquel maldito estoque de un caballero francés que le atravesó el hombro y lo dejó clavado en el suelo, muerto... Acto seguido, la furia de cientos de caballeros franceses, los catalanes respondiendo, los almogávares asestando golpes a diestro y siniestro, las mazas, las espadas... Cuántos muertos, y a cuántos había matado él..., había contado más de quince, eliminados con un solo golpe de maza en la cabeza..., el cerebro saliéndoles por las orejas, el último suspiro...

Qué frágil era la vida. Los catalanes mataron a unos cien caballeros franceses, pero perdieron alrededor de sesenta de los suyos,

grandes soldados, algunos amigos personales de su familia; también cayeron almogávares, no muchos, pues no había soldado más diestro en sobrevivir que un almogávar. Sí, habría podido morir en aquel campo de batalla, en las puertas de Besalú. Si aún estaba vivo era, con toda seguridad, porque Dios nuestro Señor lo había protegido, por eso sabía que aquella cruzada contra la Corona catalana no era una cruzada de Dios, sino una guerra de poder y vanidad, de eterna lucha por la tierra, encabezada por un papa ofendido y un rey, el francés, ávido de conquista. No lo permitiría, Felipe el Atrevido no reinaría en los reinos que le pertenecían a él, vive Dios que antes de permitirlo derramaría hasta la última gota de sangre y moriría en el campo de batalla, por sus caballeros caídos y en honor de la tierra catalana y para su gloria.

De repente, sacudió la cabeza con fastidio y, acercándose a la pila, junto a la cual había una jarra, se vertió sobre la cabeza toda el agua que esta contenía. Debía reaccionar. ¡Cómo se le ocurría dejarse llevar por aquellos pensamientos banales que lo alejaban de su deber! Era un rey y tenía la obligación de defender sus reinos, no podía dejarse arrastrar por las emociones humanas. Había mucho trabajo por hacer, era el momento de tomar decisiones. Con los nobles y los prohombres que le eran fieles, repasó las resoluciones que se habían tomado a fin de descubrir qué flancos debían ser reforzados. En un primer momento, había invocado el usaje del *princeps namque* en defensa del territorio, lo que le permitió alzar un gran ejército a pesar de las traiciones. Más tarde, se había dirigido a Peralada con el infante Alfonso y los condes más importantes, el de Pallars y el de Urgel, el vizconde de Cardona y el de Rocabertí, y otros prohombres del reino. En Peralada, villa que convirtió en el cuartel general de su ejército, preparó la estrategia de defensa: los condes reforzarían sus castillos, especialmente el conde de Ampurias, que debía asegurar el punto estratégico de Castellón, y el vizconde de Cardona, su gran amigo Ramon Folc, que tenía la misión de defender Gerona y mantener al ejército francés ocupado en el asalto el mayor tiempo posible. «¡Resiste todo lo que puedas, amigo!», y Ramon Folc le prometió defender Gerona hasta la extenuación.

Mientras preparaba las batallas por tierra, también dejó minuciosamente planeada la estrategia por mar. La información detallada que le facilitaron los espías que tenía en las costas

ampurdanesas era aterradora: en un primer momento, las galeras francesas se habían hecho fuertes en los puertos de Colliure, Cadaqués y Rosas, luego habían fondeado en la costa, desde Palamós hasta Sant Feliu de Guíxols. En total, más de ciento cuarenta galeras, sesenta frente a Sant Feliu de Guíxols, veinticinco frente a Rosas y el resto repartidas entre Narbona, Aigues-Mortes y Marsella, todas equipadas de avituallamiento para la tropa. Se imponía, pues, cortar el flujo de alimentos entre las galeras y el ejército francés, de ahí que fuera consciente de que la batalla del mar sería definitiva. Había impartido las órdenes antes de dejar Barcelona.

—Nobles prohombres, vos, almirante Ramon Marquet, y vos, almirante Berenguer Mallol, ¿habéis preparado la flota de galeras para ir al combate?

—La hemos preparado, señor. Contamos con doce galeras y dos leños, todos armados.

—¿Doce galeras?

—Sí, las diez que habíais ordenado construir y dos viejas que mandamos arreglar y que resistirán los combates. Estamos listos, señor rey.

—¿Cuál es el plan que habéis trazado?

—Hay un hombre, Gras de Cadaqués, el catalán más fiel con el que pueda contarse, que tiene cuatro espías que todos los días van de Cadaqués a Rosas para vigilar los movimientos de las galeras francesas. Y si vos lo ordenáis, señor, iremos a las aguas del cabo de Creus, y de día estaremos mar adentro, a veinte millas, pero de noche nos acercaremos a Cadaqués con las velas, y, en la punta de Portlligat, Gras, nuestro hombre, nos dará noticias de los franceses.

—Pero ¿contáis con un plan de ataque?

—Sí, señor. Sabemos que han salido cincuenta galeras de Sant Feliu rumbo a Rosas, y que ahora hay veinticinco en la bahía. Cuando dejen atrás las Medas de Torroella, entraremos en el golfo antes de que lleguen, y, si Dios quiere, tomaremos las galeras o moriremos en el intento. Sabed, señor, que partimos determinados y que nos encomendamos a Dios para salir mañana mismo.

—Prohombres, el rey está muy satisfecho de vosotros, de vuestra sensatez y de vuestro coraje, y permitimos que se haga tal y como habéis planeado. Que Dios permita también que nos cubramos de honor. Pero, prohombres, lamento deciros que necesito una galera y

los dos leños para transmitir las cartas reales al almirante Roger de Llúria.

—¿Ordenáis que vuelva a Cataluña, señor?

—Ordeno que vuelva junto con todas las galeras y leños que se logren reunir, pues la lucha en el Mediterráneo puede esperar y antes hay que salvar Cataluña. Que os acompañen los buenos marineros sicilianos, que agradecidos están de salvaros del enemigo francés. Id, id con Dios, prohombres, para su gloria, y que el plan que habéis urdido dé gloria a Cataluña.

La dio. Recordar en aquel momento, justo después de la cruenta batalla de Besalú, el éxito de sus almirantes en Sant Feliu de Guíxols le hizo recuperar el buen humor. Todo lo que habían planeado había salido redondo y el balance de siete galeras capturadas y cuatro mil marineros franceses muertos daba la medida de la importancia del ataque. Los catalanes únicamente habían perdido a cien marineros y tenían una sola galera inutilizada, mientras que los franceses, además de perder marineros y galeras, se habían quedado sin una de las fuentes principales de aprovisionamiento de sus tropas.

La batalla naval de Sant Feliu... Qué placer cuando Berenguer Mallol se la contaba, pues no había narrador más florido en el arte de narrar que su almirante. «Contad, contad otra vez cómo los vencisteis», y Berenguer se situaba en el centro de la sala del trono, rodeado por los nobles y la familia real al completo, y se ponía a relatar la batalla...

«... y al alba entramos en la bahía y atacamos frontalmente. Pronto rompimos la escuadra en tres grupos, y, una vez rota la línea de galeras, nos dirigimos hacia las siete del grupo central, que se habían quedado desprotegidas, entre las que se hallaba la galera capitana, al mando del almirante Guillermo de Lodeva; las demás huyeron, y fue entonces cuando nuestros ballesteros las barrieron y cayó una tempestad de flechas sobre los franceses, y pronto, cuando vimos que los habíamos barrido, tocamos las trompetas. A aquellas alturas, las galeras ya estaban mezcladas, y entonces, como os podéis imaginar, nobles catalanes, utilizamos los estoques, las espadas y las mazas, y no hubo fuerza del infierno que pudiera detenernos, hasta tal punto que incluso los ballesteros abandonaron las ballestas y empuñaron las espadas; y era tanta la furia de los catalanes que matamos a cuatro mil franceses, allí mismo, y podéis imaginar la

suerte que corrieron los que sobrevivieron y carecían de valor para pedir un rescate por ellos: los concentramos en dos galeras y las hundimos. Y allí siguen esos desgraciados, bajo el agua, para gloria de los catalanes. Como podéis imaginaros, los franceses salieron enfurecidos de Palamós, con un conspicuo grupo de naves para perseguirnos, pues querían atraparnos para vengar su derrota, pero nosotros viramos hacia Mallorca, y en la noche cerrada, pues hacía una noche muy oscura, los burlamos y nos perdieron el rastro. Así llegamos a Barcelona, con las galeras reculando y las enseñas enemigas en el agua, pues era la humillación que se merecían, y encima con el señor almirante Guillermo de Lodeva como prisionero, y aquí lo tenemos, bajo siete llaves en las mazmorras, para gloria de Dios y de vos, señor rey...»

Los días de la victoria y los días de la derrota, pues si en Sant Feliu saboreó la miel de la victoria, en Besalú estuvo a punto de paladear otro sabor más amargo: la derrota definitiva. Pero su ejército resistió en tierra, y en el mar, sus almirantes habían dejado herida la fuente de avituallamiento del ejército francés, de manera que la victoria era posible. Solo había que ganar tiempo, pedirle a Dios que Gerona resistiera y esperar que Roger de Llúria llegara a las costas catalanas y acabara con la armada francesa. El consejo de los caballeros, con él a la cabeza, tenía claro que el punto débil de los franceses era precisamente aquel, el avituallamiento de sus tropas, sin el cual no podían resistir mucho tiempo en tierras catalanas. De manera que aquella era la clave: el tiempo; tiempo para las galeras de Roger de Llúria, tiempo para el vizconde de Cardona y su resistencia, tiempo para las murallas de Gerona, que sufrirían las embestidas, tiempo... Y, convencido de que su destreza en el arte de la guerra no sería nada sin el impulso de Dios, pidió a sus caballeros que se retiraran y se dispuso a rezar.

Gastón de Torroella no rezó aquel día, ni semanas más tarde, cuando finalmente consiguió la anhelada victoria. Tenía una extraña relación con la divinidad. No era un infiel ni, Dios nos libre, un hereje, pero sabía que había cosas supremas que no venían de la fe, sino de la naturaleza, y que el viento, los astros, el trigo recién cortado y la tierra húmeda, así como las aguas, decían cosas que había que

escuchar. Lo aprendió de muy pequeño, cuando su madre lo llevaba con ella a visitar a la señora Sibilia, una hechicera que le proporcionaba remedios para una llaga que no se le cerraba y la hacía sufrir. La señora Sibilia, que vivía en una especie de cueva a las afueras de Torroella, sabía leer las señales que le enviaba la naturaleza y conocía los encantamientos para dominar los malos augurios, pero sobre todo era capaz de curar enfermedades con hierbas y ungüentos. En el pueblo se decía que en las noches de luna llena salía vestida con una túnica blanca y bailaba descalza sobre la hierba. «Es una bruja», murmuraban algunas mujeres del pueblo. Sin embargo, su madre opinaba lo contrario, que era una mujer santa, porque solo Dios podía haberle otorgado aquellos poderes mágicos que sanaban las heridas. Un día le preguntó si hablaba con las bestias, porque la había oído susurrar a un animalito que la escuchaba embobado, pero Sibilia le respondió que no, que no sabía hablar la lengua de los animales, aunque podía entenderlos. «Todo habla, pequeño Gastón, todo lo que hay en la naturaleza nos dice cosas, solo debes aprender a escucharlas», y a pesar de que no lo había conseguido, porque a él las cosas no le hablaban, sí que había comprendido que existían misterios que había que respetar, y que no estaban en las prédicas de los curas, sino en el rumor del viento.

Pero aquel 6 de octubre de 1285, Gastón de Torroella no pensaba en el viento, ni en las bestias, ni en Sibilia, ni era capaz de pensar en nada, porque había vaciado tantas veces la bota de vino que ni siquiera podía pronunciar una frase completa sin aturullarse. «Ximena, ¿dónde estás, dulce Ximena?», preguntó tratando de mantenerse en pie, y un compañero que estaba tan bebido como él respondió: «Está durmiendo con el vicario», lo cual provocó una carcajada que se mezcló con la algarabía general. Era el primer día de fiesta grande de los ocho que había ordenado el rey Pere tras la segunda y definitiva victoria en el collado de Panissars, que acabó con la muerte de los franceses o con su huida como almas que lleva el diablo, *cap a França hi falta gent*,[1] definitivamente derrotados. En aquel momento lo suyo era comer, beber y dejarse caer en cualquier rincón, perder el sentido, la noción del tiempo, y confundir la noche con el día; y, si tenía suerte, agarrarse a las nalgas de alguna doncella bien dispuesta y dejarse acunar por su divino vaivén. Ocho días de alegría y desenfreno de los cuales no tenía la intención de perderse ni uno, y cuando la

fiesta acabara, tras lavarse y acicalarse a conciencia, se presentaría ante el padre de Ximena y le pediría la mano de su hija. Eso haría al día siguiente de la fiestaza real, pero durante los ocho días anteriores no dejaría una sola bota de vino sin vaciar.

Los ocho días de fiesta pasaron, pero la resaca le duró ocho más, con sus noches, la mayoría dormidas en antros poco recomendables donde las buenas artes femeninas endulzaban el persistente dolor de cabeza y el estómago revuelto. Finalmente, rescatado por los compañeros almogávares que se habían arrastrado con él por todos los rincones de mala muerte de Barcelona, Gastón de Torroella supo que el momento había llegado.

Aquella mañana fue la primera que se levantó con la cabeza despejada, y eso lo puso de buen humor. Pensó que hacia el mediodía iría a buscar al padre de Ximena a la plaza de las Cols, por donde siempre rondaba. Era el momento adecuado, tras la euforia de la victoria, sacio de vino y orgulloso de que el rey Pere en persona le hubiera tributado los honores. El padre de Ximena era un hombre robusto y malcarado, de mal pronto si le buscaban las cosquillas, pero no había almocadén más valiente en el campo de batalla. De él había aprendido la mayor parte de los trucos para desarzonar a los caballeros y tirarlos suelo, y en más de una ocasión el hombre lo había salvado de una muerte segura. «Me considera un hijo», se dijo, y, animado, se arregló la gonela, escupió en las abarcas, que estaban llenas de polvo, y se dirigió a la plaza de las Cols, que rebosaba de gente. «Gastón, Gastón, ¡ven aquí!», se oyó llamar en cuanto llegó, y se encaminó hacia el grupo de cinco almogávares que pasaba el rato rememorando la victoria. Era justamente Perot, el padre de Ximena, quien la contaba, y se ayudaba con gestos amplios, como si estuviera disputando una batalla imaginaria. Allí, al lado de sus compañeros, Gastón de Torroella revivió aquellas últimas semanas gloriosas.

—... era el ejército más grande que habíamos visto, desde luego que era un gran ejército, y bien instalados que los teníamos en el convento de los franciscanos, desde donde atacaban Gerona una y otra vez; y luego la gran batalla, que los franceses no ganaron porque san Narciso se vengó del ultraje que habían cometido contra él, hermanos, pues la plaga de moscas que les mandó fue una venganza...

—Una venganza del santo, Perot, sin duda una venganza del santo. Bien sabéis qué habían hecho aquellos malditos franceses, hijos

de Satanás, que no respetan a Dios ni a los santos, que entraron en la colegiata de San Félix y profanaron el sarcófago de San Narcís...

—¿Profanar, Rispau?, ¡pero qué dices! Si solo hubiera sido profanar... ¡Mutilaron el cuerpo de san Narcís, Dios del cielo, nuestro santito, lo mutilaron y esparcieron sus restos por todas partes! Por eso los atacaron las moscas, para vengar al santo. Había tantas que en el resto del mundo nunca se había visto una plaga como aquella. Eran grandes como bellotas, y entraban por los ollares y las orejas de los caballos sin que mantas o protecciones de cuero u otras coberturas pudieran pararlas. Y una vez que habían entrado por cualquier sitio, no había caballo, por fuerte y poderoso que fuera, que no cayera inmediatamente muerto. Así murieron, sin exagerar, cuatro mil caballos de valor y veinte mil jamelgos. Lo que oís, hermanos, la plaga que Dios le mandó al faraón de Egipto no superó a esta que hemos vivido.

A Gastón lo fascinaba todo aquello de las moscas. Había visto con sus propios ojos el enjambre que atacó a los franceses; había tantas que parecían cientos de bandadas de estorninos, tan abundantes y grandes eran, y aunque decían que las había enviado san Narcís, en su fuero interno pensaba que quizá no fue el santo, sino las fuerzas ocultas de la naturaleza de las que le hablaba Sibilia, que a veces movían las piedras, las aguas y los animales y se vengaban de las maldades de los hombres. Sí, debieron de ser aquellas fuerzas.

«Mirad, un *judacot*[2] pestilente, ¿dónde vas, judío piojoso?», gritó de repente su amigo Rispau de Ripoll, que interrumpió el relato de la rendición de Gerona al ver a un hombre que pasaba apresurado por su lado. El insulto derivó en otro y en muchos otros más, todos a una, y las burlas no cesaron hasta que el hombre desapareció por el callejón de los Tejedores. Alguien comentó: «Hermanos, ¡recordad el asalto a la judería de Gerona!»; la respuesta fue una carcajada general.

El asalto a la judería de Gerona, ¡por supuesto que se acordaba! Aquella incursión estuvo a punto de costarle la vida. Habían pasado unos cuatro meses, fue justo cuando fueron a Gerona con las tropas del rey Pere, después de la primera acometida contra los franceses en el collado de Panissars. No sabía exactamente cómo había empezado. De repente alguien gritó: «¡Huele a mierda, debe de haber judíos!», otro dijo: «Las ratas se esconden», un tercero coreó: «A la judería, a la judería», y, súbitamente, todo el mundo se dirigió hacia allí. Los

hechos sucedieron muy deprisa, los grupos de almogávares corriendo por las calles de la judería, las tiendas saqueadas, palizas a diestro y siniestro, alguna que otra cuchillada asestada a conciencia, y, de repente, por la calle de la Força, la aparición del rey Pere en persona, a caballo, arremetiendo contra los almogávares con la maza, sin piedad, mientras gritaba: «Es nuestra judería, malditos, son nuestros judíos, ¡cesad el ataque de inmediato!». La embestida real fue tan violenta que dejó un buen número de almogávares heridos, pero Gastón no resultó herido durante el ataque del rey, sino luego, cuando este preguntó quién había incitado al saqueo, y, sin esperar la respuesta, señalando a cinco almogávares al azar, entre los cuales se hallaba él, dijo: «¡Vosotros pagaréis con la horca las culpas de todos!». Y, dicho y hecho, los soldados del rey lo detuvieron para conducirlo a la plaza del Mercadal, donde iban a colgarlo.

«¡Me salvé gracias al viento!», se dijo rememorando aquel día en que iban a colgarlo. Se libró en el último momento, cuando súbitamente se levantó un viento muy fuerte y el rey dijo: «Hay suficiente con tres ahorcados», y les perdonó la vida a los otros dos. Pasó lo que le contaba Sibilia, lo de las fuerzas de la naturaleza, que cuando querían cambiaban el destino de los hombres. Recreándose en aquel recuerdo, preguntó de nuevo, pensativo:

—¿Por qué? ¿Por qué el rey protege a los judíos si no son cristianos?

—Porque son ricos, muy ricos. Y han pagado la guerra.

—¿La guerra? ¡Qué me cuentas, Rispau!

—¡Por supuesto, Gastón! ¡Pareces tonto! No sé cuántos sueldos debieron de dar, pero me contaron que para la guerra de Sicilia los judíos catalanes y valencianos donaron más de doscientos mil, y que sin ellos no habríamos derrotado a los angevinos.

—¡Doscientos mil sueldos, madre de Dios!

—Lo que yo te diga, Gastón, estos judíos son muy ricos. Por eso los protegía el rey Jaume y ahora los protege su hijo, que es capaz de colgarnos en la horca a nosotros, sus fieles soldados, para protegerlos.

—Bueno, Rispau, puede que no sea solo por la riqueza. Esos malditos son muy sabiondos: entienden de química y de medicina, y el médico de la corte, sin ir más lejos, es judío.

—Tonterías, Perot, tonterías. Los protege por el dinero.

De las moscas a los judíos, y de estos a la rendición de Gerona, la

entrada de miles de soldados franceses, su posterior salida, diezmados por las plagas y el hambre, hacia el Rosellón, para hacerse con efectivos, la segunda gran batalla del collado de Panissars...

—¿Quién nos dio la victoria, el rey en el collado de Panissars o el almirante Roger de Llúria en la batalla de las islas Formigues?

—¡Qué pregunta más ingenua, Artal! Todos juntos conseguimos la victoria, todos, el rey, el infante, nosotros, el almirante... ¡Hemos salvado la Corona catalana entre todos!

—Sí, sí, Perot, pero ¿cuál fue la batalla decisiva, la que los hizo huir como conejos? No podéis negar que fue la de Roger de Llúria en las Formigues, y luego la estocada final, en Cadaqués, cuando les quemó todas las naves y los dejó secos, sin suministros. ¡Qué iban a hacer los muy desgraciados si no tenían qué comer, ni escudos, ni caballos! El almirante los derrotó, sí, señor, ¡gloria a Roger de Llúria!

—Estás chiflado, Artal. Si te oyen en la corte, te colgarán en la horca. Hale, vámonos al Borne, que hoy se celebran los torneos de caballeros. Vamos a ver cómo se desarzonan esas damiselas.

Con una carcajada general, satisfechos de la burla a los caballeros, «Ninguno de ellos nos ganaría en un combate cuerpo a cuerpo», acostumbraban a decir, el tono imperativo del almocadén Perot puso en pie a todo el grupo, que, ruidoso y alegre, se encaminó por el paseo del Borne. Mientras avanzaban, Gastón pensó que había elegido mal el día y el lugar, y que debería encontrar otra ocasión para hablarle de Ximena a su padre.

En el paseo del Borne hacía horas que se celebraban torneos. Eran el colofón de las fiestas de celebración por la victoria contra Felipe el Atrevido y no faltaba ni un solo prohombre de la corte. El rey presidía la tribuna central flanqueado por el vizconde Ramon Folc y por el almirante Roger de Llúria. Estaba a punto de empezar uno de los torneos más esperados y los dos jinetes se dirigían hacia sus respectivos flancos montados en sus caballos, cuyos pasos lentos imitaban un baile cortesano. Todo relucía, de los yelmos y los escudos de los caballeros a las cabezadas, los petrales y las capizanas de las caballerías, cuyas coloridas sobreseñales evocaban los blasones de los dos nobles combatientes. Los jinetes empezaron la cabalgada a galope tendido, empuñando la lanza, con los estribos largos, las sillas pesadas

y las espuelas grandes que se usaban en los torneos; el choque entre los dos fue tan fuerte que las dos lanzas se rompieron, dobladas por la furia de la colisión. «¡Romper lanzas!», gritó el público mientras aplaudía. Los dos caballeros se habían mantenido sobre el caballo, y ahora se preparaban para la segunda embestida, deseosos de derribar a su contrincante y recibir los honores de la victoria. «Por suerte ya no usamos lanzas rígidas», pensó Roger de Llúria, convencido de que aquel choque habría matado a uno de los jinetes si la lanza hubiera sido de fresno, como las que se hacían antes, y no de pino.

Le gustaba ver tornear a los caballos, especialmente a los de batalla, que eran los más feroces y curtidos, «los que no caen al suelo hasta que están heridos de muerte», y pensó que había animales que eran más fieles que muchos nobles. Distraído, desvió la mirada hacia su esposa, Margherita, que ya se había recuperado del parto de su último hijo, la pequeña Hilaria, y al pensar en aquel frágil recién nacido que algún día sería una gran dama, se sintió orgulloso y feliz de haberse casado con aquella mujer de noble linaje que ya le había dado cuatro hijos.

Pero nada lo enorgullecía como la gran batalla en las islas Formigues y la victoria final en Rosas. Fue consciente de que, tal como el rey había planeado, para ganar la guerra en tierra primero había que ganarla en el mar, porque si los franceses perdían el avituallamiento tendrían que huir de las tierras catalanas como alma que lleva el diablo. Dicho y hecho, así fue, porque tras la gran victoria de sus galeras no quedó un solo francés que quisiera permanecer en las tierras del rey catalán.

A veces, en los ratos perdidos como aquel, repasaba mentalmente los momentos de la batalla que lo condujeron a la victoria. Todo había salido bien, incluso la traición del abad cartujano de San Pol, que al ver diez galeras catalanas en el puerto avisó al rey francés, lo cual confundió a Felipe el Atrevido, que solo envió una defensa de veinticinco galeras, sin imaginarse que las diez catalanas no eran más que una pequeña avanzada que rápidamente huyó hacia el norte para reunirse con la escuadra que había llegado de Sicilia. Fue entonces cuando, en plena noche, atacaron a los franceses en las islas Formigues, a pesar del peligro de confundir las galeras propias con las de los enemigos. Pero Dios tuvo a bien bendecir la trampa que había urdido, «Pondréis tres fanales, uno a popa, otro a proa y otro en el

centro, y los encenderéis para que podamos saber quiénes son los nuestros», y la lluvia de viratones de los ballesteros, el baile violento de las espuelas y los abordajes posteriores barrieron a cientos de franceses. Solo en las Formigues había capturado cincuenta y cuatro galeras francesas, quince pisanas y dieciséis genovesas, pero era necesario limpiar todo el litoral catalán, y mientras enviaba a los almirantes Marquet y Mallol a Palamós y Sant Feliu, él navegaba rumbo a Rosas, donde aniquiló a toda la flota enemiga con las galeras pintadas con los colores de los franceses. Solo faltaba asestar la estocada final en Cadaqués, y fue allí, en aquella pequeña villa, donde culminó la victoria sobre la gran flota del rey francés. «La barrimos por completo, ¡qué gran gloria!» A los que sobrevivieron, se les aplicó la ley del mar: trescientos heridos fueron atados con una cuerda a la popa de una galera y arrastrados a alta mar, donde murieron ahogados; los demás prisioneros, más de doscientos, fueron cegados de ambos ojos, atados a una cuerda guiada por un hombre al que dejaron tuerto y conducidos a Francia para humillación del rey y escarmiento de los soldados. Vencedores en el mar, marineros y almogávares bajaron a tierra y se dirigieron a pie al collado de Panissars para completar el trabajo.

«¡No hay piedad para los vencidos!», dijo en voz alta tras haber escapado de la muerte en el collado de Panissars, justo en el momento en que sus almogávares acababan de aniquilar a los franceses que habían conseguido escapar de la matanza de las huestes de Ramon de Montcada, que solo había permitido el paso al rey francés y a los miembros de su familia. Gritaban, gemían, rogaban a Dios, pero no había piedad para los vencidos, y los cuchillos, las lanzas, las piedras y toda clase de utensilios servían para romper brazos y cortar cuellos, pues aquella noche del 30 de septiembre de 1285 no había furia más desatada en la tierra que la de los catalanes. Si algún alma logró escapar de la carnicería, recordaría todos los días de su vida aquella noche. La noche en la que Dios estuvo del lado del rey de Aragón.

«Y del lado de su almirante, yo, Roger de Llúria, que he dominado el mar. Sí, al final será verdad, al final nadie podrá poner en duda que somos los amos del mar», y henchido de orgullo recordó las palabras que le dijo al conde de Foix cuando este le pidió una tregua en la guerra de Sicilia. ¡Cómo se atrevía, después de la crueldad de los franceses con el rey Conradino, decapitado a los dieciséis años,

y con el rey regente Manfredo, enterrado bajo las piedras como un animal en el campo de batalla! No, Dios nuestro Señor bien sabía que él no concedería treguas a los angevinos, sino palabras de amenaza y de guerra, palabras que le salían del alma como un grito de rabia...

»... que si el rey de Francia arma trescientos corsos de galeras el año que viene, y creo que puede hacerlo, las mismas o más armaré yo, en honor de mi señor el rey de Aragón, pues no temo que osen enfrentarse a mí en ningún lugar. Pienso que ninguna galera ni cualquier otro barco osará hacerse a la mar si no es con permiso del rey de Aragón; y no solo galera ni leño alguno tendrá ese atrevimiento, sino que tampoco osará nadar en el mar pez alguno que no lleve en la cola el escudo con la bandera del rey de Aragón, para mostrar que el noble señor, el rey de Aragón y de Sicilia, se lo permite.»

«¡Qué cara de espanto puso el conde!», y al recordarlo se echó a reír él solo, satisfecho y orgulloso. ¿Cuántas batallas había ganado desde que el rey Pere lo había nombrado almirante de la Armada Real Catalana, hacía apenas tres años? Todas, de la gran victoria en Malta contra la flota marsellesa de los angevinos a la feroz batalla en el golfo de Nápoles, en el corazón mismo de los dominios de Carlos de Anjou, donde capturó al hijo de este, el príncipe Carlos, y la reciente victoria final contra los franceses en las islas Formigues... Todas, todas las batallas del mar, aquellas en las que había combatido y vencido y aquellas en las que aún tenía que combatir y que ganaría para la gloria de la Corona catalana. Sí, era muy cierto que los peces no osarían nadar en el mar sin la marca de las cuatro barras catalanas de su señor el rey.

Sentía una profunda devoción por el rey Pere desde el día en que lo conoció, cuando aún era príncipe. Tenía doce años y acababa de llegar a Barcelona con su madre, Bella d'Amichi, que acompañaba a la princesa Constanza en el viaje desde Sicilia para casarse con el futuro rey catalán. Desde el primer instante le pareció un hombre poderoso, determinado, de esos reyes cuyo nombre infunde temor en los enemigos, y supo que lo serviría con todo su coraje. Y así había sido, batalla tras batalla.

De repente, oyó un gran vocerío que lo devolvió a la realidad: un jinete acababa de ser desarzonado y el ganador se paseaba por el Borne, lanza en mano, aclamado por la multitud. Mientras aquel

caballero cabalgaba por el campo, pagado de su triunfo, el almirante Roger de Llúria pensó que la vida de un hombre se resumía en aquel momento y en la expresión de aquel noble jinete: el honor o la deshonra, la gloria o la derrota, para un caballero no existía nada más. Y él había conseguido el honor y la gloria.

Al otro lado del mar, en la isla de Chipre, el mismo día en que el gran almirante se dejaba acunar por el recuerdo de sus victorias, la pequeña Galatea trataba de expulsar al intruso que el señor Papadaki le había puesto en el vientre. No había honor ni gloria en aquel nacimiento inhóspito, solo la vida que fluía indiferente a la vanidad de los hombres.

De cómo la Oliveta, la galera del corsario fray Roger de Flor, se hizo a la mar

Seis años después de su estrepitosa llegada al mundo, el pequeño Cornèlius corría hacia la zona del puerto de Famagusta empujado por el monje Christos, que, eufórico, gritaba sin cesar, «Ya están aquí, corre, Cornèlius, corre, ¡ya están aquí!», y se subía las faldas del hábito para ir más deprisa. Cornèlius le tenía mucho cariño a ese joven monje que, desde el primer instante en que llegó al convento, lo trataba con mucha delicadeza. No sabía qué era un padre, a pesar de que tenía muchos, porque además de la señora Calimeris, que seguía ocupándose de él desde el primer día en que le hizo de nodriza, todos los monjes del convento lo mimaban, a excepción del hegúmeno Cornèlius, que tenía un carácter adusto y siempre lo reñía. Nadie lo había visto reír nunca, y el monje Andreas aseguraba que el hegúmeno había nacido póstumo. Por lo demás, todos lo trataban con cariño paternal, aunque ninguno lo cuidaba como el monje Christos, que prácticamente lo había ahijado y jugaba, estudiaba, paseaba, rezaba e incluso se bañaba en el río con él, si bien le decía que aquello era un secreto del que el hegúmeno no debía enterarse porque se enfadaría mucho.

En la playa había un numeroso grupo de gente excitada que corría de un lado a otro tratando de alimentar, cargar, hablar, servir y hacer cualquier cosa que pudiera ser de ayuda a las personas que desembarcaban de las galeras que habían llegado al puerto. Entre ellas había una imponente, la galera capitana de la Orden del Temple, conocida como el Falcó, capitaneada por un joven templario que había conseguido fama por doquier. «Mira, Cornèlius, mira esa galera, ¡es la más grande de todo el Mediterráneo! Y mira a su capitán, míralo, ¡es fray Roger de Flor!», exclamaba el monje Christos con gran excitación; y cuando lo conminó a no olvidar ese nombre, «Roger de Flor, pequeño, Roger de Flor», Cornèlius pensó que aquel hombre debía de ser un ángel guerrero, como los que Christos contaba que vivían en el

cielo.

El Falcó llegaba cargado de damas y doncellas de la nobleza que habían conseguido escapar de la matanza que los mamelucos cometían sobre los cristianos en San Juan de Acre ahora que la ciudad parecía perdida. El sultán al-Ashraf Jalil, hijo del gran sultán Qalawun, cuyo imperio iba de Egipto a Siria, atacaba la ciudad con centenares de catapultas, miles de hondas y arqueros y un enorme maganel que había tardado un mes en llegar desde el Crac de los Caballeros, transportado sobre cien carros, y en ese momento en que las murallas empezaban a ceder nadie podía detener la furia de los doscientos mil soldados del sultán, que mataban todo lo que encontraban a su paso. Según contaban los supervivientes, el último bastión de la cristiandad en Tierra Santa estaba a punto de caer, a pesar del largo mes de resistencia de sus habitantes, y quienes habían podido escapar huían como alma que lleva el diablo, desesperados por subir a las galeras que les salvarían la vida. Sabían muy bien cuál sería su destino si no los degollaban inmediatamente: ser vendidos como esclavos en el mercado de Damasco, en especial los niños y las mujeres, que eran la mercancía más valiosa.

Impactado por aquel grupo de gente que corría de aquí para allá como si fuera un hormiguero en plena actividad, el pequeño Cornèlius se fijó en una dama solitaria que se había sentado sobre una piedra de la playa y lloraba en silencio. Tenía un corte en la cara que aún no había cicatrizado y del que manaban gotitas de sangre. Miró su rostro, sorprendido, y, lejos de asustarse, aquella herida le inspiró una profunda ternura. Nunca había visto a una mujer tan triste como aquella, la mujer más cansada del mundo, pensó, como si hubiera recorrido todos los caminos de la tierra y aún no hubiera llegado a su destino. Sin saber de dónde salía el ansia que sentía, se lanzó al cuello de ella y la abrazó tan fuerte que no podía dejarla. Era como si aquella mujer fuera la madre de todas las madres que los niños como él nunca tendrían, y el sentimiento que le despertó fue tan intenso que sintió la necesidad de hundirse en ella como si fuera una gota de agua que volvía al mar. Cuando finalmente se marchó, hostigado por Christos, que no dejaba de reñirle, la mujer le dijo algo en un idioma que él no conocía, y aunque no supo qué le decía pensó que las madres debían de ser así, que podían hacerse entender aunque hablaran idiomas extraños.

No era la primera vez que Cornèlius iba a la playa a ver las galeras que partían hacia Tierra Santa o regresaban de allí. Unas semanas antes, Christos lo había llevado a despedir la flota que el rey Enrique de Chipre enviaba a San Juan de Acre para ayudar a los asediados, y la imagen poderosa de las cuarenta galeras, con un centenar de caballeros y más de dos mil infantes que se hacían a la mar, camino de la guerra, lo impresionó tanto que durante días jugó a ser un caballero templario que mataba infieles con la espada de Dios. Pero aquellos refuerzos del rey no habían sido suficientes para detener la inmensa fuerza militar que había reunido el sultán para conquistar la ciudad, y las consecuencias de la derrota eran visibles en los cuerpos heridos y cansados que bajaban de los barcos tras dejar atrás miles de muertos.

En un lado del puerto, al lado de las atarazanas, un exiguo grupo de personas escuchaba el relato de un superviviente.

—... salían de todas partes, miles y miles de infieles capitaneados por sus emires, con sus turbantes blancos y sus gritos de guerra. No podéis imaginaros el ruido que hacían más de trescientos hombres montados en camellos tocando címbalos, tambores y trompetas... El fragor era tan fuerte que ni siquiera podíamos oír nuestros gritos de desesperación.

—Buen caballero, ¿no queda ni un cristiano en Acre?, ¿ni un cristiano en Tierra Santa? —preguntó con voz rota un hombre que llevaba el hábito negro de la Orden Hospitalaria.

La respuesta lo horrorizó.

—Buen hermano hospitalario, los vuestros y los templarios se quedaron hasta el final. Cuando dejamos la ciudad aún pudimos verlos luchando codo con codo, sin desfallecer. La torre Maldita y la puerta de San Nicolás habían caído y la de San Antonio estaba a punto de ceder. No podéis imaginaros el caos que había en los muelles: miles de mujeres, niños y abuelos amontonados en las barquitas que conducían a las galeras, algunos tan asustados que incluso se caían al agua.

—Dios del cielo, ¡pobres hermanos!

—Fijaos si será terrible la situación que ha muerto incluso el patriarca Nicolás de Hanapé, el pobre, pues hizo subir a tanta gente a su pequeño esquife que la barquita se hundió y murieron todos. Este detalle puede daros una idea de lo desesperada que es la situación.

—¡Santa María, Dios los acoja!

—Y las noticias que llegan son aún peores, hermano. Con deciros que han muerto el gran maestre templario Guillermo de Beaujeau y el gran mariscal hospitalario Mateo de Clermont... Perdieron la vida de la manera más heroica, pues no hubo caballeros que lucharan como ellos.

—No me digáis, buen hombre, que nuestro hermano Mateo ha muerto.

—Así es, que Dios lo tenga en su gloria.

—Qué mala noticia me dais. ¡Nuestro hermano Mateo! No podéis imaginaros qué guerrero era; no había siervo más fiel a la causa de la cruz. ¿Sabéis que luchó en la heroica defensa de Trípoli contra los mamelucos? Perdió más de cuarenta hermanos hospitalarios, pero gracias a él la ciudad se salvó. Nunca he conocido hombre más devoto ni más feroz con los infieles. Y ahora ha muerto en San Juan de Acre, defendiendo Tierra Santa... ¡Gloria, gloria al siervo de Dios!

—Sí, ¡gloria en el cielo!

—Gracias, buen hombre, por vuestras noticias, aunque sean muy tristes. Ahora tengo que visitar a nuestro gran maestre Jean de Villiers, a quien le impresionará mucho lo que debo contarle. Pensad que hace poco que volvió de Acre, y me habló precisamente del hermano Mateo. Dios mío, ¡qué tragedia para los cristianos!

«Rezar, Cornèlius, ¡debemos rezar!», dijo el monje Christos de repente, visiblemente conmocionado por lo que había escuchado, y aunque Cornèlius no comprendía lo que había contado aquel hombre, sabía que habían pasado cosas muy malas, por eso Christos le decía que debían hablar con Dios, que era el que lo arreglaba todo. Al salir de los muelles, aún pudieron ver a un grupo de caballeros que se dirigían al puerto con los escudos y las armas, y cuando Christos les preguntó dónde iban la respuesta lo emocionó.

—No todo está perdido. Nos han contado que más de diez mil hermanos cristianos y centenares de caballeros templarios se han refugiado en la gran fortaleza del Temple y pueden resistir. Las murallas del Temple son indestructibles, ni siquiera Saladino pudo derrumbarlas cuando las atacó hace cien años, y ahora también resistirán a las huestes del sultán. Nos unimos a los templarios, y, si Dios quiere, podremos resistir la acometida y salvaremos Tierra Santa.

—Que Dios os acompañe y os proteja, buena gente.

—Amén, hermano, amén.

Pero si la esperanza acompañaba a aquellos aguerridos caballeros que se aprestaban a combatir con los resistentes del Temple, la desesperanza reinaba entre los miles de supervivientes recién llegados, marcados por el horror que habían dejado atrás. Sus lamentos se oían por todas partes, «No hay nada que hacer, San Juan de Acre está perdida», y el caos que reinaba en el puerto de Famagusta era su trágica expresión. Famagusta olía a derrota y a muerte.

La mayoría de las personas ya habían desembarcado en las barquitas que los recogían de las galeras cuando el capitán Roger de Flor llegó al puerto. Desde allí seguía al detalle todo el proceso, tanto la llegada de la gente a tierra firme como la custodia de las riquezas de la orden que había conseguido salvar de Tierra Santa. Cuántos viajes habían hecho sus galeras transportando personas y bienes..., tantos que había perdido la cuenta, pero no flaquearía mientras hubiera un atisbo de esperanza. Aún quedaban cristianos por rescatar, y él, fray Roger de Flor, capitán de la Orden del Temple, volvería a San Juan de Acre una y otra vez hasta que no quedara nadie por salvar. Inquieto, revisaba, daba órdenes, reñía, gritaba, y todo el mundo lo respetaba, porque su fama de gran capitán lo seguía dondequiera que fuera.

Ya hacía seis años que había ingresado en la orden y, siempre que recordaba aquel día en que fray Vasall, sargento mayor del Temple, le confió la capitanía de una gran nave, sentía de nuevo el mismo temblor del primer instante en que subió a la galera, recorrió su interior y, acariciando el palo mayor, admiró los remos que esperaban en sus lugares a los hombres que los harían surcar las aguas, las velas latinas a punto de desplegarse, el magnífico esperón con los ganchos para el abordaje y la zona de colocación de los ballesteros... Y, sobre todo, recordó la emoción del momento en que bautizó la nave, «Ponle un nombre, Roger». Se llamaría el Falcó en honor del oficio real de su padre. Tenía dieciocho años cuando asumió el mando de su primera galera y en aquel momento, seis años después, el Falcó era la galera almirante y él, el capitán de toda la flota del Temple. Pero a pesar del éxito y de la fama que lo acompañaban, no sentía una brizna de vanidad ni pecaba de orgullo. Sus emociones eran más básicas y estaban relacionadas con el mar, su gente y, sobre todo, con el combate, al que se entregaba de una manera feroz y primitiva. Aquel día trágico de 1291, a punto de perder la última gran fortaleza

de los cruzados, su misión era rescatar a todos los cristianos que pudiera y salvar el tesoro de la orden, que sus marineros estaban a punto de desembarcar. Era un monje templario y un almirante que capitaneaba una gran flota, pero sobre todo era aquel niño de ocho años que se había despedido de su madre en el puerto de Bríndisi antes de embarcarse rumbo a una vida desconocida. Aquel recuerdo lejano que nunca lo abandonaba lo obligaba a superarse cada día, espoleado por la figura de su padre, que había muerto en Tagliacozzo, en la rebelión contra la ocupación francesa de Sicilia. Era un niño forjado en la mar y empujado por un anhelo constante de superación, un monje y un templario, pero, por encima del hábito y la cruz, era un superviviente, y los supervivientes no tienen otra religión que la de vencer a la muerte.

Transcurrieron los días. Mientras San Juan de Acre caía definitivamente y Famagusta iba recuperando la normalidad, el gran almirante Roger de Flor, atrapado en la caprichosa rueda de la diosa Fortuna, a la que le gustaba derrocar a reyes y a prohombres, se convertía en un expulsado del Temple y en un prófugo de la justicia.

Todo empezó con un rumor: «Se ha quedado el dinero de las nobles desesperadas», «Cobraba por rescatarlas», «Tiene escondido el botín de los templarios de Acre», «Es un ladronzuelo», y un insistente ruido de fondo de acusaciones y culpas lo atrapó en una letal tela de araña. Su negación y sus explicaciones no tuvieron peso porque su palabra había perdido valor, y la sentencia fue inapelable: si no devolvía los tesoros, lo expulsarían del Temple y lo colgarían por ladrón. Y sin dilación ni un atisbo de nostalgia, el mismo día en que recibía la amenaza, zarpó con el Falcó a Marsella en plena noche; de allí, puso rumbo a Génova, donde tenía conocidos y un gran amigo, Ticín de Orla, que podía ayudarlo a inventarse una nueva vida. Sabía navegar y luchar, el mar estaba lleno de galeras musulmanas, y también de galeras cristianas que negociaban con los infieles, y todas eran un botín bendecido por Dios. Se convertiría en un corsario, como ya había hecho cuando dirigía la flota del Temple, pero esta vez sería su propio amo y lo temerían en todo el Mediterráneo.

Los amigos no le fallaron, se consiguió el dinero, y un día soleado de 1291 fray Roger de Flor, almirante de su única galera, empezó su aventura pirata junto con unos centenares de hombres deseosos de hacer fortuna. La majestuosa galera Oliveta se echó a la mar.

A unos centenares de kilómetros de donde partía la Oliveta, una niña de ojos vivaces y piel muy morena rezaba al lado de sus padres. Garsenda, hija de Gastón de Torroella, formaba parte de la comitiva que acompañaba el cuerpo del rey Alfons al convento de Framenors para recibir santa sepultura. La herida que el rey se había hecho en la entrepierna resultó ser mortal, y a pesar de los pocos años que había gobernado ya era un señor muy querido. Desde que el rey Pere había muerto súbitamente, recién acabada la cruzada del francés, el infante Alfonso no había perdido ni un momento, y en solo seis años había confiscado Mallorca y destronado a su tío Jaume, y, para vengarse de su traición, había atacado y conquistado Ibiza y Menorca; asimismo, había sometido a vasallaje al sultán Tremecén y guerreado con el rey Sancho de Castilla, y, tras conducir arduas negociaciones y liberar al príncipe Carlos, que estaba preso en Barcelona desde la cruzada contra Pere el Grande, había firmado la paz con el rey de Francia y con la Santa Sede. Una paz que, según los caballeros de la corte, dejaba en una situación de inestabilidad a su hermano Jaume, rey de Sicilia, porque, si bien el rey francés renunciaba a los reinos catalanes, Sicilia acabaría pasando a manos de los Anjou. Alfons moría a los veinticinco años, comprometido con la culminación de la obra de su padre, el rey Pere el Grande, sin haber conocido mujer, deseoso de llegar virgen a la boda con Leonor de Inglaterra, que nunca se celebraría.

El féretro del rey ya había llegado al convento de Framenors cuando la familia de la pequeña Garsenda, acabado el recorrido por la Rambla, enfilaba la fachada marítima. De lejos podían verse las obras de la majestuosa iglesia que reinaría en el recinto y que estaban muy avanzadas, también los andamios para la construcción del claustro, que aún tardaría en acabarse. A pesar del desorden causado por las obras, el conjunto destacaba por su grandeza, y toda Barcelona se enorgullecía de rendir homenaje a san Francisco de Asís en el mismo lugar donde se había alojado, camino de Santiago, cuando aquello solo era un hospital de peregrinos.

Garsenda tenía cinco años, y aunque le costaba estarse quieta y se moría por ir a la playa a ver las olas, permanecía al lado de su madre, que no lloraba como las demás mujeres, pero estaba muy seria. Ximena le había dicho que el rey Alfons había muerto, y ella sabía que

el señor rey era muy importante porque los había conducido más allá del mar en un barco, y sus padres habían luchado en una tierra lejana a la que llamaban Menorca y habían matado a la gente que allí vivía para que fueran los catalanes, porque aquella tierra pertenecía a su señor. Era aún pequeña para luchar, pero ya sabía empuñar el cuchillo y algún día sería almogávar como su familia y lucharía al lado del señor rey.

Las campanas de la iglesia pequeña de San Francisco dieron solemnidad al momento de la despedida final, y, en medio de un silencio sepulcral que solo rompían los débiles llantos de las plañideras, Alfons el Franco, nieto de Jaume el Conquistador e hijo de Pere el Grande, rey de Aragón, Valencia y Mallorca, conde de Barcelona, del Rosellón y la Cerdaña, y señor de Montpellier y Aumelas, recibió santa sepultura.

De cómo fray Ramon Llull quiso predicar al sultán de Babilonia y fue envenenado en Famagusta

Había llegado el momento. El ayudante real daba los últimos toques a la capa de seda que Federico luciría para la ocasión. Estaba confeccionada con tela que los cruzados habían traído de Tierra Santa, y el paje se afanaba en poner cada pliegue en su sitio. Mientras se la ajustaban al cuerpo, se giró hacia los nobles que lo acompañaban en la ceremonia de la vestimenta y dijo: «Día de Pascua de 1296», como si quisiera subrayar la trascendencia de una fecha que entraría en la historia. Luego, con un gesto explícito, hizo salir a la comitiva y se quedó a solas con su ayudante, en silencio, concentrado en lo que pasaría aquel día y en las consecuencias que tendría.

¿Cómo había llegado a esa situación? Los hechos habían acaecido en cascada, como un torrente imparable de agua: la muerte precipitada de su hermano Alfons, rey de Aragón, la coronación de su otro hermano, Jaume, como sucesor de la Corona catalana, su nombramiento como regente de Sicilia... Todo parecía pautado, dirigido de manera natural por la lógica de los hechos. Él era el hijo pequeño del rey Pere, el tercero en la línea de sucesión, y, tras la muerte de su hermano mayor y de que el segundo hubiera heredado las tierras del reino catalán, le correspondía por ley la regencia de la isla de Sicilia, no solo en cuanto hijo de Pere el Grande, que era rey de Sicilia, sino también en cuanto hijo de Constanza de Sicilia, hija del rey Manfredo. ¿Quién podía poner en duda su legitimidad? No obstante, pocos meses más tarde, la traición de su hermano en el Tratado de Anagni...

Podía entender los motivos. Su hermano acababa de llegar al trono catalán y tenía que luchar en muchos frentes: las desavenencias con el rey Sancho de Castilla, los conflictos con los nobles aragoneses, la difícil conquista de Alicante y de Murcia y, en especial, el viejo conflicto con el papado y el rey de Francia a raíz de la cuestión siciliana. Era cierto que habían estabilizado militarmente la isla, sobre

todo gracias a las victorias marítimas de Roger de Llúria y a la victoria rotunda del rey Pere en la cruzada del papa, pero a pesar del dominio catalán sobre Sicilia el conflicto seguía vivo. Sin embargo, aun entendiendo la situación, no podía aceptar aquel tratado humillante.

Quería a su hermano. De hecho, siempre había pensado que era el más paciente y el más culto de toda la familia; por eso mismo sabía que había firmado la paz a regañadientes, seguramente porque no podía garantizar todos los dominios. Pero aquel tratado era una traición a los sicilianos que él, hijo de la reina Constanza de Sicilia, no podía permitir. Pensar que su hermano había cedido Sicilia al papado y a la casa de Anjou, tras lo mucho que su padre había luchado para expulsarlos de la isla, lo abatía hasta el punto de enfermarlo. Cuando su hermano trató de explicarle las ventajas del tratado, «El rey de Francia ha renunciado para siempre a la Corona catalana», «El papa ha anulado la excomunión», «Me han nombrado confaloniero de la Iglesia», «Podremos poseer Córcega y Cerdeña pacíficamente», sintió una furia profunda que surgía del fondo de la memoria, del lugar donde descansaban los reyes sicilianos que habían luchado contra los franceses. No podía aceptarlo, y si su hermano estaba obligado por el tratado a luchar contra él, «Considera que tendré que colaborar militarmente para que los Anjou recobren Sicilia», él no lo dudó: lucharía contra el rey de Aragón y lo haría como rey de Sicilia. No podía permitir que su pueblo sufriera de nuevo el despótico dominio de los franceses, y si para impedirlo había que ir a la guerra, estaba listo.

Pero antes de tomar las armas había que tomar la corona, y no lo haría con el nombre de Federico II, tal como le correspondía en la correlación siciliana, sino como Federico III, para recordar a toda la cristiandad que, por parte de madre, descendía del linaje suabo de los Hohenstaufen. Con aquel título reclamaba su condición de heredero del gran Federico II, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, el rey más notable de su tiempo.

«¡El *stupor mundi*!», exclamó en voz alta, y al recordar aquel título que los súbditos otorgaban a su antepasado una punzada de orgullo le recorrió la espina dorsal. Durante un rato se dejó llevar rememorando la leyenda de aquel rey germánico que asombraba al mundo, no solo por la importancia de sus gestas como emperador, sino también por su inmensa cultura. «Nueve idiomas hablaba, y escribía más de siete», y,

como si trazara el esbozo de una biografía improvisada, repasó sus méritos culturales: la fundación de la Universidad de Nápoles, el patronazgo de la escuela siciliana de ciencias, el impulso a los grandes sabios de la época, como el famoso astrólogo Guido Bonatti, de Forlì, la escritura de un libro de cetrería... Pero si la cultura de su antepasado lo impresionaba, aún le impactaba más su irreductible coraje, gracias al cual se enfrentó a dos papas, a tres excomuniones, reconquistó Jerusalén, persiguió de manera implacable a sus opositores y eludió todos los intentos de asesinato.

«El maldito poder del Vaticano, ¡siempre se trata del maldito poder del Vaticano!», se dijo, y, aunque aquella constatación lo enfureciera, harto de las permanentes maniobras vaticanas, al mismo tiempo fortalecía su reclamación como descendiente de Federico II, pues no en balde él también estaba a punto de enfrentarse a la Santa Sede, y, como a su antepasado suabo, tampoco le temblaría el pulso. «El papa Inocencio llegó a acusarlo de ser un hereje de costumbres sarracenas, de tener un harén vigilado por eunucos y de ser amigo del sultán de Babilonia. ¿De qué me acusará a mí el papa Bonifacio?», y al pensarlo se echó a reír, de nuevo orgulloso por la semejanza que guardaba con su notable predecesor. A punto de dirigirse al salón donde lo esperaba la corte, miró a su ayudante, que no dejaba de alisarle obsesivamente los pliegues de la capa, y con alegría desbordante le dijo:

—¿Sabes cómo nació mi pariente?

—¿Cuál, señor rey?

—El emperador Federico II, ¡quién si no!

—Perdonad, señor rey, sí, el gran emperador Federico, que en gloria esté, aunque el pueblo llano asegura que no murió, señor rey, que el emperador vive en las montañas del norte y que algún día volverá y reinará, con el permiso de vos, señor rey, que quizá he hablado de más.

—Ja, ja, ja. No, no has hablado de más, Bernardí, no te preocupes. Conozco la leyenda de las montañas de Kyffhäuser y del regreso del emperador. Quisiera Dios que volviera y reinara entre nosotros. Pero Nuestro Señor lo tiene consigo en la gloria, Bernardí, no lo dudes. Te preguntaba si sabías cómo nació...

—No, no lo sé, señor rey...

—Pues voy a contártelo, ¡zoquete! Te dejaré pasmado. Su madre,

Constanza de Sicilia, dio a luz en plena plaza pública para que nadie dudara de que fuera hijo de una reina. Así nació mi antepasado Federico, con la furia de los grandes reyes germánicos. Yo seré Federico III de Sicilia, y, como heredero de Pere el Grande y descendiente del emperador Federico, añadiré en el escudo de armas del reino de Sicilia, al lado de las armas de la Corona de Aragón, la enseña de la dinastía suaba. Las cuatro barras catalanas y el águila negra de los Hohenstaufen, ese será mi escudo. Y ahora, vamos, que el pueblo de Sicilia me espera.

Escoltado por la guardia real y seguido por los nobles y prohombres de la isla, el hijo menor de Pere el Grande entró en la capilla palatina del Palacio Real. Hacía más de cien años que el rey Rogelio II de Sicilia había encargado esa gran capilla, situada justo en el centro de la planta baja del edificio. Mientras caminaba con parsimonia hacia el corazón del recinto, Federico se distrajo observando sus maravillas: los mosaicos de los tres ábsides, con el gran Cristo Pantocrátor en el centro, la imagen de Rogelio II recibiendo la corona de Cristo, con la inscripción en griego Rogerios Rex, el excepcional techo de madera, las incrustaciones de mármol de las paredes, el magnífico suelo... Se sentía orgulloso de aquella extraordinaria capilla y del palacio, construido por el emir de Palermo cuatro siglos antes, que él, rey de Sicilia, haría aún más grande.

Cuando, ya coronado como Federico III, salió a saludar desde el balcón del palacio, la gran plaza estalló en un clamor ensordecedor que duró mucho rato. Aquella mañana hacía frío en Palermo, pero él solo notaba el calor de su pueblo, deseoso de ser gobernado por un rey siciliano y no por un impostor francés. Tras la coronación hubo un gran banquete y las celebraciones posteriores duraron toda una semana. Sicilia se vistió de fiesta con sus mejores galas, indiferente al desastre que se aproximaba.

Cuatro años después, la guerra hincaba sus colmillos en las tierras de Sicilia y la marcaba con su mordedura de sangre y hambre. Tras la derrota en cabo d'Orlando y la matanza posterior de más de seis mil prisioneros de la flota siciliana a manos del almirante Roger de Llúria, que dirigía la guerra contra el rey Federico, las huestes de los sicilianos habían tenido pocos motivos de alegría. Pero el milagro que

acababa de protagonizar fray Roger de Flor podía cambiarlo todo. «*Audentis fortuna iuvat*», proclamó eufórico el máximo responsable de la defensa de la ciudad de Mesina, el almogávar Ramon Muntaner. Acababa de llenarse el estómago con un gran plato de vianda tras tres días de ayuno, y su devoción por el famoso corsario era absoluta. «Sí, ¡la fortuna sonríe a los audaces!», repitió, y la frase de Virgilio retumbó en el ánimo de los habitantes de la ciudad, que llevaban meses resistiendo un asedio imposible. El duque Roberto de Anjou había conseguido asfixiar Mesina por todos los frentes para matarla de hambre: por tierra no podían entrar ayudas porque el duque había tomado todas las plazas de los alrededores y había reforzado las tropas en Catania, y, por mar, el estrecho de Mesina estaba totalmente bloqueado por un centenar de galeras enemigas. Ni un leño ni un bote, por pequeños que fueran, podían romper el sitio. Nadie, salvo Roger de Flor.

«¡Qué hombre tan extraordinario!», exclamó, y, recordando la gesta grandiosa que había protagonizado, pensó que algún día la pondría sobre el papel a fin de que el mundo conociera su destreza por los siglos de los siglos. «Los grandes hombres deben tener a alguien que escriba de ellos.» Animado por este espíritu, repasó los detalles que no podría olvidar: las diez galeras que Roger de Flor había cargado de trigo en Sciacca; la estancia en Siracusa, mientras el almirante esperaba que se desatara una tempestad con vientos de siroco o de mediodía; su loca determinación de cruzar el estrecho azotado por una terrible tempestad... «*Tempus fugit*», se dijo repentinamente, y como si la fugacidad del tiempo lo acuciara aquel día glorioso de finales de 1299, a punto de estrenar un nuevo siglo, Ramon Muntaner empezó a escribir un esbozo.

«Nadie que no fuera un marinero tan bueno como fray Roger habría osado pensar en hacerse a la mar. Pero él zarpó de Siracusa, y al alba llegó al Faro de Mesina. Ese estrecho es la maravilla más grande del mundo, y ningún barco dura mucho en él cuando arrecia la tempestad con viento de siroco o de mediodía, porque la corriente es tan fuerte y la mar es tan gruesa que no hay embarcación que lo resista. Pero fray Roger se preparó para entrar en Mesina en la primera de sus galeras, que llevaba las velas recogidas. Y cuando los hombres de las galeras del duque lo vieron, se pusieron a silbar y trataron de levar anclas, pero no pudieron hacerlo. Así fue como las

diez galeras de fray Roger entraron en Mesina sanas y salvas, sin que una sola hebra de la ropa de los marineros estuviera seca, pues todos estaban empapados.»

Luego todo vino rodado: la llegada de las tropas del rey Federico comandadas por el conde Galcerán, con setecientos caballeros y dos mil almogávares, el ataque a las tropas del duque por dos flancos, la retirada del enemigo hacia Calabria y, finalmente, el levantamiento definitivo del asedio. Todo gracias a la insensata maniobra de Roger de Flor en el estrecho más peligroso del Mediterráneo.

¡Cuántas gestas audaces como aquella había protagonizado! Desde que lo conocía, fray Roger no había dejado de impresionarlo. Recordaba el día en que lo vio por primera vez, allí mismo, en Mesina, cuando se presentó ante el rey Federico. «Mi padre fue halconero del emperador Federico II y murió defendiendo al rey Conradino en la batalla de Tagliacozzo. Será un honor para mí, su hijo, defender a Federico III», y dicho esto puso a todos sus hombres y todas sus galeras al servicio del rey. Desde entonces, no había barco amigo o enemigo que no hubiera saqueado, tanto en el mar como en la costa, determinado a obtener muchas ganancias para alimentar a las ciudades asediadas por los Anjou.

Había capturado de todo, desde una gran nave con tres cubiertas perteneciente al mismísimo rey Carlos, cargada con trigo y provisiones que repartió entre la gente de Siracusa, hasta toda clase de cargueros, leños y galeras, que tras expoliar devolvía a sus propietarios. A los amigos les entregaba un pagaré en el que prometía restituirles los bienes una vez acabada la guerra, y a los enemigos les quitaba todo lo que llevaban, pero ni los mataba ni les estropeaba las naves. Antes de dirigirse a Mesina, con la intención de romper el sitio del duque de Anjou, fray Roger de Flor ya había conseguido cientos de soldados, a los que pagaba con seis meses de antelación, había abastecido pueblos y ciudades con las ganancias de los saqueos y había sido nombrado por el rey vicealmirante de Sicilia y miembro de su consejo; asimismo, le había otorgado dos castillos y las rentas de la isla de Malta. El antiguo miembro del Temple y corsario de renombre era sin duda el hombre que podía dar la victoria al rey de Sicilia. Además, en aquel momento, tras romper el sitio de Mesina, esa victoria estaba más cercana. «¡Y pensar que antes de ofrecerse al rey Federico se había ofrecido al duque de Anjou!»; aquella constatación le recordó la

fragilidad del éxito, siempre sometido al capricho del azar. El delicado hilo del destino...

«El hombre o el navegante, ¿cuál de los dos es más digno de admiración?», se preguntó de repente, convencido de que, si las comparaba, las extraordinarias habilidades de navegación de fray Roger eran incluso inferiores a las de mando. Nunca había visto a un hombre más estimado por sus soldados que Roger de Flor, y cuando un día elogió su liderazgo: «Los almogávares morirían por ti», él le respondió: «Saben que yo moriría por ellos». Puede que aquella fuera la clave de su gran carisma, no ser más que un soldado raso a pesar de la gloria y la riqueza que lo rodeaban.

Pero también era la luz, la luz que emanan los grandes hombres de manera natural, como si fueran estrellas indiferentes que pasean entre los mortales sin conciencia de su resplandor. En toda su vida, solo otro hombre le había causado el impacto que le provocaba fray Roger. Tenía nueve años cuando, por la puerta grande de la posada que su padre, Joan, tenía en la plaza mayor de Peralada, entró el rey Jaume el Conquistador en persona, acompañado por el rey de Castilla, su yerno Alfonso X, y su esposa, Violante de Hungría, hija del rey catalán. Iban de viaje a Bellcaire para encontrarse con el papa Gregorio X, y, a pesar de que él era un muchacho, aquel hombre gigantesco se le grabó para siempre en la memoria. Su presencia era tan imponente que pensaba que no habría nadie más en la tierra que le causara un impacto parecido. Nadie más hasta que conoció a Roger de Flor.

A partir de aquel día, la impresión que le causaba su carisma se mezclaba con el orgullo que sentía por luchar a su lado. Embargado por este doble sentimiento, fantaseó imaginando cómo llegaría su figura a la historia. Sin duda, incluiría las gestas de fray Roger de Flor en el relato de los grandes hechos de los reyes catalanes que planeaba escribir, y de todos ellos quería dejar testimonio porque él, Ramon Muntaner, almogávar y procurador general del almirante Roger de Flor, debía a su época una gran crónica.

Mientras las huestes de Federico III ganaban aquella batalla decisiva en Mesina, en el otro lado del Mediterráneo se invertía el mapa de Oriente. El rey mongol de Persia acababa de derrotar a los mamelucos

en la batalla de Wadi al-Jazandar. Días después, acompañado por el rey armenio Haitón y por un buen número de caballeros templarios y hospitalarios que lo seguían, Ghazan Kan entraba en Damasco y la noticia de la derrota de los mamelucos encendía los anhelos de cruzada en toda Europa. El sueño de expulsar a los musulmanes de Tierra Santa y recuperar Jerusalén estaba de nuevo al alcance, y aquella tenue llama que se encendía en el corazón de la cristiandad se convertía en un fuego ardiente en el corazón del monje Ramon Llull.

Se enteró de la derrota mameluca meses después de la victoria mongola, durante una estancia en Mallorca dedicada a predicar entre los sarracenos de la isla; en ese mismo instante, tomó la decisión: iría a Oriente a vivir en primera línea el trasiego de la historia. El tablero de Oriente se había movido, y las oportunidades bélicas se abrían a la vez que las comerciales. Así, el rey Jaume acababa de escribirle una carta, dirigida a Ghazan Kan, a su embajador Pere Solivera...

> ... decidle de parte del señor rey al llamado rey de mongoles que el señor rey de Aragón desea saber si necesita ayuda, qué parte obtendrá de la Santa Tierra que acaba de ganar por la gracia de Dios nuestro Señor, y de la que de ahora en adelante ganará y conquistará.

Lo mismo se aprestaba a hacer el rey francés, deseosos todos ellos de dominar el reino de Jerusalén. Incluso el Vaticano buscaba la ayuda del comerciante Marco Polo a fin de que intercediera ante Ghazan Kan, que había elegido esposa para el rey de Persia y a quien marco Polo había acompañado desde China.

Pero Ramon Llull no estaba para cartas, negociaciones e influencias, convencido de que la obra del Señor no podía permitirse la pérdida de oportunidades, y nadie sabía cuánto resistiría la victoria de los mongoles. Así pues, empujado por su indómito temperamento e iluminado por la luz de Dios, el sabio mallorquín, vestido con el hábito franciscano, se puso en camino hacia Nicosia. Se reuniría con el rey Enrique de Chipre, le hablaría de una nueva cruzada y le pediría permiso para ir a predicar al sultán de Babilonia. Estaba a punto de cumplir los setenta y el viaje era fatigoso, pero su cuerpo estaba fuerte y su mente despierta, y nada ni nadie le impediría servir a la obra del Señor.

El día que el joven Cornèlius, huyendo del ataque de un marido celoso, se topó con el monje franciscano Ramon Llull, este ya había

sufrido su primera decepción. El rey Enrique le había prohibido que fuera a Babilonia a predicar al sultán, y también estaba en contra de armar una nueva cruzada, sobre todo en ese momento en que Damasco volvía a estar en manos de los mamelucos.

—La situación es muy volátil, fray Lullus, y los mamelucos son de nuevo muy fuertes. Solo conseguiríamos otra derrota. Y en cuanto a lo de Babilonia...

—Si me dais vuestra venia, señor rey, me veo capaz de convencer al sultán de Babilonia, pues según tengo entendido es un hombre juicioso. Y también a los sultanes de Egipto y de Siria. Los podemos convencer a todos con la palabra, porque la buena palabra contiene las buenas razones, y las de nuestro Dios, señor rey, son superiores a las demás. He convertido a muchos infieles a la fe verdadera gracias a la superioridad de la razón cristiana. Dadme permiso.

—No, fray Lullus, no tenéis mi permiso ni lo tendréis. Ahora no es el momento de arriesgar la vida de un hombre santo, de un sabio como vos, en pos del peligroso propósito que tenéis. No iréis a Babilonia, pero si os agrada debatir sobre las cuestiones de la fe, os doy mi permiso para hacerlo con los nestorianos y con los monofisitas, así como con los judíos, que en Chipre son numerosos y muy sabios. En Famagusta encontraréis la comunidad nestoriana más grande de la isla, con ellos podréis sin duda tener grandes debates sobre la naturaleza de Dios y los demás temas de la fe.

—Pero, señor rey...

—Id en paz, fray Lullus, y no insistáis. Ya habéis escuchado la palabra del rey.

La había escuchado, pero si algo había ido modelando a lo largo de los años, piedra a piedra, era la tozudez, forjada en la determinación de superar cualquier obstáculo que le impidiera culminar la gran obra de Dios que se había prefijado. ¿Cuánto tiempo había pasado desde aquella noche lejana en que, tumbado en su cama, en Mallorca, mientras escribía una canción licenciosa para una dama que le había robado el corazón, nuestro señor Jesucristo en persona se le apareció en la cruz? Treinta, o quizá cuarenta años habían transcurrido desde la primera vez; luego hubo una segunda, y una tercera, pero hasta la cuarta no entendió que Dios lo llamaba por medio del cuerpo torturado de Cristo. Y cuando la llamada penetró hasta el fondo de su alma, nunca más se alejó de la obra de Dios.

Debía demostrar la superioridad del cristianismo y solo podía hacerlo si creaba un sistema filosófico completo, un pensamiento que lo integrara todo: la ciencia, la moral, a los reyes y a los vasallos, la religión..., todas las inquietudes del hombre conciliadas en una *Ars* infalible que obligaría a los infieles a convertirse inevitablemente, forzados por la razón. La superioridad del mensaje de Cristo debía estar presente en todos los ámbitos de la vida y de la naturaleza: el comercio, la astrología, el amor, el poder..., todo giraba alrededor del Dios cristiano, el único que podía iluminar la oscuridad del alma humana. La razón debía ser el camino que conducía a la fe.

Y para servir a ese propósito, debía crear una obra magna que no dejara sin respuesta ningún hecho, interrogación o inquietud humana. Lo haría de una manera sencilla, porque no estaba dirigida a una comunidad de sabios, sino al pueblo llano, y siempre en la lengua apropiada, ya fuera el árabe o las lenguas vulgares, aunque también se sirviera del latín. Así lo había hecho en su primer texto, *Compendio de la lógica de Al-Gazzali*, escrita en el árabe que le había enseñado su criado sarraceno, y que él mismo había traducido al catalán y al latín. Y desde aquel primer libro ya había escrito más de cien, y, si Dios le daba fuerzas, escribiría otros cien, y cien más, y seguiría fundando centros de formación misionera donde los monjes aprendieran el árabe y el tártaro para llegar mejor al corazón de los infieles. Aquel era el propósito de su vida, el aliento que lo sostenía día tras día por los caminos de la cristiandad.

«Ya habéis escuchado la palabra del rey», le había dicho Federico III, pero aunque la palabra de un rey fuera ley, no era infalible. Quizá no podía viajar a Babilonia sin su permiso, pero podía tratar de convencer al gran maestre del Temple para organizar una nueva cruzada. Era el momento de recuperar Tierra Santa, y si un rey no lo tenía claro, quizá un gran templario, cuya influencia ningún rey menospreciaba, fuera de otra opinión.

Por eso el día de octubre de 1301 en que conoció a aquel endemoniado joven sin pantalones, el monje fray Ramon Llull paseaba por las calles de Famagusta en compañía del gran maestre Jacques de Molay. Hacía poco que había terminado un nuevo libro, la *Retórica nueva*, escrito en catalán en el monasterio de San Juan Crisóstomo, en la aldea de Bellapais. Estaba satisfecho. La paz de las montañas de Cirina lo había inspirado, y estaba convencido de haber creado un

auténtico manual de retórica que ayudaría a realizar inspiradores discursos. «Orden, belleza, ciencia y caridad», tales eran los cuatro pilares de una buena retórica, las recetas para convencer y seducir. Pero nada tenía valor alguno si el discurso no se amparaba en la contención moral de quien lo emitía y en la elevada finalidad que lo motivaba. Sabía que la retórica constituía una herramienta de seducción muy poderosa, pero era necesario dejar por escrito que solo tenía valor si se empleaba al servicio de la bondad y de la verdad y en honor a Dios.

«En honor a Dios, apreciado amigo —le decía en aquel momento al gran maestre—, ya ha llegado la hora de servirle de nuevo con las armas.» Jacques de Molay lo escuchaba con buena voluntad, pero sin convicción, pues no creía que hubiera ninguna posibilidad de vencer a los mamelucos, que volvían a dominar Tierra Santa. Justo cuando estaba a punto de replicar, la escena dantesca de un muchacho que corría hacia ellos con los atributos masculinos al aire interrumpió bruscamente la conversación. El joven, con una herida en el cuello de la que manaba sangre que le bajaba por un brazo, corría enloquecido como alma que lleva el diablo, aunque aquel diablo en particular había asumido la fisionomía de un venerable comerciante que, blandiendo un cuchillo con aire amenazador, gritaba toda clase de improperios.

«¡Qué pasa aquí!», exclamó furibundo el gran maestre agarrando al vuelo al mozalbete del brazo; el chico era tan esmirriado que no parecía un hombre, sino un pequeño simulacro. Sin embargo, la tragedia de la sangre y la muerte pronto se transformó en una comedia de señoras finas y maridos ofendidos, y fue Ramon quien impuso un final brusco. La imagen esperpéntica de aquel joven de cuerpo pequeño y descomunales atributos sin pantalones, levantado por la mano poderosa de su amigo De Molay, cuya túnica blanca empezaba a mancharse de sangre, se le antojó una escena disparatada, pero no exenta de cierta ternura. Puede que fuera una prueba que Dios le mandaba, una oportunidad para ayudar a un cristiano perdido, y no cabía duda de que aquel muchacho estaba muy desorientado. Además, hacía días que buscaba un ayudante porque sus dos criados estaban desbordados y aquel joven podía conciliar las dos necesidades: la de completar el servicio y la primordial de cumplir una buena obra de Dios.

«¡Basta!», espetó en pleno griterío excitado de la gente. Alguien había exclamado: «Mátalo, Georgios, mátalo», y la turba se había unido al grito mientras salivaba con la sola previsión de un espectáculo de sangre y venganza. Repentinamente, sin pensarlo dos veces, inspirado por la fuerza de la fe, fray Ramon Llull se vio a sí mismo empujando a aquel pobre pillo sin pantalones por las calles de Famagusta camino de la casa que tenía al lado de la iglesia de San Jorge de los Latinos. Se sentía de excelente humor. Al fin y al cabo, no había nada más inspirador para un soldado de Dios que encarrilar a una joven alma extraviada.

El estado anímico del joven Cornèlius, en cambio, no se destacaba por nada, excepto por el terror que lo atenazaba y le provocaba una necesidad incontrolable de hablar sin ton ni son, como si las palabras apaciguaran su miedo. La herida había dejado de sangrar y apenas le dolía, pero tenía los pies destrozados de correr descalzo y notaba un leve picor en la punta del miembro, que se balanceaba indolente al ritmo de sus pasos. Cuando, más tarde, finalmente habituado a la peculiar vida del monje, Cornèlius recordaba aquel primer encuentro, aún sentía una punzada en el estómago, igual a la que experimentaba de pequeño cuando el monje Christos se bañaba en el río y lo abrazaba desnudo. Siempre le había gustado aquel juego infantil, pero un sutil temor se disparaba en su interior, como si lo advirtiera de un peligro.

Hasta que un día de cinco años atrás... Desde que había llegado al convento, recién nacido, el monje Christos siempre había estado a su lado, y la costumbre de bañarse sin ropa en el río se remontaba a antes de que tuviera conciencia; seguramente a cuando era un bebé y la nodriza Calimeris lo lavaba con una esponja de mar, ras-ras, y la suciedad desaparecía dejándole la piel irritada. Cuando veía una esponja de mar, instintivamente aún notaba aquel roce áspero en la piel de su infancia, como si los recuerdos tuvieran tacto.

Pero el monje Christos no le hacía ras-ras cuando le pasaba la esponja por el cuerpo, ni le quitaba los restos de suciedad, sino que lo acariciaba lentamente, entreteniéndose en algunos rincones sensibles, lo cual le causaba una extraña desazón y le erizaba el vello de los brazos. «Mira, se me ha puesto carne de gallina», y los dos se reían. Pero aquel atardecer, poco después de cumplir once años, el leve temor que siempre había sentido le heló la alegría. Acababa de

zambullirse en el río desde una roca que había en la orilla y se dirigió hacia el lugar donde chapoteaba el monje, que se mantenía sentado en el lecho con medio cuerpo dentro del agua. «Ven, Cornèlius, ven», lo llamó con voz melosa, pero cuando estuvo a su lado el rostro de Christos se había transformado. Se lamía frenéticamente los labios, enrojecidos, y su mirada no era tierna como siempre, sino ávida y a la vez feroz, como si el maligno lo hubiera poseído. «Ven, ¡ven aquí de una vez!», le gritó de nuevo con un tono desagradable, y cuando por fin se acercó, algo atemorizado, el monje lo apretó contra su cuerpo, y, agarrándole el miembro con fuerza, se puso a estrujarlo. «Me haces daño, me haces daño», pero sus gritos se perdían en el rumor del viento de la tarde, que ese día soplaba con fuerza. De repente, el monje lo giró bruscamente y toda la grasa de su cuerpo obeso se cernió sobre el pequeño cuerpo de él, aplastándolo con su peso contra el río; las piernas no lo aguantaban, el agua le entraba por la nariz, se ahogaba... «Suéltame, fray Christos, ¡suéltame!», pero el monje empujaba con fuerza, como si quisiera agujerearlo.

Nunca supo cómo logró desasirse. Recordaba un movimiento brusco para escaparse de los brazos que lo sujetaban, manotazos, cabezazos, patadas, y que, de repente, mordía al monje en la barriga, «Ay, maldito demonio, te mataré», y que lo mordía de nuevo, más fuerte, esta vez en un pezón, «Desgraciado, hijo del diablo», que no dejaba de morder, y que, en un momento de descuido del monje, conseguía salir del agua, recoger la ropa del suelo y ponérsela de cualquier manera, una manga no le entraba, cogía las alpargatas al vuelo, sin calzarse, y salía de allí pies en polvorosa —la primera huida de su vida—, los gritos del monje en la lejanía, el miedo que lo atenazaba, la determinación de salvarse, Dios que lo amparaba, o quizá el demonio, porque si los monjes eran hombres de Dios, debía de ser él quien tenía el diablo en el cuerpo.

No sabía cuánto rato estuvo corriendo. Minutos, o quizá horas, daba igual, porque el tiempo de aquel atardecer de otoño se había vuelto blando y resbalaba sobre él como si fuera gelatina. Vagó por los bosques y los campos de los alrededores durante muchos días, alimentándose de hierbas, de raíces y de fruta que conseguía robar de algún cesto despistado. No podía volver al convento porque no sabía con certeza si había cometido algún pecado o, peor aún, si el monje Christos le haría de nuevo aquellas cosas que le revolvían el estómago

y le daban mucho asco. Además, sin duda el monje estaría muy enfadado porque se había escapado, y vete tú a saber qué le haría el hegúmenoCornèlius, con el mal genio que se gastaba, de manera que huir le parecía la única salida. Finalmente, agotado y hambriento tras días de vagabundeo, una noche se tumbó sobre la paja de un pequeño cobertizo donde había un burro atado y se durmió como si nunca fuera a despertarse. Pero el monje Andreas, que era un estudioso de los libros de la antigua Grecia y conocía todos los dioses de la Antigüedad, solía decirle que la ninfa Tique lo bendijo cuando nació, y que la suerte seguiría sus pasos. Y así fue como Tique, adornada con su corona mural, lo visitó aquella noche y, de buena mañana, una mujer de mejillas rosadas y sonrisa amplia lo despertó con un mendrugo de pan y una pequeña porción de queso. «Soy la señora Athina Papageorgiou. ¿A quién tenemos aquí? ¿Tienes hambre, muchacho?»

Estuvo allí más de un año, durante el cual ayudó con el ganado y las faenas de la granja, hasta el día en que un hermano de la señora Athina, el señor Yiannakis, que había ido a visitarla, le propuso que se fuera con él a su casa, en Trikomo. «No eres muy fuerte, pero sabes leer y escribir, y eso me será muy útil», y puesto que era verdad que sabía leer y escribir, porque los monjes le habían enseñado, y además sentía un gran deseo de vivir aventuras, aceptó el ofrecimiento del señor Yiannakis y se marchó de Famagusta por primera vez.

Los años y la vida de los años... Los últimos cinco habían pasado volando, pero al mismo tiempo habían estado llenos de sorpresas, lugares, experiencias, encuentros, aprendizajes... Con el señor Yiannakis, que era un hombre bonachón y agradable, había aprendido el valor de ser respetado. A diferencia de lo que pasaba en el convento, donde llovían collejas por cualquier falta, el señor Yiannakis nunca lo reñía y, en cambio, lo felicitaba cuando escribía con buena letra o acababa un encargo con antelación, y aquel extraño sentimiento de ser valorado lo había trastornado como ningún otro. Notaba que crecía rápidamente, pero no de la manera innata en que lo hacía en el convento, donde se arrastraba entre los demás como un simple proyecto de monje, sino de una manera poderosa, como si la confianza echara raíces en su interior y lo identificara, convertido en él mismo, como uno más y no como uno de tantos.

La estancia con el señor Yiannakis duró dos años escasos y habría

podido alargarse mucho más si el aroma a romero y lavanda de una chica que vendía fruta en el mercado no hubiera encendido sus instintos primarios. Tenía catorce años cuando le dio un beso furtivo, un día en que ella estaba en el callejón de detrás de la plaza del mercado trajinando con las cajas. Fue un momento indeleble, un simple murmullo en la gran conversación del mundo, una brizna de aire perdida en un viento de levante enfurecido, pero aquel instante contenía todos los instantes del tiempo, todas las palabras del lenguaje, toda la furia del dios de los vientos. Y cuando ella levantó la vista y le dedicó la mirada más tierna que una chica le había prodigado nunca a un chico, Cornèlius supo que se había enamorado perdidamente. Luego empezaría el juego del amor, pequeñas señales que se enviaban en la distancia, miradas cómplices cuando se encontraban en el mercado, citas fugaces que no duraban nada pero que contenían un universo entero.

Unas semanas más tarde, Cornèlius estaba convencido de que Anastasia, así se llamaba la chica, sería la mujer de su vida, y buscaba la manera de hablar con el señor Yiannakis a fin de preguntarle qué debía hacer para casarse con ella. Aún eran muy jóvenes, pero muchas chicas se casaban a la edad de Anastasia, que ya había cumplido los quince años, y él le llevaba pocos meses. Además, estaba seguro de que el señor Yiannakis les permitiría vivir en su casa, que era una de las más grandes de Trikomo. Así, ilusionado y convencido, iba tejiendo la trama del futuro, como si fuera una de las moiras del destino.

Finalmente, un día en que paseaban por una calleja de las afueras del pueblo, con las manos muy cerca y el deseo a flor de piel, mirándose con complicidad, Cornèlius le habló de la boda. «Te quiero para siempre», le dijo tembloroso, con el corazón desbocado, a punto de estallarle en el pecho. Ella lo miró dulcemente, entornando sus negros ojos, y, amorosa, le respondió que lo quería mucho y que soñaba con pasar la vida a su lado, pero que antes...

¿En qué preciso momento la dulzura melosa de aquel instante se transformó en una estrambótica situación de gritos y lamentos? «¡Ay, Dios mío, ay, Dios mío!», gritaba Anastasia, como un lechal en el matadero, mientras él, que no entendía nada, la miraba, desconcertado y atónito, con la túnica medio levantada y la punta de su miembro mirando al cielo, tan desconcertada como él. Unos

instantes antes, la chica le había dicho que conocía el secreto de los hombres porque se lo había visto a su hermano cuando este se bañaba en la balsa de la noria, y que quería ver el suyo porque su madre, hablándole del secreto de los hombres y de cómo se concebían los hijos, la había prevenido de que los que tenían el secreto muy grande podían reventar a una mujer, por lo que era mejor asegurarse de que el secreto fuera pequeño. «Enséñame tu secreto un momento, solo un momento, sin tocarlo, ¿eh?, solo mirarlo un momento antes de casarnos». Él, algo confundido y aturullado, pero determinado a no perder a su enamorada, le hizo caso y se levantó la túnica, y el pene, que llevaba un rato felizmente empinado, se mostró en todo su esplendor. Por un instante creyó que había superado la prueba, fuera cual fuese su sentido, pues no la entendía del todo, pero los gritos horrorizados de Anastasia y su huida desesperada le permitieron hacerse una idea exacta de la magnitud de la tragedia. Su gran amor se había fundido en un grito, repentinamente engullido por el grandioso homenaje que su miembro le rendía al dios Príapo cuando se sentía feliz. Acababa de descubrir que el tamaño de sus atributos masculinos era desproporcionado y que lo que el monje Christos alababa con entusiasmo, «Aquí abajo tienes unas joyas divinas», no era un regalo de Dios, sino un castigo.

Durante mucho tiempo se sintió como una especie de monstruo y algunas noches, cuando el deseo lo embargaba y su pene se alzaba triunfante, se lo estrujaba hasta hacerse daño con la esperanza de que se redujera de tamaño. No quería tener aquellas joyas divinas, sino ser un simple mortal, como el resto de los hombres que no asustaban a las señoras. Además, Anastasia había contado su secreto a las demás mujeres del mercado y cuando iba a la plaza notaba que lo miraban fijamente, lo cual le causaba una inmensa vergüenza. Pensaba que estaba condenado a la soledad, y en algún momento albergó la idea de volver al convento y hacerse monje, pero entonces se acordaba de la mirada lasciva de Christos y de la manera en que lo había atacado, y desistía. Se quedaría para siempre al servicio del señor Yiannakis y renunciaría al sueño de casarse con una buena chica que lo quisiera, porque ninguna mujer aceptaría su secreto.

Pero Cornèlius no sabía que la eternidad de los humanos acostumbra a no ser eterna, y un día que fue a hacer un encargo a casa de la señora Androulla, la exuberante esposa del señor Theodoros

Antoniadou, uno de los hombres más influyentes de Trikomo, esta lo miró con una extraña sonrisa, que a él no le pareció de rechazo, sino de bienvenida. Fue así como descubrió que el descomunal tamaño de su secreto podía surtir en las mujeres el efecto contrario del que había provocado a Anastasia, y, sin saber cómo, se encontró en los brazos de algunas señoras de bien que alimentaban su autoestima rindiendo honor a su miembro. Sus joyas divinas se volvían humanas en las manos expertas de las grandes mujeres de Trikomo. También descubrió una segunda vida terrenal: podían ser una fuente inesperada de regalos y dinero. Así, de esta manera festiva, el joven Cornèlius superó la dolorosa herida causada por el primer amor y se dedicó, en cuerpo y pene, a gozar de las profundidades femeninas, que lo enviciaban tanto cuanto adoraban su maravilloso secreto.

Fue una de ellas, la señora Konstantina Petrou, una mujer voluminosa de grandes pechos y voz de pito, dos veces viuda y las dos felizmente heredera, la que haría regresar a Cornèlius a Famagusta. La mujer decidió irse a vivir con su hermana, también viuda, a la casa que su primer marido tenía en Famagusta, donde vivían tres de sus hijos, y era tanta la devoción que sentía por el joven que le ofreció una vida de bienestar si la acompañaba como criado. «Serás mi delicioso consuelo», y Cornèlius pensó que si la consolaba lo suficiente quizá le dejaría alguna de las riquezas que poseía. Pero cuando, a los dos meses de llegar a Famagusta, la mujer murió súbitamente al atragantarse con un hueso de cordero que devoraba con fruición, los hijos de la señora Konstantina, que nunca le habían profesado simpatía, se encargaron de truncar la ilusión de un futuro prodigioso. Sin casa, oficio ni beneficio, pero con la fructífera habilidad que había adquirido con las señoras de Trikomo, Cornèlius se dedicó a ofrecer consuelo a las señoras de bien, con los riesgos que el peligroso oficio comportaba.

A esos asuntos lujuriosos se dedicaba el joven Cornèlius cuando el gran maestre del Temple lo levantó al vuelo y probablemente lo salvó de morir a manos del prestigioso comerciante de telas Georgios Aetós, que lo había pillado lamiéndole los pechos a su esposa, la señora Melanta, de quien se decía que era la mujer más fina de la isla. Pero no fue Jacques de Molay, sino fray Ramon Llull quien, emperrado en hacer de él un estudioso y un hombre de fe, lo redimió de los pecados de la carne. «Tienes cabeza, Cornet, tienes cabeza, pero

aún estás verde», le decía, y, cogote en mano, lo inclinaba hacia delante sobre los textos filosóficos y sagrados.

También solía leerle las hojas de un nuevo libro que estaba ultimando, y que se titularía *El libro de los secretos de la naturaleza*. A pesar de que Llull lo escribía en su idioma, el catalán, improvisaba una rápida traducción al latín para mostrarle algunos fragmentos y luego le preguntaba qué le parecía lo que había escuchado.

«Puesto que la naturaleza es algo muy genérico y sin ella las cosas existentes no tendrían sentido, es necesario y útil conocerla, pues una vez que conocemos la naturaleza y sus secretos, el intelecto humano se serena y se deleita investigando y descubriendo las verdades de las cosas naturales.»

—¿Qué significa este párrafo, fray Lullus?

—Que hay que conocer las cosas naturales, Cornet, para poder entender la unión de la naturaleza divina con la humana. Esta será la base para convencer a los monofisitas y a los nestorianos, así como a los musulmanes, de la verdad de la Santísima Trinidad. La encarnación del hijo de Dios, es decir, el Verbo.

—Pero habláis de la naturaleza, no de Dios. ¿Es un libro científico?

—Es todo. Es un libro científico, filosófico y teológico centrado en estudiar el concepto de naturaleza. Querido Cornet, hablar de la naturaleza es hablar de Dios.

Al lado de fray Lullus, dejando a un lado la comprensión de los textos que este escribía, Cornèlius aprendió latín y descubrió el arte del debate retórico, que lo fascinaba, sobre todo cuando el monje debatía con los nestorianos de Famagusta, que aseguraban que María no era la Madre de Dios, sino solo de Jesús, porque Cristo tenía dos naturalezas, la humana y la divina, es decir, era dos *prosopon* en una, y no una sola persona. Los debates con los judíos, en cambio, le resultaban mucho más farragosos y, en general, incomprensibles. «¿Por qué tenéis que hablar con esos usureros infieles?», refunfuñaba cuando acompaña a Llull a uno de esos debates, y él siempre le respondía: «Debemos convencerlos, Cornet, debemos convertirlos», y le contaba que los judíos estudiaban el Talmud y conocían la lógica y la filosofía griegas, y le recordaba que el cristianismo tenía sus raíces en el judaísmo.

—Sin aquellos primeros pasos de los judíos, la Verdadera Fe

nunca habría llegado, querido Cornet.

—Pero entonces, fray Lullus, si fueron los primeros, ¿son más puros que nosotros? ¿Están más cerca de Dios?

—No, no, Cornet. Ellos siguen las primeras leyes, es cierto, pero son prisioneros de las antiguas creencias, y tal cosa los aleja del Dios verdadero. Por eso hay que hablar con ellos, para guiarlos hacia la verdadera fe. No los convertiremos con la fuerza, sino con el poder de la razón.

—Siempre había oído decir que son mala gente, avaros, usureros y muy pecadores, infieles peligrosos.

—No des crédito a las habladurías. Son gente sabia, muy difícil de convencer, porque saben interpretar muy bien los principios divinos. Por eso me gusta debatir con ellos, porque son hombres de estudio. Aunque no haya manera de que entiendan la verdad de la Trinidad.

—Entonces, ¿no son infieles?

—Son infieles que han abierto el primer camino del cristianismo, pero se han estancado en los viejos principios. Algún día deberías leer un libro que escribí hace más de treinta años. Se titula *Libro del gentil y de los tres sabios*, y cuenta que un pagano les pregunta a un cristiano, a un musulmán y a un judío cuál es la verdad, y los tres sabios dialogan entre ellos. Leyéndolo entenderías que las tres religiones tienen muchos vínculos, muchos principios comunes. Pero solo los cristianos poseemos la fe verdadera, Cornet, nunca lo olvides.

»¿Sabes que desde hace tres años disfruto de un privilegio real otorgado por mi rey, Jaume II de Mallorca, que me permite predicar en las proximidades de las sinagogas los sábados y de las mezquitas los viernes? En Mallorca lo hacía acompañado por cinco prohombres cristianos. Aquí, como ves, lo hago solo. Por suerte te tengo a ti, zopenco. Ja, ja, ja.

La vida con el monje Lullus se deslizaba con suavidad, sin las emociones atribuladas de los días en que consolaba a las señoras de bien. Había ganado un tiempo de paz, pero esa paz estática le recordaba su antigua vida en el convento y lo carcomía por dentro, como si el fuego que quemaba en su interior, deseoso de grandes aventuras, lo devorara sin piedad. Sentía la necesidad de encontrar otro camino, un atajo que lo condujera a una vida llena de experiencias intensas y emocionantes. Durante unos meses creyó que

ese atajo podía ser la Orden del Temple. El gran maestre visitaba a menudo a Ramon Llull y pasaba largo rato conversando con el monje, y él entraba y salía de la habitación con cualquier excusa, atraído por la extraordinaria fuerza que emanaba Jacques de Molay. Tanto su notable corpulencia y su impecable túnica blanca con la gran cruz roja, que vestía con mucha dignidad, como su voz grave, que retumbaba imperativa, le conferían una imagen que, sin ser divina, era superior a la condición humana. A Cornèlius lo fascinaba aquel templario poderoso, guerrero y santo a la vez, que había combatido en mil batallas y cuya espada se había empapado con la sangre de cientos de infieles.

«Fray Lullus, ¿creéis que yo podría ingresar en la Orden del Temple?», le preguntó un día, tras haberlo pensado durante semanas. Pero cuando Ramon Llull le contó las duras condiciones de vida de los templarios, que obligados por el doble compromiso de la pobreza y la castidad no podían poseer nada en este mundo ni tocar nunca más la piel de las mujeres, Cornèlius pensó que la nueva vida que necesitaba no sería ciertamente la de los templarios.

La oportunidad llegó gracias a una maldad que habría podido tener efectos trágicos. Un criado de Ramon Llull y un clérigo que lo ayudaba trataron de envenenar al monje para robarle los bienes que, según se rumoreaba en Famagusta, ocultaba en su casa: «Es un monje muy rico», «Un enviado del papa no vive en la pobreza», «Oculta riquezas en una cueva que hay en el interior de su casa»; y, animados por aquel rumor, que era cada vez más insistente, los dos hombres creyeron que la única manera de robarle era matarlo. Cuando Cornèlius regresó a casa, tras haber cumplido unos encargos que lo habían llevado de cabeza todo el día, lo encontró en la cama, rodeado de varias personas que discutían acerca de la naturaleza del veneno que había tomado. Estaba amarillo, con la barba sucia de vómito, cuyos accesos no remitían, y tenía la mirada ida, como si no estuviera presente. Andreas, otro joven criado, le contó lo que había ocurrido, «Madre de Dios, ¿y los culpables?», «Sí, sí, los han pillado», y de nuevo se escuchaba el ruido bronco de la laringe de fray Lullus intentando vomitar la poca bilis que le quedaba en el cuerpo.

Durante días el monje estuvo a medio camino entre la vida y la muerte, como si emulara a Ulises en su viaje al tenebroso reino del rey Hades, pero finalmente, como el propio Ulises, Ramon Llull regresó

del reino de los muertos y, convencido de que su vida seguía corriendo peligro si se quedaba en Famagusta, aceptó la invitación de su amigo Jacques de Molay y se fue a la casa que el gran maestre tenía en el sur de la isla, en Limasol. Fue allí, en el puerto de Limasol, donde el joven Cornèlius encontraría el camino que buscaba desde hacía tiempo, deseoso de cambiar el rumbo de su vida. Anhelaba experiencias, emociones, maravillas, amor, quizá, y aquella tarida fondeada en el puerto de Limasol, que estaba a punto de zarpar rumbo a Grecia, podía ser el transporte al país de la aventura. «Eres un poco enclenque, pero si eres buen trabajador, aquí siempre tendrás un sitio», le dijo el capitán, y sin pensarlo dos veces subió a la pequeña galera, excitado y lleno de esperanza. Lentamente, la tarida empezó a moverse impelida por la fuerza de sus ciento cincuenta remos, y, apoyado en la regala de la nave, Cornèlius vio como la isla de Chipre se iba haciendo pequeña mientras la nave lo alejaba de la vida que había conocido hasta entonces. Se había embarcado en una aventura, y la primera parada era Malvasía.

Meses más tarde, era una chica joven la que miraba desde la cubierta de una galera, y otra isla se hacía pequeña a su mirada. Abandonaba Sicilia con la gran flota almogávar que fray Roger de Flor había reunido bajo el estandarte de la Gran Compañía Catalana. Salían del puerto de Mesina en dirección a Malvasía, primera parada del trayecto hacia Constantinopla, donde los esperaba el rey Andrónico para luchar contra los otomanos que amenazaban las tierras del Imperio romano de Oriente. Tenía diecisiete años y ya había participado en algunos combates menores, pero en ninguno parecido al que la esperaba al otro lado del mar. Se sentía excitada y ansiosa, y estaba convencida de que viviría grandes batallas y haría honor al linaje almogávar al que pertenecía. Era Garsenda de Torroella, hija de Gastón y Ximena, y no le temía a nada.

Traición
(1302-1304)

... e tots los altres turcs que eren trameses de les altres gabelles, foren tots aplegats a una muntanya, e foren tota hora ben deu mília hòmens a cavall e ben vint mília de peu. E batalla arrengada, una alba de dia, qui fo lo jorn de madona santa Maria d'Agost, ells vengren contra lo megaduc. (...) E los almogàvers cridaren: — Desperta, ferres! Desperta!—; e tantost lo megaduc ab la cavalleria va ferir als hòmens a cavall, e En Rocafort ab l'almogaveria als hòmens de peu, e aquí veérets fets d'armes, que jamés tal cosa no veé null hom. Què us diré? La batalla fo molt fort e cruel, mas a la fin tots los francs llevaren un crit e cridaren: — Aragon! Aragon!— e sí preseren tan gran vigoria, que els turcs se venceren.

Crónica,
RAMON MUNTANER

De cómo el rey Jaume regaló la espada de Pere el Grande a su hermano, el rey Federico

«La memoria es caprichosa y voluble, ¡como las mujeres!», exclamó en medio de la noche. Aquel sueño sobre dos amantes a los que había condenado a la hoguera años atrás acababa de despertarlo, y sus nombres, sus fisionomías, la belleza de la chica, su traición y sus gritos desesperados retornaban a su mente. El recuerdo tomaba forma en aquella cama improvisada que le habían preparado en Caltabellota, donde había previsto firmar la paz con los franceses. Después de los días excitantes que facilitaron el final de la guerra, necesitaba dormir. Hacía semanas que los franceses estaban agotados, con las tropas duramente castigadas por pestes y enfermedades que los habían mermado, y, aunque Berenguer de Entenza, fray Roger de Flor, Guillermo Ramon de Montcada y los demás prohombres y caballeros lo animaban a rematar la labor con una última acometida, la idea de castigar aún más a Carlos de Anjou e incluso hacerlo prisionero no le parecía apropiada.

—Señor, vayamos a Sciacca y atrapemos a micer Carlos y al duque, pues quiere Dios que ahora podamos hacerlo.

—Barones, ¿acaso no sabéis que el rey de Francia y micer Carlos son nuestros primos hermanos? No cabe duda de que ahora tenemos al alcance de la mano el poder para atraparlos, pero Dios no quiera que inflijamos un deshonor tan grande a la casa de Francia, ni a él, que es nuestro primo hermano, pues si ahora está contra nosotros otra vez tendremos la suerte de que esté de nuestro lado.

Aparte del parentesco con Carlos el Cojo, la relación con Carlos de Valois, que había entrado en la guerra a favor de los Anjou y cuyo ejército también estaba en condiciones penosas, siempre había sido buena. Así que la decisión estaba tomada. Allí mismo, en aquel pueblecito del norte de la isla a donde los designios de la guerra los habían conducido, decidió que era el momento de sellar la paz. «No blandiremos más la espada», y, enviados los mensajes a Sciacca, se

emplazaron con Carlos de Anjou para verse al día siguiente. Como rey había ganado, y la victoria le permitía la indulgencia.

Al acostarse, el orgullo lo tenía tan excitado que creía que el pecho iba a explotarle. Les había ganado el pulso a tres reyes, incluyendo a su poderoso hermano Jaume, y a un papa, y nadie podría discutir nunca más la legitimidad de su reino. Era Federico III de Sicilia y por fin podía dormir plácidamente, sin angustiarse por ser derrotado. Pero el sueño, que llegó pronto, se rompió de manera abrupta cuando la pesadilla de los dos amantes lo despertó. ¿Por qué motivo recordaba justo entonces a la bella Restituta y a su prometido Juan?

Sucedió en la época en que era gobernador de Sicilia, antes de que su hermano lo traicionara firmando la paz de Anagni y cediera la isla a los franceses. Qué tiempos..., tiempos de galanterías y lujuria en que tenía a todas las mujeres que quería y nunca saciaba su hambre. Hambre de mujeres jóvenes, de pieles morenas, de piernas fuertes y rostros inocentes. Hambre de sexo ávido que nunca satisfacía su voracidad. Recordó cómo lo llamaban en aquella época, «el rey amante», y aquel apodo lo hizo sonreír. Ahora lo llamaban «el rey almogávar», sobrenombre que también le gustaba, pero la idea de que sus dotes amatorias hubieran quedado selladas con un nombre tan florido lo satisfacía sobremanera.

«¡La hermosa Restituta!», dijo en voz alta, como si la llamara, y se entretuvo recordando aquella historia antigua. La chica vivía en la isla de Isquia, frente a Nápoles, y la habían secuestrado unos jóvenes sicilianos cuando esperaba a su amante en la playa. Al parecer, el joven vivía en una isla cercana y todos los días llegaba a Isquia a nado para verla. Era tan hermosa que, a pesar de que los secuestradores se morían por poseerla, al final decidieron regalársela al rey, pues conocían su debilidad por las mujeres y aquel regalo podía darles muchos beneficios. Recordaba muy bien la primera impresión que le causó cuando se la llevaron a Palermo. Estaba muy pálida, y tan mareada que parecía que de un momento a otro iba a desmayarse. «Conducidla a la Cuba, la posesión con jardines que tengo fuera de la ciudad. Que se recupere allí, y cuando pueda iré a visitarla.» Pero cuando semanas más tarde fue a verla, determinado a disfrutar de aquella espléndida mujer que le pertenecía, la imagen de ella..., recordaba perfectamente la rabia que sintió. ¡Qué se había creído

aquella maldita ramera, aquella hija del pecado! Su amante la había seguido, la había encontrado y ahí yacía, en la gran cama de su propiedad, abrazado al cuerpo desnudo de la chica que le pertenecía a él, sin vergüenza ni respeto. Desnudos como estaban, los agarró y ordenó que los condujeran a Palermo, donde los ataron a un palo colocado en medio de la plaza, espalda contra espalda, para que todo el mundo pudiera ver la vergüenza de aquellos miserables que habían ofendido a un rey. «Ordeno que esta noche se prepare una hoguera y sean quemados.»

«¡Por supuesto que los habría quemado!», exclamó, aún enfadado consigo mismo, al cabo de tantos años, porque había cedido al perdón a pesar de la ofensa que le habían infligido. «Si no hubiera sido por el almirante...», y la imagen de Roger de Llúria tomó cuerpo en la memoria de aquella noche en Caltabellota, donde había acabado la guerra. Era el tiempo en que el almirante estaba en Sicilia protegiendo los intereses de la Corona catalana, y al oír los aullidos de aquellos dos jóvenes atados desnudos a un palo en la plaza fue a verlos. La belleza de la chica lo impresionó, pero aún fue más sorprendente reconocer al joven que estaba junto a ella.

—En el nombre de Dios, ¿tú no eres Juan de Prócida, el valiente soldado que tantas veces me sirvió con tanto coraje?

—Señor, fui ese hombre que mentáis, pero como veis ahora ya no soy nada.

—¿Qué habéis hecho, buen hombre? ¿Qué os ha causado tanto pesar?

—El amor, señor almirante, el amor y la ira del rey.

Sí, la ira del rey, su ira, insultado en su propia casa por una mujer voluble que no supo valorar el gran honor de ser su amante. Por supuesto que los habría quemado, y de buena gana, ¡pero quién podía negar una petición al gran héroe de los catalanes, al magno Roger de Llúria! Y a regañadientes les perdonó la vida a los amantes, a regañadientes, pues con gusto volvería a condenarlos a la hoguera.

«Seguramente aún estarán juntos», pensó de repente, y ese pensamiento lo apaciguó por unos instantes, pero no, nunca perdonaría aquella ofensa, y el sentimiento de rabia que de nuevo lo invadía lo puso de mal humor. Un rey no podía parecer débil, nunca, y no había mayor debilidad que perdonar la ofensa de una mujer cualquiera. «No pude tenerla, con lo hermosa que era.» Enfadado, se

recostó de nuevo y el sueño se fue apoderando de él. Al final, pudo dormir un par de horas antes de que saliera el sol. Cuando el gallo cantó, se levantó y, animado, respiró profundamente mientras se asomaba a la ventana de su habitación. Era el 31 de agosto de 1302, y aquel día glorioso, él, Federico III de Sicilia, firmaría la paz.

Días más tarde, la visita de su hermano Jaume y el regalo inesperado que este le hizo cerraron definitivamente la herida que los había separado. El rey de los catalanes le cedía la espada de su padre como gesto de recuperada estima y renovada alianza, y, alzando la espada de Pere el Grande ante su pueblo, el rey Federico selló su lugar en la historia. Nadie, mientras él viviera, volvería a reclamar el reino que le pertenecía. Había conquistado, por ley y por sangre, su condición de rey, y como rey acabaría sus días. De Palermo en adelante, el mundo era suyo.

Gastón de Torroella no tenía sueños grandiosos. No era un rey ni un caballero, y nunca sería un prohombre, pero la victoria le pertenecía por derecho de combate, y la convicción de formar parte de un ejército vencedor lo honraba tanto como si fuera un noble. Desde la primera ofensiva en las Vísperas Sicilianas, cuando apenas tenía dieciocho años, había guerreado en tantas batallas cuantas eran las heridas que marcaban su cuerpo, y en ese momento, veinte años después, no era capaz de imaginar la vida sin tener un enemigo contra el cual luchar. Era un guerrero, un almogávar, y su único destino era la guerra. Pero la guerra había desaparecido, se había disipado en el vapor de la victoria, y aunque él amaba la victoria, odiaba la paz. No sabía qué hacer, cuáles eran sus objetivos, qué sentido tenía aquella vida sedentaria que lo arrastraba sin ánimos, ocioso y aburrido, por las tierras sicilianas. Era un hombre rudo, sin maneras refinadas ni educación, pero como todos los almogávares se dejaba la piel en la batalla y nunca abandonaba a un hermano. Un día contó las señales de su cuerpo, recuerdos indelebles de viejas heridas que no habían logrado postrarlo. «Veintiuna», y, orgulloso, añadió: «Una por cada año de lucha, y la sobrante por las luchas venideras». La herida más grave, que le costó un ojo y una parte de la cara, se la había infligido un genovés en la batalla de Ponza, dos años atrás. Aquel día debería haber fallecido, pero los almogávares eran miembros de una estirpe de

supervivientes que había aprendido a engañar a la muerte, y no solo se curó, sino que pronto aprendió a luchar con un solo ojo, espoleado por el instinto primario del combate. Al fin y al cabo, todos los almogávares que habían luchado en las grandes batallas tenían el cuerpo lleno de heridas, y muchos habían perdido alguna extremidad. Su mejor amigo, Amalric, un valenciano de Játiva con una ferocidad sobrehumana, combatía desde hacía años con un solo brazo, cortado a la altura del codo por la espada afilada de un sarraceno. No importaban los brazos cercenados, ni los ojos perdidos, ni las heridas que adornaban sus cuerpos como si fueran los mapas de piel de las guerras de los reyes. Nada importaba porque no era la causa lo que los empujaba al combate, sino el combate en sí mismo, la guerra como máxima expresión del poder de un hombre. Y si la guerra lo motivaba, la paz lo hundía y lo diluía en una vida soporífera que lo convertía en un alma sin pálpito.

Entendía que la paz de Caltabellota había aportado estabilidad y seguridad al reino del rey Federico, sobre todo gracias a su enlace con Leonor de Nápoles, la hija del rey Carlos, y a las cien mil onzas de oro que el rey francés le pagó, pero todas aquellas ganancias no paliaban la ruina en que habían caído los almogávares. El pacto firmado con los franceses tenía como condición la completa desmovilización del ejército de Federico, y los miles de almogávares que habían luchado a su lado se habían convertido en un simple montón de personas sin destino, huérfanas de causa. Incluso Guillem Galcerán de Cartellà, su honorable comandante, había abandonado la isla, deseoso de retirarse a la villa de Hostoles, donde tenía sus posesiones. Por eso, cuando los almogávares decidieron que había que nombrar un nuevo comandante, se sumó a la demanda general de convertir a Roger de Flor en el nuevo caudillo, convencido de que si fray Roger los comandaba, sin duda volverían a tener una nueva causa y una nueva guerra. «¡Aur, aur, desperta ferro!», chilló de repente, con ánimo renovado, y su grito se hizo eco en las gargantas de quienes lo rodeaban. Un poco más allá, su hija Garsenda se entretenía con unas pieles de animales que estaban curtiendo, y al contemplarla, morena y esbelta, de ojos penetrantes, convertida en toda una mujer, notó una punzada de orgullo paterno. Su valor era innato, y aunque solo tenía diecisiete años y no estaba obligada a luchar porque la mayoría de las mujeres se quedaban en la retaguardia, Garsenda le suplicaba que le

permitiera acompañarlo y ya había participado en algunas escaramuzas menores. «¡Quiero luchar, padre!», solía decirle con aquella sonrisa amplia que lo dejaba sin aliento, y entonces Gastón temblaba, dividido por el doble sentimiento del temor de un padre y del orgullo de almogávar.

«¡Ven, Garsenda! ¡Haz compañía a tu padre!», le rogó dulcemente, y cuando su hija se acercó y lo abrazó, él, Gastón de Torroella, almogávar curtido en mil batallas, se deshizo como el azúcar.

Roger de Flor lo tuvo claro en el instante mismo en que se convirtió en comandante de los almogávares: había que crear una nueva compañía y buscar una nueva guerra. Desde que se había firmado la paz, su presencia era un grave problema para el rey porque el papa no olvidaba que fray Roger no se había presentado al tribunal eclesiástico que lo reclamaba por la acusación de robo durante la caída de San Juan de Acre. Si permanecía en Sicilia, pondría al rey en una difícil encrucijada: o lo entregaba a la Iglesia y abandonaba a su almirante, o desobedecía al papa y ponía en peligro la paz. No podía quedarse. Además, miles de hombres de armas vagaban por el reino sin trabajo ni señor a quien servir, pues la Compañía se había deshecho, y, para agravarlo, algunos caudillos almogávares estaban en plena disputa con el rey por las posesiones que habían perdido a raíz del acuerdo. Su amigo Bernat de Rocafort era el más belicoso, porque se negaba a ceder a los franceses los dos castillos que poseía en Calabria por derecho de conquista, y ese malestar no prometía nada bueno. Era evidente que ni él ni sus almogávares podían permanecer bajo el amparo del rey Federico, y tampoco tenía sentido que perdieran el potencial armado que habían reunido, de manera que la única solución era crear un ejército y encontrar una guerra. Cuando entró al salón noble del Palacio Real, lo tenía todo pensado.

—Señor, soy plenamente consciente de la difícil situación que provoca mi presencia y de los problemas que podrían acarrearos mis contrastes con los templarios, pues Roma no perdona y os causaría quebraderos de cabeza. También conozco la situación que podría crearse con los hombres de armas que os han servido y que ahora, tras el acuerdo de paz, se han quedado sin guerra donde batir el hierro.

¿Permitís un consejo para resolver el problema?

—Querido fray Roger, habláis con sabiduría y sabéis muy bien lo que podría ocurrir. Dadme vuestros consejos sin pena ni temor, pues siempre son bien recibidos.

—Gracias, señor. Esto es lo que he pensado: podríamos reunir a todos los almogávares y a todos los hombres de armas que os han servido en un gran ejército que yo, si a vos place, podría comandar. Y con las galeras y las naves que consigamos armar, podríamos ofrecernos al emperador del Imperio romano de Oriente, el rey Andrónico Paleólogo, que pide desesperadamente ayuda para detener el avance de los turcos, que ya han conquistado media Anatolia. Yo, señor, invertiré toda mi fortuna en la creación de este gran ejército, pero necesitaré vuestra ayuda, si os agrada lo que os planteo.

—Me agrada mucho, fray Roger, y mucho os lo agradezco. Pero debemos hacerlo de manera que no nos perjudique a nosotros ni al reino y que sea de provecho para todos los que me han servido. Hay que ser muy prudentes. El duque Carlos de Valois ha exigido la prohibición de ayudar a los Paleólogos en el tratado que firmamos. De sobra conocéis cuáles son los intereses de los franceses en el Imperio romano de Oriente, de manera que tanto yo como mi reino deberíamos quedar fuera del acuerdo con el emperador. Pero no os preocupéis, pues estoy dispuesto a daros lo que necesitáis. El emperador Miguel, padre de Andrónico, envió tropas en ayuda de mi padre, el rey Pedro, al principio de la guerra de Sicilia, y ahora nos ha ayudado a nosotros en la disputa contra el rey Carlos. Tenemos una deuda de honor con él. Os ayudaremos, fray Roger, pero nos mantendremos al margen de la guerra contra los turcos.

—Mucho me agrada, señor, lo que me decís. Con vuestro permiso, enviaré dos caballeros y una galera armada al emperador Andrónico a fin de hacerle saber que si nos proporciona cobijo y sueldo estamos preparados para acudir con una gran compañía, a pie y a caballo, de catalanes y aragoneses. Sé que el emperador tiene una gran necesidad de ayuda, que los turcos se han apoderado de más de treinta jornadas de tierra, y que no confiaría en nadie como confía en los catalanes y en los aragoneses, sobre todo los que luchamos en la guerra contra el rey Carlos. Además, señor, el emperador conoce mis gestas de la época en que comandaba el Falcó y le presté un gran servicio contra las galeras turcas, y ahora también ha visto nuestro

éxito en la guerra de Sicilia. El honor nos acompaña, señor, y también lo rendiremos en tierras de Oriente.

—Fray Roger, es de mi agrado escuchar lo que me decís, y así lo haremos, pues vos sabéis más que yo de estos asuntos. Preparad lo necesario, os daré todo mi apoyo, siempre con la prudencia acordada. Id en paz, que también os ayudaré con el dinero que os haga falta para completar la expedición.

Besar la mano del rey, salir hacia la posada, hacer el llamamiento a la gente de armas, buscar marineros y naves, y, mientras prepara el ejército, enviar una galera armada con dos caballeros de su confianza y las condiciones del acuerdo para ir a la guerra con el emperador: ser nombrado megaduque, el título más alto después del de emperador, casarse con una princesa imperial, garantizar una paga de cuatro onzas de oro al mes para los caballeros y una onza para cada hombre a pie, y que los cuatro primeros meses se paguen por anticipado en cuanto lleguen a Malvasía. Si aceptaba sus condiciones, el emperador Andrónico tendría un ejército invencible a su lado y el estandarte de la Casa de Barcelona ondearía en tierras turcas, en honor al rey de Aragón para gloria de los almogávares. Pero antes de enviar la galera y de armar el ejército, debía estar seguro de que sus hombres de confianza lo seguirían. Se reunió con Berenguer de Entenza y de Moncada, con quien había firmado un pacto de hermandad, Ferran Eiximenis d'Arenós, el caballero Ferran d'Aunés, Corberán de Alet, Martí de Logran, Pere d'Eros, Bernat de Rocafort, Ramon Muntaner y todos los demás caballeros con quienes había luchado en la guerra de Sicilia, y ninguno de ellos renunció a la expedición. Tampoco lo hicieron los miles de almogávares que estaban bajo su mando, deseosos como nadie de entrar en combate.

Mientras esperaba el regreso de los embajadores con la respuesta del emperador, Roger de Flor pasaba los días con sus soldados, más feliz en el campo entre las familias almogávares que sentado a la gran mesa del Palacio Real. Le tenía cariño a aquella gente indomable que emanaba una nobleza auténtica, primaria, libre de los privilegios de cuna, forjada en la dureza de la supervivencia. Nunca le habían fallado y él nunca les fallaría, pues toda su gloria nacía de la fortaleza de aquella gente sencilla que lo seguiría hasta la muerte. Por eso los cuidaba en todos los aspectos, incluso en los detalles, y les pagaba como nadie, «Un soldado bien pagado tiene la fuerza de muchos»,

convencido de que su liderazgo debía basarse en la confianza y en la protección de los suyos, no en el miedo y en el poder. «He sido fraile templario, corsario y comandante, y ahora me nombrarán megaduque, pero por encima de todo no soy más que un almogávar», y aquella condición le otorgaba un íntimo orgullo que superaba el de los títulos y los honores.

Cuando los embajadores volvieron con toda la documentación para el arreglo económico y para el compromiso matrimonial con María de Bulgaria, hija del zar Iván III y sobrina del emperador de Bizancio, y le entregaron las insignias imperiales del cargo de megaduque, esto es, la vara de mando, el estandarte, el sombrero y el sello, Roger de Flor se preparó para la gran expedición. El contrato con Andrónico II Paleólogo, emperador romano de Oriente, para guerrear contra el gran turco Osmán I y los beyes del Imperio selyúcida había sido sellado y solo faltaba ultimar la preparación del ejército y las naves que fueran menester. Días atrás, había recibido la aprobación del rey Jaume, con la condición de que Roger de Flor se comprometiera a garantizar la ayuda de Andrónico para conquistar Cerdeña, y con este último permiso real nada obstaculizaba la expedición.

«¿Quiénes somos, fray Roger?, ¿cómo nos llamaremos?», y la respuesta a la pregunta que Ramon Muntaner le hizo aquella noche de verano, frente a un cordero que se asaba lentamente en el fuego, sin más intención que matar el tiempo, dio nombre al ejército que acababa de crear. «Nos llamaremos la Gran Compañía Catalana», y, satisfecho de aquel bautizo improvisado, siguieron asando el cordero.

Unas semanas después, Garsenda de Torroella contemplaba la grandiosa escena con admiración. Era el 31 de agosto de 1303, justo el día en que se cumplía un año de la paz de Caltabellota, y el puerto de Mesina hervía de vida, con miles de personas avanzando en una dirección precisa, como si fueran las notas de una gran partitura. El espectáculo era imponente: treinta y seis naves, dieciocho de las cuales eran grandes galeras, mil quinientos hombres a caballo, entre caballeros y escuderos, un millar de hombres de mar, cientos de dotaciones de los galeotes y los marineros de las naves y más de cuatro mil almogávares, con sus familias, se preparaban para zarpar

rumbo a Bizancio en busca de grandes batallas. Iban a matar turcos, pero, sobre todo, a conquistar la gloria. Y ella se sentía preparada. Su madre le decía que no era necesario, que todas las mujeres almogávares sabían defenderse, pero que la guerra era cosa de hombres. Ella, sin embargo, no tenía vocación de espectadora, quería estar entre los soldados, en primera línea, dar rienda suelta a sus instintos y paladear la sangre de los enemigos abatidos por la destreza de su puñal. Quería ser una almogávar completa, en cuerpo y alma, que su cuerpo estuviera marcado por las heridas, sentirse orgullosa de su linaje. Era hija de un guerrero indómito, de un almogávar que no conocía el cansancio ni el miedo, y ella no se quedaría mirando la batalla, no era una floja, una muchachita meliflua, delicada y miedosa, sino una guerrera que quería formar parte de la gloria del combate. «Soy como Ardoina de Cerdeña», y al evocar a aquella almogávar amiga de su madre con el rostro atravesado por una gran herida que iba de la frente a la boca, pero que seguía luchando con valor en cada batalla, sintió que pertenecía a una estirpe heroica. No era la belleza, o la fortuna, o la seguridad, ni tampoco el amor de un hombre lo que anhelaba, sino la excitación antes del combate, cuando miles de almogávares golpeaban el suelo con el hierro y su grito hacía temblar a los adversarios. Quería sentir aquel vacío en el estómago, aquella avidez por empuñar el cuchillo, aquel desasosiego que corría por las venas cuando, frente al enemigo, no quedaba otra opción que matar o morir. Herir, abatir, vencer, no podía existir un gozo más grande, y ella estaba decidida a vivirlo plenamente. ¿La muerte? La muerte no le preocupaba. A lo largo de sus dieciocho años había visto centenares de cadáveres, cuerpos desmembrados, degollados, pedazos de carne en el pico de los buitres que merodeaban con avidez por los campos de batalla. La muerte era natural en su forma de vida, tan natural como levantarse por las mañanas o ir a cazar una liebre para comer un día más. No. A ella no le angustiaba morir, sino vivir incompleta, sin sentir las grandes emociones que anhelaba, tan lleno de fuerza estaba su cuerpo adolescente que rebosaba de sí misma, como si fuera el poderoso aliento de Dios el que lo empujara.

El tiempo de la espera dio paso a la agitación de la salida, y cuando todas las naves estuvieron completas y el baile de miles de remos agitó las aguas del puerto de Mesina, empezó la aventura de la Gran Compañía Catalana. La primera parada sería Malvasía, donde los

esperaba la paga anticipada de cuatro meses y las órdenes del emperador Andrónico. Justo cuando la flota empezó a abrirse y las naves fueron dispersándose, Garsenda miró la galera más grande, que adelantaba a las demás. «Allí va nuestro comandante», dijo en voz alta, y notó una punzada de orgullo. Ya no era la hija de un almogávar, sino una almogávar. Por fin se había convertido en la mujer que ansiaba ser.

De cómo el almogávar Radulf de Monells descubrió que unos monjes de Malvasía hacían un vino muy dulce

«¡Llegan los almogávares!», gritaba la gente por las calles y las plazas de Malvasía. Desde la costa, el horizonte era una hilera apretada de naves balanceada por una brisa suave que se acercaba lentamente. La playa se fue llenando de cabezas levantadas y miradas ávidas de contemplar aquel gran espectáculo, y a medida que las galeras podían verse en todo su esplendor, la admiración se apoderaba de las gargantas y de las lenguas. Toda Malvasía estaba extasiada ante aquel poderoso ejército que se detenía en su peñón camino de Constantinopla. «¡Irán a matar turcos!», exclamaban algunos, «Son los aliados del emperador», decían otros, «Catalanes y sicilianos», añadían los demás, y la alegría iba en aumento y se convertía en una algarabía exultante.

Hacía casi un año que Cornèlius residía en Malvasía. Desde que había embarcado en una tarida en el puerto de Limasol había vivido muchas vidas en una. Al principio, mientras navegaba, se imaginaba convertido en un marinero que pasaría sus días en el mar, de puerto en puerto, recorriendo mundo. Pero cuando bajó a tierra lo impresionaron el bullicio comercial y la prosperidad de la ciudad, y durante unos meses intentó todos los oficios disponibles: curtidor de pieles, mozo en el taller de un artesano ceramista, ayudante de un médico alquimista, vendedor de vinos, mercader de telas e incluso traductor de latín para un notario de mucho renombre. Durante su nueva vida, todo lo que veía lo enamoraba, y cada nuevo descubrimiento lo seducía más que el anterior, pero si bien todo lo anhelaba, nada lo satisfacía, atrapado en un bucle de búsqueda y ansiedad que le causaban una excitación permanente. No sabía qué quería ser, y al mismo tiempo quería serlo todo, y en el embrollo de aquella vida múltiple Cornèlius serpenteaba sin dirección ni objetivo.

Cuando la noticia de la llegada de aquel gran ejército almogávar

se difundió por toda Malvasía, el joven vivía en casa del notario Proteo Pappas, que lo había contratado como traductor y escribano, impresionado por el hecho de que aquel chico descuidado y gandul supiera leer y escribir, y encima conociera el latín. «Me eduqué en un convento, y también fui ayudante de un fraile sabio que me lo enseñó», y, maravillado, el señor Proteo lo contrató al instante. En la época en que conoció al notario Pappas, Cornèlius trabajaba para un vendedor de telas, el señor Ferriol de Rupit, un catalán que había llegado una década antes con Roger de Llúria, cuando el almirante recorrió las islas griegas y, de regreso a Sicilia, saqueó Malvasía tras haber hecho lo mismo en Corfú. «Somos muchos los catalanes que viajamos con el almirante Llúria y nos quedamos. Aquí hay mucho comercio», y entonces le contaba cosas de su rey y sus conquistas, y cómo había participado en las guerras sicilianas, «Pero cuando llegué a este peñón, Cornèlius, tuve bastante», y desde entonces comerciaba con telas que llegaban de Oriente. Pero a Cornèlius las delicadas telas orientales le duraron lo que tardó en conocer al notario Proteo, que pagaba mejor y tenía mejor casa. Aquel parecía el trabajo definitivo, una parada final en su viaje hacia ninguna parte.

Tenía un empleo notable, vestía como un señor, comía bien y vivía en una casa grande, con tres criadas y un mayordomo, y no en calidad de sirviente, sino de ayudante. Además, el señor Pappas le había tomado cariño y le enseñaba los secretos del oficio, «Algún día tú serás el notario», y aquella perspectiva, que nunca se habría imaginado en la época de Famagusta, se abría ante él como si fuera un regalo de Dios.

Fue entonces cuando la noticia de la llegada de los almogávares recorrió todos los rincones de Malvasía. «Llega un gran ejército», «Van a luchar contra los turcos», «Han venido a recibir órdenes del emperador», y el pequeño promontorio rocoso de solo dos kilómetros de largo, unido al continente por una estrecha lengua de tierra de unos cientos de metros, hervía de excitación, feliz de recibir a aquellos nobles guerreros que barrerían a los enemigos del Imperio.

—Señor Pappas, ¿por qué es tan importante este ejército que llega? ¿Trae buenas noticias?

—¿Por qué, Cornèlius? Porque van a luchar contra los turcos y a defender a nuestro emperador.

—Pero el emperador está en Constantinopla, y eso está a muchas

jornadas de aquí, señor Pappas. No será que...

—¿Qué tonterías se te ocurrirán ahora, joven ignorante? Nosotros somos orgullosos bizantinos. Desde el siglo IX, Cornèlius, cuando Bizancio recuperó Grecia, desde entonces. Y fuimos el centro comercial más importante de toda la Morea bizantina, pues el despotado nos otorgó toda clase de exenciones fiscales porque Bizancio siempre nos ha protegido. No somos un simple puerto de mar, somos un mercado en plena mar.

—Ah, ¿entonces Malvasía siempre ha sido bizantina?

—No siempre. Estuvimos un tiempo con los franceses, cuando los de la Cuarta Cruzada saquearon Constantinopla y acabaron con el Imperio romano de Oriente. Entonces nos invadieron. Mi padre me contaba que estuvieron tres años sitiados por los franceses, pero que al final no pudieron resistir más y los franceses nos ocuparon.

—Pero Malvasía ya no está bajo el dominio francés...

—No, tontorrón, claro que no. Fue en la época del emperador Miguel VIII el Paleólogo, el antepasado del emperador Andrónico, el que reconquistó Constantinopla. De eso hace cincuenta años o más, mocoso, tú ni siquiera habías nacido. Y resulta que el emperador Miguel hizo prisionero al caballero francés que nos gobernaba, que como precio por su libertad, puedes imaginártelo, tuvo que entregar Malvasía al emperador. Así volvimos a ser bizantinos. Durante unos años fuimos incluso la sede del gobernador bizantino de toda Morea. Y desde entonces, aquí nos tienes, somos una de las plazas comerciales más importantes de Bizancio, a medio camino entre Sicilia y Constantinopla, un enclave ideal. Y el emperador mantiene nuestros privilegios fiscales para ayudar a que la ciudad prospere.

—Ahora entiendo por qué todos están contentos con este ejército que llega. ¿Son los almogávares tan bravos como se cuenta? Dicen que son temibles y que da miedo solo verlos.

—Son los soldados más feroces que nunca ha habido, pues uno solo mata a diez enemigos de golpe. Todo el mundo les tiene pánico, y ahora los turcos verán lo que es bueno, no saben lo que se les viene encima. Van a la guerra con sus mujeres, sus hijos y toda la familia, ¿puedes creértelo?

—¡Con sus mujeres y sus hijos! ¡Habrase visto!

—Sí, chico, sí. Parecen unos andrajosos, no llevan escudos, ni armas grandes, y todos van a pie. En tiempo de paz, son lo peor, pues

no se cortan a la hora de robar y cometer toda clase de fechorías. Pero en la guerra no hay luchadores más aguerridos y brutales.

Desde el día en que mantuvo esa conversación con el señor Pappas, Cornèlius no pudo dejar de pensar en los almogávares. Lo fascinaba que no fueran caballeros, soldados ni templarios, sino gente llana como él, pero a la que todo el mundo respetaba y temía. Una especie de nobleza del pueblo que no tenía títulos ni privilegios, pero ganaba las batallas de los reyes. Y aunque unos días atrás había creído que tenía la vida planificada, la llegada de los almogávares desbarató todos sus planes, y el viejo instinto de aventura que siempre lo carcomía lo atrapó de nuevo. Sus diecinueve años, que la buena vida de Malvasía habían anestesiado durante unos meses, se removían en su interior, y la sangre le hervía como si estuviera a punto de hacerle estallar las venas. No se enterraría bajo la capa de un notario, con la cabeza hundida en los libros, convertido de nuevo en un monje encadenado a un destino inapelable. Era Cornèlius Bernabé Leónidas Papapoulus, tres veces bautizado, glorificado por un general, bendecido por un santo y honrado por un gran atleta, y su destino no podía ser vulgar. Y así, deseoso de conocer a aquellos soldados excepcionales y excitado por la oportunidad de formar parte de su gesta heroica, se desplazó hasta la playa para ver la llegada de aquella gran flota que teñía de negro el horizonte del mar.

Cuando Garsenda se acercó a cubierta, su galera ya había virado completamente y la proa apuntaba al puerto de Malvasía. Los habían advertido de que la estancia en la ciudad sería corta, el tiempo justo para entregar los presentes al rey Andrónico, según el acuerdo suscrito, nombrar megaduque a Roger de Flor, recibir órdenes del emperador y cobrar los soldados el anticipo de cuatro meses de paga. Aquella paga, según decía su padre, era un hecho excepcional que solo fray Roger era capaz de conseguir. «Ningún comandante protege a sus soldados como el nuestro», solía repetir Gastón, totalmente entregado a su admiración. Y puesto que estaban previstas ceremonias solemnes y festines, Garsenda estaba emocionada y feliz por todo lo que estaba viviendo, y, sobre todo, por todo lo que iba a vivir.

La llegada de la Gran Compañía Catalana paralizó toda la costa y las calles y plazas cercanas, inundadas por miles de personas y

caballos que iban de un lado para otro y convertían Malvasía en un gran hormiguero en plena actividad. A pesar de que al principio el caos parecía reinar entre la riada de gente que desembarcaba de las naves, poco a poco se consiguió establecer un orden según las jerarquías y se formaron grupos que se distribuyeron por la ciudad según lo previsto por las autoridades. La mayoría se quedó en las afueras del peñón, en un gran valle ubicado justo después de cruzar la lengua de tierra, donde rápidamente se levantaron tiendas y toldos de varios tamaños. El resto, los caballeros y prohombres que acompañaban a Roger de Flor, se alojaban en las grandes casas de la villa y en la pequeña ciudadela que coronaba las murallas que protegían Malvasía. El bullicio duró todo el día y toda la noche y las jornadas que siguieron, pues mientras los almogávares permanecieron en el peñón no hubo día aburrido ni noche tranquila.

Garsenda vivía presa de una excitación permanente. Iba de aquí para allí, recorría los callejones más recónditos, entraba en las iglesias, se perdía en las tiendas, trataba de entender la lengua de aquella gente, que le parecía un galimatías imposible, se sentía feliz y se enamoraba de lo que encontraba a su paso. Solía pasear con su amiga Gueraula d'Oriola, a quien conocía desde la infancia. A pesar de que la chica no compartía sus aspiraciones guerreras, pues tenía más inclinación por las tareas de la retaguardia, era una gran narradora de historias, que coloreaba con toda clase de detalles, y a Garsenda le encantaban esos relatos que alimentaban sus ansias de aventura. El padre de Gueraula había muerto cuando ella era pequeña, y su madre la emparejó con su adalid cuando tenía catorce años. Algunos almogávares decían que estaba maldita, porque tras perder a su primer hijo perdió a todos los demás, que morían a poco de nacer, pero ni siquiera esa desgracia conseguía quitarle la alegría, y cuando estaba con Garsenda hablaba por los codos y daba rienda suelta a su desbordante imaginación.

En uno de aquellos vagabundeos por Malvasía, las dos chicas subían por una de las calles más empinadas del peñón con la idea de llegar a la iglesia ortodoxa de la Virgen de Hodegetria, que se erguía en la cima más alta de la ciudad, al borde del despeñadero. «Desde arriba se verá el horizonte», dijo una, «Hasta Constantinopla», respondió la otra, y, entre bromas, fueron subiendo. Al doblar la esquina de una calle muy empinada, absortas en su conversación, no

notaron a un joven apremiado que bajaba corriendo, y chocaron con él estrepitosamente. En un instante, los tres fueron a parar al suelo: Garsenda sangraba por la nariz, Gueraula se había hecho daño en una rodilla y el chico, aturdido, trataba de excusarse con poco garbo. Ellas no lo entendían, y no solo por el idioma, sino también porque hablaba tan deprisa y estaba tan apurado que solo atinaba a emitir un ruido confuso que algún punto de su cerebro confundía con un lenguaje. Por si fuera poco, agitaba la cabeza con arrepentimiento y gesticulaba de manera tan exagerada que Garsenda se echó a reír. «Deja de hablar, tontorrón, no entendemos nada», dijo dedicándole una sonrisa que alivió al chico. «Sois... ¿sois catalanas?», respondió, y la sorpresa fue común. A pesar de que solo conocía las pocas palabras en catalán que el monje Llull le había enseñado en la época en que era su ayudante, estas fueron suficientes para esbozar una disculpa.

—Me llamo Cornèlius, Cornèlius de Famagusta. Bueno..., no..., es decir, sí..., pero también me llamo Cornet, quiero decir que podéis llamarme Cornet, si os agrada, si queréis, que no es necesario, yo..., quiero decir...

—A ver, chico, Cornèlius o Cornet, ¿te aclaras? ¿O acaso ya no sabes cómo te llamas?

—Sí, sí, es que..., bueno..., eso..., pues nada..., un sabio que conocí decía que Cornèlius era muy largo, «muy feo», decía, y me puso Cornet. Y dado que era catalán, como vosotras...

—Decidido, pues, Cornet de Famagusta. ¿A qué estás esperando? ¿Por qué no nos ayudas a levantarnos?

—Oh, perdonadme, respetadas damas, perdonad mis malos modales..., es la caída..., estoy confundido.

—¡Caramba, qué clase! ¡Damas nosotras! ¿Acaso eres un noble caballero? Anda, Cornet, date prisa y déjate de finuras, que no somos damas, sino soldados. Somos almogávares. Mi amiga se llama Gueraula y yo Garsenda, Garsenda de Torroella. Y si no te importa, ¿podrías ayudarnos de una vez a levantarnos, señor Cornet de Famagusta?

Almogávares, eran almogávares, y la palabra retumbaba en las paredes de su cerebro, subía y bajaba, se escondía en los pliegues de su conciencia, le hacía cosquillas a la esperanza y abría las puertas de

mundos soñados. Aún no había encontrado la manera de hablar con los almogávares, a pesar de que la idea de unirse a la expedición le rondaba la cabeza desde el mismo día en que se había enterado de su llegada. Pero la mayoría de ellos estaba en los campamentos de la costa y eran huraños, lo cual no facilitaba la relación. Había pensado en hablar con uno de los capitanes de las galeras, o incluso ofrecerse como remero, pero cuando estaba a punto de hacerlo siempre se echaba atrás, atrapado entre la ilusión por la aventura y el temor por los peligros que conllevaba. Así habían pasado los días hasta aquella mañana en que inesperadamente se topó con unas chicas almogávares. Debió de ser cosa de la ninfa Tique, que siempre le infundía el aliento de la fortuna, o del buen dios de los cristianos, que no lo abandonaba, o quizá simplemente fuera cosa del destino, que le marcaba el paso; el caso es que al dar la mano a la joven Garsenda para ayudarla a levantarse sus dudas se disiparon. Se iría con la expedición contra los turcos a toda costa, tanto si lo aceptaban como mozo en alguna nave como si le asignaban una tarea de escribano o le permitían ser soldado. Hombre de mar, de pluma o de puñal, todos los caminos llevaban a Constantinopla.

Fue Garsenda quien captó al vuelo la intensa pulsión de vida de aquel joven que acababa de conocer. Entre el catalán, el siciliano, un poco de griego y algunas palabras en latín, la conversación fue desgranándose, y Cornèlius, que olvidó enseguida el motivo de las prisas que habían provocado el encontronazo con las chicas, las acompañó a la cima del peñón. Los ojos de aquella almogávar de piel morena lo miraban de una manera tan penetrante que no atinaba a pensar en nada más, y ella se dio cuenta del efecto que le producía.

El azar, ¡qué paradoja! ¡Cuántos millones de combinaciones se habían necesitado para que aquel encuentro se produjera! El paseo hacia la cima no estaba previsto, un capricho de última hora lo había provocado; los callejones ofrecían mil opciones para subir, esquinas, atajos, giros... Y, justo antes de topar con él, Gueraula había querido bajar, «Demasiado empinado», y Garsenda la había convencido de que siguieran; Cornèlius, por su parte, había dudado mil veces qué encargo cumplir primero, qué calle enfilar, a qué hora... Millones de granos de arena se habían conjurado para encontrarse en un punto preciso del universo y formar una playa, un paisaje, un momento, su momento.

Luego, como siempre ocurre cuando los astros se alinean, los

hechos se precipitaron, movidos por una inercia inexorable. Era providencial que se encontraran, que se miraran, que se gustaran, y ningún dios menor podía detener lo que el destino había sentenciado. Días de conversaciones inacabables, noches sin noche, planes furtivos, el prodigio del amor. Cuando dos semanas después se anunció la partida de la Gran Compañía Catalana hacia Constantinopla, Garsenda ya sabía dos cosas: que se había enamorado de aquel joven inquieto y que irían juntos a matar turcos.

Mientras la diosa Afrodita paseaba por Malvasía con las ramas de mirto, la concha y la paloma determinada a desatar su éxtasis de amor, el dios Baco trabajaba infatigable en el huerto de un convento ortodoxo que se distinguía por el antiguo arte de hacer vino dulce. El almogávar Radulf de Sitges había ido a parar allí por casualidad, durante uno de sus merodeos por la zona, con la intención de matar el tiempo.

Renqueaba de una pierna a causa de una vieja herida de lanza que le había tocado el hueso, y a pesar de que ya acumulaba muchas vidas en su larga vida, tanto que los compañeros lo llamaban el abuelo Radulf, mantenía la agilidad que lo había salvado en las peores situaciones. Pero, bien porque ya no veía con claridad y estaba anocheciendo, bien porque una pelea que había tenido con su amigo Arseni, que era tan viejo como él y aún más testarudo, le había dejado mal cuerpo, tropezó con una piedra del camino y se cayó de cabeza, lo cual lo dejó aturdido. Cuando un monje lo encontró una hora después, sentado en el suelo con la cabeza abierta y desorientado, lo condujo al convento para socorrerlo. «Quédese a dormir con nosotros, que mañana se encontrará mejor», le ofreció con tono amable; a pesar de que él no hablaba griego como fray Roger, que sabía muchos idiomas porque había viajado mucho y había sido bendecido con el don de lenguas, pues el comandante era muy espabilado, entendió en el acto el lenguaje universal de la amabilidad y se fue con él. Después de eso, se quedó un tiempo en el convento, fascinado por el vino que había probado y que, según le contaban, era el resultado de un meticuloso trabajo. De niño, Radulf solía ayudar a su abuelo a recoger uva en las viñas que el hombre había plantado a las afueras de Sitges, y, a pesar de que como buen almogávar no renunciaba a un trago de vino por

áspero y amargo que fuera, le encantaba el buen néctar. Pero como no había ninguno comparable con el que había probado en el convento, decidió que no se iría de allí sin conocer su secreto. «Y cuando lo conozca, volveré a casa y enseñaré a los catalanes el arte de hacer este vino. Se acabaron mis días de almogávar.»

Fue así como Radulf de Sitges descubrió que aquellos monjes solo recogían los racimos que habían alcanzado un grado muy preciso de madurez y los separaban de los demás. Luego los llevaban al lagar, donde el maestro viticultor, un fraile muy anciano de pelo blanco y ojos pequeños con la cara surcada de arrugas, seleccionaba los gajos con gran celo, grano a grano, y retiraba los que estaban mustios. Eran los grandes y arrugados, que contenían más azúcar que jugo, los que prensaba y encubaba para producir aquel vino único que lo maravillaba. Cuando, semanas después, creyó que dominaba el arte de los monjes, se embarcó en el leño de unos comerciantes que se dirigían a Barcelona para vender telas, decidido a poner en práctica todo lo que había aprendido. «Será un vino único, que gustará incluso al rey Jaume. Lo llamaré malvasía, en honor de esta tierra bendecida», y, animado por la decisión que había tomado, pensó que cambiar el puñal y la guerra por el tonel y la uva era una idea sabia. Ya había sido soldado muchos años. Había llegado la hora de vivir el tiempo de la paz.

De cómo Cornèlius de Famagusta cogió el puñal y degolló a un genovés

Ramon Muntaner se sentía en estado de éxtasis, como si el pendón de oro y los gules de los condes reyes de la Casa de Barcelona no ondearan gloriosos en las calles de Constantinopla, sino en los caminos del cielo, a las puertas de la eternidad. Hacía rato que la comitiva de la Gran Compañía Catalana avanzaba por el paseo triunfal de la ciudad, siguiendo el mismo trayecto que recorrían los antiguos ejércitos romanos cuando celebraban sus triunfos militares. La multitud reunida era tan enorme que parecía una ciudad entera a cada paso.

Miles de personas se agolpaban a los márgenes de la comitiva, otras llenaban las terrazas y los balcones, y había quien conseguía el milagro de hinchar las ventanas, como si las piedras de los alféizares fueran inesperadamente flexibles. Dondequiera que se posara la mirada había gente que agitaba ramos de olivo, exultaba, aplaudía, cantaba e incluso rezaba, y las madres levantaban a sus hijos para que siempre recordaran el gran día en que llegaron los salvadores del Imperio. La acogida era tan extraordinaria que los almogávares caminaban en silencio, emocionados por la devoción reverencial que les mostraban y que los convertía en semidioses. Se sentían el ejército de Aquiles camino de Troya, el de Alejandro Magno pasando por las puertas de Cilicia, el de Carlomagno cruzando los Pirineos... Y el latido de la historia los ungía, convertidos ellos mismos en leyenda.

Encabezaba la comitiva Roger de Flor, vestido de azul, con cadenas de oro, cabalgando solemne sobre su caballo, engalanado con arneses de Oriente. En la mano derecha sostenía la birreta y en la izquierda el cetro de oro con forma de bastón, símbolos ambos de su cargo de megaduque; un paje a pie transportaba su casco de batalla. Cabalgaba a su lado el caballero Corberán de Alet, a lomos de un corcel blanco; detrás, el caballero Ferran Eiximenis d'Arenós, que sostenía el pendón con la efigie de san Jorge, y, muy próximo a él,

Corberán de Alet, el senescal de los almogávares, que blandía el pendón del rey de Aragón. Ramon Muntaner cabalgaba justo detrás del caballero Corberán, tan solemne y emocionado como el resto de la comitiva, e igualmente callado, como si el silencio rubricara la trascendencia del momento. Santa Sofía, vigilante guardiana de la fe de Oriente, se erigía en el horizonte, majestuosa e imperturbable.

Hacía pocas horas que Roger de Flor y sus caudillos y caballeros habían entrado en la sala de audiencias del Palacio de Blanquerna, donde el emperador romano de Oriente, Andrónico II Paleólogo, los recibía con todos los honores. Sentado en el trono imperial y engalanado con damascos entretejidos con hilo de oro, flanqueado por la emperatriz Irene de Montferrato y, a su derecha, por los patriarcas de Oriente y los miembros más célebres de la corte, vestidos todos ellos con sus mejores galas, el emperador Andrónico invistió a Roger de Flor, como jefe supremo de la flota bizantina, con la dignidad imperial de megaduque.

—Os nombro gran duque del Imperio, señor de todos los soldados del reino, almirante de la flota imperial y guardián de todas las islas de Bizancio, que estarán sometidas a vuestro arbitrio. A partir de hoy, sois el megaduque del Imperio romano de Oriente, por mi voluntad y por la gracia de Dios.

Y, marchando con férrea disciplina, culminaron la solemne ceremonia con un desfile por las calles principales de la ciudad, donde el sonido de las trompetas y los timbales se mezclaba con la ensordecedora algarabía de la gente, «¡Megaduque, megaduque!», y toda Constantinopla se rendía ante aquel heroico ejército almogávar, cuyos miembros, aun vistiendo como mendigos, eran la esperanza del Imperio. Habían llegado para acabar con el turco y esa era una misión sagrada.

Cuando el séquito regresó a las puertas del Palacio de Blanquerna, tras el largo desfile, la guerra impuso sus tiempos apresurados. Había que cumplir inmediatamente el acuerdo suscrito y celebrar las bodas de Roger de Flor con María de Bulgaria porque había que coger desprevenidas a las tropas del beylicato de Karasi, que estaban descansando en la península de Artacio antes de una nueva ofensiva. En la gran sala del palacio, María de Bulgaria, hija del zar de Bulgaria y sobrina del emperador Andrónico, brillaba con el esplendor de sus dieciséis años y la dignidad de su linaje imperial, y

Roger de Flor se sintió pletórico al verla, no solo porque era una joven muy hermosa que le daría noches de placer y una buena descendencia, sino también porque aquel matrimonio lo relacionaba para siempre a la gran dinastía de los Paleólogos.

En la mesa, relajado después de la ceremonia y decidido a hacer los honores a la copa de vino y al muslo de cordero que devoraba con fruición, Ramon Muntaner pensaba en su nuevo cargo. El megaduque lo había nombrado maestre racional, y en consecuencia tenía bajo su mandato la contabilidad de la Compañía. Determinado a cumplir honrosamente con esa responsabilidad, que lo obligaría a combinar con destreza el sentido de la diplomacia con la fortaleza del poder, tardó en darse cuenta de la bronca que acababa de armarse. «Los genoveses buscan pelea. Están apostados delante de las puertas del palacio», informaron al emperador, y cuando Roger de Flor preguntó qué pasaba...

—Nada, megaduque, son los genoveses que viven en la ciudad de Pera. No deben de estar contentos con la presencia de vuestro ejército. Tienen miedo de perder influencia.

—Influencia, ¿qué influencia? ¿A qué os referís? ¿Acaso esos moros blancos ostentan poder en el Imperio?

—Moros blancos, ¡ja, ja, ja! Por lo que veo la rivalidad de la Corona de Aragón con la República de Génova se mantiene bien viva.

—Siempre. Aunque ya los expulsamos de toda la costa. No tienen ninguna posibilidad en nuestro dominio del Mediterráneo. Pero ¿qué hacen aquí? ¿No son una amenaza?

—Viven en Pera desde hace cien años, desde los tiempos de la Cuarta Cruzada. Fundaron una ciudad al otro lado del estuario, en Gálata. Incluso la han fortificado con una gran muralla.

—Pero ¿cómo lo permitís? ¿Acaso en esta ciudad manda la República de Génova?

—Fue una concesión de mi padre, el emperador Miguel. Les permitió que Pera fuera suya. Tuvo que hacerlo. Los genoveses nos ayudaron a reconquistar Constantinopla y a recuperar el Imperio. Además, son un puerto comercial importante y mantienen activas nuestras finanzas. La mayoría son genoveses, pero también hay venecianos y pisanos, y algunos ragusanos.

—¡Ah, ragusanos! Sicilianos, pues. ¿Los hay de otros lugares de Sicilia?

—Pocos. La mayoría son de Ragusa.

—Espero que no armen mucho follón. Mis hombres no tienen mucha paciencia.

—No os preocupéis. Si hay pelea, no será para mal. Querido megaduque, entre nosotros, conviene que alguien les baje los humos, que estos genoveses se creen los amos del mundo.

—Moros blancos, como lo oís, emperador, moros blancos...

«¡Moros blancos, han llegado los moros blancos!», y la noticia corrió como la pólvora por los barrios adyacentes al palacio, donde se agrupaban las tropas de la Compañía Catalana. Arcadi de Figueras, un almogávar corpulento y de carácter violento que acostumbraba a ponerse en la primera fila de combate, acababa de toparse con unos genoveses que se habían reído de él. «Los he pasado por el hierro, ¡malnacidos!», dijo contando que había ensartado con la espada a uno de ellos y que los demás habían huido como posesos.

—Pero al parecer no han escarmentado, porque han vuelto en manada y ahora están rodeando el palacio. Hay un montón. Son tan mala gente, estos hijos del maligno, que han traído el pendón de la República de Génova para insultarnos.

—¡Blanden el pendón de Génova el día de las nupcias de nuestro comandante! ¡Pagarán la ofensa!

«Lo pagarán», «Los pasaremos por el hierro», «Icemos el pendón de los catalanes», «Escucha, escucha», «¡Aragón!»... Los gritos y la furia, y con los gritos y la furia, una multitud de almogávares y marineros de la Compañía agarraron los puñales y las espadas, e incluso los caballos que andaban por allí indolentemente sin sus caballeros, que se hallaban en el banquete de bodas, y se dirigieron hacia los centenares de genoveses que se habían reunido en las puertas del Palacio de Blanquerna. Nadie los dirigía, excepto el pendón del rey de Aragón que sostenía el adalid Arcadi de Figueras, deseoso de blandir de nuevo el hierro. Unas filas atrás, emocionado y resuelto, Cornèlius de Famagusta caminaba al lado de Garsenda, listo para su bautizo de sangre. Estaba excitado, ansioso, no tanto por la pelea con los genoveses, de los que no sabía prácticamente nada, como porque por primera vez en la vida se sentía parte de algo superior a él. Pertenecía a un grupo que lo reconocía como miembro,

tenía una noble bandera que defender y lo motivaba un objetivo sagrado. Además, lo acompañaba la mujer por la que había perdido la cabeza.

Garsenda... Gracias a ella sabía lo que era el amor. No el amor inmaduro que había sentido por Anastasia en sus días en Trikomo, que era como el azúcar, tan dulce como volátil, sino un amor de roca, capaz de resistir el envite de las olas, un amor árbol y águila que lo enraizaba y lo elevaba, raíces y alas, permanecer con los pies en el suelo y volar lejos, protegido y a la vez liberado, finalmente completo. Garsenda era mucho más que atracción y deseo, era comprensión, complicidad, la primera letra de todas las palabras bonitas que merecían ser pronunciadas. Desde aquel día en que sus miradas se cruzaron en una calle de Malvasía, todo se había trastocado, las emociones, los hábitos, la manera de ver las cosas, el sentido mismo de la vida. Tras unas semanas en Malvasía, la travesía hasta Constantinopla, días y días de conversaciones y caricias, saciándose el uno del otro, llenándose y agotándose y llenándose de nuevo, eternamente sedientos de amor. Y aunque solo hacía un mes que su vida había cambiado, ya hacía una eternidad que todo había pasado, suspendido el tiempo en el instante eterno del primer beso.

Del amor a la guerra, o a su simulacro. Habían ido a Constantinopla a matar turcos, pero si unos genoveses se les ponían por delante, buenos eran para despertar el hierro. Un conspicuo grupo de estos se había reunido ante las puertas del palacio, con su caudillo Russo de Finar en el centro blandiendo la bandera de Génova. El resto de los genoveses rodeaba el palacio, y contra ellos se lanzaron en tropel los almogávares, traspasando barrigas, rebanando pescuezos y aplastando cabezas, ávidos del festín improvisado que las nupcias de su comandante les regalaba. Controlados los flancos, una treintena de escuderos que habían revestido de cuero los caballos de sus caballeros embistieron por el centro la formación de los genoveses, que cedió, y arrollaron a Russo de Finar, que cayó al suelo agonizante. A partir de ese momento, los gritos, el pánico, la huida desesperada, la avidez de los almogávares, que no tenían bastante con nada, «Degolladlos a todos», «No dejéis ni uno», «Muerte a los moros blancos», y los cadáveres se amontonaban a centenares por las calles de Constantinopla. Era tanta la sed de sangre que el mismo emperador le pidió a su drungario, el almirante Stefanos Marzala, que detuviera la

matanza y, sobre todo, que impidiera que los almogávares cruzaran a la otra orilla del estuario, «¡Hay que salvar a los genoveses de Pera!», pero el almirante también sucumbió al hierro almogávar, y su cuerpo fue descuartizado. Solo Roger de Flor podía detener la carnicería perpetrada por sus hombres, y cuando el emperador se lo pidió, asustado ante la evidencia de que la ciudad de Pera iba a ser masacrada por los almogávares, el megaduque reunió a todos los caballeros que lo acompañaban en las nupcias y acabó con la masacre. De regreso al campamento, dejó a sus hombres y se dirigió a los aposentos del palacio donde lo esperaba María de Bulgaria. Era su noche de bodas y disfrutaría de ella con pasión. En las calles de Constantinopla, tres mil cuerpos inertes testimoniaban la furia almogávar.

Cornèlius estaba eufórico, se agitaba, hablaba a trompicones, como si a las palabras no les diera tiempo a expresar los pensamientos, y no dejaba de mirarse las manos, testigos sangrientos de las vidas que se había cobrado. No tenía plena conciencia de cómo había pasado. De repente, estaba desorientado en medio de una marabunta humana... El terror lo paraliza, un hombre se abalanza sobre él con violencia, él cae al suelo con el puñal en la mano, el hombre se le echa encima, el cuchillo se clava milagrosamente en el cuello del genovés, y entonces el instinto lo domina y el cuchillo se clava otra y otra vez, con una destreza desconocida, la sangre brota, y, al instante, un orgullo primario le recorre la espina dorsal, el miedo desaparece y el deseo lo espolea... Y tras el primero, otro y otro más, muchos más, tantos que pierde la cuenta, cuerpos que caen al suelo como sacos de patatas, sin rostro, sin nombre, sin historia, masas de carne mortal que cumplen su destino, la ley inapelable de la supervivencia.

No se imaginaba que matar fuera tan fácil, ni tampoco tan placentero, y, una vez experimentada la euforia del combate, sentía un instinto feroz que lo animaba a cualquier gesta heroica. Sabía que el primer hombre, que la primera muerte, era producto de la suerte, pues, como le decía la nodriza Calimeris cuando era niño, «Pilila grande, suerte grande», y quizá era verdad y su descomunal miembro tenía dotes secretas, o quizá era cosa de la ninfa Tique, que siempre lo protegía. Fuera como fuese, gracias a su pene hechizado o a los dioses de la antigua Grecia, el caso es que iba a morir a manos de aquel

genovés, en aquel preciso instante, en Constantinopla, otro cuerpo amontonado en una montaña de cuerpos. Pero estaba vivo y había matado a un hombre, y, saboreada la primera sangre, notó cómo se liberaba del joven melifluo y frágil que hasta entonces había transitado por la vida y se convertía en un soldado, un guerrero, un asesino. Ya no le daba miedo morir, porque había aprendido a matar.

«¡Cornet, Cornet!», y al oír la voz de Garsenda dejó de cavilar y corrió a abrazarla como si fuera la última vez. Ella lo había acompañado hasta el palacio, pero Gastón la había obligado a volver al campamento, «Aún no, Garsenda», y al reencontrarse con ella, agotado y exultante, manchado de sangre, no hubo hombre más feliz en la tierra.

«¡Debemos casarnos hoy mismo!», le soltó de repente, animado por la euforia del momento, y sin esperar a que ella le respondiera la cogió de la mano y echó a correr hacia la tienda de Ximena y Gastón.

—Señor Gastón, quisiera hablaros un momento.

—Mmm, mira por dónde, ¿qué pasa?

—Yo, señor Gastón, yo...

—Déjate de historias, muchacho. Sé a qué vienes. Has saboreado la sangre y ahora quieres saborear a la hembra, ¿a que sí?

—¿Saborear? No, perdón, yo..., como sabéis..., Garsenda y yo... Bien, la protegeré siempre, yo la amo de verdad...

—Deja de decir sandeces, que me recuerdas a mí cuando le pedí a Perot la mano de Ximena, que me cagaba encima. Hace días que esperaba tu visita y no sabía cómo iba a recibirte. Pero, caramba, muchacho, hoy me has gustado mucho.

—¡He matado a muchos genoveses!

—Sí, sí, ya lo he visto. Era hora de que te soltaras de la teta de tu madre y te convirtieras en un hombre.

—Bueno, yo... no tengo madre.

—Como muchos de nosotros, muchacho, como muchos. ¡Qué tontería! Poco importa que no tengas madre si estás enmadrado. Y si aún olieras a leche, tú y yo no podríamos llegar a un acuerdo. A Garsenda no la toca un afeminado sin sangre en las venas. Pero tú..., caramba con Cornet, de dónde sacarás tanta furia, parecías un flojo sin sangre y ahora resulta que eres un asesino de primera. Hoy has trabajado el hierro como si fueras un viejo almogávar. ¿A cuántos moros blancos has matado?

—No lo sé, señor Gastón, a muchos, a todos los que he podido.

—Ja, ja, ja, así me gusta, sí, señor. Has demostrado que eres un hombre y ahora ya puedes casarte con mi hija. Te ha gustado la sangre, ¿eh? ¿A que es dulce?

—Me ha gustado mucho matar enemigos. Mataré a todos los que encuentre.

—Sí, señor, así habla un almogávar. Pues nada, vamos al grano, que somos gente de hechos y no de puñetas, y pronto nos iremos a luchar. ¿Qué quieres, zopenco? Que te dé permiso para yacer con Garsenda, ¿no?

—Bueno..., sí, quiero decir..., casarme...

—Entre hombres nos entendemos, no me vengas con cuentos, que tú lo que quieres es tener una hembra. Y mi hija es cosa fina, chico. Pero escúchame bien: si no la tratas como es debido y no la haces feliz, te las verás con mi puñal. ¿Estamos?

—Yo... Sí..., muy feliz, mucho. La quiero mucho. Puede que piense que hace poco que nos conocemos, señor Gastón, pero ella es mi amor para siempre, Dios y la Madre de Dios, que están en los cielos, son mis testigos.

—Deja en paz a Dios, a la Madre de Dios y a toda su familia. Me da igual que os conozcáis desde hace poco si habéis sentido la atracción del sexo. Esto va así, chico, nos atrae una mujer, y... Fíjate en mí, toda la vida con Ximena. Somos animales bautizados, Cornet, sí, estamos bautizados, pero solo somos animales. Esto que nos cuelga es lo que manda.

—Yo... Sí..., no sé...

—Vamos, basta de charlas por hoy. Dejémonos de monsergas y vamos al grano, que mañana hay que matar turcos. Ahora llamamos al capellán y luego bebemos, nos emborrachamos y nos peleamos, que los hombres se forjan en la lucha; y cuando te haya dado una buena paliza, la Garsenda será tuya, que ya tiene edad de tener un hombre a su lado, si no las mujeres se estropean. Garsenda, ¿tú qué dices?, ¿quieres juntarte con este pollo?

—Sabes que sí, padre, sabes que lo quiero.

—Pues nada, llamad al capellán, preparad los barriles de vino y apresurémonos, que el hierro ya reclama sangre turca.

«¡Solo han pasado tres semanas!», pensó mientras trataba de coger el sueño, y en aquellas tres semanas su vida se había trastocado de tal manera que parecía un desconocido en una piel conocida. De Mesina había pasado a Constantinopla, y si antes se imaginaba un futuro de notario, con la cabeza hundida en los legajos y la barriga llena, en ese momento mataba genoveses como quien mata cerdos, se preparaba para la gran batalla contra los turcos y acababa de yacer con la mujer más maravillosa de la tierra. Hacer el amor con Garsenda había sido diferente de las otras veces, con la señora Androulla de Trikomo o con las mujeres que lo viciaban en Famagusta, ni siquiera habría sido lo mismo con la bella Anastasia si ella no hubiera huido como una posesa al ver el tamaño de sus atributos. Con Garsenda, cada paso de los dedos por su piel, cada caricia lenta alrededor de los labios, cada beso suave, bebiéndose, lamiéndose, mimándose, cada gesto eran pausados, como si todo lo que los rodeaba hubiera desaparecido y no estuvieran tumbados en un lecho de fortuna, sino que flotaran en el vacío, más allá del tiempo y del espacio. Estaba desesperadamente enamorado, con una intensidad que incluso le causaba dolor, como si le diera miedo ser tan feliz. Por primera vez había dejado de interrogarse acerca de su destino, de su futuro, porque la única casa, la única tierra, el único destino era ella, su mujer, su amante.

Desvelado, miró a Garsenda, que dormía con la cabeza sobre su pecho, y pensó que pronto saldría el sol, pero que ya no sería un día más, sino el primero de todos los días.

En el Palacio de Blanquerna se aceleraban los preparativos para la partida de la Compañía hacia el frente turco. El emperador Andrónico tenía prisa por desembarazarse de las tropas del beylicato de Karasi, que avanzaban sin piedad y esclavizaban a los pueblos que conquistaban. El Imperio de Oriente se debilitaba por momentos. Desde la derrota sufrida el año anterior contra el emir Osmán en la llanura de Bafea, los turcos no habían dejado de avanzar hacia el Bósforo. El último intento de vencer a los invasores, capitaneado por su hijo mayor, el príncipe Miguel, fue un absoluto desastre. El Imperio hizo un ingente esfuerzo, con más de cien mil hombres a pie y doce mil a caballo, pero la mayoría desertó al llegar delante de los turcos. Sobre todo los contingentes de alanos del comandante Georgios

Girgon, que al ver el tamaño de las huestes turcas se negaron a luchar. Por suerte, Miguel se había apostado en el cabo de Artacio y resistía tras el muro que lo protegía, pero el peligro de que cayera aquella cabeza de puente tan estratégica para la defensa de Constantinopla era muy grande. Por eso era necesario que Roger de Flor partiera hacia Artacio con urgencia, porque si Miguel y los mercenarios alanos que le quedaban no conseguían resistir y los turcos tomaban Artacio, la caída de Constantinopla era segura.

Los alanos... No sabía si había hecho bien aceptándolos de nuevo en su ejército después del asesinato del gran doméstico. ¡Pobre Alejo Raúl! El gran doméstico había tratado de frenar la deserción de los alanos y ellos no tuvieron piedad.

Sí, debería haber ordenado que degollaran al comandante Georgios como castigo a su traición, pero la situación era desesperada. Las derrotas se subseguían una tras otra, los turcos avanzaban en toda Anatolia, y él tenía un ejército débil, lleno de mercenarios y fugitivos. Unos, los cretenses, huían de los venecianos, otros, los alanos, huían de los tártaros... No era de extrañar que desertaran tan pronto como podían. Sí. Se había visto obligado a aceptarlos de nuevo, no le quedaba más remedio.

Como tampoco le había quedado más remedio que aceptar a aquellos almogávares salvajes que habían llenado de sangre las calles de Constantinopla. Tenían que irse pronto, no solo por la urgencia de la guerra contra los turcos, sino también porque si se quedaban más tiempo podía producirse una nueva matanza como la de los genoveses, y ya tenía bastantes problemas para arriesgarse más. No obstante, vete tú a saber si no estallarían peleas entre los alanos y los catalanes en el frente, pues unos y otros siempre andaban a la greña. Además, estaba lo de la paga... No debería haber aceptado las condiciones de Roger de Flor, ¡qué barbaridad! Trescientos hiperpirones anuales por caballero y la mitad por cada soldado de infantería, ¡qué animalada! Cobraban el triple que los alanos, y estaba seguro de que si la noticia se difundía habría una sublevación. Pero tenía que aceptar las condiciones del megaduque si no quería perder el Imperio, no le quedaba otra. Los almogávares eran los guerreros más feroces de la cristiandad, y si ellos no detenían a los turcos no habría salvación. El Imperio romano de Oriente estaba en manos de Roger de Flor, esta era la única certeza que tenía en ese momento, y se aferraba a ella con desesperación.

«¿Qué nuevas tenemos, Andrónico?»; la llegada de su esposa, la emperatriz Irene, lo sacó de su ensimismamiento. Amaba a aquella mujer de carácter fuerte que ya le había dado cinco hijos y que pertenecía a un linaje de grandes reyes: era nieta del rey Alfonso X de Castilla y bisnieta de Jaume el Conquistador. Era una mujer altiva y huraña, adusta con los subalternos y ávida de riqueza, pero también apasionada en la cama y muy intuitiva en las cuestiones que afectaban al Imperio. Ninguno de sus asesores, ni siquiera su hijo Miguel, le parecían más fiables que su esposa, especialmente para detectar peligros y traiciones. Fue ella quien, tras la gran derrota sufrida pocos meses atrás, lo animó a contratar a los almogávares, «No nos queda otro remedio», y sus pronósticos nunca fallaban. Pero aunque lo había convencido para contratar a Roger de Flor, también era la primera en advertirlo del peligro que representaba el antiguo templario. «Odio a este hombre que nos ha extorsionado con sus demandas abusivas», y pronosticaba que el megaduque se convertiría en el principal enemigo del emperador y de todo su linaje.

—No te fíes de este salvaje, querido, algún día querrá quedarse con el trono.

—¿Acaso crees que no lo sé? Sin haber ganado aún una sola batalla ya se ha convertido en el hombre más poderoso del Imperio después del emperador. Debemos ser muy cautos y previsores. Ahora lo necesitamos, pero si nos libera de los turcos, puede que las cosas cambien y se vaya a otras guerras. O que se quede aquí y se acabe convirtiendo en uno de los nuestros. Al fin y al cabo, se ha casado con mi sobrina.

—No seas ingenuo, querido. Ya has visto lo que ha pasado con los almogávares nada más llegar. En pocas horas han matado a tres mil genoveses solo porque se habían ofendido, vete tú a saber por qué. Si acumulan mucho poder, no podremos controlarlos.

—Paciencia, Irene, paciencia. Veamos qué ocurre. Si va mal, recuerda que una simple flecha disparada en el momento adecuado puede acabar con un gran guerrero, por poderoso que sea. De momento, debemos atender sus nuevas peticiones.

—¿Nuevas? ¿Qué quiere ahora? ¿Más? ¿Qué te ha pedido?

—No pide poco, el megaduque... Pretende que nombre gran drungario a uno de sus hombres, al caballero Ferran d'Aunés, ahora que ha muerto nuestro almirante Stefanos Marzala.

—¡Ha muerto! Lo han asesinado esos salvajes, querrás decir. Viste lo que hicieron con su cuerpo, ¡pobre Stefanos! ¡Lo descuartizaron, Andrónico, como si fuera un cerdo! ¡Esta es la clase de gente con quien tenemos que tratar! Mala gente, Andrónico, tan salvajes como los turcos. Y ahora el drungario debe ser uno de ellos, ¡solo faltaba eso! ¿No puedes negarte a hacerlo?

—No, no es el momento de jugar con fuego, Irene. Ahora tenemos que hacer lo nos pide, aunque sea peligroso. Lo necesitamos.

—Pero entonces, ¡el almirante jefe de toda nuestra flota será un hombre del megaduque! ¿No te das cuenta de que eso es una trampa mortal?

—Claro que me doy cuenta. Pero recuerda que, en realidad, en calidad de megaduque también es almirante. Por eso entiendo que quiera que el gran drungario sea un hombre de su confianza. Es el comandante de la flota y puede necesitarlo para reforzar las tropas de tierra. La flota es fundamental para cualquier cosa que pueda pasar, desde la falta de provisiones hasta las evacuaciones y los refuerzos. Comparto tus recelos, pues con esta gente toda precaución es poca, pero lo que pide es razonable. Tendremos que ganarnos al tal Ferran d'Aunés. Además, estará casado con un familiar nuestro.

—¿Con un familiar? ¿A qué te refieres, Andrónico, de qué hablas? ¿También hay que casar a ese hombre?

—Sí. El megaduque ha pedido que lo casemos con algún pariente de los Paleólogos.

—¡Pero qué desfachatez, el muy granuja! Quiere tenerlo todo bien atado, menudo pájaro. Él se ha casado con María, que es nada más y nada menos que tu sobrina, ¡la sobrina del emperador! Y ahora..., ¡mira qué listo! Nos impone a uno de sus caballeros de confianza como almirante de la flota y encima nos obliga a esposarlo con una mujer del linaje Paleólogo. ¿No ves la jugada? ¡Es pérfido! Ese hombre quiere quedarse con el Imperio de Oriente, eso es lo que quiere. ¡Madre de Dios! ¿Y con quién piensas casarlo?

—¡Claro que veo la jugada! Pero ahora no hay manera de negarle nada, sabes de sobra que el cabo de Artacio peligra. Y si el cabo de Artacio cae, querida esposa...

—Cae Constantinopla, querido esposo. Lo sé, lo sé.

—En cuanto a las nupcias de ese caballero... ¿A quién le propongo...? No sé... Había pensado casarlo con la hija de nuestro

pariente Raúl Paqueo.

—¿De quién hablas? ¿De ese al que apodan el Gordo? ¿Tu primo lejano?

—Sí. Es un primo lejano, pero es un Paleólogo. Servirá.

—Sí, parece una buena idea. El Gordo es un bizantino sensato, y muy rico. Sabrá controlar la situación. Pero, Andrónico, ese Roger de Flor nos está acorralando poco a poco y acabará ahogándonos. Se lo quedará todo. Tendremos que hacer algo antes de que no haya remedio. Nuestra supervivencia depende de ello.

—No seas tan malpensada, Irene. Necesitamos sus tropas, como bien sabes. Pero hay que estar alerta. Tiempo al tiempo, y paciencia, mucha paciencia. De momento, que los almogávares vayan a matar turcos y que nos quiten de encima esa terrible plaga; luego, si ganan, ya veremos.

—Que Dios nos proteja, Andrónico, de los turcos y de los catalanes, pues si pierden los almogávares, caerá el Imperio, pero si ganan, Dios nos libre de su poder, no habrá quien los detenga.

—Tiempo al tiempo, Irene, tiempo al tiempo.

Las nupcias de Ferran d'Aunés y su nombramiento como gran drungario se celebraron con la misma rapidez con la que todo se había desarrollado desde la llegada a Constantinopla de la Compañía: la proclamación como megaduque de Roger de Flor, su boda con María de Bulgaria, el desfile de la Gran Compañía por las calles de la ciudad, el equipamiento y avituallamiento de la tropa... Las órdenes para el almirante D'Aunés también fueron inmediatas.

—Irás a la isla de Quíos con doce galeras y te quedarás allí hasta que acabemos con los turcos de Karasi. Por lo que me han contado los marineros del emperador, es un puerto bien orientado para poder vigilar de cerca las naves turcas. Haznos saber de inmediato cualquier movimiento que detectes.

—Descuidad, megaduque. Ahora mismo aparejamos las naves y salimos sin dilación. Estaremos pendientes de los movimientos de los turcos y preparados por si hay que combatirlos. No fallaremos, querido amigo.

—Lo sé, Ferran, conozco la firmeza de tu honor y la grandeza de tu coraje. Ve con Dios, y mantén el pendón de la Casa de Barcelona

bien alto.

Ungido el nuevo almirante jefe de la flota, movilizadas las galeras y realizados todos los trámites, nada retenía a la Gran Compañía Catalana en Constantinopla. Había llegado el momento de partir hacia la península de Artacio al encuentro con los turcos. La hora del hierro había llegado.

De cómo fray Roger de Flor fundó el Consejo de los Doce mientras pasaba el invierno en el cabo de Artacio

«Te contaré una historia...» Intrigada, Garsenda se acurrucó contra el cuerpo de Cornèlius, que la cubrió con una manta para protegerla del frío que arreciaba en la cubierta de la galera. Hacía siete días que habían salido de Constantinopla y esperaban llegar al cabo de Artacio al día siguiente. La noche era gélida, con cielo sereno, rebosante de estrellas, y solo el rumor de las olas rompiendo contra el casco de la nave desmentía el silencio. A excepción de los remeros, los centinelas y algún soldado insomne que vagaba por la cubierta, la tripulación dormía. Cornèlius, en cambio, estaba desvelado como si fuera pleno día, y los consejos de Garsenda, «Descansa, mañana será un día intenso», caían en saco roto.

«Te contaré una historia...» Cornèlius se agitaba excitado, tan pletórico que no quería dormirse porque temía perderse algún instante de su nueva vida. Lo habían aceptado en una compañía de guerreros indómitos, se había casado con su gran amor y avanzaba hacia la gloria, todo era tan grandioso que tenía miedo de dormirse y descubrir que estaba soñando. Quería hablar con Garsenda, tocarla, abrazarla, hacerle el amor, contarle mil cosas, hacerle mil promesas, gozar de ella a todas horas, fuera como fuese, despierto, atento, alerta. Así se habían ido encadenando las últimas noches desde que se casaron, y aunque Garsenda se quejaba, «¡Déjame dormir, pesado!», dedicarse completamente a su amante lo hacía feliz.

«Te contaré una historia...» Y si la noche pedía animación, el día había transcurrido sin ansias. El megaduque quería llegar al cabo de Artacio lo más pronto posible y forzaba las velas y el ritmo de los remos, pero los marineros no habían tenido que esforzarse mucho ese día porque en el mar de Mármara soplaba un viento fuerte que empujaba las galeras. Finalmente, al anochecer, avistaron la mancha de tierra, unida a la costa por un pequeño istmo, el enclave estratégico

al que se dirigían. Un siciliano que conocía muy bien aquellas tierras señaló el horizonte: «Ese es el cabo de Artacio. Y mirad ese río, es el Cícico. Los turcos deben de estar por allí. Es el mejor lugar para acampar».

«Te contaré una historia...». La palabra *Cícico*, que había pronunciado el siciliano, despertaba la vieja leyenda griega de los argonautas, que el monje Andreas le había contado cuando era niño una de aquellas tardes ociosas en el convento, cuando le mostraba libros griegos. De aquella manera inesperada, los mitos de la Antigüedad tomaban cuerpo a la orilla del Mármara.

—Te contaré una historia... Habla del rey Cícico, que hace muchos siglos gobernaba estas tierras. Era descendiente del dios Poseidón. El día de sus nupcias tuvo el honor de que llegaran a sus costas el héroe Jasón y los argonautas, que se habían embarcado en una gran aventura para encontrar el vellocino de oro y robárselo al dragón que lo protegía. Al rey Cícico lo complació sobremanera que aquellos grandes héroes asistieran a su boda y los honró con una gran celebración. Luego les ofreció provisiones para que prosiguieran su camino y les deseó suerte. Los argonautas se despidieron y partieron, pero una tormenta muy violenta los devolvió a tierra y, confundiéndolos con piratas, los soldados de Cícico los atacaron. Cuando el rey se enteró de lo ocurrido, fue a su encuentro con un contingente de hombres a fin de ayudarlos, pero hubo un malentendido y al final Jasón acabó con él. Al día siguiente, cuando los argonautas se dieron cuenta de lo que había pasado, velaron el cadáver del rey durante tres días y tres noches, y luego celebraron el funeral con unos juegos fúnebres, como los que Aquiles le había dedicado a Patroclo, su amor, cuando este murió. También pusieron su nombre a la ciudad en la que había reinado. Su esposa, Clite, desesperada, se ahorcó de un olivo en el lugar donde se habían casado. Esta es la historia del rey Cícico y de la ciudad que lleva su nombre. Y el río donde el siciliano afirma que deben de haber acampado los turcos también lleva ese nombre en su honor.

—Qué historia triste la de esa mujer, la esposa del rey. ¡Morir así por amor! Y esos argonautas, ¿qué fue de ellos? ¿Consiguieron matar al dragón y hacerse con el vellocino de oro? ¿Qué es el vellocino de oro? ¿Y a quién te refieres cuando dices que el rey era hijo de un dios? ¿Te refieres a los falsos dioses de la Antigüedad? Y en cuanto a

Aquiles, ¿has querido decir que su amor, el tal Patroclo, era un hombre? Eso es lo que más me interesa, quiero saberlo todo.

—Garsenda..., yo..., no son temas...

—No son temas para quiénes, ¿para mujeres? Soy una almogávar, Cornet, no una damisela de la corte, y me consta lo de hombres con hombres; los he visto por las noches, aquí mismo, entre nosotros. Que una cosa es tener esposa y otra tener amantes, no es lo mismo, y como los hombres tenéis más necesidades y a veces no hay mujeres... Nosotros somos así, nos las arreglamos con lo que hay. Si tú tuvieras a un hombre como amante a mí me daría igual.

—¡Garsenda! Yo..., yo nunca..., un hombre, nunca...

—Mejor, Cornet, mejor, menos quebraderos de cabeza. Pero cuéntame del tal Patroclo. Me encantan las historias de amantes.

—¿No te preocupa que sean un pecado contra Dios?

—A Dios no le molesta el amor, Cornet. No te creas a los capellanes, que te meterán demonios en la cabeza. ¡Cuéntame la historia de una vez!

—Es una historia de héroes de un libro escrito por un griego antiguo, Homero, que habla de la guerra de Troya. Me lo leyó el monje Andreas en el convento. Le gustaba mucho. Pero, querida, haces muchas preguntas buenas para otras noches. No te preocupes por los viejos héroes ni por los dioses antiguos, que no son más que cuentos para niños. Durmamos, que nos esperan días de poco dormir. El hierro está a punto de despertarse.

—Más tarde. Primero cuéntame lo de Patroclo.

Resguardado del frío, cuerpo contra cuerpo, con el vaivén suave de las olas, Patroclo, el amante de Aquiles, se puso a rememorar su muerte a manos de Héctor tras haberlo desafiado, su cuerpo ultrajado, la desesperación extrema de Aquiles, su duelo con Héctor, la muerte del príncipe de Troya...

—... y entonces Aquiles ató el cuerpo de Héctor a su carro y lo arrastró alrededor de las murallas de Troya.

—¡Qué hombretón!

—Y luego organizó unos grandes juegos fúnebres, y ordenó construir una pira funeraria donde quemó caballos, perros y a doce muchachas de Troya que tenía prisioneras, y todos los caudillos de Grecia participaron en las exequias. Así despidió Aquiles a su amante Patroclo.

—¡Qué gran historia! ¡Y no querías contármela! Ven aquí, trovador, ven y acúname.

La primera vez que Cornèlius le había contado una historia de la antigua Grecia, Garsenda se había quedado pasmada. No solo porque eran historias mágicas de dioses y héroes, y aventuras extraordinarias, sino porque no se imaginaba que su hombre tuviera aquellas dotes de narrador ni que supiera tantas cosas. Ciertamente se había educado en un convento y había aprendido a leer y a escribir, también sabía latín gracias al monje Llull, que, según le había contado, había sido su maestro. El nombre de Ramon Llull le sonaba. Sus padres y mucha otra gente hablaban de él.

Decían que era un sabio. Y sí, ¡era verdad! Cornèlius había estado con el monje Llull, y también en el convento, y cuando lo conoció en Malvasía era ayudante de un notario, pero aun así le maravillaba que supiera tantas cosas. «¡Te saldrá humo de la cabeza!», le decía, y se sentía feliz de haberse casado con ese hombre peculiar que podía tanto matar genoveses como contar aventuras de héroes griegos, y que, sobre todo, la llevaba a las puertas del cielo cuando hacían el amor. Además, cada día hablaba mejor catalán, y donde él no llegaba, llegaba ella gracias al griego que Cornèlius le enseñaba. Juntos iban construyendo un lenguaje propio que no era catalán ni griego, sino una insólita amalgama de las dos lenguas, forjada con la persistente voluntad que ambos tenían de entenderse.

Unas pocas horas después de que Cornèlius le contara a Garsenda aquella historia de argonautas, reyes y héroes griegos, la flota almogávar arribaba al cabo de Artacio, donde las condiciones de la guarnición que defendía el terreno eran tan desesperadas como exultante fue el recibimiento que brindaron a los recién llegados. Los turcos acababan de atacarlos, y aunque las tropas bizantinas habían resistido, el número de heridos era considerable. En cuanto Roger de Flor desembarcó, acompañado por Focas Marules, el gran arconte de Oriente al mando de los soldados del emperador, el relevo fue inmediato, y las tropas del príncipe Miguel pudieron volver a Constantinopla.

Después de eso, los acontecimientos se precipitaron, acelerados por la convicción de que su arma más poderosa era el desconocimiento que los turcos tenían de su presencia. Primero salieron los exploradores almogávares, que no tardaron en localizar el campamento turco. «Está a la orilla del río Cícico, a pocas leguas de aquí», «No hay centinelas vigilando», «Sus familias están con ellos», y, sopesada la situación, la estrategia fue simple: las tropas saldrían del cabo de Artacio durante la noche y rodearían completamente el campamento. Al alba, aprovechando la indefensión de los turcos, se lanzarían al asalto. Roger de Flor dio órdenes explícitas.

—Saldremos de noche y rodearemos el campamento para que no tengan escapatoria. Habrá que ser sigilosos. Los turcos no deben saber que hemos llegado. Y, al alba, antes de que se levanten, atacaremos. Esta será la formación: en la vanguardia formaremos la caballería, el arconte Marules y yo seremos sus capitanes; nos seguirán los almogávares, capitaneados por el senescal Corberán de Alet.

—¿Atacaremos a la manera almogávar, a la embestida?

—Por supuesto, senescal. La principal arma de los turcos es el arco, y tenemos que evitar que la utilicen. Primero barreremos la caballería enemiga con flechas, y acto seguido entraremos con nuestra caballería; luego, los hombres a pie atacarán a la embestida, no dejarán un solo turco con vida. Mientras vosotros atacáis a pie, nosotros, con la caballería, impediremos que huyan. Ni un solo turco eludirá nuestra espada, y a los que no mueran los capturaremos. Mañana, a orillas del Cícico, en los caminos que recorrió el gran Alejandro Magno, nosotros, los almogávares, acabaremos con los turcos.

—¿Todos a degüello, megaduque?

—Todos, senescal, todos. No debe quedar vivo ni un solo hombre mayor de diez años. A las mujeres y a los niños los apresaremos y los venderemos como esclavos. El campamento debe quedar completamente arrasado. Ni las bestias deben sobrevivir. Hay que hacerles saber a los turcos de Anatolia que los almogávares han llegado y que con ellos ha llegado el terror. Les espera un infierno de derrotas. No quedará ni uno en las tierras del Imperio, y a los que se queden aquí, les aguarda la muerte o la esclavitud. ¡Ninguna piedad con los infieles! ¡Por la gloria!

—¡Ninguna piedad!

—Ninguna, almogávares. ¡Arriba los pendones! ¡Aragón, Aragón!

—¿Qué estandartes llevaremos, megaduque?

—Los acordados, maestre racional. Así será, Ramon: yo llevaré mi estandarte y el de megaduque; el gran arconte, el suyo; Marules, el del emperador Andrónico; y los almogávares, los dos pendones: el escudo de armas del rey de Aragón y el escudo de armas del rey de Sicilia, tal y como acordamos con el emperador Andrónico.

El emperador se había avenido, en realidad a la fuerza, a otorgar licencia a los almogávares para que llevaran las armas heráldicas de sus soberanos. Era consciente de que el rey de Aragón estaba en contra de las ambiciones de la corte francesa de colocar a Carlos de Valois en el trono del Imperio, y como aliado debía permitir que la bandera de los condes reyes de Barcelona ondeara en sus tierras. Pero aquella alianza comportaba unas servidumbres posteriores, dado que Jaume II exigía, como contrapartida, que Andrónico lo ayudara a conquistar Cerdeña, tal y como planeaba el rey catalán. Así lo indicó en una carta a Roger de Flor, en respuesta a la que fray Roger le había enviado para informarlo de la expedición a Oriente. «Vos, Roger de Flor, y Bernat de Entenza os comprometeréis a pedirle a Andrónico que nos ayude a conquistar Cerdeña, y nosotros nos comprometemos a ayudarlo a liberar el Imperio romano de Oriente de la plaga de los infieles», y el compromiso quedó sellado. Al mismo tiempo, el rey de Sicilia también se oponía a las ambiciones francesas, y puesto que la guerra contra su hermano había acabado y los almogávares de Roger de Flor habían luchado a su lado, tenía sentido que el pendón de Sicilia también mereciera el honor de ser blandido en la batalla y de compartir la gloria.

Planeado el ataque e impartidas las órdenes, el plan se siguió con minuciosa precisión. Antes del alba, el operativo estaba listo, y el círculo que tenía que asfixiar el campamento de las tropas del beylicato de Karasi se cerraba por completo. Aquel día no se oyó el tradicional grito de guerra almogávar, que siempre abría las batallas, porque la sorpresa era el arma principal de los atacantes, y solo su ofensiva rompería el silencio. Así se ejecutó. De repente, miles de flechas danzaron en el aire y la trápala de cientos de cascos violentó la tierra con su despiadado ruido. Una tempestad de polvo nubló la

suavidad del paisaje, y pronto el amable rumor del río Cícico fue acallado por los gritos desesperados de los turcos, que se despertaban abruptamente en su peor pesadilla.

Cuando, de regreso al cabo de Artacio, Ramon Muntaner escribía a la luz de las velas la crónica de aquella batalla, los miles de cuerpos que yacían en las orillas del río Cícico se sellaban con un simple número: trece mil muertos, tres mil a caballo y diez mil a pie. En la llanura del río, la muerte imponía su silencio ensordecedor, solo alterado por el fluir de las aguas y los graznidos excitados de los buitres que habían empezado su festín. El beylicato de Karasi había desaparecido engullido por la furia almogávar, que, a hierro y sangre, plantaba su pendón en las tierras de Anatolia.

En los campamentos del cabo de Artacio, en cambio, no reinaba el silencio, sino una algarabía estridente que mezclaba los gritos exultantes de los victoriosos con los llantos desgarradores de los supervivientes, las mujeres y los niños que habían salvado la vida para convertirse en carne del mercado para esclavos. El botín era tan esplendoroso como abundante había sido la rapiña turca a lo largo de los meses en que habían conquistado villas y ciudades. «*Fortis fortuna adiuvat*...», exclamó alegre Ramon Muntaner mientras levantaba la bota para beber a chorro, y Roger de Flor le respondió: «Ayer esta gran riqueza estaba en manos de los turcos, hoy está en las nuestras», y todos los que lo acompañaban gritaron, «Aur, aur», mientras reían y bebían y magreaban a sus mujeres, que estaban tan borrachas como ellos. Aquella noche nadie durmió en el cabo de Artacio, ni los victoriosos ni los derrotados, unidos unos y otros por la ley implacable del destino.

Tampoco durmieron Garsenda y Cornèlius, que, embriagados de victoria y deseo, se entregaron totalmente a un delirio de sexo y carne que los hizo rodar por el suelo, besar, morder, gritar, reír y llorar. Ese día, Garsenda había matado a su primer hombre, y el bautizo de sangre le producía un orgullo tan intenso que tenía la impresión de que había vivido todos los años de su vida solo para llegar a ese momento concreto: el instante en que clavaba su cuchillo en el cuerpo de un hombre que intentaba en vano quitarse de encima a la chica que lo había derribado y que, con una fuerza inaudita, lo inmovilizaba con las caderas. Garsenda había visto el terror en la mirada del hombre mientras el oxígeno se le escapaba por los agujeros que le había hecho

en los pulmones. Verlo morir no la había impresionado, pues desde niña estaba acostumbrada a la muerte, y tampoco la enterneció. Aquel joven no era un hombre, sino un infiel, un turco, un enemigo, y en el mundo en el que ella había nacido, matar o morir era la única ley que existía. Además, se había estrenado al lado de su marido, y aquella doble condición, la de soldado y esposa, hacía de ella toda una mujer, una mujer fortalecida, definitivamente completa. «¡Ven, ven conmigo, amor mío, ven y bésame, guerrera temible, ven y deja que te llene de mí!» Y ella lo besaba y se dejaba besar, y su amante la llenaba de él, totalmente entregado a la diosa que tenía por compañera.

En el puerto de Constantinopla, la sorpresa de la gente se mezclaba con un sentimiento colectivo de euforia. Los mensajes enviados por Roger de Flor informaban de la gran victoria sobre los turcos y en todas las calles de la ciudad había grupos de personas que corrían, cantaban y celebraban la derrota turca. Pero era en el puerto donde la expectación era máxima. Habían llegado las cuatro galeras enviadas por Roger de Flor llenas de mujeres y niños turcos, que se convertirían en esclavos del Imperio. Y mientras la gente se acercaba a las naves para ver de cerca a los aterrorizados prisioneros, abocados a un destino funesto, en las salas nobles del Palacio de Blanquerna la emperatriz Irene y su sobrina María de Bulgaria admiraban, acompañadas por sus damas, las lujosas joyas del botín que el megaduque había ofrecido como regalo. El Imperio había conseguido una gran victoria y la amenaza contra Constantinopla se disipaba. Pero si el peligro turco se alejaba del Imperio, el peligro almogávar empezaba a cuajar entre los temores de los nobles bizantinos, que veían como se fortalecía el poder de los primeros. En el barrio de Pera, los genoveses callaban, escarmentados tras la masacre que habían sufrido a manos de esos salvajes que parecían no tener freno. Pero en el silencio se incubaba el recelo y el desdén. Y en toda Constantinopla el nombre de Roger de Flor crecía en influencia, admirado por algunos y temido por otros. Era el gran vencedor de los turcos, y aquella victoria, que lo engrandecía, empequeñecía al príncipe Miguel Paleólogo, cuyas derrotas se volvían más vergonzosas.

Lejos de los complots de palacio, en el cabo de Artacio, se fortalecían los muros defensivos en previsión de nuevos ataques

turcos. El siguiente objetivo militar de la Compañía Catalana era liberar Filadelfia, la ciudad ancestral considerada una de las siete iglesias del apocalipsis, que estaba siendo ferozmente asediada por el beylicato de Germiyan. Pero las prisas no eran recomendables en un territorio ignoto, y además los inviernos en la región tenían fama de ser muy fríos, de manera que cualquier expedición más allá de Anatolia debía ser bien sopesada. Así pues, antes de tomar una decisión, Roger de Flor envió a sus mejores exploradores a reconocer el terreno para evitar aventurarse en una expedición temeraria. A la vuelta, después de que los exploradores lo informaran de que la crecida de los ríos hacía muy difícil cruzarlos y de que habían descubierto contingentes turcos preparados para tenderles una emboscada en la ruta hacia Filadelfia, Roger de Flor tomó una decisión: las tropas de Andrónico podían volver a Constantinopla, pero los mercenarios alanos y los almogávares pasarían el invierno en el cabo de Artacio antes de empezar el periplo de ataques contra los turcos a fin de liberar toda Anatolia. Filadelfia sería la primera batalla.

En cualquier caso, antes había que organizar la vida de los miles de soldados que pasaban el invierno en el cabo de Artacio, desde las reglas básicas de convivencia, especialmente complejas dada la beligerancia entre los almogávares y los alanos, hasta la logística propia de la vida cotidiana, como las labores de cada uno, las provisiones, el alojamiento, el coste, cómo se pagaría... «Crearemos el Consejo de los Doce», decidió Roger de Flor, convencido de que se necesitaba un estado mayor para dirigir los tiempos de paz, que siempre eran tiempos arriesgados para los hombres de guerra. El gran arconte Marules buscaría a los seis nobles griegos que defenderían los derechos y los intereses de las poblaciones de Artacio, y él elegiría a seis de la Compañía, dos caballeros, dos adalides y dos almocadenes. Una vez creado el consejo, se tomaron decisiones.

—Todos los caballeros, nobles, adalides y almocadenes que se alojen en las casas de los griegos de la zona deberán pactar un precio con los anfitriones, que se les descontará de la paga. Y los víveres de la tropa también se acordarán con los griegos y se pagarán con el sueldo.

—Me place la decisión tomada, senescal. Y vos, Ramon Muntaner, como maestre racional de la Compañía, afinad las cuentas, que la gente de estas tierras dice que hay nieve hasta marzo, y más

este año, que el invierno es frío. Son cinco buenos meses antes de partir, así que habrá que ajustar bien las cuentas.

—Me esmeraré, megaduque.

—Y vos, capitán Arsendis, preparad una galera y salid para Constantinopla a buscar a mi esposa, María de Bulgaria.

—¿No iréis a Constantinopla, megaduque? Allí estaríais mejor alojado.

—Tenéis razón, Arsendis, estaría más cómodo rodeado de los lujos de palacio. Pero soy el comandante de la Compañía, y los buenos comandantes nunca abandonamos a la tropa. Buscadme un alojamiento en casa de algún noble griego, que sin duda las habrá lo suficientemente lujosas para recibir a una gran dama. Me quedaré en ella con mi esposa hasta que pase el invierno.

—¿Y qué hacemos con la flota del emperador, megaduque?, ¿la enviamos de vuelta a la isla de Quíos o la dejamos en el cabo de Artacio con las tropas de tierra?

—¿Qué os parece si vuelven a Quíos? Ahora que hemos arrasado el campamento de los turcos ya no es necesario que os quedéis allí, pero ¿qué sería mejor para la seguridad de la flota, fondearla en la isla o dejarla aquí?

—El cabo de Artacio está muy expuesto al mar, y la flota estaría más expuesta a los temporales. La isla está más protegida y es más apropiada para dejar la flota en dique seco.

—Entonces, gran drungario, id con Dios a la isla, y vos, capitán Arsendis, id a buscar a mi joven esposa, que quiero tenerla cerca. Con el Consejo de los Doce formado y las cuentas en manos de nuestro maestre racional, todo queda dispuesto. Pasemos el invierno como buenamente nos plazca, que cuando las nieves se derritan nos espera Filadelfia, una de las siete iglesias del libro del apocalipsis.

—¡Aur, aur!

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses, y durante aquel tiempo pausado el hierro no obtuvo su tributo de sangre. Demasiados días de paz, transformados en tedio, inquietud, tensión no liberada... Y si no había turcos para alimentar el hierro, buenos eran los griegos para desahogarse. Al fin y al cabo, qué era la paz sino una pausa indigna, un error de la historia, en definitiva, un intento vano

de controlar la incontrolable furia de los guerreros. Y en la península de Artacio la furia se desató a la manera almogávar: villas saqueadas, robos masivos, mujeres violadas, capellanes apaleados y una población tratada como si fueran los desgraciados turcos del mercado de esclavos. Ninguna ley los detenía, no se emitían órdenes, ninguna medida era eficaz para dominar a la bestia que quería despertar del sopor de la paz. Roger de Flor había conseguido demostrar, con la completa aniquilación del campamento turco, que tenía un ejército invencible, pero si la gloria de los almogávares se había fundado en una sola batalla, meses de terribles excesos y abusos hicieron de la crueldad su signo de identidad. Héroes y malvados, invencibles y crueles, temibles y cada vez más temidos.

Fue después de una semana de múltiples vejaciones, con hileras de familias griegas quejándose, clamando y suplicando al megaduque una justicia que Roger de Flor no estaba dispuesto a impartir, convencido de que los excesos aliviaban la presión de las tropas, cuando uno de sus caballeros principales dijo basta. Acababa de presenciar la estremecedora escena de un padre que llevaba en los brazos el cuerpo de su hija muerta tras haber sufrido una violación brutal. Era una joven adolescente de piel muy clara vestida con una túnica blanca manchada de sangre. Su padre la sostenía entre sus brazos mientras caminaba lentamente, y, al llegar al centro del campamento, la depositó en el suelo con delicadeza y, sin verter una lágrima ni pronunciar una palabra, se arrodilló y, con las manos entrelazadas, se puso a rezar.

Ante aquella escena impresionante, el caballero Ferran Eiximenis d'Arenós, miembro de una notable estirpe de nobles militares valencianos, decidió que no quería seguir en la Compañía y se marchó con su galera y sus soldados en busca de fortuna. Por la noche, en compañía de algunos de sus adalides, que habían descubierto unas botas de vino escondidas en un granero y se disponían a hacerles los honores, el senescal Corberán de Alet le preguntó a Roger de Flor si la partida del caballero lo preocupaba, y la respuesta que él le dio provocó un aplauso general: «Estos nobles de espíritu tan delicado solo saben pasear el caballo en los torneos y bailar con las damiselas finas. Ya volverá. Y si no vuelve, buenos serán los alanos y los tártaros que acudirán en manada. Todos los hombres de espada con fuego en el corazón querrán participar de nuestra gloria».

Pero el fuego en el corazón no siempre ardía en el campo de batalla, sino también en las retaguardias, donde se cocían las envidias y los recelos, y los alanos habían acumulado muchos. Todo empezó con una reyerta días antes de partir hacia Filadelfia. Roger de Flor había regresado de Constantinopla, donde había dejado a su esposa en el palacio, y había llegado la hora de hacer cuentas antes de la batalla. El rey Andrónico le había adelantado otros cuatro meses de sueldo y había que reunir a toda la Compañía, repasar los albaranes con los gastos de cada uno y descontarlos de las pagas que iban a recibir. El Consejo de los Doce se reunió en la plaza de Cícico, donde se alojaba Roger de Flor, y Ramon Muntaner, en calidad de maestre racional, los informó acerca de las cifras: los mil quinientos caballeros habían gastado más de cincuenta mil onzas de oro, y los almogávares alrededor de cuarenta mil. Las cifras eran tan astronómicas como peligroso el resultado: muchos se habían gastado la paga anticipada de los cuatro meses; muchos otros, los ingresos de todo el año, de manera que además de no cobrar habían acumulado fuertes deudas. El peligro de que estallara un motín era evidente, como también era probable que se produjera una deserción masiva, y el malestar que se respiraba en la plaza daba fe del riesgo. «¿Qué hará ahora el megaduque, ante una situación tan grave?», preguntó Cornèlius, tan preocupado como los demás soldados, y la respuesta la dio el propio Roger de Flor cuando, tras ordenar silencio, se dirigió a la Compañía.

—Prohombres, no os inquietéis. Por honor a Dios y al Imperio, y por el amor que os profeso, os concedo la gracia especial de no descontaros nada de lo que habéis gastado este invierno. Recibiréis las pagas íntegras y quemaremos vuestros albaranes en la hoguera que ahora mismo prepararemos en el centro de la plaza. Senescal, preparad el fuego. Y vos, maestre racional, traed los albaranes.

—Pero entonces, megaduque, ¿qué pasará con las deudas que tenemos con los griegos? ¿Quién se hará cargo?

—No os preocupéis, maestre racional. Avisadlos de que traigan sus albaranes, y todo lo que se les debe por este invierno se les pagará. Yo me encargaré de saldar las deudas con mi propia fortuna, todo se resolverá. Mañana, que tanto los caballeros como los hombres a pie pasen a recibir su paga de cuatro meses y se olviden de las deudas que habían contraído, pues ya se habrán quemado en la hoguera. Y ahora empecemos a prepararnos para la batalla. El día primero del mes de

abril es el día establecido. Saldremos para Filadelfia.

El clamor de la tropa fue ensordecedor. Gritaban vivas a Roger de Flor y proferían toda clase de exclamaciones exultantes, algunos querían abrazarlo, tocarlo, besarle las manos, y todos, cada caballero y cada hombre a pie, rebosaba admiración y era tan intensa su fidelidad que lo habrían seguido hasta el fin del mundo y, sin pensarlo dos veces, habrían muerto para salvar a su comandante. Así se forjaba la leyenda de un líder.

Cornèlius estaba tan estupefacto e impresionado por lo que acababa de hacer Roger de Flor que temblaba de emoción, totalmente entregado a la causa de su comandante. Cuando, al día siguiente, cobró la paga con orgullo, pensó que no había otro lugar en el mundo donde pudiera sentirse más feliz. No solo tenía a su lado una esposa, a la que quería con locura, sino que servía a un comandante forjado con el fuego sagrado del Olimpo, la patria de los dioses griegos del monje Andreas. Era el hombre más afortunado de la tierra.

Pero incluso los hombres más afortunados pueden toparse con la desgracia, que siempre acecha en la oscuridad. Todo empezó con una discusión sin importancia en un molino. Unos alanos esperaban a que les molieran el trigo, y, cuando un grupo de almogávares empezó a importunar a la molinera con comentarios groseros, se enfrentaron a ellos con tono desafiante. De las palabras pasaron a los gritos, de los gritos a las manos y de las manos a los cuchillos, y en un abrir y cerrar de ojos la rabia acumulada durante meses de pequeñas rencillas, hartos los unos de cobrar pagas muy inferiores a las de los almogávares y hartos los otros de los desplantes constantes de los alanos, habría estallado trágicamente si unos caballeros que pasaban por allí no hubieran detenido la pelea. De hecho, todo habría quedado en unas heridas leves si no hubiera sido porque, en ese clima de odio creciente, cuando los almogávares ya se retiraban, los alanos gritaron en su idioma una frase que surcó el aire como una amenaza. «¿Qué han dicho?», preguntó uno de los caballeros, y un griego que conocía la lengua escita tradujo: «Han dicho que se prepare Roger de Flor, que va a acabar como el gran doméstico del Imperio». La sombra del asesinato de Alejo Raúl a manos de los alanos, un año atrás, tomó cuerpo, se informó al megaduque de la amenaza y aquella misma noche se coció la venganza: más de trescientos alanos degollados en su propio lecho, sin que les diera tiempo a defenderse. El pánico se

apoderó del campamento alano: carreras, hombres escondiéndose en las casas de los griegos, almogávares persiguiéndolos empuñando el cuchillo..., y el final impuesto por Roger de Flor con el fin de que todos aprendieran la lección que quería impartir: no había hombre en el mundo que pudiera amenazarlo.

De día, mientras recogían los cadáveres, Cornèlius reconoció a un joven que él mismo había matado, pero cuando estaba a punto de presumir de ello, satisfecho de haber contribuido a la carnicería, oyó los gritos del jefe alano Girgon, que acababa de encontrar el cuerpo de su hijo. Cornèlius de Famagusta, el joven desorientado que había vagado por la vida en busca de un destino y que un año atrás no sabía ni cómo empuñar la espada, había matado al hijo del gran caudillo de los alanos, y la que debía ser una muerte cualquiera en una noche de venganza despertó la furia del infierno.

«¡Abandonemos este nido de ratas!», gritaba Girgon colérico. «¡Vámonos!», respondían sus hombres, «¡Nos vengaremos!», remachaban, y la ira tomaba cuerpo en los rostros, los gestos y las amenazas que arrojaban al viento como piedras.

Consumado el desastre, Roger de Flor se esforzaba por encontrar una solución: «Os recompensaré con una fortuna en onzas de oro», «Doblaré la paga de todos los alanos», «Pedid lo que queráis», pero cuanta más riqueza le ofrecía, más crecía la rabia en el corazón del caudillo Girgon...

—¿Lo que quiera, decís? ¿Que me daréis lo que quiera? Pues ya podéis ir afilando la espada, porque quiero la cabeza del hombre que ha matado a mi hijo. Y luego, cuando tenga su cabeza cortada y su sangre manche la tierra, sacad de nuevo la espada y cortad una cabeza almogávar por cada alano que matasteis. Quiero sangre, sangre por justicia.

—Caudillo Girgon, no puedo daros lo que pedís. Nadie les cortará la cabeza a mis hombres, pero permitidme que mejore las condiciones de vuestros soldados. Pensad en lo que os he ofrecido: doblaré la paga de los soldados y a vos os convertiré en un hombre rico. Una fortuna en miles de onzas de oro, que no os devolverán a vuestro hijo, pero serán un gran consuelo para vuestra tropa.

—¿Acaso creéis que soy una rata?, ¿creéis que los alanos somos

unas ratas? Decidme, ¿creéis que somos unas ratas?

—Ellos son las ratas, caudillo.

—Ya lo habéis oído, vuestros hombres son las ratas. Los alanos tenemos orgullo y memoria, no podéis comprarnos. Abandonamos la Compañía ahora mismo, y os hago una promesa: esta no es la última vez que nuestras miradas se cruzan. Y la próxima será la última para uno de los dos.

—Caudillo Girgon...

La partida de los alanos fue inmediata. A excepción de unos centenares que aceptaron las nuevas condiciones económicas ofrecidas por el megaduque, los demás se fueron con su caudillo, dejando a sus espaldas un poso de odio. Cornèlius los observó partir aliviado, pues había temido por su vida. «Si lo supieran...», y antes de que pudiera completar el pensamiento, un joven almogávar al que llamaban el Rubio a causa de su larga cabellera dorada, insólita en aquellos lares, se le acercó y le dijo al oído: «Has sido tú quien ha matado al hijo del caudillo», y lo miró desafiante mientras se alejaba. Cornèlius empuñó instintivamente el cuchillo y la inquietud que sentía se trasmutó en temor. Por la noche, cuando iban a acostarse, le contó a Garsenda el comentario de aquel joven...

—Ya sabes a quién me refiero..., al Rubio..., él me lo ha dicho.

—Pero ¿te ha amenazado?

—No. Solo me ha dicho que sabe que yo he matado al hijo del caudillo. Pero su mirada... Me deseaba lo peor, Garsenda. Temo lo peor. ¿Y si se lo cuenta a los alanos que se han quedado en la Compañía? O peor, Garsenda, ¿y si me vende al caudillo Girgon por unas onzas de oro? Vendrían a matarme, no lo dudes. Ya oíste al caudillo: quiere la cabeza del asesino de su hijo, y ese soy yo...

—El Rubio tenía que ser... Ya sé por qué te tiene manía. Y es peligroso.

—¿Por qué? ¿Qué le he hecho a ese idiota, si apenas lo conozco?

—Me rondaba, Cornet, hacía tiempo que me rondaba. Y yo le daba largas. Luego te conocí, y ya sabes qué pasó. Por eso no te soporta, porque te preferí a ti. Está enfermo de celos.

—Pero en ese caso, en ese caso es...

—Sí..., más peligroso. Habrá que hacer algo.

—¿A qué te refieres? ¿Qué podemos hacer?

—Cornet, es él o nosotros. Mi padre siempre me lo ha dicho:

matar o morir. Y ese hombre puede hacernos daño. No quiero acostarme cada noche con el miedo de que un maldito alano venga a cortarte el cuello. Antes cortaremos uno nosotros, y ya sabes a qué cabeza pertenece.

—Pero es un almogávar, un hermano...

—Ya no. Ahora solo es un peligro.

Al cabo de unas horas, dos sombras se movían en la oscuridad. Caminaban a tientas, únicamente iluminadas por el delgado rayo de luz de una luna menguante que agotaba su ciclo. El cielo lucía sereno en el cabo de Artacio aquella noche de abril de 1304. Nada hacía intuir tormenta.

De cómo el senescal Corberán de Alet gritó: «¡Desperta ferro!», y miles de chispas saltaron en la oscuridad

Los ásperos paisajes de Anatolia. A medida que Cornèlius se adentraba en aquella tierra inhóspita, recorría valles, cruzaba ríos y escalaba montañas, crecía su sensación de poder. Era un sentimiento de euforia contenida que aún lo acompañaba y lo mantenía en un permanente estado de alegría. No solo su espíritu se había transformado, superados del todo los miedos y las inseguridades del pasado, sino también su cuerpo, fortalecido por el ejercicio constante al que lo sometía. De repente era ágil, estaba musculado y había aprendido a embestir con tanta rapidez que a menudo era uno de los primeros en chocar contra el enemigo. «Corres como una *guilla*»,[1] le dijo un día un joven almogávar con quien había entablado amistad.

—¿Una *guilla*? Perdona, Artal, todavía no domino el catalán... Poco a poco...

—No te preocupes, aquí nadie sabe lo que significa. Es cosa de mi tierra. Soy de Cadaqués, una villa catalana que es como una isla, aunque no lo sea, entiéndeme...

—Un pueblo que parece una isla, pero que no lo es, ¿cómo se entiende eso?

—Sí, Cornet, es fácil. Está rodeada de montañas y solo tiene salida por el mar, por eso vivimos muy aislados.

—¡Ah!

—Lo que quería decirte es que tenemos palabras que no suelen usarse en otros sitios. Tenemos un catalán nuestro dentro del catalán.

—¡Qué quieres decir con un catalán dentro del catalán!

—Sí, hombre, sí. Mira. La palabra que te he dicho: «*Guilla*».

—Sí, sí, pero ¿qué quiere decir?

—Zorro, pero en Cadaqués los llamamos *guilla*. Ahora ya lo sabes. Y tú corres como una *guilla*.

—Es decir, ¿como un zorro?

—Exacto.

—¿Y qué es un zorro? ¿Sabes cómo se dice en griego?

—¡Caramba, espera! ¡Pericles! ¡Ven, ven un momento!

—¿Y ahora qué quieres, Artal?

—Que nos ilustres, estamos perdidos. Escúchame, ¿cómo se dice zorro en tu idioma?

—¿Para eso me has hecho venir? Mira que eres tonto.

—No te enfades y dímelo, que Cornet y yo tenemos un enigma.

—¿Un enigma? ¡Estáis como cabras! ¡Un enigma! No hay ningún enigma, se dice *alopex*. Así de simple: *alopex*.

—¿Ves? No era tan difícil. Mira que sois delicados, los griegos.

—No me toques las narices, que no estoy de humor. ¿Contento?

—Sí. Gracias, Pericles. Y no te enfades, ja, ja, ja. Lo que oyes, Cornet: una guilla es un zorro, un *alopex*... ¿Entendido?

—Ahora sí. Es decir, corro como un *alopex*, que es un zorro, que es una *guilla*. Lo recordaré cada vez que embista a un turco. De ahora en adelante será mi grito de guerra. Ya no gritaré «¡Aur, aur!», ni «¡Aragón, Aragón!», ahora gritaré: «*Guilla*, *guilla*!».

—Ja, ja, ja... *Guilla*! Sí, ja, ja, ja..., suena bien...

La amistad había sido todo un descubrimiento. Durante sus veinte años de vida, nunca había sabido lo que era tener un amigo. Siempre estaba con adultos que le enseñaban, le mandaban o lo mimaban, ya fueran los monjes del convento de Famagusta, los amos para quienes trabajaba o las mujeres de Trikomo que le habían enseñado las artes amatorias que ahora ponía en práctica para deleite de su bien dispuesta esposa Garsenda. Incluso había sufrido el acoso del monje Christos, cuyo recuerdo le provocaba un asco que le nacía en la boca del estómago, como si le dieran arcadas. Todas las relaciones que había tenido, buenas o malas, habían sido con personas mayores que no lo tenían en consideración porque era un chaval, un esbozo de hombre. Hasta el momento en que entró en la Gran Compañía de Roger de Flor nunca había tenido vínculos con gente de su edad. Y desde el momento en que espontáneamente empezó a formar parte de un grupo de jóvenes almogávares, entre los que se contaba un primo de Garsenda, otro joven con quien había luchado durante la matanza de los genoveses y unos cuantos chicos que le habían ofrecido vino en el viaje hacia Artacio, todo cambió. De repente, pertenecía a un grupo

de chicos como él, con quienes podía hablar hasta altas horas, beber hasta emborracharse y buscar pelea en cualquier rincón perdido. Poco a poco, el roce cotidiano fue tejiendo una relación de camaradería que parecía indestructible. Si con Garsenda había descubierto la locura del amor y con Roger de Flor había aprendido lo que era la lealtad, con sus amigos descubría otro sentimiento poderoso: la fraternidad. Siempre estaba con ellos, caminaba con ellos, se divertía con ellos, y con ellos luchaba codo con codo, velando los unos por los otros para protegerse mutuamente. Y entre todos, Artal de Cadaqués era el más íntimo, su confidente.

El viaje a Filadelfia era largo. Jornadas enteras cruzando valles y ríos, siguiendo la vieja vía romana. Habían salido de Artacio tres mil hombres a caballo, los mil quinientos de la Compañía, los mil alanos que se habían quedado y los quinientos caballeros griegos que formaban parte del ejército bizantino. Y a pie, cinco mil hombres entre almogávares y griegos. Pero la pérdida del gran contingente de alanos que habían desertado les impedía dejar guarniciones en la retaguardia del camino, de manera que toda la Compañía marchaba hacia delante y se adentraba en Anatolia sin apoyo alguno para ayudarlos si las cosas se ponían feas. «¡Solo podemos avanzar y solo podemos vencer!», dijo Roger de Flor antes de partir, y aquella inevitabilidad, lejos de desanimar a las tropas, las empujaba a la victoria.

La llegada a la ciudad de Germe fue provechosa. Habían pasado por Achyraus, a los pies del monte Ida, conquistada por el beylicato de Karasi y abandonada por los turcos tras la matanza del río Cícico. Al pasar por unas ruinas romanas, un griego comentó: «Mirad, es Hadrianutherae, la ciudad que fundó el emperador Adriano. La mandó construir para celebrar una buena cacería»; y, altivas e impertérritas, las antiguas ruinas vieron pasar a los miles de soldados que se dirigían a otra guerra, en otros tiempos, y que defendían otras banderas. «*Hic et nunc*», dijo Cornèlius, recordando una expresión latina que solía mencionar el sabio Llull; luego miró a Garsenda: «Aquí y ahora, querida, la vida es aquí y ahora», y la abrazó.

Germe estaba en el valle del río Caico, justo después de cruzar las montañas, y se había rendido a los turcos, que huyeron a la desesperada con solo ver las huestes de Roger de Flor avanzando hacia la ciudad, lo cual no impidió que cientos de ellos murieran bajo su

espada. Cuando la Compañía entró en la ciudad se desató la locura. La gente los abrazaba, los besaba, les agradecía de todas las maneras posibles que los hubieran liberado de los invasores, pero en el corazón de Roger de Flor se incubaba la ira. ¿Cómo era posible que una plaza fuerte como aquella se hubiera rendido inmediatamente a las tropas turcas sin presentar batalla? Se trataba de una cobardía que no podía pasar por alto, y, sin perder más tiempo que el inevitable, mandó llamar al responsable de la guarnición.

—¿Quién de vosotros es el comandante de la plaza? Presentaos y formad con vuestros mejores hombres.

—Soy Cranislao de Bulgaria, señor, honroso comandante de la guarnición de Germe.

—No sois honroso, ni sois un soldado, ni sois digno de mi presencia. Sois una rata cobarde que se asusta como un niño cuando ve llegar a los turcos. No merecéis el honor que os dio el emperador. Sois una vergüenza.

—No permitiré que me tratéis así, como a un piojoso. Vos no sois nadie para hablarme de esta manera, ¡qué os habéis creído! He servido al emperador con coraje y dedicación, ¡y ahora llegáis vos, con vuestros soldaditos, a darme lecciones! No ha nacido un hombre en la tierra que pueda tratarme así.

Pero ese hombre había nacido y... lo tenía delante. Sin mediar palabra, Roger de Flor avanzó sin desmontar y lo golpeó con la espada, dejándolo tumbado en el suelo con un brazo herido. Luego señaló a doce de sus hombres y los condenó a morir en la horca para que sirviera de escarmiento a las villas y guarniciones de Anatolia, pues él no permitiría que nadie se rindiera a los turcos. «Los soldados del Imperio no retroceden, se defienden; no huyen, plantan cara; no se rinden, resisten. Que la muerte de estos cobardes sirva de escarmiento.» Cuando, al cabo de unas horas, presionado por los griegos de la guarnición, que le suplicaban piedad, «El comandante Cranislao ha servido valerosamente», «No podíamos hacer nada, señor», «Es un siervo leal», «Son buenos hombres, fieles al emperador», Roger de Flor les perdonó la vida, Cornèlius aprendió una valiosa lección: la clemencia también era una señal de poder, y de nuevo el magnetismo que desprendía su comandante lo dejó maravillado.

Después vendrían días de largas marchas con el único objetivo de

llegar a Filadelfia y liberarla del sitio que sufría desde hacía dos años. Nada los detenía, ni el terreno abrupto, ni el cansancio, ni las desesperadas peticiones de ayuda de las villas que dejaban atrás. Ninguna distracción, ningún desvío, ninguna pérdida inútil: todas las fuerzas debían reservarse para el gran combate con las tropas de Yakup bin Ali Sir, el poderoso bey del beylicato de Germiyan.

La última parada antes de Filadelfia era Tiatira, donde los griegos de la tropa pidieron que se les concediera tiempo para rezar. «¿Qué pasa?», preguntaban los almogávares, y ellos se apresuraban a explicar que, al igual que Filadelfia, Tiatira era una de las siete iglesias de Asia mencionadas en el Libro de las Revelaciones y que querían rezar porque era una ciudad santa. «¡Son cuentos de curas!», soltó Garsenda al oírlo, y cuando Cornèlius le preguntó: «¿No te gusta rezar?», ella lo miró con un cierto desdén y se marchó enfurruñada. Más tarde, por la noche, culminados los placeres terrenales, los asuntos divinos volvieron a ser tema de conversación, forzados por la curiosidad de Cornèlius, a quien le había sorprendido la reacción de su mujer.

—¿Qué te pasa con Dios? Antes, cuando los griegos han pedido rezar, no sé, me ha parecido...

—¿A qué viene eso ahora? Ahora que estamos en un momento tan bonito. ¿Quieres estropearlo?

—No, no sé, pero me ha sorprendido.

—Mira, querido, tú no puedes entenderlo. Tú te has criado en un convento, rodeado de monjes, y fuiste ayudante de un sabio que recorre el mundo sirviendo a Dios y todo eso. Pero yo soy un alma salvaje que ha crecido al aire libre. Conozco los cantos de los pájaros y el rumor del viento, y conozco las huellas que los animales salvajes dejan en la tierra. Duermo bajo la luna y las estrellas, y cuando miro el firmamento estrellado me siento parte de un todo que no sé explicarte, pero que me transporta lejos, como si yo misma estuviera hecha de la materia de las estrellas. Ya sé que somos cristianos, que nuestro Dios es el dios verdadero y todo eso que nos cuentan. Lo sé. Pero, escúchame, hay un alma viva en la naturaleza y en todos los seres vivos. Mi padre siempre me lo repite: «Garsenda, escucha el viento y las aguas y el trigo recién cortado y la tierra húmeda, escúchalos porque nos hablan».

—¿El trigo cortado y la tierra húmeda nos hablan? Pero ¿qué dices? Hablas como las brujas.

—Hablo como las hechiceras, Cornet, que no son brujas, sino sanadoras. Mi padre me contó que conocía a una, Sibilia, que le daba remedios a su madre para curarse una llaga. Vivía en una cueva a las afueras de Torroella.

—¿Torroella es un país? ¿Por eso te llamas Garsenda de Torroella?

—Un país, no, bobo. Es una villa, la villa de mi familia, allá, en mi tierra, Cataluña. Venimos de allí. Bien, pues, como te decía..., esa mujer, Sibilia, sabía leer las señales de la naturaleza, y mi padre me contaba que también dominaba los malos presagios y bailaba descalza en las noches de luna llena. ¿Te lo imaginas? Una vez yo también lo hice.

—¿Cómo? ¿Estás loca? ¡Si te ve alguien, Garsenda! ¿No te das cuenta de que podría parecer una herejía?

—En tu convento de monjes quizá, Cornet, pero aquí, entre los almogávares, no estamos para cuentos. Somos gente libre, hacemos lo que nos da la gana; como ves, vivimos en el campo, en el bosque, entre animales, y no dentro de las iglesias. ¿Sabes lo que le dijo Sibilia a mi padre? Que ella entendía lo que le decían los animales, que los animales hablan, ¿y sabes qué te digo...? Que a veces pienso que es verdad.

—¿Que los animales hablan?

—Sí. Fíjate en Hermoso, el perro que nos sigue desde Artacio. Noto que me habla con la mirada, que me dice cosas, y a veces sé lo que me dice.

—Hermoso, sí, es un buen perro. Y muy valiente. Hay que ver cómo ataca en la batalla, parece un almogávar. Es muy fiel. Y el nombre, Hermoso, ¿a quién se le ocurrió? ¡Si es más feo que un pecado!

—Ja, ja, ja... Por eso, Cornet, cariño, por eso se llama Hermoso, porque es más feo que un pecado...

Al día siguiente, pasada la ciudad santa de Tiatira, la ruta los dirigió hacia los contrafuertes del valle del río Hermo, muy cerca de Filadelfia. Por fin, después de extenuantes jornadas por los caminos de Alejandro Magno, la Gran Compañía Catalana estaba a punto de enfrentarse a su primera gran batalla contra los turcos, que habían

acumulado un imponente ejército con la esperanza de llevar a cabo el asalto definitivo a la ciudad. Roger de Flor se preparaba para afrontar, cara a cara, su reto más arriesgado.

También se preparaba el bey de Germiyan. Acababan de avisarlo de su llegada los vigías turcos que tenía repartidos por todos los caminos que llevaban a Filadelfia: «Ya llegan los cristianos, bey Yakup, con un ejército poderoso», y desde ese mismo instante empezó a organizar una estrategia militar. Había que movilizar rápidamente a las tropas para detener al enemigo lo más lejos posible de la ciudad y alejarlo de ella. Además, quería situar a su ejército en la mejor posición para la defensa, y para eso había que llegar antes que ellos. Solo dejarían en Filadelfia un pequeño contingente de soldados para impedir que sus habitantes salieran y los atacaran por la retaguardia, pero el grueso de las tropas turcas iría a combatir. Aquella batalla era decisiva, tanto para conquistar finalmente la ciudad como para consolidar de manera definitiva su poder por encima de los otros beyes que competían por el dominio de Anatolia.

«¡Ganaremos!», se dijo con convicción mientras se alejaba de Filadelfia. Era Yakup bin Ali Sir, miembro de la tribu afxar de los turcos oghuz, mongol de Persia, fundador del gran beylicato de Germiyan, emir de Frigia, conquistador de pueblos bizantinos que repoblaba con creyentes del islam, cobrador de tributos al mismo emperador Andrónico y el emir más poderoso de Anatolia. Temido por algunos y admirado por todos, estaba determinado a conquistar todas las tierras del Imperio romano de Oriente y a llevar a todos aquellos bárbaros la palabra del profeta. Algún día no muy lejano todos los habitantes de la tierra se postrarían ante el sagrado nombre de Alá y de su profeta Mahoma, y seguirían sus enseñanzas. Si ganaba aquella batalla contra el poderoso cristiano al que se enfrentaba, ese día estaría más cerca.

«¡Sí, ganaremos! ¡Somos los soldados de Alá y nuestra guerra es una guerra santa!» Pero si su alma creyente contaba con la fuerza de la fe, su alma guerrera se confortaba con el gran ejército que comandaba: más de ocho mil hombres a caballo y doce mil a pie, a los que se unían los arqueros más temibles de la tierra. «No hay ejército más poderoso», pensaba mientras cabalgaba, y la confianza se mezclaba con una euforia orgullosa que se demostraría prematura, pues las huestes de Roger de Flor avanzaron mucho más rápido de lo

que él había previsto y sus planes de interceptar al enemigo y conseguir un enclave mejor para luchar se frustraron.

Al amanecer, en las afueras de Aulax, los primeros rayos de sol dibujaron horizontes de caballos y de lanzas que al vislumbrarse de lado a lado se desplegaron en posición de batalla. En el bando turco, los hombres a caballo, colocados en la vanguardia, tras las hileras de arqueros, y detrás los hombres a pie. En el bando cristiano, Roger de Flor también situaba la caballería en la vanguardia, pero en tres formaciones separadas: los caballeros de la Compañía, los alanos y los griegos del gran arconte Marules; y, en segunda formación, los hombres a pie dirigidos por el comandante jefe de la infantería, el senescal almogávar Corberán de Alet, que también disponía a sus soldados en tres formaciones separadas. Finalmente, con los dos ejércitos preparados, la hora del combate había llegado. De repente, la llanura parecía en calma, aferrada a unos instantes fugaces de quietud, y fue en ese momento cuando el senescal almogávar dio unos pasos hacia delante y, alzando el pendón, gritó, «¡Desperta ferro!», y el choque de las espadas contra las piedras hizo saltar miles de chispas en la oscuridad.

Luego, todo ocurrió muy deprisa, en una secuencia de movimientos coordinados y rápidos que cogió desprevenidos a los turcos. Primero salieron los almogávares a la embestida, a tal velocidad que las flechas de los arqueros enemigos les pasaban por encima como si fueran espíritus malditos. Y, sin dejar de correr, se abalanzaron sobre los turcos, que no se esperaban aquella multitud de hombres ligeros, sin escudos defensivos ni armamento pesado, equipados con las únicas armas que los hacían invencibles: una velocidad fuera de lo común y un valor desaforado. Con las primeras embestidas, los turcos empezaron a caer, y las hileras compactas se deshacían como el azúcar. La caballería turca intentaba rodear a los almogávares por los flancos, pero en vano, porque los caballeros de Roger de Flor conseguían detenerlos para permitir que los almogávares siguieran devastando sus formaciones. De esta suerte, embestida tras embestida, masacrados los arqueros y abatidos los caballos por los cuchillos de los almogávares, lo cual les permitía atacar a los hombres desarzonados, el grueso central de la formación turca se desmenuzó, y la caída del bey, herido por una lanza y retirado a la desesperada del campo de batalla, marcó el punto preciso

de la victoria. En aquel momento, tras horas de combate, los turcos comprendieron que habían perdido, y la huida a la desesperada, desprotegidos y aterrados, fue un festín para la caballería de Roger de Flor, que los masacraba sin piedad.

«A la hora nona», apuntaría Ramon Muntaner al redactar las notas de la batalla; y las impresionantes cifras de la gran victoria quedarían grabadas para siempre: solo mil turcos a caballo, de los ocho mil del contingente del bey, lograron huir con vida, y de los doce mil a pie, solo se salvaron quinientos. Los miles de soldados restantes del poderoso beylicato de Germiyan teñían la tierra con su sangre, convertidos en simple carnaza para los buitres que empezaban a rondar el campo de batalla. Solo unos pocos cientos seguían con vida, pero, capturados y arrastrados con cuerdas, ya no eran más que un botín de guerra. Las pérdidas del ejército de Roger de Flor se reducían a cifras nimias: ochenta caballeros y cien infantes abatidos.

La Gran Compañía Catalana de Oriente había ganado de nuevo de manera heroica, y la victoria se convertía en un clamor que recorría los valles, cruzaba las montañas, navegaba por los mares, traspasaba los muros de las casas y estallaba con estridencia en las salas nobles del Palacio de Blanquerna, donde la satisfacción por la victoria se mezclaba con el temor por el poder que adquiría el megaduque extranjero. Roger de Flor, el gran héroe del Imperio romano de Oriente, podía ser su principal amenaza, su principal enemigo, y la desconfianza alimentaba el rencor. Y si en Constantinopla anidaba la malevolencia, en Adrianópolis, donde se habían replegado las tropas alanas, dormía, impaciente, la venganza.

Indiferente a los huevos de serpiente que se incubaban en palacio y eufórico por la gran victoria, Roger de Flor se disponía a repetir, una vez más, un desfile triunfal. Las tropas habían permanecido durante ocho días en el campamento que habían levantado a las puertas de Aulax para asegurar el territorio y recibían ataques regulares de los grupos de turcos que rondaban por la zona, la mayoría restos del gran ejército que habían derrotado. Pero el octavo día, la guerra dio paso a la fiesta, y las tropas de la Compañía Catalana de Oriente entraban triunfantes por la gran puerta de la muralla, que se abría por primera vez después de permanecer dos años cerrada. A la cabeza, el megaduque con los tres pendones que lo representaban: el del rey de Aragón, el del emperador romano de Oriente y el del rey de Sicilia.

Tras él, las tropas bizantinas, la caballería alana y el gran ejército almogávar, que caminaba pausadamente al tiempo que arrastraba a centenares de turcos capturados en la batalla. La Gran Compañía Catalana de Oriente se había convertido en el ejército más poderoso de Anatolia, y con aquella nueva victoria Roger de Flor se convertía en leyenda.

De cómo el patriarca Atanasio I escribió una carta indignada al emperador Andrónico

> Carta al emperador en la que se cuenta lo que ha pasado en Anatolia por culpa de los sanguinarios almogávares.
>
> Siempre, cuando considero tu sabiduría, tu delicadeza y tu inmensa obra en favor de tanta gente, así como tu espíritu complaciente y todas las virtudes con las que Dios ha dotado a tu Majestad divina, y, por otra parte, veo la inercia y la omisión de toda iniciativa adecuada a la que día tras día se añaden toda clase de males, me pregunto si actualmente me cuentas entre los vivos. Poco falta, de hecho, para que se cumpla el segundo año desde que te dignaste a verme...

«¡Ya han pasado dos años!», pensó, y la memoria se trasladó a aquel 23 de junio de 1303 en que el emperador Andrónico en persona fue a verlo al monasterio del Gran Logarista, en el montículo de Xerófolos. Le tenía cariño a ese monasterio, que había hecho reparar en sus primeros tiempos como gran patriarca, y donde vivía con sus discípulos en total recogimiento. Los obispos de la corte lo menospreciaban porque vestía una simple túnica de lana áspera y no iba calzado ni dormía en una cama, sino directamente en el suelo. Pero lo que más odiaban de su ascetismo era que nunca había comido en un plato, sobre la mesa, ni había devorado las viandas y los manjares que llenaban las barrigas de los obispos impíos de Constantinopla, sino que se alimentaba de los mendrugos que encontraba. Lo habían obligado a dimitir diez años atrás porque quería someter a los obispos a los rigores de la fe, pues estaban degradados por la opulencia y el vicio, pero tras producirse los dos terremotos que él mismo había profetizado y que habían sacudido Constantinopla durante el mes de enero, el emperador lo reclamó para colocarlo de nuevo en el trono del patriarcado. «¡Ven conmigo a Santa Sofía!», le pidió hacía dos años, y aceptó con la única condición que él, Atanasio I, había exigido: «Quiero poder juzgar a los nobles que abusen en perjuicio de los pobres». Desde entonces era de nuevo el gran patriarca del Imperio romano de Oriente, liberado del yugo de Roma que habían impuesto los defensores del unionismo.

Tenía setenta y cinco años, y desde el día en que, siendo aún un niño, abandonó su Adrianópolis natal para ingresar como novicio en el monasterio de su tío en Tesalónica, no había hecho otra cosa en su vida que servir a Cristo. En el monasterio de Esfigmenu, en sus primeros años en el monte Atos, había descubierto la belleza de la pobreza y el ascetismo, y entre los eremitas del valle del Jordán, en Tierra Santa, había aprendido a sentirse en comunión con Dios. Luego vendrían los tiempos oscuros del patriarca Beco, cuando la traición del emperador Miguel impuso la unión de la fe ortodoxa con la latina, que intentaba obligar a todos los hombres de fe a someterse a la disciplina de Roma. A él mismo lo habían obligado a ordenarse sacerdote cuando estaba en el monasterio de San Lázaro, en el monte Gelesión. Pero nunca aceptaría aquella nueva herejía del *filioque*, por eso huyó al monte Atos y luchó con los monjes antiunionistas, y muchos hombres de fe lo siguieron. En el monasterio del monte Ganos, durante la lucha contra el unionismo, conoció a Constantino Paleólogo, el hermano de Andrónico, que se quedó impresionado por su santidad; desde entonces, los Paleólogos lo habían respetado. Cuando, el día en que inhumaron al emperador Miguel, negada la ceremonia religiosa a causa de su traición a la fe del Imperio, el gran drungario Eonopolites lo presentó al emperador Andrónico, la decisión de convertirlo en gran patriarca quedó sellada. Aquel sería su primer mandato, fallido porque las insidias de los obispos de Constantinopla lo obligaron a dimitir, y diez años después el emperador le ofrecía de nuevo el solio del patriarcado.

«Sí, Andrónico es un hombre de fe, y piadoso, sí, lo es, pero ¿por qué no se da cuenta de nada?», se preguntó en voz alta, sacudiendo la cabeza como si lo riñera. Y, rabioso, siguió escribiendo la carta que le quería enviar.

> ¿Y qué? Desde el tiempo en que, por mi mediación, Dios condenó nuestro mal obrar, por cuya causa Él nos ocultó su rostro y amenazó con abandonarnos para siempre si no nos arrepentíamos, ¿hemos procurado corregir nuestras fornicaciones y adulterios o nuestra codicia e injusticia? No, más bien lo contrario, hemos añadido otras faltas. ¿No se ha cubierto ahora toda la tierra de los romanos de opresión a los pobres, viles acciones e injusticia cuando hemos quedado reducidos al grano de mostaza mencionado en el Evangelio? ¿Por qué lo que pasó en Anatolia pasa aún en Macedonia, donde además se encuentra tu hijo Miguel? ¿Cómo está gobernado por uno y otro el pueblo que Cristo Dios te confió? ¿Y por qué los que invocan al Señor devoran al pueblo igual que si comieran pan, sin mencionar la total

destrucción perpetrada por los sanguinarios almogávares? Si un hombre de bien tiene compasión incluso de la vida de las simples bestias, ¿qué pasa, ay de mí, con los que han sido creados a imagen de Dios?

Respiró fatigosamente y, al leer de nuevo la última frase que había escrito, lo invadió un sentimiento de profunda tristeza, pues lo habían conmocionado mucho las noticias que llegaban de Anatolia. Estaba decidido a luchar contra aquellos salvajes latinos que no tenían piedad con los buenos creyentes del Imperio. Esos enemigos de la fe ortodoxa, esos latinos arrogantes y crueles, eran como las siete plagas de Egipto, y no solo ponían en peligro a los griegos del Imperio, sino a la religión misma.

Hacía semanas que Nostongos Ducas, el prefecto del territorio romano de Oriente, y otros mensajeros huidos de las zonas donde estaban los almogávares habían ido a verlo para contarle las atrocidades que cometían. No solo estaba horrorizado por la desesperación de la gente que sufría saqueos, violencias y toda clase de abusos, sino también por el hecho de que su buen amigo Nostongos no hubiera conseguido ser recibido por el emperador.

—Ni una palabra quiere escuchar, Atanasio, ni una. Nuestro emperador no quiere saber nada de las barbaridades que cometen el megaduque y sus almogávares. Los defiende a pesar de nuestras advertencias y sostiene que se trata de insidias y mentiras. Calumnias, dice. Me envió un mensajero que me trasladó que solo persigo mi interés y que si sigo insistiendo me acusará de traición.

—¡Qué barbaridad! Nuestro emperador está ciego. Tan ciego que da la espalda a su pueblo, y eso significa dar la espalda a Dios, y Dios se vengará, amigo, se vengará, pues nuestro Dios no permitirá tanta maldad contra su pueblo. Acuérdate de los terremotos que envió a causa de la depravación de los nobles; yo había advertido a Andrónico de que vendrían desgracias, y él nada, ciego a todo lo que ocurría. Como ahora, que no ve lo que pasa en Anatolia.

—Así es, Atanasio: ciego y sordo. Solo quiere oír hablar de los éxitos contra los turcos, es lo único que le interesa, por eso solo escucha a quienes le dicen lo que quiere oír. Como ese traidor de Demetrios Ataliota, el gobernador de Magnesia.

—Sí, lo conozco muy bien. Prácticamente se ha hecho el amo de la ciudad.

—Si solo fuera eso... No me permite la entrada en Magnesia, a

mí, el prefecto del territorio romano de Oriente. Y en cuanto el megaduque volvió, le rindió homenaje, pues ya sabes cómo se arrastra.

—Es un gusano.

—Un gusano. Abrió la puerta a los catalanes de inmediato y le dio coba al megaduque, y ahora ahí está, como un siervo de los latinos. ¡Dónde iremos a parar, Atanasio, con traidores como estos! Y el emperador no se preocupa por nada. Solo habla de las victorias contra los turcos, que sí, que muy bien, pero luego, cuando se haya desembarazado de todos los infieles de Anatolia, ¿qué pasará con los griegos?, ¿qué pasará con nosotros y con nuestra fe?

—Andrónico no ve el peligro que corre el Imperio con estos salvajes. Como sabes, la suegra de Roger de Flor, su hermana Irene, trabaja a su favor. Se pasa el día regalándole los oídos, que si Roger de Flor es un gran guerrero, que si los catalanes salvarán el Imperio... Pero ¿y si lo destruyen? ¿Acaso no ve el peligro?

—No, no lo ve, Atanasio, no lo ve. Y entretanto el megaduque ya actúa como si fuera el gobernador de Anatolia, qué digo, ¡como si ya fuera un emperador!

—Cuéntame todos los detalles, querido amigo. Quiero saberlo todo, todo, quiero conocer hasta el más mínimo detalle del mal que está haciendo a nuestra gente ese hombre salvaje y depravado. Y si el emperador no abre la puerta del Palacio de Blanquerna a su prefecto, tendrá que abrírmela a mí, el gran patriarca del Imperio. No me quedaré callado ni cederé hasta conseguir que esos enemigos de Bizancio, consumidos por la avaricia y la sed de sangre, desaparezcan de nuestra santa tierra. Son latinos y enemigos de la ortodoxia, pero sobre todo son la encarnación del maligno, querido Nostongos, la encarnación del mal.

—Sí, Atanasio, sí, exactamente, la encarnación del maligno.

—Cuéntame, querido amigo, cuéntame qué está pasando en Anatolia. Y no te olvides de nada, pues todo el sufrimiento de nuestros hermanos deberá ser un clamor que reviente las puertas de palacio.

Sentado en un banco de piedra del monasterio del Gran Logarista, donde el patriarca tenía su residencia permanente, el prefecto del territorio romano de Oriente le contó, con todo lujo de detalles, lo que pasaba en sus tierras. El relato de los abusos, agravios y violencias perpetradas por las huestes de la Gran Compañía Catalana

enfurecía de tal manera al gran patriarca que de vez en cuando este le pedía que se detuviera y elevaba exhortaciones a Dios pidiéndole que enviara a Roger de Flor a las profundidades del averno. «¡Hablaré con Andrónico!», le respondió al prefecto. Pero el emperador se resistía a atender las peticiones de audiencia del gran patriarca, y este, indignado, había tomado la decisión de escribirle aquella carta.

> Elevo esta petición para que, con la ayuda de Dios, se mantenga la ciudad segura y se considere a los almogávares nuestros enemigos, y para que, con tu autoridad, te encargues de liberar a los cristianos de su yugo. Dios está iracundo con ellos, y también lo está por las otras desgracias nuestras, que no pueden seguir esperando, pues exigen una rápida aplicación de las medidas necesarias.

Durante todo el proceso que había motivado la escritura de la carta al emperador, la Gran Compañía Catalana había avanzado en múltiples frentes, y en todos había acumulado la fama de crueldad que indignaba al gran patriarca. En Filadelfia, Roger de Flor exigía cobrar impuestos de guerra, a pesar de las súplicas desesperadas de los magistrados de la ciudad, que le explicaban la situación depauperada que sufrían tras los años de sitio. «Solo el emperador puede imponer nuevos tributos a una ciudad romana de Oriente, megaduque», pero las leyes del Imperio se desvanecían como humo en presencia de las huestes almogávares que ocupaban la ciudad. De Filadelfia se dirigió a la guarnición griega de Kula, donde no perdonó que se hubieran sometido a los turcos a pesar de poseer una fortaleza inexpugnable, e hizo decapitar al gobernador y ahorcar al comandante de la guarnición, que, milagrosamente, sobrevivió a la horca y finalmente fue perdonado. De Kula se desplazó a Furnes, donde de nuevo mandó ejecutar a los responsables de la guarnición, convencido de que los griegos eran unos pusilánimes y había que reforzar el mensaje de que no permitiría la cobardía. Y, culminadas las represalias contra las guarniciones que se habían rendido y barridos los restos de las tropas turcas que seguían en la zona, regresó a Filadelfia a cobrar los tributos. Magnesia del Sípilo, la gran ciudad del valle del río Hermo, fue el siguiente destino. Sus fortificaciones habían resistido todos los envites de las tropas turcas, y era allí, en aquella magnífica ciudad a orillas del Mármara, donde Roger de Flor fundamentaría el odio que el gran patriarca sentía por él.

—¡Contemplad estas murallas, almogávares! En este lugar el

general Escipión venció al gran rey Antíoco y le arrancó todas las posesiones de Asia. Como Escipión derrotó a los seléucidas, así nosotros derrotaremos a los beylicatos turcos. Nos quedaremos aquí. Este será nuestro cuartel general.

—Entonces, ¿ocupamos la ciudad, megaduque?

—¡Sí, ocupamos la ciudad! Somos los salvadores del Imperio, y si necesitamos un lugar seguro para quedarnos, deberán doblegarse a nuestros designios. ¡Que nadie ose detener a los almogávares si no quiere poner a prueba nuestra furia! Maestre Muntaner, transmitid las órdenes al gobernador de Magnesia: ahora la ciudad es nuestra. Y vos, senescal Aulet, disponed los preparativos para organizar el acuartelamiento de las tropas. Traed el botín de guerra, nos quedamos aquí. Es un buen sitio para planificar las próximas batallas.

—Y tenemos la isla de Quíos a pocas leguas.

—Exacto, senescal, tenemos al alcance de la mano a nuestro drungario y a toda la flota del Imperio. Es el sitio ideal para planificar las próximas acciones. Toda Anatolia será nuestra. Ni un solo turco osará levantar su pendón ante nuestra bandera.

«Ni un solo turco osará enfrentarse a nosotros», solía decir Cornèlius, tan henchido de orgullo y arrogancia que parecía el mismísimo comandante en jefe de la Gran Compañía. Había desarrollado una fidelidad devota a Roger de Flor, y lo admiraba tanto que se imaginaba que algún día moriría defendiéndolo con su propio cuerpo, y todos los almogávares lo venerarían como a un héroe, a él, el huérfano del monasterio de San Bernabé, el vagabundo de las calles de Famagusta, el juguete de las mujeres de Trikomo que se había convertido en un guerrero temible, miembro de un ejército invencible y esposo de una mujer con el coraje de una leona. Se sentía tan pletórico que siempre tenía ganas de guerrear, de salir con los amigos a saquear, de violentar a las griegas que se asustaban a su paso y emborracharse de vino y vanidad, convencido de que todo lo que hacía era el tributo de la victoria, el premio del victorioso. Venía de muy abajo, pero se había alzado contra las adversidades y ahora entraba con las tropas vencedoras en las ciudades liberadas convertido en el brazo ejecutor de los designios divinos. Si moría allí, en aquel remoto lugar, herido de muerte por las flechas enemigas, se sentiría feliz de su destino, porque pocos hombres en la tierra conseguían tanta gloria en tan poca vida.

Un día en que vagaba con su grupo de amigos por las calles de Magnesia, unas mujeres los animaron a entrar en una especie de local donde servían bebidas y comida. Una de ellas, metida en carnes, le guiñaba el ojo con desvergonzada intención, «Ven con Aspasia, querido, que te haré feliz», y, animado por sus compañeros, que se apresuraron a entrar en el local ebrios de deseo, Cornèlius de Famagusta acabó en los brazos de aquella mujer gorda cuyos pechos eran tan grandes como los de la nodriza Calimeris, que lo amamantaba de pequeño. Hundido en aquellas generosas prominencias entró en un éxtasis religioso que lo transportó, durante un tiempo indeterminado, a una esfera etérea, donde la tierra y el cielo se fundían en una bruma embriagadora. Finalmente lo tenía todo, la gloria, el amor, el poder y las alegrías espontáneas que merecen los guerreros victoriosos. Y, elevado a la cima de la complacencia, se durmió plácidamente perdido en las espléndidas tetas de la señora Aspasia, maestra en el delicado arte del meretricio.

De repente, un grito, «¡Cornet, despierta!», lo arrancó de aquel beatífico sopor, y al abrir los ojos la escena se le antojó el final de una pesadilla. Arnau de Figueras lo sacudía, y otro compañero, a quien llamaban el Camaseca, tenía a la mujer sujeta por el cuello y se lo apretaba mientras ella trataba de escaparse pataleando y agitando los brazos, que golpeaban inútilmente el aire. Soltaba improperios en griego y su mirada era tan amenazadora que Cornèlius, incluso sin haber comprendido aún la situación, dio un salto, como si estuvieran a punto de matarlo. En realidad, era exactamente lo que estaba pasando. La señora Aspasia había esperado a que se durmiera para sacar de debajo de la cama un cuchillo de matar cerdos, que le habría clavado en el corazón si Arnau, al mirar distraídamente hacia su lado, no hubiera notado la maniobra y no hubiera reaccionado a tiempo de evitar la puñalada mortal. Aún desconcertado, Cornèlius se acercó a la mujer, que lo miraba fijamente con odio, y le preguntó en griego a grandes voces: «¿Por qué, mujer, por qué?».

Una hora más tarde, de camino al campamento, cuando la orgía de sangre y venganza dejaba atrás los cadáveres de las mujeres del local y una estela de fuego testimoniaba la huella almogávar, Cornèlius contó lo que aquella mujer enloquecida por la rabia y el dolor le había dicho.

—Los latinos matamos a su hijo y a toda su familia. También me

contó algo acerca de su padre, que al parecer nos desafió. Dijo que somos unos salvajes, que nos maldecía y que Dios nos castigaría.

—Pero ¿dónde, Cornet, dónde fue eso? ¿Los matamos nosotros?

—Vete tú a saber. Nosotros no, o puede que sí, pero seguro que eran almogávares. Ya nos conoces...

—Pero ¿dónde? ¿En qué incursión?

—En cualquiera, amigo, en cualquier reyerta en las que hayamos participado, que han sido muchas, y que nunca acaban bien para los audaces que se creen que pueden enfrentarse a nosotros.

Divertidos por aquella aventura inesperada y satisfechos por haber dejado bien claro lo que podía pasar si alguien alzaba un puñal contra un almogávar, el grupo volvió al campamento, feliz de haber disfrutado de los placeres que anhelaba cualquier soldado: el sexo y la sangre. Por la noche, Cornèlius de Famagusta poseyó a Garsenda de Torroella con tanto deseo que agotó las fuentes del Olimpo, allí donde la hija de Zeus, la diosa Hebe, hacía brotar el néctar de los dioses.

Pero ni el mismo dios de la guerra, el poderoso Ares, puede evitar la tragedia. De camino a la ciudad de Nif, abandonada Magnesia del Sípilo, donde dejaban una guarnición de almogávares para proteger el botín de la batalla de Aulax, que permanecería en la ciudad, dos hombres, huidos de una ciudad cercana llamada Tira, alertaron a la Compañía de la presencia de tropas turcas rondando la zona.

—Se preparan para asediar Tira, megaduque. Son muchos soldados, muchos. Al parecer, dos beylicatos se han unido para atacarnos. Os pedimos ayuda, en nombre del emperador y por la gracia de Dios.

—Ayuda tendréis, buena gente. Gran arconte, caballeros, senescal, adalides, tomemos decisiones. La mitad de la Compañía volverá a Magnesia. Los demás saldremos para Tira durante la noche, antes de que lleguen los turcos. Tendréis que apretar las piernas y tensar las riendas de vuestras caballerías, porque habrá que correr como si nos persiguieran los espíritus: los turcos deben hallarnos dentro de la fortaleza, y hay que hacerlo de manera que no descubran nuestra presencia. Cuando ataquen la ciudad, se encontrarán con nosotros.

La sorpresa de los turcos, que se preparaban para una batalla

simple..., el destacamento de doscientos caballeros y un millar de almogávares que el senescal Corberán había colocado al acecho..., la salida a la embestida..., la huida de los enemigos, aterrorizados y desprevenidos..., centenares de cuerpos yaciendo sobre la tierra áspera en aquel día caluroso...

Nadie sabía explicar cómo había ocurrido, y cuando Roger de Flor, abatido, nervioso y airado, exigía detalles, las palabras se aturullaban en una madeja de dolor, rabia y desconcierto. Unos decían que los turcos escapaban hacia las montañas, otros aludían al coraje del senescal, «No quería que huyeran», y, al unísono, hablaban de las piedras, los cantos, la decisión del senescal de quitarse el casco para ver mejor la situación y la flecha que tenía destinada... Cuando el cuerpo de Corberán de Alet llegó a Tira, solemnemente escudado por sus mejores hombres, el silencio recorrió las calles, se elevó a las torres de las murallas, penetró en los rincones más recónditos y, como si fuera un viento glacial, heló los corazones de los almogávares, que acababan de perder a su comandante. «Será enterrado en la iglesia de San Jorge con todos los honores.» Y durante ocho días los almogávares custodiaron el sepulcro de su senescal, engalanado con los mejores ornamentos, y las tumbas de los diez almogávares que también habían caído en la batalla. Un tiempo después, en el Palacio de Blanquerna, una chica lloraba abrazada a María de Bulgaria. Era la hija de Roger de Flor, nacida de un amor chipriota, prometida del senescal, con quien se disponía a contraer nupcias al regreso de este a Constantinopla. Su llanto roto convertía el nombre de Corberán de Alet en un lamento, en un grito, en una herida abierta de Constantinopla a Tira, y de allí a todos los rincones de Anatolia. El senescal de los almogávares había muerto y a aquel ejército de vencedores su pérdida se le antojaba la peor de las derrotas.

Cornèlius estaba desolado. Por primera vez desde que se había unido a la Compañía percibía lo que era la fragilidad. Había presenciado la muerte de otros compañeros, e incluso había perdido a un buen amigo en la batalla de Aulax, pero no era la muerte física de Corberán de Alet lo que le provocaba el sentimiento de vulnerabilidad, sino la evidencia misma de la mortalidad. Había caído su senescal, el portador del pendón de san Jorge, el hombre que los dirigía en la batalla, heroico, brutal, imbatible y, finalmente, abatido. Y si Corberán podía morir, también podía morir Roger de Flor, y ese

pensamiento lo había dejado sin ánimo, como si la saeta del turco que había matado al senescal se le hubiera clavado en medio del pecho y le hubiera cortado el aliento. Quizá no eran tan invencibles como creían, quizá ellos también serían derrotados.

Mientras en Tira se recuperaban de la pérdida del senescal, al puerto de Constantinopla llegaban dos galeras capitaneadas por el caballero Bernat de Rocafort. «Cuando resuelva mis cuitas con el rey Federico y salve los dos castillos que me reclaman los de Nápoles, me uniré a la Compañía», le había dicho a Roger de Flor tras de la paz de Caltabellota, y en ese momento cumplía su promesa con doscientos caballeros y más de mil almogávares. «La flota está en la isla de Quíos», lo había informado el emperador Andrónico, y allí lo había recogido Ramon Muntaner, enviado por el megaduque a buscar al viejo compañero de la guerra de Sicilia. Bernat de Rocafort estaba pletórico. No solo participaría finalmente en las gestas heroicas de la Gran Compañía, sino que Roger de Flor acababa de nombrarlo senescal de los almogávares, le ofrecía la mano de su hija y les adelantaba cuatro meses de paga a los hombres que lo acompañaban. Muerto Corberán de Alet, él, Bernat de Rocafort, lo sustituiría en el campo de batalla y en la cama marital, y ese doble honor satisfacía su orgullo en la misma medida que fundamentaba su ambición. Era un hombre cruel, «Un cuervo que ronda la muerte», decían los hombres que lo conocían de otras batallas, pero aquella condición que lo seguía como un rastro oscuro dondequiera que iba no le preocupaba ni le molestaba, porque él consideraba la crueldad un signo de poder. Se sabía valiente en tiempos de guerra, pero no era el valor el que imponía la ley en tiempos de paz, sino la violencia, la impiedad, el puño implacable del déspota. Y aquella condición bárbara resultaba muy útil para conseguir las contribuciones de guerra que los griegos de la zona se negaban a pagar. Al fin y al cabo, ¡aquellos griegos débiles y desgraciados no eran más que pobres miserables que debían la vida a la indulgencia de hombres como él! Cuando cabalgaba con su corcel de manto alazán, por encima de los simples mortales, se sentía un conquistador. «Algún día seré emperador», les decía a las mujeres, a las que acostumbraba a pegar cuando tenían sexo, y aquella idea lo motivaba más allá de la gloria momentánea de la guerra, como si lo

proyectara en el tiempo y lo convirtiera en materia de la historia. Con Roger de Flor se entendía muy bien porque era uno de los pocos hombres de la tierra a los que respetaba, y por eso mismo aceptaba estar bajo sus órdenes. «Pero algún día seré emperador», repetía, y el megaduque le respondía: «Tendrás que esperar, Bernat, porque el César seré yo».

—Y te diré más. No solo gobernaremos estas tierras, sino que, cuando hayamos exterminado todas las gavillas turcas, armaremos un gran ejército, aún más grande que el que tenemos, e iremos a conquistar Tierra Santa.

—¿Es una voluntad o un delirio, Roger? Sabes perfectamente que el sultán Jalil tiene muy bien asegurada Tierra Santa. Tras la caída de Jerusalén y de Acre, no hay cristiano en el mundo que pueda recuperar la tierra sagrada.

—Nosotros no somos unos cristianos cualesquiera, Bernat. ¡Somos almogávares! Está demostrado que no hay ejército infiel que pueda detenernos. Por supuesto, no es el momento de una nueva cruzada, con Anatolia aún llena de turcos. Pero cuando la hayamos limpiado, tengo el firme propósito de regresar a Tierra Santa. Viví la caída de Acre en manos musulmanas. Algún día viviré su regreso a manos cristianas, y yo seré el caudillo de la victoria.

—Ya veremos, Roger, ya veremos si se trata de una voluntad firme o de un delirio. El tiempo lo dirá.

—El tiempo... El tiempo se forja con el coraje.

Semanas de cabalgadas asegurando la costa, recogiendo tributos, saqueando villas, sembrando cadáveres a su paso, restos de las hordas turcas que intentaban en vano frenar su avanzada. Y, una vez reforzada toda la zona, el regreso al interior de Anatolia, hasta el paso de las Puertas de Hierro, guardianas de Armenia Menor. Nuevamente seguía los pasos de los grandes ejércitos del pasado, los del rey persa Darío, los de la expedición de los diez mil de su hijo Ciro el Joven, los del gran ejército de Alejandro el Grande, que también cruzó los contrafuertes de los montes Tauro. Y allí, en aquella garganta angosta, escenario de tantas batallas, lo esperaba la gran armada que los turcos habían conseguido juntar con los restos de sus ejércitos, unidos para acabar definitivamente con los almogávares.

—El paso se hace cada más estrecho. Avancemos lentamente, pues podríamos caer en una emboscada de los turcos y aquí no hay escapatoria.

—Además, Roger, estamos lejos de las guarniciones. No hay donde refugiarse ni a quien pedir ayuda. Si nos topamos con los turcos, solo podremos ganar o morir.

—Así es, Bernat. Hay que estar prevenidos. Envía exploradores por toda la zona, a ver qué encuentran.

—Ahora mismo organizo las patrullas.

«El día de Nuestra Señora Santa María de Agosto», escribía Ramon Muntaner esa misma noche, disponiéndose a contar los detalles de la gran victoria que acababan de conseguir. Al lado del día, las cifras: de los diez mil turcos a caballo, habían muerto más de seis mil, y de los veinte mil a pie, doce mil cuerpos ensangrentaban la tierra yerma del paso de las Puertas de Hierro. La armada turca de Anatolia había sido completamente derrotada. «Eran más del doble que nosotros, Garsenda», decía Cornèlius una y otra vez, más exultante que nunca, y ella confirmaba: «Más del doble, y acabamos con todos». Habían conjurado la maldición de la muerte del senescal Corberán con aquella victoria milagrosa que solo podía ser obra de Dios.

—De Dios y de los almogávares, Cornet, que Dios no lo hace todo.

—Es verdad, han sido nuestras espadas, saetas y cuchillos los que los han destripado. Pero Dios no nos ha abandonado.

—Dios no abandona a quien no se abandona.

—Ahora no te entiendo. ¿Qué significa?

—Significa que vengas aquí y te dejes de cuentos. Saca ese miembro poderoso que tienes entre las piernas y hazme una mujer feliz. ¿O prefieres que le pida a otro almogávar que me baje la calentura?

—Ven aquí, mujer, ven, que hoy probarás mi espada.

Al resguardo de unas rocas de los contrafuertes y acompañado por algunos de sus caballeros, tan bebido que casi no podía sostener la cabeza, Roger de Flor notó que se volvía ligero y empezaba a

sobrevolar el campamento como si fuera un ángel exterminador en busca de fugitivos de la batalla. «¿Dónde estáis, malditos infieles, dónde estáis?», gritaba empuñando una espada de fuego. De repente, el cielo se abría como las aguas bíblicas del mar Rojo y una voz le decía: «Roger de Flor, haz una cabriola en el aire, y veré si eres una cabra». Sorprendido por esas palabras, que sin duda procedían de Dios, sacudió la cabeza con tanta fuerza que le rebotó en la roca que le hacía de almohada, y, medio dormido a causa del sopor etílico, se puso a gritar: «Almogávares, mañana quiero comer cabra», a lo que sus hombres respondieron: «Amén, megaduque, amén». Luego, de nuevo acurrucado entre las rocas, se durmió profundamente y soñó con cabras, espadas de fuego y ángeles justicieros.

Los días dejaban paso a las semanas y las semanas transcurrían desbordadas de acontecimientos. A Constantinopla llegaba el noble Berenguer de Entenza con una nueva remesa de mil almogávares y trescientos caballeros, y con el encargo del rey Federico de Sicilia de ayudar a sus tropas a hacer la guerra contra Andrónico. Pero Berenguer, deseoso de unirse a la Compañía y conseguir gloria y fortuna, tenía sus propios planes y no estaba dispuesto a traicionar a su compañero de armas. Entretanto, Roger de Flor sufría una revuelta de los griegos en Magnesia, que habían aprovechado una salida de la guarnición para robar el botín de la Compañía, ejecutar a los almogávares que se habían quedado en la ciudad y cerrar las puertas. Preparándose para el asedio, desertaban los alanos que se habían quedado con Roger de Flor, y, en la frontera norte del Imperio, el príncipe Miguel Paleólogo trataba de enfrentarse a las tropas del zar Teodoro de Bulgaria.

«Abandona el asedio, coge a tus mejores hombres y parte hacia Adrianópolis para ayudar a mi hijo a luchar contra Teodoro», reclamaba Andrónico, pero Roger de Flor respondía: «Antes, pagadnos los sueldos que nos debéis». Y ese tira y afloja desesperaba a Andrónico, que, en su intento de encontrar recursos, al final creaba un nuevo ducado veneciano, tan devaluado que Ramon Muntaner avisó al megaduque:

—Roger, esta nueva moneda, a la que llaman basilio, no es un ducado veneciano como el nuestro. Andrónico quiere hacernos creer que el basilio vale ocho denarios como en Barcelona, pero está tan reducido de metal que no llega ni a tres denarios.

—Aun así, ha pagado. Enviemos tropas a Tracia, Ramon, y ayudemos a ese inútil que el emperador tiene por hijo.

La fama de los almogávares y el terror que los rodea... El zar, que recibe la noticia de la llegada de los almogávares, el miedo que lo atenaza, la retirada de las tropas, el regreso a las fronteras búlgaras y, huérfanos de la guerra que esperan, la barbarie de la paz. «Expulsa a los catalanes de Tracia o habrá una guerra con los nuestros», clamaba el basileus Miguel, y, ahogado por la falta de recursos y preocupado por las noticias que llegaban de Macedonia, Andrónico tomó la única decisión que le parecía segura.

—Te nombraré césar de toda la región romana de Asia Menor, a donde volverás para quedarte y asegurar completamente las treinta jornadas de tierra que nos habían conquistado los turcos y que recuperaste gracias a tu ejército almogávar. Pero aún quedan huestes turcas repartidas por toda Anatolia y tendrás que proteger las fronteras del Imperio. El peligro no ha desaparecido. En compensación, recibirás treinta y tres mil hiperpirones de oro y cien mil modios de trigo, pero eso será todo. El Imperio dejará de estar en deuda contigo y no volverá a contratar a tu ejército, sino que será tu obligación defenderlo. El Imperio romano de Oriente no pagará nada más a los almogávares. Esta solución deberá satisfacerte y tendrás que vivir de tus recursos. Y como César, me renovarás tu lealtad.

—No sufráis, Andrónico. El César de Anatolia no necesitará al emperador para mantenerse, y mi lealtad ya la teníais y siempre la tendréis. Pero ahora que voy a ser César, quiero traspasar la dignidad imperial de megaduque al noble catalán Berenguer de Entenza, que ostentará el cargo con dignidad y fidelidad.

—Así lo dispondré y así se hará. Bernat de Entenza será el nuevo megaduque del Imperio y me jurará lealtad.

Cerrado el acuerdo con la habitual celeridad con que Andrónico, siempre deseoso de alejar a Roger de Flor de Constantinopla, despachaba sus asuntos con el megaduque, se celebraron las ceremonias. Roger de Flor recibió el cetro de oro, el birrete, la bandera y el sello del Imperio, y, en calidad de César, se sentó al lado del emperador, solo medio palmo por debajo del trono imperial, tan grande era la dignidad de su nuevo cargo, que nadie ostentaba desde

hacía cuatrocientos años. Frente a él, de pie, serio y solemne, el hijo de Berenguer de Entenza i Santmartí-Castellvell, señor del condado de Ribagorça y cuñado del almirante Roger de Llúria, recibía el birrete y el cetro de oro que lo investían como gran duque del Imperio romano de Oriente, señor de todos los soldados del reino y almirante de la flota imperial. Acabada la ceremonia, el nuevo César y el nuevo megaduque participaron en el banquete que se celebraba en su honor. El Palacio de Blanquerna lucía espléndido, decorado con las mejores galas, y Roger de Flor contemplaba satisfecho el espectáculo. Corría un día de mayo de 1304 y llovía en Constantinopla. Más al norte, asomado a una ventana del palacio donde se alojaba, el basileus Miguel Paleólogo contemplaba las aguas calmas del río Hebros. En Adrianópolis lucía el sol.

Venganza
(1305-1307)

Com lo Cèsar partí de Gal·lípoli, de la host, ell deixà per cap e per major lo megaduc En Berenguer d'Entença, e en Bernat de Rocafort per manescal de la host; e així anà per ses jornades tant, que venc a la ciutat d'Andrinòpol. E el fill de l'emperador, xor Miquel, eixí-li a carrera e el reebé ab gran honor, e açò féu lo malvat per ço que veés ab quina companya venia.

Crónica,
RAMON MUNTANER

De cómo Roger de Flor desabrochó la delicada camisola de María de Bulgaria

Una primavera suave se abría paso lentamente en el invierno gélido de Galípoli. Roger de Flor había decidido que la Compañía pasara los meses fríos en aquella plaza fuerte del Imperio, rodeada de sólidas murallas que habían resistido muchos asedios. Acantonados en la villa a la espera de que pasara el frío para poder volver al interior de Anatolia a guerrear contra los otomanos, los días pasaban tranquilos. Se reforzaban las fortificaciones de la guarnición, los exploradores controlaban los alrededores del territorio, Ramon Muntaner aprovechaba para poner orden en sus apuntes, y, entre borracheras, reyertas y proficuas excursiones a las ciudades cercanas, los almogávares sobrellevaban la insoportable levedad de la calma.

Cornèlius también pasaba el tiempo indolentemente, ansioso por volver al combate, pero la fama de su esplendorosa entrepierna se había hecho tan notoria entre las mujeres de la Compañía que pronto lo rondaron señoras en busca de sus favores. Quería a Garsenda como nunca había querido a nadie, y la consideraba su mujer en un sentido profundo de la propiedad: era suya, mataría por ella, moriría por ella, y cuando hacían el amor siempre ponía los cinco sentidos y toda su habilidad, notablemente desarrollada gracias a su experiencia con las mujeres maduras que se lo rifaban en las ciudades de Chipre. Pero el amor por Garsenda no tenía nada que ver con las prácticas lascivas que dedicaba a otras mujeres de la Compañía, la mayoría tan maravilladas del tamaño de sus joyas como de su capacidad para darles placer. Acostumbradas a sus hombres rudos y ariscos, las cosas que aquel joven chipriota había aprendido a hacer con los dedos y con la lengua eran una práctica tan nueva y gloriosa que, cuando estaban con él, no sabían si habían hecho sexo o habían tenido una experiencia religiosa. Con Garsenda no hablaba de las mujeres que le pedían favores, pero al parecer a ella tampoco le importaba compartir a su marido, porque las esposas almogávares tenían claras dos cosas:

que sus hombres les eran fieles y nunca las dejarían y que la fidelidad no tenía nada que ver con permitirse aventuras sexuales. Al fin y al cabo, el sexo era una práctica como cualquier otra, como pelear para matar el tiempo o saquear las casas de los griegos ricos. Formaba parte del legado de ser almogávar, y él ya era un almogávar de pleno derecho. Así pasaba los días Cornèlius de Famagusta, muchos en posición horizontal, tan inspirado por el hijo de Afrodita y Eros, el lujurioso dios Hímero, como seducido por los racimos bendecidos por el dios Baco, cuya bota siempre estaba llena.

También salía con los amigos y ayudaba en las tareas de refuerzo de las fortificaciones o en otros menesteres de la Compañía, pero ninguna de esas tareas resultaba pesada, y el invierno avanzaba tan sosegado que pensaba que nunca había vivido una época tan plácida como aquella de principios de 1305, el año en que cumpliría los veinte. Cuando miraba atrás, se sorprendía de haber vivido tantas vidas en una. Había sido acólito en un convento, juguete de damas ricas, escribano de un sabio, navegante circunstancial, mercader improvisado e incluso ayudante de un notario que quería dejarle la notaría. Y todas aquellas vidas solo las había vivido para llegar a aquel momento y a aquel lugar donde todo convergía, como si las piezas del rompecabezas hubieran formado una imagen completa y perfecta. Aquello debía de ser la felicidad, y era tan poderosa que lo elevaba por encima de los miedos y los malos augurios, como si fuera un héroe griego. Y así se sintió cuando Roger de Flor se le presentó en persona y lo conminó a acompañarlo en el viaje que estaba a punto de emprender.

—Joven, ¿tú eres el chico al que llaman Cornet? Eres griego, ¿no?

—¿Cornet? Sí, señor César. Soy de Chipre. De Famagusta, Cornèlius de Famagusta, pero los catalanes me llaman Cornet.

—Hola, Cornet. Me cuentan que eres muy valiente. Eso te honra. Ahora escúchame bien: te necesito. Saldremos para Anatolia con tres mil hombres. Los turcos atacan de nuevo Filadelfia y hay que detenerlos. Pero antes quiero viajar a Adrianópolis para visitar al príncipe Miguel con una hueste más pequeña, y quiero incluir en ella a los griegos que forman parte de la Compañía. Pero no a los griegos del ejército romano, sino a los griegos almogávares, a fin de que el basileus vea que estamos unidos en la lucha contra el infiel. Quiero

limar desconfianzas... Prepárate, joven Cornet, que saldremos pronto.

—Así lo haré, señor César. Es todo un honor. Me despido de mi mujer y...

—... Ve, ve, despídete de tu mujer y haz lo que tengas que hacer, luego preséntate enseguida ante el senescal Bernat. Debemos darnos prisa. Todo está listo para partir.

Durante unos instantes permaneció inmóvil, como si unas raíces invisibles lo mantuvieran clavado al suelo, pero no era el miedo lo que lo bloqueaba, sino la emoción. Él, un humilde chaval de Famagusta, acababa de hablar con el comandante de la Gran Compañía Catalana en persona, el César de Anatolia, el flagelo implacable de los turcos, y aquel gran hombre alababa su valor y le pedía que lo acompañara. Nunca había experimentado un orgullo tan grande ni se había sentido llamado a cumplir con un deber tan profundo, y, exultante de emoción, corrió en busca de Garsenda para darle la buena noticia.

Roger de Flor estaba malhumorado. Acababa de despedirse de María de Bulgaria, a la que mandaba con su madre, Irene, a Constantinopla. Le gustaba dejarlo todo en orden cada vez que se iba, sobre todo en esas circunstancias, pues su mujer estaba embarazada de siete meses y debía apartarla de cualquier peligro.

Pero siempre que se alejaba de ella sentía una tristeza inquietante, una mezcla de la pena que causaba dejarla y de la incertidumbre por lo que le deparaba el futuro. ¿Qué sería de ella si él moría? La pregunta lo dejaba desolado. Nunca había temido a la muerte, pero desde que se había casado con María la posibilidad de que ella pudiera sufrir o incluso morir lo aterrorizaba. Aunque había habido muchas mujeres en su vida, el amor por María de Bulgaria no era comparable a ningún otro. Se enamoró de ella en cuanto la vio el día de las nupcias en el Palacio de Blanquerna: la piel, tan pálida que parecía cristal, el cuerpo esbelto, los ojos verdes que lo traspasaban, la juventud altiva e insolente, y, por encima de todo, una sonrisa dulce que lo envolvía como un tenue abrazo. Nunca había visto una mujer tan hermosa, y desde ese mismo instante le prometió vasallaje y amor para siempre. «Te protegeré con mi cuerpo y con mi espada, y te amaré incondicionalmente, esposa mía», le dijo la noche de bodas; y cada vez que partía le renovaba aquella promesa, que se había

convertido en una letanía de amor.

La noche de bodas... Desde aquella noche, no había habido noche, cuando estaba lejos de ella, en que no la evocara. Daba igual donde estuviera, si dispuesto para la batalla, exhausto tras el combate o harto de vino después de una victoria, en cualquier circunstancia la memoria de aquella noche le procuraba un placer dulce que lo enternecía. Recordaba cada gesto, cada detalle, cada beso, los primeros instantes, cuando entró en el aposento y ella lo esperaba con una camisola fina que una túnica de seda apenas cubría. Sus pechos turgentes, que se insinuaban, la timidez de la mirada, la leve sonrisa invitante... Y luego, lentamente, la túnica que caía al suelo, ella temblorosa, él desabrochando el nudo del cuello que sujetaba la camisola, el suave deslizarse de la tela sobre los hombros blancos de ella, el primer beso, suave, delicado, tímido. Había tenido sexo con decenas de mujeres y no acostumbraba a entretenerse con prolegómenos: les levantaba la falda, las giraba bruscamente y las penetraba sin miramientos. A veces incluso las golpeaba para excitarse más deprisa, pero en general no se complicaba mucho la vida. El sexo solo era sexo, algo no muy diferente de la cópula de los caballos o de los perros, que tan a menudo había presenciado. Pero aquella noche con María no era sexo, ni se parecía en nada al cubrimiento de una yegua, ni respondía a un instinto primitivo, sino que era algo mucho más profundo que tenía que ver con la comunión sagrada de dos almas. Viéndola tan frágil y delicada, no eran los instintos básicos los que se activaban, sino una emoción profunda que alimentaba otra clase de excitación sexual, una que no conocía: la que nacía de la ternura. Le acariciaba la piel despacio, suavemente, las manos se entretenían en la espalda, se detenían cerca del secreto femenino y bajaban por las piernas, y todo era piel con piel, lentamente, sin prisas ni ansias, perdidos los dos en un tiempo intemporal. Con su «princesa búlgara», como él la llamaba, Roger de Flor había descubierto un mundo de sensaciones que le era totalmente desconocido, pero que le proporcionaba una sorprendente e intensa felicidad. Cuando, al cabo de un rato, perdida toda noción del tiempo, su miembro entró en el cuerpo de su esposa, Roger de Flor sintió un placer tan intenso que se mareó como si una flecha turca lo hubiera herido en el pecho.

De nuevo tenía que despedirse de ella, y no fue una despedida fácil. Tanto Irene, su suegra, como su mujer insistían en que no fuera a

Adrianópolis. Había tenido la misma discusión con el consejo de los prohombres, unánimemente en contra de una visita que podía esconder demasiadas trampas. «No se te ha perdido nada en Tracia», le dijo Berenguer de Entenza. «El basileus te la tiene jurada, te ha demostrado su rencor muchas veces, no te fíes», replicó Ramon Muntaner. «Conozco muy bien a mi sobrino. Te quiere mal, Roger, muy mal, y aprovechará cualquier oportunidad», insistió su suegra, Irene Paleólogo, tía de Miguel. Y en medio de todos aquellos consejos y advertencias, su mujer, María, se echó a llorar, lo abrazó e incluso se arrodilló, «No te vayas, marido mío, no hagas este viaje, pues si te perdiera moriría».

Pero la decisión estaba tomada. Quería aprovechar su condición de César para recomponer la relación con el hijo de Andrónico, que siempre había sido mala, y le parecía un detalle ir a visitarlo antes de partir para Anatolia. Había pensado, además, en ofrecerle algún acuerdo permanente para proteger la frontera norte de los ataques de los búlgaros, y estaba convencido de que aquella oferta sentaría las bases de una relación provechosa y estable. Consciente de que sus victorias habían dejado en evidencia al joven basileus, pues la Gran Compañía vencía una y otra vez justo donde Miguel había sido derrotado, y de la antipatía que siempre le había demostrado, se imaginaba que aquel viaje ayudaría a tender los puentes en mal estado. Tenía motivos diplomáticos solventes para ir a Adrianópolis, y los recelos de los suyos le parecían infundados. Al fin y al cabo, el basileus Miguel era un pobre jovencito a quien habían colocado en un cargo que lo sobrepasaba, coemperador del Imperio desde los diecisiete años, y estaba seguro de que mostrándole un poco de consideración se lo ganaría. Además, Miguel era primo de su esposa y, en consecuencia, su pariente desde el momento en que se había emparentado con el linaje Paleólogo, de manera que aquel viaje tenía sentido.

También había una cuestión de arrogancia. Roger de Flor era el César de Anatolia, temido por los turcos y respetado por los griegos, por lo que le resultaba impensable que aquel regente lampiño tratara de conspirar contra él y contra su ejército. Cualquier ataque a la Compañía o a su persona supondría un desastre para Bizancio, el camino directo a la perdición, y nadie sería tan tonto como para atentar contra el comandante que garantizaba su seguridad. Sin

embargo, si bien Roger de Flor era el libertador del Imperio, también era su ocupante, el saqueador, el bárbaro, el ángel y el demonio, y en los oscuros rincones del odio y del rencor se incubaba la venganza.

La fecha se había fijado: zarparía a finales de abril con un millar de almogávares que harían las veces de guardia de honor, y el resto del ejército seguiría en Galípoli hasta nueva orden. Berenguer de Entenza se quedaba como comandante en jefe de la Compañía, Bernat de Rocafort como senescal de los almogávares, y las tropas permanecerían acantonadas a la espera de noticias. Decididas las jerarquías, el contingente que lo acompañaría a Adrianópolis estaba formado por trescientos caballeros, todos ellos de linajes ilustres de la Corona catalana, y un millar de almogávares elegidos de entre sus mejores hombres, incluyendo a los griegos. «No necesito más soldados. Los demás esperad en Galípoli para cuando sea menester. Ya os llamaré», y, blandiendo la espada desde el centro de la galera, dio orden de zarpar.

Miguel Paleólogo esperaba la llegada de Roger de Flor desde hacía días. Los emisarios la habían anunciado con tiempo, y desde entonces se hallaba en un estado de nerviosismo permanente, preocupado por el éxito de sus planes. Aquella visita era una ocasión única para acabar con aquel bárbaro que había saqueado pueblos y villas y había arruinado el Imperio con sus exigencias económicas. ¡Cómo había permitido Andrónico aquel gasto ingente que había vaciado las arcas! Habían llegado muchos más almogávares de los que el emperador reclamaba como ayuda, siempre exigiendo las pagas por adelantado, y habían seguido llegando, la última remesa más de mil, y nunca tenían bastante, ¡pues encima reclamaban tributos a las ciudades liberadas, a pesar del estado paupérrimo en que se hallaban! Puede que los hubieran liberado de los turcos, pero el coste económico era tan alto como el desastre humano que representaba, y si su padre no era consciente, alguien tenía que reaccionar.

No podía entender la admiración que su padre sentía por Roger de Flor, más allá de su eficacia en la lucha contra los otomanos, porque si bien les quitaba de encima a los turcos, también arrasaba las villas griegas sin ningún respeto por su gente y su fe. Lo había comentado con el patriarca Atanasio, «Es un demonio, Miguel, un

engendro del maligno», y juntos habían confabulado en muchas ocasiones para acabar con su dominio. Tenían muy claro que los catalanes debían desaparecer de la tierra bizantina, pero no había manera de convencer a Andrónico, y entretanto Roger de Flor se volvía más poderoso. Cuando supo la noticia de su nombramiento como César se quedó de piedra. ¡Qué estaba haciendo su padre!, ¡qué locura era aquella! La necesidad de acabar de una vez para siempre con la lacra de los almogávares se convirtió en una urgencia.

No era un hombre fuerte ni determinado, y aquella inseguridad que en todo momento lo acompañaba lo irritaba mucho, especialmente ante el comandante de los almogávares, que siempre mostraba seguridad y liderazgo. En su fuero interno se sentía inferior a aquel hombre que vencía todas las batallas, adorado por sus soldados y temido por sus enemigos, tan valiente que contaban que siempre salía el primero al campo de batalla, y que nunca se rendía hasta ganar. La fidelidad de los almogávares a su comandante en jefe lo desconcertaba de manera especial. Era una fidelidad insólita para unos simples mercenarios, por mucho que sirvieran al conde rey de Barcelona. No lo entendía. Él comandaba ejércitos y siempre lo traicionaban, lo engañaban, desertaban, pero aquellas fechorías propias de los soldados no existían entre los almogávares, tan dispuestos a defender a su caudillo como a morir por él. Lo había pensado más de una vez, «Quizá una traición interna resolvería el problema», pero no había ninguna posibilidad, porque aquel ejército formaba una auténtica piña, y si era invencible por fuera, aún era más indestructible por dentro. No había nada que hacer: era necesario encontrar una ocasión propicia que permitiera tenderle una trampa definitiva, mortal.

La ocasión zarpaba de Galípoli en aquel mismo instante, camino de Adrianópolis. Desde que recibió el anuncio de la visita de Roger de Flor, empezó a preparar la emboscada. Disponía de pocos días para avisar a los aliados necesarios, ultimar los detalles y prever los riesgos, y todo tenía que salir a la perfección porque el César era el enemigo más temible al que se había enfrentado; si no conseguía matarlo, y al mismo tiempo no reducía a su ejército, sin duda pagaría con la vida.

La reunión con los alanos dio frutos inmediatos. El caudillo Girgon se comprometió a participar con miles de hombres a caballo, en una proporción lo suficientemente desproporcionada para

garantizar la aniquilación completa de la hueste que acompañaría a Roger de Flor. Puso una única condición: que fuera suya la espada que lo degollaría. Nadie podía tocarlo antes que él, y si el basileus Miguel estaba de acuerdo, el trato quedaba sellado. El día y hora fijados, acudiría con seis mil caballeros y ejecutarían la amenaza.

—¿No contáis con más hombres? ¿Estáis seguro de que serán suficientes caballeros? Como sabéis, un almogávar vale por dos hombres, o incluso por tres, de ahí que siempre hayan vencido a ejércitos muy numerosos. Acordaos de la batalla de las Puertas de Hierro: se enfrentaron a más de veinte mil turcos a pie y diez mil a caballo, y aunque ellos eran menos de la mitad los arrasaron. Tenemos que conseguir a tantos hombres como sea posible, porque ese hombre tiene la fuerza del demonio. Pero, como entenderéis, no puedo utilizar al ejército del Imperio. Debéis hacerlo vosotros, los alanos, pues vuestra enemistad con los almogávares viene de lejos.

—Lo entiendo, basileus Miguel. Pero no puedo reunir más de seis mil hombres a caballo. Es el máximo que puedo juntar en pocos días. Debería desplazarme lejos para buscar más soldados y no llegaríamos a tiempo. Pero ¿vos no podéis añadir algunos miles de turcoples a mis seis mil caballeros alanos?

—Sí, por supuesto. Es una posibilidad. He planeado hablar con el caudillo Melic. Espero que, como mínimo, llegue a un par de miles de caballeros o más, y aun así no sé si serán suficientes.

—Debemos contar con el factor sorpresa, Miguel. El latino no cuenta con nuestra presencia. Viene a visitaros como César. Es arrogante y está pagado de sí mismo, y eso le hace bajar la guardia. No sospechará nada... Vos recibidlo con todos los honores, que se crea a salvo.

—Sí... Lo recibiré como a un gran César. Le ofreceré un desfile de bienvenida y un magnífico banquete, y durante su estancia se sentirá muy honorado. No sospechará la que le espera.

—No, no tendrá ni idea.

—Gracias, caudillo Girgon. Preparad a los caballeros, permaneced alerta. Recibiréis noticias mías. Cuando haya hablado con el caudillo Melic y sepamos con cuántos caballeros turcoples podemos contar, ultimaremos el plan. Los días de Roger de Flor en la tierra están a punto de acabar.

—Y será mi espada la que les ponga fin.

El encuentro con el turcople Melic fue tan rápido y fructífero como el que había tenido con el caudillo Girgon, pues no en vano la relación del Imperio romano con los turcoples se remontaba a principios del año mil, cuando un turco que huía de los mongoles ofreció su ejército a los cristianos y luchó en la Primera Cruzada. Desde entonces siempre había habido mercenarios de origen turco al servicio de los Paleólogos, y en los tiempos de su abuelo Miguel se incorporaron del todo a la estructura del ejército imperial y eran tan valorados por los cristianos como odiados por los mamelucos, que los consideraban traidores a la fe. Cuando los musulmanes los capturaban, no tenían piedad con ellos: los torturaban y profanaban salvajemente sus cadáveres para impedirles descansar en paz después de muertos.

—¿Cuántos soldados podéis ofrecerme, caudillo Melic?

—Podemos llegar a tres mil turcoples, pero ¿realmente se necesitan tantos para acabar con la pequeña hueste de Roger de Flor? Me habéis dicho que el César vendrá con unos pocos almogávares...

—Eso aseguran los mensajeros, pero no lo sabemos con seguridad. En cualquier caso, debemos estar preparados, Melic, pues conocemos de sobra el valor de sus hombres. Tenemos que reunir un gran ejército. Pero no todos servirán para matar a Roger de Flor, no. También hay que destruir a su ejército, a fin de que no pueda rebelarse contra el Imperio. La noche que matemos al César, también deben morir todos los almogávares. El grueso de vuestros soldados se dirigirá a Galípoli para coger por sorpresa a las tropas catalanas. Será fácil aniquilarlos.

—No osaría decir fácil. Pero con nuestros caballeros, los miles de alanos y el efecto sorpresa, podemos vencer. Ahora que tenemos la ocasión de matar a su comandante, sin duda también es posible acabar con la Compañía Catalana. Habrá que ser muy precisos e ir con mucho cuidado. Si descubriera la emboscada, sentenciaríamos al Imperio.

—Así es, turcople, así es. Por eso vuestro ejército y una parte de los alanos marcharán hacia Galípoli antes de que Roger de Flor llegue a Adrianópolis. Será una acción coordinada: derramaremos sangre almogávar de un extremo a otro de Tracia.

Mientras en Adrianópolis se urdía un asesinato, del puerto de Galípoli zarpaba una galera. Hacía rato que Cornèlius trataba de despedirse de Garsenda, que se agitaba enfadada porque no le permitían viajar con él. «El César no te ha llamado a ti, querida», pero ella gruñía y refunfuñaba al tiempo que lo abrazaba, lo acariciaba y se acurrucaba en su pecho, al que permanecía agarrada, como si aquel gesto los uniera de manera que no pudieran separarse. Al final, cuando estaban a punto de zarpar, Garsenda lo miró, lo besó suavemente y se despidió con un «¡Gloria a los almogávares!» antes de dejarlo ir. Al cabo de un rato, asomado a la borda de la galera, mientras Galípoli se iba transformando en una pequeña mancha en el horizonte, Cornèlius pensó que Garsenda no había llorado. De hecho, cayó en la cuenta de que nunca la había visto llorar, ni siquiera cuando Xiquet, el hijo recién nacido de su hermano, al que estaba muy unida, murió a causa de unas fiebres. Recordaba bien la escena: Garsenda acunó el cuerpecito inerte mientras le cantaba una dulce melodía, luego lo posó al lado del agujero donde lo iban a enterrar y se fue, sencillamente, sin ni siquiera esperar a que acabara la ceremonia. Cornèlius sabía que aquella muerte la entristecía mucho, pero ella no se permitió ninguna emoción excesiva ni ningún gesto dramático. «La muerte quiere silencio», le dijo más tarde, cuando hablaron, y él no hizo comentarios. La muerte quería silencio, y Garsenda no lloraba. Sumido en esos pensamientos, Cornèlius de Famagusta empezó el viaje al corazón de Tracia. Un nuevo horizonte, una nueva ciudad, una nueva aventura. Feliz, se acercó a su amigo Artal, que ayudaba a un marinero a sujetar las velas.

Al otro lado del Mármara, un discreto leño llegaba al puerto de Constantinopla. En él viajaban dos mensajeros enviados por el basileus Miguel que tenían el encargo de dirigirse directamente al Gálata para hablar con los genoveses del barrio de Pera. «Nadie debe saber quiénes sois ni que hacéis allí. No os entretengáis por el camino, y una vez que hayáis transmitido el mensaje, volved inmediatamente a Adrianópolis. Nunca habéis estado en Constantinopla», y la orden del coemperador se ejecutaba con la estricta discreción indicada. Dos horas después, los dos hombres se reunían con el caudillo del barrio de Pera y los demás líderes de los genoveses; la conversación quedaba

fijada con el sello del secreto.

—Somos los emisarios del basileus Miguel. Nos pide que os transmitamos el mensaje siguiente: dentro de unos días, si Dios nuestro Señor nos ampara, el César Roger de Flor morirá.

—¿A qué os referís?

—Lo que oís. No conocemos los detalles, pero este es el mensaje. Y el basileus Miguel nos ha pedido que os digamos lo siguiente, nobles señores: cuando recibáis la noticia de la muerte del César, esperaréis a recibir órdenes. En el momento propicio, mataréis a todos los catalanes que se encuentren en Constantinopla, sean almogávares, comerciantes o tengan cualquier otro menester. No debe quedar ni uno vivo. Sobre todo, debéis matar al gran drungario Ferran d'Aunés, que, desde que llegó a Constantinopla con la esposa y la suegra de Roger de Flor, se aloja en casa de su suegro, Raúl Paqueo. Él y todos los catalanes que encontréis deben morir. Así desaparecerán los almogávares de las tierras de Bizancio. ¿Habéis comprendido el mensaje?

La respuesta fue un diluvio de preguntas que los genoveses fueron desgranando, temerosos y a la vez exultantes ante la perspectiva que acababan de dibujar los mensajeros del coemperador. Las horas del César estaban contadas, y si aquella buena noticia se cumplía, por fin podrían vengar a los miles de genoveses que los almogávares habían ejecutado el día de las nupcias de Roger de Flor con María de Bulgaria. Aquel sería un gran día en el barrio de Pera, y las hogueras de las casas donde estaban los catalanes supondrían el estallido de la gloria genovesa.

Acabada la conversación, los dos mensajeros volvieron al puerto, donde los esperaba el leño que los llevaría de regreso a casa. El mensaje se había entregado, y en aquel preciso instante la moira Átropos empuñó sus tijeras de oro. Había llegado la hora de cortar el hilo de muchas vidas.

De cómo el noble Ramón Alquer, caballero de Castellón de Ampurias, se ocultó en un campanario

Calma blanca...

Todo aparentaba estar en orden, la habitación lujosamente engalanada, el generoso banquete con viandas y bebidas en abundancia, las damas vestidas con las telas más finas y el basileus Miguel y su esposa, la emperatriz Rita, hija del rey León de Armenia Menor, presidiendo la mesa. En el fondo de la sala, un grupo de músicos trataba de hacerse oír por encima de la algarabía de los cientos de personas que reían, hablaban, gritaban, comían y bebían sin medida ni recato. Unos enanos con vistosos gorros de colores daban volteretas en el suelo. Roger de Flor se quedó mirándolos unos instantes; aquellas patosas cabriolas acostumbraban a acabar con la caída del enano en medio de una gran carcajada colectiva. Tenía la mente nublada y estaba perdido en un sopor etílico que le producía un estado de ánimo beatífico, y todas las fibras del cuerpo le pedían a gritos un lecho donde dejarse caer y dormir durante horas. Pero había que hacer los honores, porque el banquete no se acabaría hasta que el basileus Miguel se levantara de la mesa, y él no había viajado a Adrianópolis para hacerle un feo al emperador. Resistiría.

Miró a su alrededor, los caballeros que lo acompañaban estaban tan borrachos como él, «Somos gente de vino», se dijo satisfecho, y a pesar de la pesadez se esforzó por mantener una conversación con la emperatriz Rita, que le preguntaba por María de Bulgaria. «Como sabéis, me llaman María, al igual que a vuestra esposa. Me cambié el nombre cuando entré en la corte», y durante un rato le habló de su llegada a Constantinopla, cuando ella tenía trece años y su marido diecisiete, la coronación como coemperadores del Imperio, los primeros años... Roger de Flor la escuchaba como si fuera una mosca que le zumbara insistentemente alrededor de la oreja, y aunque se esforzaba en mantener el decoro debido, fantaseaba con acallarla de un bofetón e irse a dormir.

De repente, una de las damas de la corte se acercó a la emperatriz, quien, pidiendo disculpas, se retiró seguida por las demás mujeres que asistían al banquete. «Ya era hora de que callara», pensó fray Roger, y justo cuando iba a beberse la enésima copa del vino que le servían continuamente, un gran ajetreo lo sacó de la somnolencia y todos sus instintos se pusieron en guardia. Pero antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría, la sangre ya le brotaba de un corte certero en la garganta, y mientras se quedaba sin aliento rápidamente, las espadas lo herían, desangrando, cercenando, miembro tras miembro, tajada a tajada, el pecho, el estómago, los intestinos... El primer tajo se lo había inferido el caudillo Girgon, que mientras lo degollaba le dijo: «Te advertí de que volveríamos a vernos, malnacido, y de que uno de los dos moriría. Hoy cumplo mi promesa». Y tras la primera espada mortal, diez espadas más, y otras cien espadas alanas penetraban en las partes del cuerpo que aún quedaban enteras, deseosas de participar en la gloria de su asesinato. El hombre que lo había sido todo, guerrero templario, famoso corsario, almirante de la flota siciliana, megaduque vencedor de los turcos y César de toda Anatolia, había quedado reducido a un gran charco de sangre, carne y vísceras que manchaba el centro de la habitación. Uno de los alanos agarró las bolas redondas que fueron los ojos con los que miraba el héroe legendario y se los guardó en el zurrón. «Se los daré a los cerdos», gritó pletórico, y sus palabras sellaron la insoportable levedad del ser...

Pero la sangre de fray Roger no fue la única que se derramó aquel día de abril. Asesinados los caballeros que acompañaban al César, y perseguidos, cazados y exterminados por los turcoples los almogávares que vagaban indolentes por Adrianópolis, las inmediaciones de Galípoli o cualquier otro lugar donde hubiera una guarnición catalana, Tracia se tiñó de punta a punta de sangre almogávar.

En Adrianópolis, la caza era feroz. Los primeros almogávares asesinados no tuvieron tiempo de ser conscientes del peligro, pero los demás huían, buscaban refugio, se defendían y luchaban con la ferocidad de un animal acorralado. Miles de alanos y turcoples perseguían a los pocos centenares de almogávares que intentaban salvar la vida desesperadamente, pero era en vano, porque la sentencia mortal había sido planeada con tanta precisión que no permitía fugas, ni escondites, ni defensas heroicas, y desparramados

por la ciudad había cuerpos decapitados, cráneos aplastados y miembros cortados que los perros se apresuraban a llevarse, felices de hacerse con un botín de carne tan abundante. Pocos de ellos conservaban una apariencia humana.

Cornèlius estaba lejos del centro cuando empezó la masacre. Había decidido vagar por las calles de la ciudad con su amigo Artal con la esperanza de encontrar alguna hembra amable o alguna reyerta que les alegrara el día. Pero cuando la trápala de cascos, el estruendo de las espadas y el griterío hicieron evidente la catástrofe corrió como un poseso, como un loco, como lo que era: un desesperado. Calles estrechas, puertas cerradas, su amigo desaparecido, la amenaza cada vez más cercana y, al final, en el callejón sin salida donde había ido a parar, un turcople abalanzándose sobre él espada en mano, y él, desencajado y presa del pánico, gritándole en griego, «No me mates», y, en el momento más extremo de su vida..., la sorpresa: «¿Eres... eres tú..., Cornèlius?».

¿Cuántas veces lo protegería la ninfa Tique? Porque lo que acababa de pasar no era cosa humana, sino el milagro de algún dios superior que lo amparaba más allá de toda posibilidad. «¿Eres tú, eres tú?», le preguntaba emocionado el turcople que aún tenía encima, espada en mano, y aunque empezaba a comprender la situación, todavía no estaba seguro de si era la alucinación de un moribundo o si ya había muerto y Dios jugaba con él. «Eres... ¿eres Halil?» Sí, era Halil, el joven turcople que había servido en la Orden de los Hospitalarios de Chipre y luego había entrado al servicio del gran maestre templario Jacques de Molay, con quien tuvo mucho trato durante la época en que vivió con fray Ramon Llull. Incluso lo había ayudado cuando pasó por un aprieto, pues Jacques de Molay lo acusó de robo y él convenció a Ramon Llull para que intercediera por Halil. Y en ese momento se lo encontraba de nuevo, en la lejana Adrianópolis, sentado sobre su pecho y dispuesto a degollarlo. ¿Cómo era posible que en el momento más inevitable de su muerte hubiera encontrado la salvación más inesperada? Pero así es la vida, un salto al abismo que una fuerza desconocida detiene en el último segundo. Puede que fuera Dios, o la ninfa griega del monje Andreas, o el espíritu que habitaba las fuerzas de la naturaleza venerado por Garsenda. Fuera como fuese, cada vez que llegaba su hora burlaba la muerte. Y mientras su cerebro trataba de procesar aquella situación

insólita, su amigo Halil lo ayudaba a levantarse, le daba su yelmo, «¡Póntelo!», tiraba de su cuerpo medio encogido, y, al encontrar un turcople muerto, «¡Ayúdame!», le quitaba la ropa, «¡Póntela!», lo disfrazaba de turcople, «¡No hables en ningún idioma que no sea griego!», y respiraba aliviado y lo abrazaba. «Ven, cuéntame qué haces aquí, en este infierno. ¿Acaso quieres morir?»

La conversación de dos jóvenes en un rincón perdido de una ciudad encendida... A su alrededor, espadas y gritos, sangre y muerte, víctimas y verdugos, pero en aquel instante robado en que dos amigos se encontraban de nuevo la paz anidaba como una flor delicada en medio de un desierto. «¿Qué está pasando?», se atrevió a preguntar Cornèlius, aún confundido por aquella cacería que sufrían los almogávares y cuyas causas desconocía. Y mientras caminaban por encima de los cuerpos de sus compañeros, Cornèlius fue descubriendo la tragedia ocurrida ese día. Roger de Flor, su comandante, su héroe, el hombre que no podía morir porque era imbatible, había sido ferozmente descuartizado por un millar de espadas, y, tras su asesinato, la orden implacable: había llegado la hora de pasar por las armas a todos los catalanes.

—No quedará ni un solo almogávar, Cornèlius, ni uno. Tienes que huir de Adrianópolis y del Imperio. Tienes que volver a Chipre.

—Pero, Halil, en Chipre no me queda nada, nada. Ahora estoy casado, tengo una esposa, a mis amigos de la Gran Compañía, mi vida...

—Tu vida, tal como la conoces, ha acabado. Los almogávares ya no existen. Ahora mismo los están cazando en todo el Imperio, aquí en Galípoli y en Constantinopla. No quedará ni rastro de ellos. Se han unido todos, los ejércitos bizantinos, los nuestros, los alanos, los genoveses, todos contra los catalanes. Tienes que huir muy lejos, amigo.

—Nunca podré pagarte lo que has hecho por mí. Me has salvado la vida y estoy en deuda contigo para siempre. Algún día, yo te salvaré a ti.

—Ya lo hiciste en aquella disputa con el gran maestre del Temple. Me jugaba el cuello. Y tú me ayudaste. Deuda pagada, amigo.

—No, no, tengo una deuda contigo. Y algún día, si tu vida corre peligro, espero devolverte el favor y salvarte.

—No pienses en eso ahora, Cornèlius. Ahora piensa solo en

encontrar un caballo, fingir que eres un turcople y salir huyendo como un rayo. Que nadie te descubra. De los tuyos no queda ni uno vivo en todo el Imperio.

Huir... No le quedaba otra salida que irse sin dilación, oculto bajo el disfraz de un turcople muerto. Pero no se marcharía a Chipre, como le recomendaba su amigo Halil, sino a Galípoli, donde estaban su corazón y su lealtad, y de donde no se iría mientras quedara un solo almogávar vivo. «Tiene que haber alguno. No pueden haberlos matado a todos», y esa idea lo espoleaba, lo animaba y consolidaba su decisión, le daba aliento. Cuando finalmente se despidió de su amigo y consiguió hacerse con un caballo alano, uno de los muchos que vagaban entre los cuerpos sin vida, decidió que no podía esperar ni un solo instante si quería escapar del peligro.

Al cruzar las murallas que doce siglos atrás había mandado construir el emperador Adriano, detuvo el caballo y miró atrás. Adrianópolis parecía tranquila, como si en su interior no se hubieran desatado las furias del averno. Le parecía inconcebible que aquella ciudad prominente que siete días atrás los había acogido de una manera tan suntuosa se hubiera convertido en la tumba abierta de mil almogávares, pero así era el destino de los grandes guerreros que, invencibles en la guerra, morían en la cobardía de la paz. «¡Maldita seas para siempre, traidora Adrianópolis!», dijo con rabia, y, ajustando las riendas, echó a cabalgar.

Mientras Cornèlius huía a Galípoli, en Adrianópolis se culminaba la ejecución de la sentencia: trescientos caballeros y un millar de almogávares morían bajo las espadas alanas y turcoples, y se hacían las últimas carreras para atrapar a los pocos almogávares que habían conseguido escapar. Unas horas más tarde, tres caballeros atrincherados en el campanario de una iglesia bizantina de la parte norte de la ciudad eran los únicos supervivientes del séquito que había acompañado a Roger de Flor. Luchaban con tal ferocidad que habían matado a los más de treinta alanos que habían tratado de atraparlos, y era tal la furia que demostraban que al final el emperador Miguel los consideró merecedores de que les perdonara la vida. «Que entreguen la espada. Dadles caballos y que abandonen para siempre la tierra bizantina. Estos guerreros ya no tienen señor al que servir, ni ejército

en el que combatir. Son errantes en tierra extranjera. Les perdono la vida. Que Dios perdone también sus pecados.» Y de esta guisa, derrotados y sin pendón ni escudo, los caballeros Ramón Alquer, hijo de Gibert d'Alquer, señor de Castellón de Ampurias, Ramon de Tous y Bernat de Roudor, señor de Llobregat, salieron de Adrianópolis flanqueados por dos hileras de enemigos que los increpaban a su paso. Galípoli también era su destino.

En la base principal de los almogávares, la batalla era descarnada. Había empezado al mismo tiempo que se perpetraba el asesinato de Roger de Flor, y el tamaño del ejército que atacaba Galípoli era gigantesco. El emperador Miguel había conseguido reunir más de treinta mil soldados entre alanos, griegos y turcoples, y el número de hombres a caballo superaba los catorce mil. En la guarnición, el megaduque Berenguer de Entenza solo contaba con un contingente de tres mil trescientos hombres tras la incursión que habían sufrido durante las primeras horas del ataque, en la que habían muerto unos mil almogávares y habían aniquilado a todos los caballos que estaban pastando.

Hacía más de quince días que resistían al asedio en una situación extrema. A pesar de haber matado a los griegos que habitaban la península y haberse quedado con sus provisiones, la dureza de los combates era tan brutal como la constancia de los ataques enemigos, que no daban un momento de tregua. Fue entonces cuando Berenguer de Entenza empezó a planear una salida sin duda arriesgada. Era un hombre decidido, avezado a tomar decisiones difíciles sin que le temblara el pulso, y no le temía al riesgo, pero nunca se había encontrado en una situación tan grave. La pérdida de Roger de Flor le había causado un mal humor agresivo que se transformaba en una indómita ferocidad que descargaba en los enemigos que se topaban con él. En cada asalto, los mataba por docenas él solo, y, a pesar de la frecuencia de los combates, aún no lo habían herido. Quizá fue esa invulnerabilidad la que le infundió el valor necesario para tomar la decisión, aunque también dependió de su instinto de caballero hábil en la estrategia de la guerra.

—Saldré del sitio y arrasaré las ciudades que encuentre a mi paso. Parto para Constantinopla. Hay que atacar el corazón del

Imperio.

—Megaduque, no tenemos efectivos. Apenas somos tres mil almogávares, sin caballos, y ellos son miles. No podremos resistir al asedio.

—Podremos, Bernat, podremos. Estamos bien atrincherados y las fortificaciones son sólidas. Y no te olvides de que uno solo de nosotros tiene más coraje que cientos de ellos juntos.

—Aun así, son miles...

—La decisión está tomada. Tú mantendrás el cargo de senescal de los almogávares, y Ramon Muntaner será el capitán de Galípoli. Debemos dejar de defendernos y empezar a atacar. Que vean que no nos han vencido y que aún podemos hacerles mucho daño.

—Pero ¿cuántos soldados te llevarás, Berenguer? Nuestras fuerzas ya están muy mermadas.

—Había pensado en armar cinco galeras y dos leños.

—Pero entonces en Galípoli solo quedaremos un millar y pico de almogávares y unos pocos hombres a caballo. Y muy pocos caballeros...

—Os dejo doscientos caballos, y en cuanto a los caballeros, seréis seis. Contigo, Ramon, y con Bernat de Rocafort, he pensado que se queden Guillem de Siscar, Ferran Gorí, Guillem Peris de Caldes y Eiximenis d'Arenós. Seis.

—Somos los que somos, Ramon. Debemos hacerle caso al megaduque. Si nos quedamos aquí, sin salir, se reforzarán. Creo que es una buena estrategia sorprenderlos por la retaguardia. No se esperan que hagamos una maniobra tan audaz.

—Así es, Bernat. Atacar o morir.

Artacio, la isla de Proconeso, Heraclea, Recrea, allí por donde pasaba el pendón de san Jorge se derramaba sangre griega, y ni tan siquiera un ejército comandado por el hijo menor de Andrónico, el príncipe Juan, conseguía vencer a la pequeña hueste de Berenguer de Entenza. Por el camino, el megaduque cumplía con el ritual de caballería y enviaba una partida de catalanes a Constantinopla a retar al emperador por el crimen cometido, pero los veintisiete catalanes enviados fueron asesinados y sus cuerpos descuartizados colgaron en las plazas de la capital del Imperio. Al mismo tiempo, los genoveses

ejecutaban las órdenes del basileus Miguel y todos los comerciantes, diplomáticos y viajeros catalanes que se hallaban en Constantinopla fueron asesinados. No había salida, ni posibilidad de acuerdo ni tregua: la guerra era total.

«Volvemos a Galípoli para reagruparnos y orientar la ofensiva», ordenó Berenguer de Entenza, pero eran tiempos de traiciones y trampas, y dieciocho galeras genovesas lo esperaban, vencían a las galeras catalanas y lo hacían prisionero. La Gran Compañía Catalana perdía de nuevo a su máximo caudillo, y la noticia de la captura de Berenguer de Entenza llegó a Galípoli con toda su dureza. Huir o resistir, rendirse o vengarse, aquella era la cruda encrucijada de un ejército mermado y exhausto, pero en el código de honor de los almogávares ni la huida ni la rendición eran opciones imaginables. «Resistiremos y vengaremos la muerte de Roger de Flor», decía Ramon Muntaner, «Los mataremos a todos», añadía Bernat de Rocafort, «¡Vía sus, vía sus!», exclamaba la tropa, y, reunido el Consejo de los Doce, las decisiones se tomaron con la celeridad que exigían las circunstancias: Bernat de Rocafort sería el nuevo caudillo, pero debería atender las resoluciones del consejo; se izaría la bandera de san Pedro de Roma en la torre maestra de la fortificación, y en el combate cada prohombre notable blandiría una bandera.

—Vos, Guillem Peris de Caldes, caballero de noble linaje catalán, llevaréis la bandera del señor rey de Aragón. Vos, caballero Ferran Gorí, blandiréis el pendón del señor rey de Sicilia; a vos, caballero Eiximenis d'Arenós, os encomiendo la bandera de san Jorge, y vos, Guillem de Tous, llevaréis mi enseña. De este modo blandiremos nuestros estandartes en el campo de batalla, a fin de que los enemigos sepan a qué señor servimos.

El consejo también dispuso que se fundiera un sello con la imagen de san Jorge para las misivas de la Compañía, que rezaba «Sello de la hueste de los francos que reinan en el reino de Macedonia», y que Ramon Muntaner, en calidad de maestre racional, lo custodiara. Finalmente, el mismo Muntaner, en calidad de capitán de la Compañía, avisó de que a partir de ese momento no irían al combate con las formaciones tradicionales de avanzada, guardia y retaguardia, porque no tenían suficientes efectivos: «Los caballeros a la derecha y los hombres de a pie a la izquierda, así presentaremos batalla, con la bendición de Dios y el valor de un almogávar».

Pero antes de disponerse a planear una ofensiva que consiguiera romper el asedio, había que subir la moral de la tropa, y, con tono solemne y grave, decidió utilizar un símil que, según su parecer, definía la fortaleza de los almogávares...

—Debemos recordar cuál es nuestra fuerza, almogávares, y lo haré con la metáfora de un junco. Si alguien me preguntara: «Muntaner, ¿qué ejemplo da la mata de junco?», le respondería que la mata de junco tiene una fuerza que diez hombres, por mucho que tiraran de la cuerda con la que la ataron a conciencia, os digo que no la arrancarían aunque otros vinieran en su ayuda; pero si se quitara la cuerda, junco a junco podría arrancarla entera un niño de ocho años, y no quedaría ni un junco. Eso somos los almogávares, una mata atada que nadie podrá derrotar.

«Unidos somos fuertes», gritó de inmediato un almocadén de renombre que se llamaba Rouric de Centelles, y otro añadió: «Nunca nos rendiremos», y la tropa respondió al unísono: «¡Nunca, nunca, nunca!». Con los hombres animados y determinados, Ramon Muntaner les pidió el gesto definitivo de compromiso y lealtad. «Quememos nuestras naves para conjurarnos a resistir hasta la muerte», y al grito aguerrido de «Quememos nuestras naves», las galeras almogávares se convirtieron en estelas de fuego que, lejos de simbolizar la derrota, sellaban una determinación. Se iniciaba el tiempo de la venganza almogávar.

Cuando, días más tarde, Bernat de Rocafort decidía una estrategia frontal para acabar con el sitio y salía a batalla abierta con toda la furia de sus mermadas fuerzas, el destino cambiaba de bando. En Galípoli derrotaban a las tropas del Imperio y dejaban los cadáveres de veinte mil infantes griegos y seis mil caballeros. Y unos días después, cuando unos espías los informaron de que el emperador Miguel había dejado Adrianópolis para concentrar un gran ejército que derrotara definitivamente a los almogávares, salieron a su encuentro con todas sus fuerzas. El choque se produjo en las cercanías de Apros, y la fulminante victoria almogávar, con la masacre de miles de alanos, turcoples y griegos, aniquiló definitivamente al ejército del Imperio romano de Oriente. Tracia estaba bajo el dominio catalán.

Cornèlius tardó en saber que los almogávares estaban cambiando el

rumbo de los acontecimientos. Desde que había salido de Adrianópolis solo lo movía la obsesión por llegar a Galípoli y comprobar si Garsenda seguía con vida. Tenía grabados en la retina los cuerpos descuartizados de sus compañeros, sobre los cuales había caminado para poder escapar, y aquella imagen impresionante le provocaba una rabia agresiva y salvaje. Estaba determinado a matar a todos los griegos que encontrara por el camino sin distinguir entre soldados y campesinos, porque toda aquella tierra maldita era culpable de traición. Y si él había nacido griego, repudiaba su condición, nuevamente resucitado en otra piel, la única que le había dado la felicidad. Era catalán, se llamaba Cornet y nunca volvería a usar los nombres con los que había sido bautizado, testimonios impertinentes de unos orígenes que repudiaba. A ratos lo consumía la tristeza, y entonces detenía el caballo y se cobijaba bajo un árbol, presa de una angustia tan fuerte que el corazón se salía del pecho. Roger de Flor había muerto, y aquella idea se retorcía en los pliegues de su cerebro, lo sumía en una niebla espesa y le consumía el ánimo. Pensaba que en algún momento él también tendría que morir, porque no era justo haber sobrevivido a la masacre de su gente, pero luego la sonrisa de Garsenda lo llamaba de lejos, como un eco difuso pero distinguible, y sentía que ella estaba viva, que lo esperaba y que debía ir a buscarla. Y entre la tristeza y el empeño, avanzaba por las tierras de Tracia disfrazado con la ropa de un turcople exterminado por un almogávar.

Llevaba tres días cabalgando cuando se detuvo a las afueras de una pequeña villa donde había una granja con animales. Al verlo de lejos, el granjero lo recibió con grandes aspavientos de alegría, como si hubiera visto a un salvador. «Oh, señor mío, qué alivio. Podéis imaginaros mi inquietud, pues creía que erais un asesino latino y veo que sois un noble servidor de nuestro emperador», y mientras hablaba le hacía reverencias estrafalarias y lo invitaba a entrar en su casa a descansar. Cornèlius no dio tregua a la misericordia, y, nada más descabalgar, exterminó todo lo que estaba vivo en la granja. Luego escupió sobre los restos: «No sabéis lo que es la venganza catalana, pero vais a enteraros», y se marchó con ánimo renovado: la sangre griega sería el alimento de su alma.

A partir de aquel día, muchos otros probarían su espada, y con cada muerte su determinación se fortalecía. Si no encontraba almogávares vivos, él solo sería toda la Compañía, y mataría, mataría

y mataría hasta agotar sus fuerzas, destinado a morir a traición como su caudillo.

Sumido en esas cavilaciones que tanto inflamaban su orgullo cuanto ponían en peligro su vida, se topó de repente con un pelotón de alanos que iban hacia la ciudad de Rodosto, donde el emperador agrupaba a su ejército.

—¿Qué haces aquí solo, turcople? ¿Te has perdido? Tus tropas ya están en Rodosto, según tenemos entendido.

—¿Perdido? No, no me he perdido ni vago por los caminos como un tonto. Me han enviado a explorar los alrededores por si hay almogávares ocultos, pues como sabéis esos salvajes son como las serpientes, que...

—Pero si aquí todo es llano, no hay escondites.

—Cállate, alano, que no te enteras de nada. Tengo órdenes especiales y no puedo contar lo que hago, solo daré explicaciones a mi jefe y tú no lo eres, ni siquiera eres un turcople, sino un simple alano, y ya ves...

La incontinencia verbal que tan a menudo le había causado problemas, pues cuando estaba nervioso era incapaz de detener el caudal de palabras que manaba de su boca, aquel día lo ayudó a salir del paso. Hablaba sin parar, dando a entender que venía de una misión de gran importancia en la que había arriesgado la vida. «Mirad esta sangre, mirad», y mostraba la ropa manchada y hacía gestos grandilocuentes; y cuando ya los hubo mareado, se puso serio y les dijo que lo estaban entreteniendo y que su jefe se enteraría de eso y...

—¿Y por qué hablas griego y no como los turcoples?

De nuevo echó mano de la verborrea: quién era ese ignorante que no sabía que muchos turcoples eran hijos de turcos y griegas y que por eso el griego era su lengua materna; además, su padre, «¡Dios lo tenga en la gloria!», estaba cristianizado, y en fin, que ya estaba bien de hacerle perder el tiempo, que tenía una misión, que...

—Bien, acompáñanos, pues, turcople hijo de griega, que dentro de dos horas estaremos en Rodosto y podrás reunirte con los tuyos, pues no es conveniente que viajes solo. Ya verás qué gran ejército está juntando el basileus Miguel. Esta vez no pasará como en Galípoli, esta vez acabaremos con los catalanes.

—Vamos, pues, que la guerra nos espera...

«No pasará como en Galípoli», acababa de decir el joven alano, y

el impacto que le causó la frase lo emocionó tanto que casi no podía respirar, pero no era un ahogo provocado por la tristeza, como el de los días anteriores, sino de pura emoción. Si el basileus Miguel necesitaba juntar un gran ejército era porque no había conseguido acabar con la Compañía, y además, por lo que parecía, los almogávares habían ganado en Galípoli, así que no todo estaba perdido. Viajaría con los alanos hasta Rodosto y espiaría las fuerzas del basileus, luego huiría en un descuido de sus acompañantes y buscaría a su gente, a quienes podría dar información de primera mano, y mientras imaginaba esa secuencia de hechos, se sentía más fuerte y pletórico, capaz de llevar a cabo las más grandes gestas. A pesar de la matanza perpetrada, los almogávares estaban vivos y eran lo suficientemente fuertes para asustar al basileus Miguel, y esas dos evidencias lo convencían de que pertenecía a una indómita e inigualable raza de guerreros, unos guerreros que no se detendrían hasta vengar la sangre de su caudillo.

De repente, oyó un gran bullicio. Habían llegado a las afueras de Rodosto, a un lugar llamado Apros, y se toparon de cara con el ejército en formación del emperador. Al otro lado del prado, en la lejanía, podían verse las huestes almogávares, también en formación, y al caer en la cuenta de lo que ocurría se sintió tan excitado que estuvo a punto de descubrirse. ¿Cómo era posible? ¿Qué casualidad había hecho que se encontrara en el frente mismo de la guerra, al lado de su gente? Y mientras trataba de reaccionar para decidir dónde iba, cómo salía de esa situación, qué hacía en el otro lado de la batalla, rodeado de enemigos, el grito almogávar retumbó en todo el valle. «¡Desperta ferro!», gritaban los catalanes, y la famosa embestida almogávar empezaba a arrasar las primeras líneas de alanos y turcoples, incapaces de detener la furia del infierno.

Todo ocurrió muy deprisa, tanto que no sería capaz de recordar cómo había salido de aquella trampa, descabalgando, quedándose atrás y arrastrándose hasta unas matas tupidas que había en el límite del campo; de repente, un soldado le había preguntado: «¿Adónde vas?», él había sacado el cuchillo y lo había degollado, arrastrándose mientras oía el estruendo de la batalla, tan cruenta que la tierra temblaba como si hubiera un terremoto. Los cuerpos de los caídos, a cientos, a miles, se esparcían por doquier, dejando un río de sangre que teñía de rojo la tierra del campo. «¡Han herido al emperador!»,

oyó gritar a los soldados bizantinos, y en la lejanía vio que un grupo de caballeros griegos socorría al basileus Miguel y se lo llevaba a toda prisa. Tras ellos, los restos del ejército imperial huían atemorizados, completamente derrotados. Acababa de contemplar la derrota del Imperio romano a manos de un ejército almogávar diez veces inferior, pero de nuevo invencible. Exultante y eufórico, se quitó la ropa de turcople y corrió medio desnudo en dirección a los almogávares que recorrían el campo de batalla rematando moribundos, haciéndose con las pertenencias de los muertos y recogiendo los caballos que seguían con vida. «Soy yo, soy Cornet, soy almogávar», gritaba como un loco mientras iba al encuentro de sus compañeros, y cuando el desconcierto de los soldados dio paso al reconocimiento, se lanzó sobre los almogávares como un saco de patatas y los abrazó, riendo y gritando, completamente fuera de sí.

De cómo el almogávar Perico de la Clara secuestró a dos genoveses en los jardines de Constantinopla

Estaba viva. Acababa de decírselo el hermano de Garsenda, Rouric de Torroella, que había participado en la batalla. «Todos vivos, Cornet, todos vivos», le repetía mientras Cornèlius lo abrazaba una y otra vez, incapaz de controlar el torrente de emociones que sentía. Había vivido una odisea digna del ingenio de Homero, y se sentía como Ulises cuando volvía a Ítaca y abrazaba a Penélope. Aquella vieja aventura griega era, de las muchas historias que el monje Andreas le leía de pequeño en el monasterio de Famagusta, la que más lo había impresionado, y en ese momento en que acababa de vivir una situación extraordinaria se daba cuenta de que la vida de los hombres no estaba escrita, ni siquiera cuando parecía ordenada, y que a cualquiera, en cualquier momento, podían sacudirlo fuerzas extrañas que le cambiaban la vida, lo retaban y lo convertían en el héroe de su propia aventura. Y de esa manera tan homérica, transmutado en un Ulises almogávar, se moría por encontrar a su Penélope y ahogarla de amor. «¿Podía amarse tan ardientemente?», y la pregunta bailaba en su pensamiento inútil y estéril, porque él sabía que sí, que existía el amor de fuego, y que al arder le daba la vida.

Aún tardaría en encontrarse con Garsenda. Después de la batalla, el comandante Bernat de Rocafort ordenó ocupar todas las ciudades de Tracia que no estuvieran excesivamente fortificadas, pues no podía permitirse la pérdida de un solo almogávar después de los miles que habían muerto. Pero necesitaban provisiones y esclavos, y, sobre todo, mostrar el poder de los catalanes, y no había ciudad, villa o guarnición que no cayera al paso de la Compañía. Las incursiones eran implacables y brutales, y al final de cada conquista los griegos que seguían con vida eran carne de esclavitud para la venta o el servicio. Por toda Tracia y más allá del Imperio, en cualquier rincón de la tierra bizantina, fueran valles, montañas, campos, prados, bosques, torrentes o cuevas, se amontonaban los cadáveres, y los muertos eran tan

numerosos que las aguas de los ríos bajaban rojas, y manadas de animales como lobos, cuervos, perros, zorros, buitres, chacales, ratas y toda clase de seres vivos devoraban trozos de carne humana en un festín inacabable. El nombre de los almogávares resonaba con terror, «Recordarán el nombre de los catalanes», y no había piedad que perdonara vidas o patrimonios, porque toda la tierra griega debía pagar con sangre el asesinato de su comandante en jefe. Ante la tropa, una vasta tierra por conquistar y castigar; a sus espaldas, las montañas de cadáveres, las hogueras de las villas incendiadas, los gritos golosos de los animales, los lamentos de los esclavos...

Por su parte, los alanos y los turcoples que habían huido de la batalla de Apros también vagaban por las tierras de Tracia, sin oficio ni ejército, buscando aldeas que se hubieran salvado de los almogávares para poder llevar a cabo su propia destrucción. Entre almogávares, alanos y turcoples, era tal la devastación que sufría el Imperio que los dos emperadores, Andrónico y Miguel, se habían atrincherado con los mermados ejércitos que les quedaban, el uno en Adrianópolis y el otro en Constantinopla, sin atreverse a salir.

Ciudad a ciudad, se plantaba el pendón del rey de Aragón, y cuando las huestes almogávares conquistaron Rodosto y Panido, a pocas leguas de Constantinopla, Bernat de Rocafort decidió quedarse en la ciudad y dar un descanso a la tropa. Lejos de perder efectivos, la Compañía crecía batalla tras batalla con italianos, griegos y turcoples atraídos por los éxitos de los catalanes.

Instalados en Rodosto, Cornèlius se moría de ganas de volver a Galípoli, donde estaban Garsenda y una parte de su familia. No quedaban griegos en la ciudad, exterminados todos ellos, sin hombres a los que asediar ni mujeres a las que violar, la única diversión de aquellos días acantonados era agotar los barriles de vino y contar las aventuras que unos y otros habían vivido en sus años de almogávares. Algunos habían participado en las Vísperas Sicilianas y en la cruzada del papa contra los catalanes, y casi todos en la guerra del rey Federico. Heridas, gestas, peligros, persecuciones, acciones insólitas..., cada uno acumulaba su parte de heroicidad, y entre todos forjaban la leyenda. Cornèlius también vivía su momento glorioso, contando una y otra vez su sorprendente odisea: cómo había escapado de la muerte gracias a un turcople que conocía de Chipre, cómo había huido con las ropas de otro turcople, cómo había encontrado por el camino a unos

alanos que lo habían llevado a Apros, cómo había llegado justo en el momento de la batalla...

—Lo tuyo es extraordinario, Cornet. No moriste porque Dios nuestro Señor no quiso.

—¡Desde luego! Noté la daga en el cuello. Halil no me degolló de milagro. Por suerte, me reconoció.

—Y si llegan a descubrirte los alanos...

—Lo que oís, Dios nuestro Señor decidió que no había llegado mi hora.

Cuando se acababan el vino y las conversaciones, la otra diversión de la tropa era hacer incursiones solitarias en villas sin conquistar y matar o robar por sorpresa. También podían hacerse negocios, y eso fue lo que pensó el almogávar Perico de la Clara, que una tarde llegó a Rodosto con dos mercaderes genoveses que había secuestrado y por los que tenía la intención de obtener un buen rescate. Esta pequeña gesta fue motivo de mucha algazara entre la tropa, que quería saberlo todo, dónde los habían encontrado, qué había pasado, qué harían con ellos...

—¿Dónde habéis secuestrado a estos genoveses, Perico?

—Pues no podéis imaginároslo. Mis dos hijos y yo fuimos hasta Constantinopla, sí, lo que oís, entramos en la gran Constantinopla, y en los jardines del emperador...

—¿En los jardines del emperador?

—En los mismísimos jardines, sí, señor, nos paseamos en las narices del emperador. Y, ojo, que no llevábamos nada más que nuestras armas y no íbamos camuflados ni nada por el estilo, a pecho descubierto, lo que oís, a pecho descubierto.

—Y entonces...

—Pues allí mismo, tan tranquilos, estaban estos dos bribones cazando codornices, que yo ya me imaginaba que habría buenas presas en los jardines porque a todos esos ricos remilgados les gusta cazar piezas pequeñas... Y allí estaban los pobres pollos, no os imagináis la cara que pusieron cuando nos abalanzamos sobre ellos y los atrapamos.

—Pobres desgraciados, no se esperaban que aparecieran unos almogávares...

—Exacto, y ahora, aquí están, atados a conciencia con cuerdas que los tienen bien sujetos.

—¿Y qué haréis con ellos?

—¿Cómo que qué haremos? Pues imagínatelo. Los llevaremos a Galípoli y pediremos un buen rescate por ellos. Nos hemos fundido todo el dinero apostando y no nos queda nada de la paga.

—Pues buenos dineros os darán por estos griegos..., parecen de ilustre cuna.

—Y aunque fueran hijos de una ramera. Si tienen dinero, tendrán una vida por delante, y si no pagan por ellos...

—Pescuezo rebanado.

—Exacto, pescuezo rebanado, ja, ja, ja... No los dejaremos marchar por menos de tres mil hiperpirones, os lo aseguro, como me llamo Perico de la Clara.

Días de batallas, de victorias y de éxitos que se acumulaban y contribuían a aumentar su fama. Caían ciudades, crecían las provisiones y los botines, se añadían nuevos hombres, parias de otros ejércitos, y, después de un tiempo al servicio del duque de Atenas, había regresado a la Compañía Ferran Eiximenis d'Arenós con los ochenta almogávares que lo habían seguido tres años atrás, cuando abandonó a Roger de Flor. Con el refuerzo de sesenta caballeros más y trescientos almogávares, el noble Eiximenis conquistó el castillo de Mádito, desde donde la Compañía dominaba el decisivo estrecho que unía el mar Egeo con el de Mármara. De nuevo los pasos de Alejandro el Grande, que mil años atrás había cruzado el estrecho con treinta y cinco mil soldados, resonaban como un eco de la historia, y, feliz, Cornèlius recordó que en aquella tierra se había librado la guerra de Troya. «Por aquí pasó Aquiles», pensó emocionado.

Solo habían transcurrido unos meses desde el asesinato de Roger de Flor y el intento de exterminio de los almogávares, pero en ese escaso tiempo los catalanes habían invertido la situación de tal manera que ya dominaban un vasto territorio, cuyos límites aún no estaban fijados: todo el horizonte estaba a su alcance. «Habrá que organizar el control de nuestros dominios», dijo Bernat de Rocafort, y con la celeridad propia de los tiempos de guerra reunió al Consejo de los Doce y se procedió al reparto.

—Dividiremos la Compañía en tres partes. Vos, Ramon Muntaner, seguiréis siendo maestre racional y capitán de Galípoli, que es el

cuartel general de la hueste, y os haréis cargo de su protección y del gobierno de nuestro ejército. En Galípoli construiremos naves y almacenaremos las provisiones; asimismo, deberéis recibir a los mercaderes, vender a los esclavos y llevar las cuentas con meticulosidad, pues Galípoli es la base de todos. En Mádito os quedaréis vos, Ferran Eximenis, y desde allí controlaréis el estrecho de Dardanelos, donde nos apostaremos para vigilar la llegada de galeras genovesas, pues ya sabemos que esos moros blancos van a venir. Yo me quedaré en Rodosto y también me ocuparé de Panido, y desde aquí agrandaré la Compañía y dominaré todas las villas que rodean Constantinopla. Conquistaré, una a una, villas, guarniciones y aldeas, nada quedará indemne. Andrónico sentirá nuestro aliento. Aún no se ha derramado suficiente sangre romana ni han conocido realmente nuestra furia.

—¡Sí! ¡Que Andrónico sufra nuestra furia! Pero, Bernat, los alanos también deben sufrirla, pues no podemos prorrogar la venganza por la traición del caudillo Girgon. Su espada mató a traición a nuestro comandante y debe ser nuestra espada la que corte su cabeza.

—Habláis con sabiduría, Ramon, y tenéis razón, ha llegado el momento. Ahora que ya hemos conquistado tierras, hemos reforzado nuestro ejército y hemos destruido las huestes del Imperio, es hora de cazar a los alanos. Hay que exterminarlos a todos, no debe quedar ni uno de esos malditos desalmados sobre la faz de la tierra.

—Estoy de acuerdo. ¿Sabéis dónde se esconden esas ratas, Bernat?

—Lo sabemos, Ferran, tenemos esa información. Los espías nos dicen que están guarecidos en la sierra de los montes Hemo, a doce jornadas de aquí.

—¿En los montes Hemo, pasada Tracia? Así pues, por lo que decís, están fuera de las tierras del emperador Andrónico.

—Exacto, Ramon, han huido del Imperio romano. Ahora están refugiados en las tierras del Imperio de Zagoria. El zar Teodoro los ha tomado a su servicio y ahora son sus mercenarios. Por lo que nos han contado nuestros exploradores, han reunido un gran ejército, deben de ser más de tres mil hombres a caballo y seis mil a pie, como poco; los espías no saben contar, pero tienen buena vista. Los alanos están a los pies de los montes Hemo, acampados con sus mujeres, hijos y

animales, y deben de sentirse muy seguros entre los búlgaros. No se lo esperan, pero por Dios y por el pendón de san Jorge, iremos a buscarlos y vengaremos al César, pues no descansaré ni comeré hasta que le haya cortado la cabeza al malnacido de Girgon y su alma sufra eternamente el fuego del averno.

Cornèlius no lo dudó. Aunque la idea de unirse a las huestes de Bernat de Rocafort para perseguir a los alanos lo habría seducido en otro momento, en ese solo quería volver a Galípoli para reunirse con Garsenda. Desde que se conocieron en Malvasía nunca había estado tanto tiempo separado de ella, y ya no podía esperar más. Por las noches soñaba que la poseía con furia, ardiente de deseo, y por las mañanas se levantaba sudado y tan excitado que echaba mano de cualquier hembra que apreciara sus atributos, por suerte muy valorados entre las mujeres almogávares. Pero aquellas cópulas rápidas eran simples actos primitivos, descargas de su instinto primario que le procuraban un placer pasajero y decepcionante que no tenía nada que ver con la pasión que sentía cuando hacía el amor con su mujer. Con Garsenda saboreaba cada instante, sus labios recorriéndole cada rincón del cuerpo, los besos de fuego y miel, los mordisqueos a sus pezones turgentes, la lenta exploración de su cueva... Algunas veces ni siquiera dejaba salir su esencia, enamorado como estaba de los instantes pausados en que se acariciaban sin fin, dibujando con el dedo el mapa de su piel.

No podía esperar más. La quería, la necesitaba, la deseaba tanto que se escaparía de la Compañía si lo obligaban a demorar el regreso. Por eso, cuando su cuñado, Rouric de Torroella, fue a verlo: «Cornet, mañana al alba salimos hacia Galípoli, ¿vienes con nosotros?», se puso tan nervioso que empezó a hablar sin sentido ni medida, tan acelerado que parecía un loco. «Mira que eres estrafalario, Cornet», le dijo Rouric divertido, y lo dejó con su delirante soliloquio.

Garsenda estaba desollando un cordero cuando Cornèlius gritó su nombre. Hacía semanas que sabía que su marido había sobrevivido milagrosamente a la masacre de Adrianópolis, pero durante el tiempo en que lo creyó muerto estaba tan desesperada que gritaba, gemía, se

arrancaba el pelo y se arañaba, convencida de que la vida sin él carecía de sentido. Incluso pensó en quitarse la vida, pero enseguida abandonó esa idea, dado que no podía hacerlo porque otra vida latía en su interior. Había descubierto que estaba embarazada antes de la partida de Cornèlius, pero no le dijo nada para no angustiarlo. El César le había pedido expresamente que lo acompañara y ella no quería ponerlo en un compromiso. Además, las mujeres almogávares parían solas y no necesitaban ayuda ni maridos, de manera que todo seguiría su curso natural. O lo habría seguido si la muerte no hubiera esperado a los almogávares en Adrianópolis. Pero cuando supo que Roger de Flor y todos los que lo acompañaban habían sido asesinados, se odió por no habérselo dicho. «Quizá habría podido impedir que se fuera», se quejaba, y, desconsolada, desesperada y rabiosa, gritaba, se daba golpes y escupía maledicencias. De repente se tocaba la barriga y entonces pasaba de la rabia a la tristeza, y se ponía a hablar con el ser que crecía en su interior, le decía cosas tiernas, le contaba historias de su padre, le prometía que siempre lo protegería, y eso la consolaba y aliviaba el infinito dolor que sentía. Cuando, después de la batalla de Apros, supo que Cornèlius no había muerto, entró en tal estado de excitación que, nerviosa, determinada y eufórica, se ofrecía para realizar todas las tareas de la guarnición. Su Cornet estaba vivo y volvería con ella, y cuando finalmente regresara, su pequeño círculo de dos corazones se transformaría en tres latidos latiendo al unísono. Se preguntaba qué le diría cuando la viera con esa barriga que empezaba a notarse, cómo se abrazarían, y se imaginaba todas las variaciones posibles de su encuentro, siempre exultantes y amorosas. «Cuando haya luna llena, bailaré desnuda en agradecimiento», se decía, convencida de que habían sido las fuerzas ocultas de la naturaleza las que habían salvado a su amado.

Aquel día se sentía pesada. Los pies se le habían hinchado un poco y se había levantado mareada, pero sus tías le retorcieron el pescuezo a una gallina y le prepararon un caldo con ella, y tras tomarlo se sentía mejor. Sumida en sus pensamientos, mientras desollaba el cordero que preparaban para la noche, al principio no oyó la voz que le gritaba de lejos, un murmullo, un rumor, algo parecido a su nombre, y, de repente, «¡Garsenda!», darse la vuelta y verlo, correr y fundirse en un abrazo eterno que contenía todos los abrazos de todos los amantes del mundo a lo largo de todos los siglos. Luego,

horas de confidencias y melindres, que recosían la herida del tiempo que habían estado separados. Los dos habían cambiado, a pesar de que tan solo habían transcurrido unos pocos meses. Físicamente, Garsenda estaba más guapa que nunca, con una belleza madura y soberbia. Tenía el cutis más fino y rosado, lucía una melena tupida que, trenzada, le llegaba a media espalda, y el pecho, las piernas, los brazos, todo su cuerpo parecía más completo, como si el embarazo hubiera hecho florecer su feminidad. Cornèlius, por su parte, estaba más musculado e incluso aparentaba una cierta fortaleza, y el pelaje que aparecía en su cara empezaba a tener derecho a ser llamado barba.

Pero no era la física exterior, sino la esencia interior, la que se había transformado profundamente. La separación, y sobre todo el convencimiento mutuo de que el otro había muerto, los había hecho transitar por un dolor agudo, y al encontrarse de nuevo ya no eran los dos jóvenes exaltados, amantes del riesgo y la aventura, sino dos personas que sabían lo que era una pérdida insoportable y se aferraban a la vida con rabia. Además, la condición de su inminente paternidad les producía un extraño sentimiento que, sin saberlo definir, se parecía mucho al que la mayoría de la gente, la que no vivía entre espadas, guerras y cadáveres, llamaba responsabilidad. Garsenda había perdido incluso parte de aquella locura que la hacía cantar y reír a todas horas, siempre despreocupada. Se había vuelto más circunspecta, más tranquila, incluso más seria, a pesar de seguir manteniendo el carácter alegre. Pero era Cornèlius el que mostraba un cambio más radical. Aunque seguía sintiéndose orgulloso de ser un almogávar y se imaginaba toda una vida de guerras y victorias, secretamente empezaba a soñar con una situación más estable, con una casa, propiedades y una gran familia. Quizá si la Compañía conseguía apoderarse de todo el Imperio..., quizá si Bernat de Rocafort se convertía en emperador... Todo era posible. Si el tiempo de la paz y el dominio llegaba, tal vez tendría esa casa, propiedades y una gran familia.

Eran los sueños de la paz que el estrépito de la guerra devoraría sin piedad. Más allá, en el horizonte, una flota de galeras genovesas ponía rumbo a Galípoli.

De cómo el rey Jaume liberó al noble Berenguer de Entenza de la prisión de Génova

Los espías le habían informado de lo débil que era la defensa de Galípoli. Aseguraban que el grueso del ejército almogávar había partido hacia las tierras del Imperio de Zagoria y que en la fortificación solo quedaba un pequeño grupo de soldados con sus mujeres y sus hijos. Si aquellos datos eran ciertos, el momento había llegado: había que lograr que cayera la base central de los catalanes, el lugar donde comerciaban y mantenían un gran mercado de esclavos, acumulaban riquezas, animales y provisiones, y armaban sus naves. De ese modo, dejándolos sin refugio, sin un puerto clave desde el cual abastecer y dominar el Mármara, debilitarían su ejército. Los almogávares eran una avanzada de los intereses del rey de Aragón y también del rey de Sicilia, y abortar su expansión era tan importante para el Imperio latino como para la República de Génova. La caída de Galípoli resultaba, pues, vital para los intereses de ambos. Además, no creía que fuera necesario presentar batalla, porque entre sus galeras y las ofrecidas por Andrónico, Galípoli caería en un suspiro. Sí. Lo había decidido. Primero se presentaría en la ciudad con dos galeras y les exigiría la rendición. Si los cuatro gatos que permanecían dentro de las murallas cometían la locura de no rendirse, se abalanzaría sobre Galípoli con toda la artillería y toda la flota.

Había salido de Génova con dieciocho galeras para recoger al príncipe Teodoro, el hijo menor del emperador Andrónico, que heredaba el título de marqués de Montferrato de su madre, Violante, y debía viajar a Lombardía para acceder al marquesado. Al mismo tiempo, trasladaba desde Génova a su hermana Argentina para ofrecérsela al príncipe como esposa. «Concede la mano de tu hermana, y a cambio nosotros prometemos a Andrónico liberar Galípoli de los almogávares. Este es el trato», le dijo su padre, Oberto Spinola, el *capitano del popolo* de la República de Génova.

Determinado, se dirigía a Constantinopla con la promesa de

conquistar la ciudad de los almogávares y rendir honor a su noble linaje. Era un Spinola, miembro de una legendaria familia gibelina que había contribuido a convertir Génova en una república, la *compagna communis* que tanto poder les había ayudado a ganar en el Mediterráneo. Un antepasado suyo había fundado la Chiesa de San Luca, su padre, Oberto, era el hombre más influyente de Génova, y él mismo había participado en la victoria contra los pisanos, en la batalla de Meloria, y contra los venecianos en la batalla de Curzola. Pero lo más importante era su apellido en sí, Spinola, en homenaje a un antepasado que trajo de Oriente una espina de la corona de Jesús, y aquel grandioso honor le confería un orgullo trascendente y lo elevaba por encima de la riqueza y la gloria de su familia, porque no podía haber mayor gloria que custodiar un símbolo sagrado.

Al llegar a Constantinopla, los acuerdos con el emperador se tomaron con la misma rapidez con la que Andrónico necesitaba alguna victoria sobre los catalanes, y después de dejar a su hermana en el Palacio de Blanquerna y dieciséis de sus galeras en el puerto de la capital del Imperio, el almirante Spinola se dirigió con presteza a Galípoli con las dos galeras restantes, convencido de que nada impediría su entrada triunfal en la ciudad.

Ramon Muntaner fue inmediatamente avisado de la presencia del general Spinola y de las dos galeras genovesas que lo instaban a rendirse.

—Capitán Muntaner, de parte del común de Génova, debéis abandonar nuestro jardín, pues pertenece al Imperio de Constantinopla, que es jardín del común de Génova. Si no lo hacéis, os desafiamos en nombre del común de Génova y de todos los genoveses del mundo.

—Almirante Spinola, nosotros no aceptaremos vuestro desafío, pues sabemos que Génova es Estado y sigue siendo amiga de la casa de Aragón y de Sicilia y de Mallorca, así que no hay motivo para este desafío.

—Capitán Muntaner, os repito el desafío. Debéis abandonar inmediatamente Galípoli y las tierras del Imperio o sufriréis la furia del común de Génova y de toda nuestra gente.

—Almirante Spinola, hacéis mal manteniendo esta actitud. Os requiero en nombre de Dios y de la santa fe católica, de la cual ostentamos bandera que ondea gloriosa en la torre de Galípoli, que os

volváis contra el emperador y su gente, que son cismáticos y con gran traición mataron a nuestros jefes y hermanos. Os requiero de parte del santo padre, del señor rey de Aragón, del señor rey de Sicilia y del señor rey de Mallorca que nos ayudéis a culminar nuestra venganza, y si no queréis ayudarnos, os requiero que no actuéis en nuestra contra. Pero si no queréis revocar los desafíos, estaréis protestando contra Dios y contra la fe católica, y en ese caso correrá la sangre entre nosotros. Y nosotros no tendremos culpa ni pecado, pues todo el mundo sabrá que la sangre se derrama por culpa de vuestro desafío y que nosotros tenemos que defendernos.

—Capitán Muntaner, mantengo el desafío. Quedáis advertidos de que el común de Génova y todos los genoveses del mundo os desafiamos, y vos y los vuestros seréis culpables de la sangre que se derramará.

—Aceptamos el desafío. Se derramará la sangre y Dios y el santo padre sabrán que no ha sido culpa nuestra, sino por la traición de un imperio cismático y del común de Génova, que rompe sus alianzas. Almirante Spinola, nos veremos en el campo de batalla.

—Capitán Muntaner, en el campo de batalla nos veremos.

Tres veces se repitió el rito del desafío y las tres acabaron de la misma manera: Galípoli sería atacada. Convencido de la determinación del almirante Spinola y plenamente consciente de la extrema debilidad de sus fuerzas, Ramon Muntaner se preparó para una defensa casi imposible. Solo había siete caballeros en Galípoli, incluido él, y ciento treinta y cuatro almogávares. El resto, unos dos mil, eran mercaderes, mujeres y niños, y deberían enfrentarse a las dieciocho galeras de Spinola y a las siete cedidas por Andrónico y comandadas por el capitán genovés Andrea Moresco. Sumadas, veinticinco galeras llenas de ballesteros, lanceros, arcabuceros y artilleros, y cientos de caballeros y soldados prestos para desembarcar y atacar las murallas. Pero eran almogávares y estaban avezados a luchas titánicas que, una y otra vez, ganaban por el ardor y la furia de su combate, y no por sus recursos. Y nunca se rendían.

Mientras las galeras del almirante Spinola llegaban, el capitán Muntaner ordenaba los preparativos: debían reunir todos los cantos y las piedras que fuera posible para utilizar como armas. Las mujeres se colocarían en las murallas y llevarían corazas para protegerse de las flechas de los arqueros genoveses; cada tramo de muralla estaría

dirigido por uno de los mercaderes catalanes que se hallaban en la ciudad; en cada calle se colocaría medio barril de vino y todo el pan que se pudiera hornear a fin de que todo el mundo se alimentara mientras resistía al sitio durante horas; finalmente, todos los médicos de la ciudad deberían estar preparados para asistir a los heridos.

Una vez organizada la defensa, los acontecimientos se precipitan rápidamente. Muntaner sale con sus caballeros para tratar de detener el primer desembarco, lo hieren, cae al suelo, «¡El capitán ha muerto, vía él, vía ellos!», los genoveses gritan, el escudero lo recoge y lo salva, seis heridas, ninguna grave; primer asalto a las murallas, «Solo hay mujeres, será fácil», las mujeres se defienden con ferocidad, impulsadas por la fuerza de Dios y por la furia del infierno, miles de flechas sobre los habitantes de Galípoli, el envite se rechaza, el primer asalto fracasa, el segundo también; Spinola se enfurece, «¡Oh, gente vil! ¡Cómo es posible que las cuatro tiñosas que hay dentro logren defender esa casa!». Entonces el almirante genovés se dirige a las murallas con cuatrocientos caballeros y cinco banderas genovesas, la puerta de hierro se abre y sale Muntaner con los siete caballeros y los cien almogávares, se desata una batalla feroz, los cuatrocientos genoveses acaban vencidos y exterminados, la cabeza de Spinola rueda por el suelo, y, ante las murallas de la ciudad, Antonio Bocanegra, «el hombre más fuerte de Génova», entra en combate con su espada bordonesca, un escudero lo desarzona, el caballo lo pisa, y el cuerpo del hombre más fuerte de Génova yace destrozado sobre el campo de batalla, las galeras genovesas se retiran, los pendones de Galípoli ondean triunfantes, la noticia del fracaso de Spinola llega a Constantinopla...

Cornèlius tardó en saber dónde estaba. El golpe seco de la espada, que acababa de cortar el hilo de carne sangriento en que se había convertido su oreja, lo despertó con un grito, y, aterrorizado, se puso a golpear con los brazos, como si se defendiera de los enemigos. «Calma, Cornet, calma, que somos nosotros», le decía Garsenda, y entonces empezó a sentir cada una de las seis heridas de su cuerpo, allí donde habían penetrado las flechas genovesas. «¿Estoy..., estoy vivo?» Estaba vivo, Galípoli se había salvado y los genoveses habían huido, y a pesar de que la herida del pecho le quemaba como el fuego, se puso a gritar,

«¡Vía sus, vía sus! Somos invencibles», y se echó a reír con tanta energía que a cada carcajada se quejaba del dolor en el pecho, «¡Ay, ay!», pero seguía riéndose, embriagado por la victoria. Una vez más, él, Cornèlius Bernabé Leónidas Papapoulus, rebautizado Cornet, había vuelto a nacer, y, si las cuentas no lo engañaban, era la cuarta vez que salvaba la vida de una manera milagrosa. No eran Dios, ni Tique, ni las fuerzas de la naturaleza los que lo protegían, sino todos a la vez, conjurados en la determinación de que volviera a nacer una y otra vez. O quizá no eran una ninfa griega, ni Dios nuestro Señor, ni las fuerzas oscuras de la naturaleza los que lo salvaban, sino lo que le decía la nodriza Calimeris de niño, «Cornèlius, esta pilila tan grande que tienes te traerá suerte en la vida». Sí, puede que fuera eso, puede que su poderoso pene tuviera el sorprendente poder de salvarlo de la muerte. «Es el dios Príapo, Garsenda, es el dios Príapo», y, delirante, se desmayó de nuevo.

Dos días después de la victoria sobre los genoveses, un grito se alzó de la torre redonda y recorrió las calles y las plazas de Galípoli. «¡Vuelve Bernat de Rocafort!», y una multitud eufórica se reunió en la plaza para darle una gran bienvenida. La batalla de los montes Hemo había sido feroz, y el exterminio de los alanos, total. «¡Matadlos a todos!», gritaba Bernat de Rocafort, y las espadas cortaban miembros, destripaban cuerpos, degollaban sin pausa ni piedad, y no se detuvieron hasta que no quedó un alano vivo, a excepción de la valiosa mercancía de mujeres y niños. Rocafort y Eiximenis volvían triunfantes, sin casi haber sufrido bajas y con un ejército formado por un millar de turcoples, dirigidos por su caudillo, İshak Melik, que se habían unido a la Compañía. Las mujeres y los niños alanos los seguían atados a unas largas cuerdas de las que tiraban soldados almogávares, y al verlos los ojos de los mercaderes brillaban con avidez. El botín conseguido por los catalanes era tan sustancioso como gloriosa su victoria, pero el trofeo más preciado lo llevaba Bernat de Rocafort en su zurrón, y en cuanto se abrió la puerta de hierro lo mostró con orgullo: era la cabeza cortada del caudillo Girgon. «¡Aquí lo tenéis! ¡Roger de Flor ha sido vengado!», y el alborozo se elevó más allá de las torres, cruzó el estrecho de Dardanelos, navegó por el mar de Mármara y aterrizó en los aposentos del palacio donde el

emperador Andrónico se ocultaba aterrorizado. Los alanos habían sido exterminados, los turcoples se habían unido a los almogávares, los almogávares saqueaban desenfrenadamente las tierras del Imperio y en Anatolia los turcos reconquistaban las tierras que había recuperado Roger de Flor y que en ese momento se hallaban indefensas ante su avance. La venganza catalana caía implacable y sangrienta sobre el Imperio traidor.

Con el regreso de Bernat de Rocafort, Galípoli hervía calle a calle y plaza a plaza, en un vaivén de mercancías y personas que prometía tiempos muy prósperos. Cornèlius se había recuperado lentamente, sobre todo de la herida en el pecho, que era la más grave de las que había sufrido. Cuando ya hacía un mes de la batalla contra los genoveses, se atrevió a salir a la calle y se quedó muy sorprendido ante la extraordinaria ebullición de la ciudad. Pletórico, paseaba por el mercado de la plaza, merodeaba por los tenderetes y hablaba con unos y otros cuando, de repente, una voz familiar pronunció su nombre griego, «¡Cornèlius!»; tras un momentáneo desconcierto, una feliz sorpresa... «¿De nuevo tú?» Era su amigo Halil, el turcople que lo había salvado de la muerte en Adrianópolis, con un grupo de compañeros que se habían pasado al bando catalán. Exclamaciones, risas, abrazos, gritos y una alegría desbordante que acabó con los dos amigos rodando por el suelo, riendo como posesos. ¡Qué extraña era la vida! ¡Qué caprichoso era el destino! Años atrás eran simples conocidos en Famagusta, luego fueron enemigos en Adrianópolis y finalmente eran compañeros de armas en Galípoli. Él, Cornèlius, un griego educado en un monasterio ortodoxo, convertido en un almogávar catalán; el otro, Halil, un turcople musulmán al servicio de los templarios, convertido en mercenario del Imperio romano y en ese momento soldado de las huestes almogávares. Ciudades, batallas, bandos y, a lo largo de los años, un vínculo imperceptible que los unía más allá del tiempo y las circunstancias. No era un amigo como Artal, al que había perdido en la masacre de Adrianópolis, pero estaba unido a ese turcople por una deuda de honor, y tal vínculo era más poderoso que la amistad.

Felices y determinados a celebrar el reencuentro, buscaron una buena taberna donde beber hasta caerse al suelo. Aquel día el dios Baco se merecía un buen tributo.

Lejos de allí, las presiones del rey Jaume sobre el *capitano del popolo* de la República de Génova daban frutos y el noble Berenguer de Entenza era puesto en libertad. Su anhelo por liderar de nuevo a los almogávares se había convertido en una obsesión durante los meses en prisión, y cuando quedó libre estaba determinado a recuperar su liderazgo. Semanas de viajes y gestiones: a Roma, para tratar de que el Vaticano le concediera recursos a fin de armar un gran ejército que reforzara la Compañía y acabara con el Imperio cismático, pero el papa no olvidaba las cuitas con los catalanes y no quiso ayudarlo a conseguir más poder en el Mediterráneo. Y, por el mismo motivo, también se negó a ayudarlos el rey de Francia, a pesar de que Berenguer trató de recordarle las ambiciones históricas de los franceses para conquistar Constantinopla. De regreso a la corte catalana, agotados todos los intentos de conseguir recursos, Berenguer de Entenza vendió parte de su patrimonio y consiguió una galera fletada por Pere Solivera y una tropa de quinientos hombres con los que finalmente podría dirigirse a Galípoli y recuperar su liderazgo en la Compañía. Pero el poder no conoce vacíos, y el preciado báculo que había dejado otros lo habían poseído para siempre. «He vuelto y reclamo el mando de toda la hueste, por derecho de nobleza y trato firme», pero habían pasado meses, batallas, asedios y conquistas, y no volvía a una tropa mermada y debilitada, sino a un gran ejército victorioso, temido y admirado más allá de las fronteras del Imperio. Y más que un ejército, lo que encontraba era una república entera con sello, acuerdos entre Estados y el dominio completo de Tracia, con Galípoli como rica y próspera capital, convertida en uno de los enclaves de mercadeo más importantes de todo el Mediterráneo.

—No sois ni seréis el caudillo de nuestra hueste, Berenguer de Entenza. Ya no tenéis derecho. Soy yo quien ha capitaneado el ejército en vuestra ausencia y lo ha hecho grande y victorioso. He conquistado tierras y villas, y he conseguido grandes botines que han dado riqueza y prosperidad a los almogávares. Ahora son mis hombres y me siguen a mí como su caudillo. Os exijo que lo respetéis y me rindáis vasallaje.

—No ha nacido hombre en la tierra, fuera del señor rey, que me reclame vasallaje. Soy noble de antiguo linaje, y vos, Bernat de Rocafort, sois plebeyo y me ofendéis con vuestras palabras. No me busquéis, porque me encontraréis. Repito y ordeno que me

reconozcáis como jefe y principal del ejército catalán, como también desea nuestro conde rey Jaume el Justo.

—No me retéis, Berenguer de Entenza, porque si queréis pelea, vais a tenerla.

Nervios, tensión, ira contenida y la voz siempre escuchada de Ramon Muntaner reclamando que se reuniera el Consejo de los Doce y tomara decisiones. Había que reorganizar la Compañía, pues había crecido mucho y en ese momento la reclamaban tres caudillos, y eso hizo el consejo: habría tres ejércitos comandados por Berenguer de Entenza, Bernat de Rocafort y Ferran Eiximenis, los caballeros y los soldados se agruparían con unos u otros según sus preferencias y cada ejército se dirigiría a conquistar diferentes ciudades, ampliando así el alcance de su dominio. «Asediaré Nova, que está a sesenta millas de Galípoli», dijo Rocafort, a quien acompañarían la mayor parte de los almogávares y los turcoples que se habían unido a ellos. «Yo conquistaré el castillo de Megareig, que está a treinta millas de aquí», respondió De Entenza, a quien seguirían los caballeros aragoneses y catalanes y los hombres de mar. «Yo iré con Rocafort, pues la ciudad de Nova reclamará mucho hierro y mucha sangre», replicó Eiximenis, a quien correspondería el resto de las huestes que lo habían seguido. Caminos separados, conquistas satisfactorias para cada caudillo y un intento razonado de evitar la temida guerra por el poder, siempre estéril y destructiva.

Cornèlius de Famagusta lo tuvo claro desde el primer instante. Respetaba a Berenguer de Entenza, pero sobre todo admiraba el coraje y la ferocidad de Bernat de Rocafort, el auténtico caudillo que los había salvado del exterminio y los había conducido a la gloria. Era un líder valiente y sanguinario, y su «¡Matadlos a todos!» se había convertido en el gran grito de la venganza catalana, que había culminado con la cabeza cortada del caudillo Girgon. Le tenía un respeto tan grande que a menudo pensaba que era el único que rendía honor a la grandeza de Roger de Flor, el más grande de los almogávares que pisarían la tierra. Bernat de Rocafort era, sin duda, su opción. Además, el grueso del ejército almogávar se había

posicionado bajo su liderazgo, incluyendo a toda la familia Torroella, que, al fin y al cabo, también era su familia. Y en ese momento en que era padre de una pequeña Garsendeta que berreaba toda la noche y dormía todo el día, el sentimiento de familia había enraizado en él hasta fundirse con su piel y su cerebro, construyendo la identidad que lo forjaba como ser humano.

«¿Qué es, qué es?», había preguntado impaciente al ver asomar una cabecita resbaladiza entre los muslos de Garsenda, que asistida por las parteras almogávares llevaba dos días tratando de parir. «Es una niña. La llamaremos Ximena, como mi madre», y la respuesta de Garsenda, agotada y feliz al mismo tiempo, selló el bautizo del pequeño ser que acababa de nacer.

A veces, cuando tenía a la niña en brazos, pensaba en su propia madre. Una vez la vio a hurtadillas. El monje Christos le dijo que se llamaba Galatea y que trabajaba en una granja no muy lejana al monasterio. Y un día en que paseaban por el bosque circundante, le mostró una granja llena de ganado, «Es la del señor Papadaki, Cornèlius. Ahí está tu madre. ¿Quieres conocerla?». Tenía cinco o seis años, no recordaba bien la edad, pero las imágenes de aquel momento se le imprimieron en el cerebro como si se las hubieran grabado con un hierro al rojo vivo. De lejos, vio a una chica joven, con una larga melena negra, enjuagando la colada que acababa de lavar. Parecía muy ocupada, y cuando el monje Christos lo animó a acercarse, «Vamos», se le formó en la garganta un nudo que lo ahogaba, como si se hubiera tragado un guijarro de esos que había en el río donde iban a bañarse. «Pero...», «Ven, ven», y paso a paso se aproximaron. Fue entonces cuando la vio. Ella sintió su presencia, levantó la cabeza y lo miró distraída, luego le sonrió y, agarrando el cesto con la colada, se puso a tenderla al sol. Ni una palabra, solo aquella sonrisa indiferente, sus ojos negros como el hollín, la cara rosada, llena de pecas, y un cuerpo tan pequeño que a Cornèlius no le pareció el cuerpo de una madre, sino de una niña. «¿Es... Es ella?», preguntó tembloroso, y la respuesta de Christos, «Creo que sí», le provocó una inquietud tan extraña que echó a correr hacia el bosque y luego, sin saber por qué, se puso a vomitar. Por la noche, sentado en su jergón, imaginó que lo llamaba, «Ven, Cornèlius», y que lo acunaba como si fuera un recién nacido. Nunca había olvidado aquella mirada de ojos negros, ni aquel cuerpo pequeño, ni la cara pecosa que le había sonreído; tampoco

volvió a verla. Y ahora, con la pequeña Ximena entre sus brazos, lo inundaba una melancolía triste por aquella mujer diminuta y rosada que un día le había sonreído. «Ximena, si algún día soy rico, puede que vaya a buscarla y compre su libertad», y mirándola embobado besó la mejilla de su hija, que se había dormido.

Bonanza
(1307-…)

Són creat e ésser m'és dat
a servir Déu que fos honrat,
e són caüt en mant pecat
e en ira de Déu fui pausat.
Jesús me venc crucificat,
volc que Déus fos per mi amat.

Canto de Ramon,
RAMON LLULL

De cómo arrastraron a fray Ramon Llull por las calles de Bujía con una cuerda atada a la barba

Mientras en el corazón de Tracia ondeaba triunfante la bandera de los condes reyes de la Casa de Barcelona y las victorias de las huestes almogávares se acumulaban a la misma velocidad que crecía su riqueza, al otro lado del Mediterráneo apedreaban a un sabio. Hacía años que fray Ramon Llull tenía planeado volver al norte de África. Había estado allí catorce años antes, cuando desafió al gran muftí de Túnez asegurándole que él mismo se convertiría al islam si le demostraba racionalmente que era una religión superior. Aquellos viajes misioneros eran necesarios. No era suficiente con haber escrito el *Liber de fine* para explicar cómo convertir a los infieles, ni haber creado un sistema filosófico, el *Ars*, que también integraba religión, filosofía, moral, ciencia y gobernanza. No. Se imponía la demostración empírica, en propia piel, de la superioridad racional de la fe cristiana sobre las demás religiones, y no había otra manera de hacerlo que llegar al corazón de los sarracenos y ganárselo con la fuerza de la palabra. Y eso hizo, debatir con los teólogos musulmanes de Túnez, y aunque tuvo éxito, pues no fueron capaces de demostrar la superioridad racional que les reclamaba, eso lo condujo al borde de la muerte: fue golpeado, azotado, apresado y condenado a la pena capital por el emir Abu-Hafs Úmar. Por suerte, hacía tiempo que el emirato tenía trato político y comercial con los catalanes, y la pena fue conmutada por el destierro.

Recordaba los temores que lo habían asaltado antes de hacer ese viaje, el terror que le causaba arriesgarse a morir en tierras infieles, y cómo había enfermado por esa angustia. Pero nunca traicionaría los tres votos sagrados que le hizo a la imagen del Cristo que se le había aparecido cuatro décadas atrás. Sí, escribiría el mejor libro del mundo para demostrar la superioridad del cristianismo, dedicaría la vida a convertir a los musulmanes y se esforzaría por convencer al papa y a la curia de la urgencia de crear monasterios donde los frailes

aprendieran las lenguas de los infieles. Por eso había escrito su método, para que la conversión fuera eficaz, y por eso mismo debía viajar a tierras sarracenas a pesar de los miedos humanos que lo atenazaban. Los insultos y el maltrato que había sufrido, la prisión, la condena a muerte, todo valía la pena para alcanzar su misión evangelizadora.

Y en ese momento, de vuelta de un largo periplo por Chipre y Armenia, y tras fracasar de nuevo en el intento de que el papa Clemente le financiara una nueva cruzada, había llegado la hora de regresar a África. Esta vez había decidido dirigirse rumbo a Bujía, la gran ciudad de la Cabilia. Era el destino más apropiado, no solo por la estrecha relación comercial que mantenía con Mallorca y con Barcelona —incluso tenía un cónsul, uno de los primeros del Consulado de Mar que había creado Jaume I—, sino también porque se había convertido en uno de los focos culturales más importantes de todo el Mediterráneo. Además, su emir, Abu-l-Baqá Jalid, acababa de firmar un tratado con el reino de Mallorca con el que se comprometía a permitir el debate religioso y a construir capillas para los cristianos, de manera que podía arriesgarse a retar de nuevo a los muftíes de la ciudad y abrir el debate evangelizador.

Sin embargo, el verdadero motivo que lo había empujado a elegir Bujía era la fascinación que sentía por el milagro que le había contado fray Pere Ermengol cuando fue a visitarlo al santuario de Nuestra Señora de los Prados. Había oído hablar mucho de aquel milagro, por eso, en cuanto se le presentó la ocasión, se desplazó al santuario, situado en la Guàrdia dels Prats, donde fray Pere ejercía de comendador de la orden de la Mercè, para visitarlo.

—Fray Ermengol, debéis darme los detalles de vuestro milagro. Me lo han contado muchas veces, pero quiero oírlo de vuestra boca.

—Así lo haré, fray Ramon, pues es un honor para este humilde pecador poder contaros personalmente a vos, gran sabio y hombre piadoso, lo que viví, que fue un gran milagro.

—Contad, fray Pere, contad...

—Estábamos en Bujía, como bien sabéis la ciudad que comercia con la cera de abeja en todo el Mediterráneo. Pues eso, estábamos en Bujía fray Guillem Florentí y yo mismo, como frailes mercedarios, para rescatar a unos chicos que habían capturado los sarracenos, dieciocho muchachos que no tendrían más de doce o trece años. Y

cuando quisimos pagar por su libertad, como no teníamos suficiente dinero, pues los sarracenos pedían mucho, yo me ofrecí para que me tomaran cautivo a cambio de dejarlos libres mientras fray Guillem iba a buscar más dinero. Pero ¿queréis saber qué ocurrió? Pues que a pesar de que fray Guillem volvió con el dinero, tardó mucho y, mientras tanto, creyeron que no volvería y me colgaron. Allí estaba yo, colgado de una cuerda por el cuello, cuando fray Guillem llegó con el dinero, y el buen hermano se dispuso a recoger mi cadáver. Pero ¿sabéis qué pasó? Pues que me encontró colgado, pero vivito y coleando, tal y como me veis ahora.

—¿Cómo es posible? ¿Tuvisteis alguna visión de Cristo?

—De la Madre de Dios, fray Ramon, de la mismísima madre de Dios, que se me apareció acompañada por un séquito de ángeles que sostuvieron la cuerda, de tal manera que yo colgaba de ella pero no me ahogaba, como si me balanceara.

—La Madre de Dios, que protege a los pecadores que hacen obra santa.

—Precisamente, fue la Madre de Dios quien me salvó la vida.

Después de aquella conversación, durante muchas noches soñó con el milagro de fray Pere, y en el sueño se veía a sí mismo colgado de la cuerda, balanceándose en el aire, con la Madre de Dios mirándolo fijamente, pero sin los ángeles que debían sostenerlo, entonces notaba como se ahogaba sin que la madre de Dios lo salvara. No sabía si aquel sueño recurrente era un mensaje del Altísimo o el sentimiento de culpa que siempre le arrastraba, porque creía que no estaba a la altura de la misión encomendada. Al fin y al cabo, era cierto que escribía libros sin parar, pero ¿había escrito el mejor del mundo? También trataba de convertir infieles, pero eran gotas perdidas en la inmensidad del mar. Y lo peor era que no lograba convencer al papa para formar una nueva cruzada, y él se lo había prometido a Cristo cuando se le apareció, y no, no lo conseguía. Puede que, en el sueño, la Madre de Dios le dijera precisamente eso: que no estaba cumpliendo la misión a la que se había comprometido ante Dios. Y durante aquellas noches en que la pesadilla lo torturó, llegó a enfermar de angustia.

Pero si el milagro del monje mercedario lo impresionó, aún lo maravillaba más lo que había ocurrido cuando murió fray Pere Ermengol, pues su cuerpo permaneció incorrupto y siete personas

enfermas sanaron al tocarlo. Meditaba mucho acerca de la vida de aquel mercedario que, a pesar de pertenecer a un noble linaje que lo emparentaba con los condes de Urgel, había sido ladrón y bandolero en su juventud, y luego había dedicado su vida a Dios. Aquella era la grandeza de Cristo: que, gracias al perdón y a la penitencia, cualquier pecador podía convertirse en santo.

Bujía era, pues, el viaje que seguiría a su periplo armenio, y el objetivo tenía que ser el más alto: no solo debatir con los muftíes y ulemas más prominentes, sino convertir al emir mismo. Tenía setenta y cinco años y no podía perder tiempo en su misión evangelizadora. Así, determinado y con ilusión, un 17 de mayo de 1307, fray Ramon Llull se embarcaba en Mallorca rumbo a Bujía, con la convicción de que sus prédicas en árabe demostrarían la verdad superior de Cristo y conseguirían conversiones masivas.

De momento, lo que estaba consiguiendo era una multitud enfurecida que le gritaba, lo insultaba y le lanzaba piedras, y a punto estaba de quitarle la vida. Al cabo de unos días predicando por las calles la superioridad de la fe cristiana y la falsedad de la fe musulmana, se había ganado el odio furibundo de la gente, que finalmente culminaba en un intento de linchamiento. Asustado, y con una herida abierta en la cabeza a causa de una pedrada, trató de esconderse en la casba cuando estaba a punto de ser atrapado por la multitud, pero antes de llegar se topó con los soldados del emir, que lo golpearon, y, arrastrándolo por su prominente barba, lo condujeron ante el gran muftí para someterlo a su juicio. Pero la conversación con el muftí de Bujía tampoco acabó bien, pues este, horrorizado, lo acusó de ofensa al islam. Encadenado, lo condujeron a la prisión: había roto el pacto del emir con el rey de Mallorca, que incluía no predicar contra el islam en su tierra, y aquella ofensa merecía la pena de muerte. Encerrado en una celda estrecha y húmeda, en las mismas penosas condiciones que ya había sufrido en la prisión de Túnez, con la diferencia de que en ese momento tenía catorce años más y los huesos le crujían, no tenía la intención de dejarse abatir.

Así pasaron las semanas y los meses, con la pena de muerte rondándolo por las noches, pero con la fuerza de la fe espoleándolo de día. En ocasiones recordaba su vida pasada, cuando notaba la punzada de la nostalgia y pensaba en su esposa Blanca y en sus dos hijos, Magdalena y Domènec, pero era una debilidad pasajera que atribuía a

las dificultades que tenían los humanos para elevarse a Dios y superar las emociones banales. En general, pasaba el tiempo entre debates, visitas y la escritura. De los debates se encargaban los clérigos que el muftí le enviaba para tratar de convertirlo, seguro de que aquello le salvaría la vida. Las visitas acostumbraban a ser del cónsul o de los mercaderes catalanes enviados por el rey Jaume, que hacía gestiones con el emir para tratar de liberarlo. Jaume el Justo le profesaba gran estima. Dos años atrás le había otorgado una pensión vitalicia, después de que fray Ramon le presentara el *Liber de fine*, que había escrito durante su estancia en Famagusta, y también lo había incluido en el séquito real para asistir en Lyon a la ceremonia de investidura del nuevo papa Clemente V, ocasión que fray Ramon aprovechó para reclamar de nuevo una cruzada. Pero era la escritura la que devoraba la mayor parte de su tiempo, pues escribía frenéticamente un libro en árabe que recogía las disputas religiosas que tenía con los sabios musulmanes que lo visitaban y con los cuales hablaba de la verdad de la Santísima Trinidad y del dogma de la encarnación. No lo hacía a través de los textos sagrados, sino a través de la razón como método infalible para alcanzar la comprensión final, y siempre aceptando la validez de sus interlocutores, a los que había que respetar y otorgarles la posibilidad de convencerlos. «Un diálogo abierto, eso debe ser una disputa, un diálogo donde la razón nos conduzca a una conclusión», y como estaba seguro de que el cristianismo era superior a las demás religiones, la razón lo haría evidente.

Seis meses después del día en que lo arrastraran por las calles de Bujía por una cuerda atada a la barba, el emir Jalid aceptaba la solicitud del rey catalán y la pena de muerte se conmutaba por el destierro en una nave que zarpaba inmediatamente rumbo a Pisa, la ciudad con la que Bujía mantenía un comercio más intenso. De nuevo se hacía a la mar, expulsado de las tierras musulmanas, pero a pesar del peligro y del sufrimiento, el viaje había sido provechoso: en el zurrón llevaba un nuevo libro, un gran debate en árabe que estaba seguro de que sería esencial para la conversión de los sabios sarracenos. Nada ni nadie detendría su misión evangelizadora.

Al parecer, así era, pues ni los emires ni las turbas enfurecidas podían detenerlo, pero sí podían conseguirlo las fuerzas de la naturaleza, que aquella noche desataron una terrible tormenta que hizo naufragar la nave. Agarrado a los restos de madera del barco, con

su secretario, la ropa hecha jirones y medio muerto, consiguió llegar a la costa sin nada más que su voluntad y su fe. En el fondo de las aguas del mar Tirreno yacían inutilizables los centenares de hojas del debate con los sabios musulmanes que había escrito en la prisión de Bujía.

Tres meses antes de la azarosa llegada de fray Llull a Pisa, el capitán de una nave que se acercaba a la costa gritó satisfecho: «*Porto pisano*!», y al mirar al horizonte Cornèlius pudo ver, entre la neblina, las siluetas de cuatro torres que se elevaban en medio del puerto. «Aquella es la torre del Magnale, señor Cornet —dijo señalándole una torre de gran tamaño que se erigía en la entrada del puerto—, y aquella otra que domina el peñón es el Fanale, el faro de los pisanos.» Impaciente por la inminente llegada a su destino, Cornèlius se quedó un rato en la cubierta, fascinado por el ingenioso y fuertemente vigilado puerto de Pisa, que estaba construido en la desembocadura del Arno, a pocas leguas de la ciudad. Garsenda y la pequeña Ximena dormían plácidamente en un rincón del casco, donde habían improvisado un lecho, y mientras observaba la lenta entrada en el puerto se sintió seguro de la decisión que había tomado. El embarazo de su mujer estaba ya avanzado, y si debían cambiar de vida tenían que hacerlo antes de que naciera su segundo hijo, cuando ya estuvieran instalados.

Todo había ocurrido muy deprisa. Como si fuera un castillo de arena, la vida que tenía y que creía que duraría mucho tiempo se había derrumbado, barrida por una tormenta inesperada que no estaba provocada por la ira de Dios, sino por la bajeza humana. Si bien era cierto que desde el nacimiento de Ximena le había dado vueltas a la idea de abandonar la Compañía, se trataba de una decisión que imaginaba lejana, cuando aquella especie de república que habían fundado en Galípoli fuera aún más poderosa y dominara no solo Tracia, sino también Macedonia o incluso Anatolia. Tenía la convicción de que el ejército almogávar era imbatible, y probablemente lo era contra los enemigos exteriores, los cismáticos de Oriente, o los alanos o los turcos, pues los había vencido a todos, pero no lo era contra sus miserias interiores. Y aquella fractura sangrante que se había producido lo rompió por dentro y echó por tierra todas sus ilusiones, dejándolo seco como un barril de vino vacío.

De hecho, bien pensado, tuvo una premonición el día en que el infante Ferran de Mallorca llegó a Galípoli con cuatro galeras sicilianas. Decían que su padre, el rey Jaume II de Mallorca, lo había abofeteado en público cuando cometió la imprudencia de ayudar a Bernat Deliciós y a los cátaros en el complot contra el rey de Francia. Llegaba a Tracia con el encargo de su tío, el rey de Sicilia, de comandar al ejército almogávar. Se lo dijo a Garsenda, «Este hombre nos traerá la perdición». No sabía por qué motivo le inspiraba rechazo, pero aquel 20 de mayo de 1307 todo tenía una apariencia amenazadora: de buena mañana, una enorme bandada de cuervos había estado graznando de una manera sobrecogedora, y a pesar de que al clarear el día lucía un sol espléndido, el tiempo había cambiado y unas densas nubes de tormenta habían enrarecido el cielo por completo.

«¡Este hombre nos traerá la perdición!, y así fue, porque a partir de su llegada los acontecimientos se precipitaron de manera dramática. Nada más poner pie en el suelo, el infante Ferran ya exigió vasallaje al rey Federico, representado en su figura, y con ese juramento la Compañía perdía su autoridad, que quedaba sometida a los intereses del rey de Sicilia. Berenguer de Entenza y Ferran Eximenis accedieron a jurar vasallaje, pero Bernat de Rocafort se negó con firmeza, lo cual agravó la fisura entre los tres líderes y el odio creciente entre Berenguer y Bernat...

Luego, la partida... Hacía semanas que la Compañía se planteaba abandonar Galípoli, pues tras cinco años agotando los recursos de la península y viviendo de renadío las provisiones se estaban convirtiendo en un problema serio, sobre todo porque en ese momento el ejército superaba los ocho mil soldados. Además, habían destruido todas las villas cercanas y no había ni personas ni ganado en diez jornadas a la redonda de Galípoli, de manera que la partida se había convertido en una urgencia.

Bernat de Rocafort era quien tenía más claro el destino apropiado: la mejor opción sería expandirse por Macedonia, y para eso había que conquistar Cristòfol, la gran ciudad del mar de Tracia. Era una ciudad estratégica situada frente a la isla de Tasos, con mucha actividad comercial, una tierra fértil que prometía buenas cosechas y con los bosques del macizo del Pangeo, famosos por la abundancia de caza. Dicho y hecho, la Compañía se preparó para abandonar Galípoli

para siempre a fin de establecerse en otro lugar más próspero desde donde agrandar su imperio.

Sin embargo, la tensión se percibía en las conversaciones, fluía en el aire, echaba raíces en los recelos, se anidaba en los corazones endurecidos por la ambición y la desconfianza. El enfrentamiento entre los líderes era tal que incluso para poder llevar a cabo el traslado de la Compañía tuvieron que ponerse de acuerdo acerca de cada detalle del viaje: quién mandaría, qué ruta se seguiría y con quién. Al final, gracias a la intervención del Consejo de los Doce, todo parecía acordado y, sobre todo, seguro.

—Partiremos en tres etapas. Las mujeres, los enfermos, los ancianos y los niños viajarán por mar, para no agotarlos con el trayecto. Yo mismo los dirigiré.

—Hacéis bien, Ramon, conduciendo por mar a nuestras mujeres, hijos, ancianos y enfermos, pues será un trayecto agotador. ¿Y el resto de los capitanes?

—Vos, Bernat, si os parece, iréis a la vanguardia con los turcos, los turcoples y la mayor parte de los almogávares que os siguen, a un día de distancia de los demás capitanes. El infante Ferran, con Berenguer y Ferran Eximenis y el resto de la hueste, irán en la retaguardia; de este modo todos caminaremos en paz y seguros.

—Me parece bien, Ramon Muntaner. Yo, Bernat de Rocafort, acepto el acuerdo y me dispongo a preparar la partida con el grueso de la Compañía.

—Y yo, Ferran Eximenis, acepto el acuerdo y me dispongo a partir un día después con el resto de la hueste.

—Y yo, Berenguer de Entenza, también lo acepto y me dispongo a hacer lo mismo.

—Entonces, si todos estamos de acuerdo, preparémonos, que Cristòfol está lejos y las jornadas serán largas.

Hacía días que caminaban a buen paso y ya estaban próximos a su destino. Dos jornadas de marcha los separaban de Cristòfol, pero aquel día el ejército que comandaba Bernat de Rocafort se retrasó. El día anterior habían encontrado unos caseríos con provisiones abundantes y una cantidad considerable de barriles de vino, y la fiesta nocturna se prolongó hasta el alba. Pero mientras que la hueste de Bernat de

Rocafort se retrasaba, el ejército de Berenguer de Entenza se había levantado muy temprano, deseoso de acelerar la marcha, y, uno por otro, el choque fue inevitable. «¡Armas, armas!», gritaban los soldados de Rocafort, «Armad los caballos y aparejaos», respondía el capitán, choque de lanzas y cuchillos, heridos, muertos... Al enterarse del encontronazo, Berenguer de Entenza montó en su caballo, medio desguarnido, y, aparejado con una simple cota y con la espada en el cinto y la azcona montera en la mano, corrió hacia su avanzada para tratar de evitar la batalla fratricida. Ocupado en recoger sus huestes, no se dio cuenta de que dos caballeros que empuñaban sus lanzas cabalgaban hacia él a toda velocidad, y cuando los tuvo encima, gritó: «¡Soy Berenguer, soy yo!», pero las lanzas ya se hundían en su pecho y lo desarzonaban, herido de muerte. Uno de los hombres que lo habían atacado era Humbert de Rocafort, el hermano de Bernat, el otro era su tío, Dalmau Sant Martí. Con ellos, un nutrido grupo de turcoples señalaba a Ferran Eiximenis, que al ver muerto a Berenguer cayó en la cuenta de que él sería el siguiente y salió huyendo con treinta caballeros en dirección a un castillo de Andrónico, bien fortificado y que estaba a pocas leguas, donde pidió refugio. Un tiempo después se iría a Constantinopla protegido por el emperador.

La muerte del caudillo y de muchos de sus soldados, los lamentos, los llantos, las falsedades, los rituales... Bernat de Rocafort se golpeaba el pecho y lloraba la muerte del capitán, los ejecutores del asesinato aseguraban que todo había sido un gran malentendido, y el infante Ferran pedía tres días de duelo y misas por su alma. Y allí, en una iglesia de la zona a la que llamaban de San Nicolás, en un sepulcro finamente cincelado al lado del altar, enterraron el cuerpo de Berenguer de Entenza y de Moncada, miembro del gran linaje de los Entenza, hermano de Saurina de Entenza, esposa de Roger de Llúria, e hijo de Berenguer de Entenza i Santmartí-Castellvell, quinto barón de Entenza y señor de Játiva, Tivissa, Pratdip, Falset y Marçà. Murió atravesado por las mismas lanzas almogávares que había comandado.

Con su muerte y la huida de Ferran Eiximenis, todo se precipitó. El infante Ferran reclamó de nuevo el vasallaje de Bernat de Rocafort, él se negó de nuevo, las cuatro galeras del infante volvieron a recogerlo, desembarcaron en la isla de Tasos, Ramon Muntaner abandonó la Compañía y se fue con el infante, y en medio de esta situación, Bernat de Rocafort se convirtió en el caudillo único de la

Compañía Catalana de Oriente. Muchos años atrás le había dicho a Roger de Flor que algún día sería emperador, y finalmente reinaba en una auténtica república de soldados, la más poderosa de la cristiandad.

Fue durante aquellos tres días de duelo cuando Cornèlius tomó la decisión. Estaba totalmente abatido, devorado por la culpa y la desesperanza, convencido de que su tiempo con los almogávares tocaba a su fin. Acababa de vivir una matanza entre hermanos y el asesinato deliberado de Berenguer de Entenza, a quien respetaba. Siempre se había sentido un hombre de Bernat de Rocafort, pero admiraba a los demás caudillos, y la idea de que aquellos tres grandes hombres lideraran la Compañía le otorgaba un sentido de poder y de fuerza. Pero ahora Berenguer había muerto, Eiximenis había huido y Ramon Muntaner, el gran capitán al que seguía con admiración desde los primeros días en Malvasía, había decidido irse con el infante Ferran. Era una fractura completa, una grieta venenosa nacida de la crueldad y la ambición de las que él había formado parte. No solo había vivido el horror de la matanza entre hermanos, sino que él mismo, en los primeros momentos del encontronazo, había matado ferozmente, empujado por la fuerza salvaje del instinto, como si el brutal dios Ares lo hubiera poseído y le hubiera hecho perder toda noción de humanidad. Pero cuando en medio de los gritos y la confusión se encontró encima de un jovencito al que acababa de clavar el cuchillo en la cara, su rostro sangriento, que lo miraba sin mirada, lo sacudió por dentro y lo aterrorizó. Conocía a ese chico. Era el hijo mayor de uno de sus amigos, Galdric de Játiva, y aquella era, sin duda, su primera lucha. No tendría más de trece años, y a pesar de la sangre que le chorreaba por la cara, con el cuchillo aún clavado en la frente, inspiraba ternura. Fue un instante de lucidez, y en ese preciso momento el hilo que lo ataba a los almogávares y él creía indestructible se rompió para siempre. Todo había perdido sentido: la guerra, la conquista, los almogávares, su vida...

Decidido, se marchó con el infante Ferran a la isla de Tasos para recoger a Garsenda y a la pequeña Ximena, que habían llegado con el capitán Muntaner, y allí, en aquella gran isla del mar Egeo protegida por Pan, el dios de los bosques y la vida salvaje, abandonó su vida de almogávar.

Garsenda había tenido un viaje plácido de Galípoli a la isla. La pequeña ya caminaba con cierta seguridad y llevaba de cabeza a su madre con las carreras por la cubierta de la galera. Era una niña alegre e inquieta, de intensos ojos negros que abría mucho, como si quisiera abarcar el mundo con una mirada. Con ella, Garsenda había descubierto una faceta de su personalidad que se contradecía con sus sueños de antes de ser madre. Ya no se sentía una guerrera, ni deseaba derramar sangre, porque se había convertido en una protectora, en una defensora de vidas, cautivada por la ternura de ese cuerpo menudo que le provocaba la emoción más intensa y transformadora que había sentido nunca. Y ahora que volvía a estar embarazada el sentimiento crecía y crecía, dulcificando sus maneras, suavizándole el carácter, dándole una nueva piel que la animaba y la hacía feliz. Por eso, cuando Cornèlius le contó lo ocurrido y le planteó la posibilidad de abandonar la Compañía, dijo que sí. No lo dudó ni un momento, ni se inquietó, ni tuvo recelo alguno, como si esa decisión estuviera tomada mucho tiempo antes de ser una posibilidad.

—Sí, sí, sí, Cornet, sí, querido marido, ¡vámonos, vámonos!

—Piensas igual que yo, Garsenda, ¿no?

—Sí. Ha llegado el momento. La muerte de Berenguer es un mal augurio que traerá mucha desgracia. Y ahora el capitán Muntaner también se va, y el capitán Eiximenis... Sí, pienso como tú, Cornet, es hora de dejar la Compañía.

—He pensado que podríamos embarcarnos en el primer barco que se dirija a un puerto comercial importante y establecernos allí. Hemos hecho fortuna, Garsenda, y con lo que tenemos podemos instalarnos. Podría ser comerciante o recuperar el oficio de notario que aprendí con el señor Pappas en Malvasía. O quizá...

—No pasaremos estrecheces, Cornet, estate tranquilo, que como bien dices tenemos una fortuna que nos permitirá vivir bien con la niña y el que llegará. Mira..., mira..., me ha crecido la barriga.

—Tu barriga y el pequeño que crece dentro. ¡Ay, Garsenda, cuánto te quiero!

—Y yo a ti, Cornet, y yo a ti. Iré contigo donde nos lleve el viento, al fin del mundo si es necesario, que eres mi vida y mi patria, mi único destino, amor mío, mi único destino.

Preparativos, el acuerdo con el capitán de un leño griego que viajaba al puerto de Pisa para vender el famoso mármol de las canteras de Aliki, y la decisión final de la familia de Garsenda, cuyo hermano quería irse con ellos contra la voluntad de sus padres. Dos años menor que ella, y combatiente desde hacía tiempo, era un joven inquieto que no tenía suficiente con las batallas y las conquistas, y anhelaba ver el mundo más allá de los almogávares, entre los cuales había nacido y siempre había vivido. «¡Quiero ir con vosotros!», y cuando Garsenda le respondió: «Rouric, eso deberá decidirlo padre», él le aseguró que se iría como fuera, que huiría si era necesario, que quería tener una vida diferente de la que siempre había conocido. Al final, entre las maldiciones de Gastón de Torroella y los llantos de Ximena madre, el joven Rouric se preparó para la nueva vida que ansiaba.

—Salimos mañana al alba —les advirtió el capitán del leño—. No lleguéis tarde o no os embarcaréis, que no esperamos a nadie.

—No os preocupéis, ya os hemos pagado y no perderemos el viaje. Allí estaremos, al alba.

—Al final, ¿sois cuatro, como habíamos acordado?

—Sí, somos cuatro y medio.

—¿Qué queréis decir? ¿Hay algún tullido entre vosotros?

—No, capitán, no, ja, ja, ja. Mi mujer se encuentra en estado de buena esperanza. Seremos mi esposa, mi hija, mi cuñado y yo. La mitad está en la barriga de mi esposa.

—Me parece tonto llamar mitad a un niño que aún no ha nacido. ¡Qué raros sois los catalanes!

—Bueno, yo no soy... Nada, tenéis razón. Los catalanes somos raros...

Y así fue como Cornèlius de Famagusta, al alba del 17 de agosto de 1307, zarpaba del puerto de la isla del Tasos camino de la República de Pisa y abandonaba la vida almogávar que cuatro años antes había abrazado con emoción. En el zurrón de la memoria, conquistas, victorias, amigos, traición y fortuna, un bagaje de vida que había hecho de él un hombre seguro y determinado que no tenía nada que ver con el joven alocado que vagaba por las calles de Famagusta. No quedaba nada de aquella antigua vida, ni siquiera el cuerpo, que se había fortalecido, ni la debilidad de su juventud, desaparecida en el primer combate, ni tan siquiera el nombre, abandonado en un pasado

que ya no era el suyo. Se había convertido en Cornet el Catalán, marido de Garsenda de Torroella, padre de Ximena y futuro padre de otra criatura que, si era niño, se llamaría Cornet como él. Tenía una vida, una familia, un propósito, y estaba decidido a conquistar su futuro con el mismo coraje con que había conquistado villas y castillos. Empezaba otra guerra, pero esta vez era él el comandante en jefe de su hueste.

Animado y decidido, subió al leño con su familia y vio como la costa de la isla de Tasos se alejaba lentamente.

De cómo fray Ramon Llull y Cornet el Catalán se encontraron con Dante Alighieri en Aviñón

La noticia corrió como la pólvora por las calles de Pisa. Todo el mundo hablaba de aquel viejo de largas barbas que se había salvado milagrosamente de un naufragio y había llegado medio muerto a la costa. «No es un desarrapado cualquiera», decían las voces, «Es un sabio», respondían las murmuraciones, «Dicen que lo reciben los papas y los reyes», añadía el eco. Como el resto de la ciudad, Cornet también había oído la noticia de aquel rescatado de un naufragio, pero tardó días en caer en la cuenta de que el hombre del que todos hablaban no era otro que el fraile que lo había acogido en Famagusta el día que un marido celoso había tratado de matarlo. No era un sabio cualquiera, sino su sabio particular, el hombre que le enseñaba latín y le leía fragmentos de sus libros, el mismo que le puso el nombre que lo identificaba en ese momento. Recordaba como si fuera ayer la expresión de su cara, imperativa, pero tierna, como si lo riñera y lo mimara al mismo tiempo: «A partir de ahora te llamarás Cornet, chico, es más corto y me recuerda a mi tierra», y Cornet sería su nombre para siempre.

Ramon Llull, el famoso fraile Lullus, estaba en Pisa, en la misma ciudad donde él se había instalado con su familia, y aquella coincidencia tan extraordinaria lo dejó maravillado, convencido de que no podía ser obra del azar, sino de alguna de aquellas fuerzas invisibles que una y otra vez aparecían en su vida y lo protegían. En esta ocasión no lo salvarían de una muerte segura, pero no le cabía duda de que aquello tenía algún significado profundo que atañía al presente e iba más allá de la nostalgia del pasado.

Pero ¿qué podía ser? Las cosas le iban bien desde que había llegado a Pisa. A pesar de que solo hacía tres meses que estaba en la ciudad, ya había conseguido hacerse con una parte del comercio de seda de Oriente, gracias a los buenos oficios del cónsul catalán, que lo había puesto en contacto con la viuda del señor Ishaq Abrabanel, un

rico comerciante judío fallecido hacía poco, pues la mujer quería vender su negocio. Fue Gausbert de Vilajuïga, un almogávar que había sido comerciante durante un tiempo, quien, antes de que se marchara, le dio unos cuantos buenos consejos, que se habían demostrado muy útiles.

—En cuanto llegues, deja a tu familia en una fonda, ve a la lonja de la ciudad y pide audiencia con el cónsul catalán. Él te orientará acerca de cuál es la mejor forma de invertir tu fortuna. Además, en la lonja también podrás pernoctar con tu familia el tiempo que sea necesario antes de instalaros por vuestra cuenta.

—¿La lonja?, ¿qué es una lonja?

—¿No sabes lo que es una lonja, zopenco? Es la sede de los Consulados del Mar de los reyes catalanes. Existen desde la época de Jaume I. Yo no conozco el de Pisa, solo el de Génova, pero todos son parecidos. Como verás, en su interior hay muchos edificios. Es como un barrio. Tiene habitaciones, baños, tahonas, tiendas, tabernas, capillas y, sobre todo, un gran almacén donde los mercaderes dejan las mercancías antes de viajar. Allí encontrarás a comerciantes catalanes, valencianos, mallorquines y aragoneses, pues se juntan allí todos los de la Corona de Aragón.

—¿Y se quedan allí por merced del rey catalán?

—Mira que eres tonto, por supuesto que no es por merced, ¿acaso crees que los reyes se chupan el dedo? Todo el mundo debe pagar unas tasas para utilizar el espacio, pero se obtienen muchas ventajas haciéndolo, porque allí se reúnen todos los mercaderes y se pueden hacer mediación, arbitraje, negocios... Además, en el interior de la lonja no rigen las leyes del país donde está edificado, sino las del *Libro del Consulado del Mar*. Es una zona franca. Ya me entiendes, rigen nuestras leyes; dentro de la lonja es como si estuvieras en Cataluña.

—Entonces, ¿puedo ir y quedarme?

—Eres un almogávar al servicio del conde rey de Barcelona, ¿no? Pues ya está. Puedes ir.

—Y me llamo Cornet el Catalán.

—Eso mismo, ja, ja, ja.

Dicho y hecho, las reuniones fueron tan fructíferas como rápidos los acuerdos, y al mes y pico de estar en Pisa, Cornet el Catalán ya había

gastado la mayor parte de su fortuna en un nuevo negocio que prometía muchos beneficios. La única experiencia que tenía como comerciante era de la época en que había sido ayudante del señor Ferriol de Rupit, el mercader de telas de Malvasía que le contaba que había viajado con el almirante Roger de Llúria cuando este saqueó el peñón, y que luego había decidido quedarse porque Malvasía era un centro comercial muy activo y él quería dejar el mar.

No aprendió mucho del comercio de telas del señor Ferriol, porque pronto lo dejó por el notario Pappas, pero sí lo suficiente para verse con ánimos de emprender el negocio. Además, hablaba griego, latín y catalán, y había sido almogávar, y aquellas credenciales le otorgaban un prestigio notable en una ciudad como Pisa, que respetaba a los guerreros y vivía del comercio. El único idioma que no conocía era el árabe, lo cual podía suponer un cierto problema, porque el negocio que había comprado tenía mucho trato con Túnez y Bujía, pero la presencia del ayudante musulmán del señor Abrabanel cerraba el círculo.

En algún momento cayó en la cuenta: su negocio era un compendio sorprendente de los dioses que poblaban la tierra. Él se había criado en un convento ortodoxo, guerreaba con la católica Cruz de San Jorge y sospechaba que lo protegían diosas griegas, mientras que su mujer creía en las fuerzas de la naturaleza, acababa de comprar el negocio a una dama judía y se había quedado con el ayudante musulmán. Era una asombrosa y amable amalgama que no molestaba a nadie, y, pensándolo bien, supuso que el problema de los dioses no era un asunto divino, sino terrenal, y que quizá los dioses se entendían entre ellos mucho mejor que los seres humanos.

Hacía dos meses, pues, que tenía el negocio y ya empezaba a dominarlo, sobre todo porque la agenda de comercio del señor Abrabanel era muy completa y, según le contó su viuda, tenía muy buena reputación gracias a los años que había trabajado con todos esos mercaderes. En el momento de cerrar el trato, le preguntó a la viuda, por curiosidad, por qué no se quedaba ella con el negocio, visto que era tan próspero, y la mujer le respondió que ya era mayor y estaba sola, pues hacía años que sus dos hijos habían muerto en la batalla contra los genoveses, la batalla de Meloria, y que sin su marido carecía de sentido seguir adelante. Tenía previsto trasladarse a Roma, donde vivía su familia, pues ya nada la ataba a Pisa. «Os prometo que

mantendré el buen nombre de vuestro negocio, señora Abrabanel», y la viuda, sonriente, le respondió: «Eso espero, joven, eso espero».

Concentrado en su nueva actividad, Cornèlius no dio mucha importancia a la historia del náufrago que había llegado a la costa. Según contaban los pisanos, el Tirreno se embravecía en otoño y los naufragios no eran excepcionales. Pero la noticia corrió de boca en boca durante días, y en cada nueva conversación se añadía color a la historia de aquel hombre, que era recibido por el *comune* y por las máximas autoridades de la república, y con el que todos los sabios de Pisa querían debatir. Fue un detalle concreto. Alguien dijo: «Aseguran que se le apareció el mismísimo Cristo», y aquel comentario le disparó el resorte de la memoria. ¡Cuántas veces le había contado lo de las tres apariciones de Cristo, y cómo lo había rechazado la primera, y la segunda, y hasta la tercera no se había dado cuenta de que era Jesús mismo quien le hablaba, y fue entonces cuando le hizo tres promesas! ¿Acaso el náufrago era Ramon Llull? Excitado, se puso a hacer preguntas: cómo era, a qué país pertenecía, qué hábito llevaba..., y cada respuesta confirmaba sus sospechas. Al final, fue a visitar al cónsul catalán para preguntarle si sabía quién era el náufrago del que todos hablaban, y cuando el cónsul le dijo su nombre, «Es el gran sabio Ramon Llull en persona, al que Dios, en su gloria, ha salvado», el corazón le dio un vuelco, como si quisiera salírsele del pecho.

Tenía que verlo, dónde estaba, con quién, dónde podía encontrarlo, y las palabras se le aturullaban sin sentido, como siempre que se ponía nervioso.

—Se ha instalado en el monasterio de San Donnino. El monasterio de los benedictinos en Via Quarantola. Al parecer, tiene que reescribir unos libros que se perdieron en el naufragio.

—¿Sabéis si recibe visitas? ¿Podré ir a verlo? ¿Qué os parece? ¿Podré? No lo sé, no me atrevo, pero querría...

—Tranquilizaos. Decidme, ¿qué interés tenéis? ¿Acaso vos también escribís libros?

—¿Yo? No, no, ¡Dios me libre! Fui ayudante suyo, señor cónsul, sí, como lo oís, fui ayudante suyo cuando vivía en Chipre. Él me enseñó latín, y muchas cosas más, no podéis imaginaros lo mucho que aprendí, que...

—Por el amor de Dios, calmaos, por favor, vais a atragantaros. ¡Lo que me contáis es todo un honor! Por supuesto que debéis

visitarlo. ¿Queréis que haga alguna gestión?

—No, no es necesario. Muchas gracias, cónsul. Me presentaré yo mismo. Espero que me reconozca. Era un chaval cuando me tuvo como ayudante, pero si creéis que no debería presentarme, quiero decir, yo...

—Id tranquilo, señor Cornet, id a verlo, que no todos han tenido a un gran sabio como maestro de latín.

Pasó los días siguientes en medio de la duda. Cada mañana se levantaba convencido de que iría a visitar a Ramon Llull, y por la tarde encontraba excusas, temeroso de que no lo reconociera o no lo tuviera en consideración. Habían pasado alrededor de cinco años y ya no tenía nada que ver con el jovencito perdido que fray Ramon arrastraba por las calles de Famagusta, agarrado por el cogote, con una herida en el hombro y sus partes íntimas al aire. No, no tenía nada que ver, pero al oír su nombre, las inseguridades del pasado afloraban de nuevo, como si la presencia de Llull lo transportara a aquellas épocas inciertas en las que no era más que un pobre chico de la calle. Se había transformado, sí, había ganado batallas, conquistado ciudades, matado enemigos, se había convertido en un almogávar de pleno derecho, y no había ejército con más prestigio que la Compañía Catalana. Y con la fortuna que había ganado se había convertido en mercader, negociaba con seda de Oriente y tenía esposa e hijos... Pero ¿y si ninguno de sus méritos servía? ¿Y si a fray Ramon no le gustaba el hombre en que se había convertido? Y perdido en aquellas dudas, se sentía de nuevo un joven débil y acobardado, agarrado del cogote por el sabio que lo había rescatado. Así pasaron dos semanas de incertidumbres y preguntas, en un quiero y no quiero que logró acabar con la paciencia de Garsenda, que se hartó de oírlo murmurar: «¡Basta, basta de marear la perdiz!», y, sin darle otra opción, impuso su criterio: esa misma tarde lo acompañaría a visitar al sabio al monasterio de San Donnino. Asustado y aliviado a la vez, Cornet aceptó la decisión de su esposa como si fuera una orden divina.

Ramon Llull ya estaba completamente acomodado en su nueva residencia. Cuando no recibía visitas o tenía reuniones con el *comune*,

visitaba a las grandes damas de Pisa, a las que pedía ayuda económica para la nueva cruzada que estaba decidido a organizar. Los monjes de San Donnino le habían contado que eran mujeres muy piadosas y también muy ricas, y él aprovechaba el interés que tenían por invitarlo a merendar y que escuchara sus discursos para tratar de rascar algunos miles de florines para su causa. Sin embargo, la mayor parte del tiempo lo pasaba en la celda del monasterio reescribiendo frenéticamente el libro del debate con los sabios de Bujía que había perdido en el naufragio, que ya no escribía en árabe, sino en latín. Lo había titulado *Liber disputationis Raimundi christiani et Homeri saraceni*, y tenía previsto redactar también una versión en catalán. «La palabra de Cristo debe oírse en lengua vulgar», y ponía en práctica esa convicción en la mayoría de sus libros. También estaba acabando la nueva versión de su *Ars,* que había empezado en Lyon, antes del viaje a Bujía, y una *Ars brevis* que pretendía ser una especie de guía de su método de conocimiento.

Se sentía muy cómodo con el Císter de San Donnino, donde la regla de san Benito se cumplía con rigor. Además, lo conmovía la historia del santo al que estaba dedicado el monasterio, un antiguo camarlengo y custodio de la Corona del emperador Maximiliano que se había convertido al cristianismo, provocando la ira del emperador y pagando las consecuencias. Los monjes le contaban que san Donnino era el protector de los enfermos de rabia y que cuando lo decapitaron él mismo cogió su cabeza y la depositó en el suelo; el monasterio se había construido en el lugar exacto donde estuvo la cabeza del mártir. «¿Aquí mismo?» «Aquí mismo, fray Ramon.»

También le gustaba pasear por Pisa, sobre todo por el magnífico camposanto de la ciudad, que estaba construido sobre tierra transportada desde Tierra Santa por los cruzados de la Segunda Cruzada. En especial le daba serenidad contemplar los grandes frescos que los dominicos habían encargado al pintor Buonamico Buffalmacco, que eran tan coloridos y reales que tenía la impresión de presenciar el juicio final. No era un experto en arte, ni se fijaba especialmente, pero siempre que contemplaba la representación religiosa de algún gran maestro sentía una inquietud que lo conmovía. Por eso aquella tarde se dirigía a la catedral de Pisa, donde los monjes le habían aconsejado que fuera a contemplar las esculturas del púlpito que estaba ultimando el gran escultor Giovanni Pisano, tan dramáticas

y reales que hacían llorar. «¿Encontraré al escultor, el tal Pisano?», y la respuesta, «Siempre está, aún le queda mucho por hacer», lo satisfizo. Le gustaba hablar con los artistas que escenificaban la vida de Jesús y ver cómo la interpretaban. Alguna vez incluso había corregido errores.

Estaba allí, en la catedral de Pisa, contemplando admirado la impresionante escena de la crucifixión de Jesús, prácticamente acabada, cuando un monaguillo le gritó, «Fray Ramon, tiene visita. ¡Vienen a verlo!». Fastidiado por la interrupción de ese momento de éxtasis artístico, agitó la mano sin darse la vuelta, con un gesto evidente de que no quería que lo molestaran. Fue entonces cuando oyó una voz que le pareció ligeramente familiar: «Fray Ramon, soy yo, vuestro Cornet».

Los miedos que nacen en el pozo de las inseguridades humanas, la exultación por algo deseado, las inquietudes que se despiertan, todo parece complicado, inquietante, nebuloso, atrapado en una telaraña de incertidumbres, y de repente la vida resulta más simple, más amable, y lo que anhelábamos sencillamente ocurre, sin complicaciones, empujado por una fuerza invisible que nace del recuerdo, de la vida compartida, de la antigua complicidad.

Fue como si se tratara del día siguiente de un día cualquiera allí, en Famagusta, con fray Ramon escribiendo sus libros, Cornet leyendo fragmentos en latín y el gran maestre visitándolos. Como si fuera la mañana que llega después del alba o la noche que concluye el día. Tan natural como el pan cocido en el horno que cada día comían juntos, o como el agua del pozo que él iba a buscar por la mañana temprano. Una cara que se da la vuelta, una mirada penetrante, una alegría, «Caramba, ¡qué haces aquí, bribón!», una carcajada sonora y el abrazo que sella los miedos, los entierra, los inutiliza.

A partir de aquel día en la catedral, los encuentros eran periódicos. A veces Cornet iba al monasterio a pasar el rato, a contarle sus aventuras, otras era Ramon Llull quien lo mandaba llamar para que lo acompañara a algún encuentro importante, satisfecho de poder contar con alguien en quien confiaba. Fuera cual fuese la ocasión, la vieja relación entre fray Ramon y Cornet volvió a estrecharse, pero ya no era la relación entre un maestre y su aprendiz, sino entre un viejo sabio y un joven mercader que se había forjado en la guerra contra los turcos. A Ramon Llull lo maravillaba la transformación de aquel chico

canijo que había conocido con los testículos al aire y el hombro ensangrentado, y que en ese momento era un hombre hecho y derecho que le hablaba de castillos conquistados en Anatolia y de venganzas catalanas contra los cismáticos de Oriente. Siempre le había tenido una gran simpatía, y cuando lo escuchaba charlar de sus batallas o del negocio de sedas que estaba poniendo en pie, de su esposa y sus hijos, se sentía secretamente su forjador y estaba orgulloso de haber rescatado a un pobre perdulario y haberlo conducido por el buen camino. «Si consigo el dinero para una nueva cruzada, Cornet, necesitaré tu espíritu almogávar», y los dos soñaban con el día que reconquistarían Tierra Santa.

Tres meses después de su reencuentro, lo mandó llamar con una petición especial. Tenía audiencia con el santo padre y quería que lo acompañara.

—Voy a ver al papa Clemente a Aviñón. ¿Te gustaría venir conmigo a visitarlo? Ahora que he conseguido unos miles de florines de las damas de Pisa y he recibido el aval del rey de Mallorca, que me da todo su apoyo, quiero volver a plantearle la necesidad de una nueva cruzada para recuperar Jerusalén, y me será muy útil tener a mi lado un almogávar que ha participado en las batallas de la Gran Compañía Catalana contra los turcos. Yo le haré entender las necesidades evangélicas, y tú, Cornet, le demostrarás que los sarracenos pueden vencerse y que Tierra Santa puede recuperarse.

—Nuestro comandante, Roger de Flor, siempre decía que cuando hubiéramos dominado toda Anatolia iríamos a conquistar Acre.

—Eso es lo que debemos decirle, eso mismo. ¿Te animas a acompañar a tu viejo maestro?

—Será un honor, fray Ramon. Mi cuñado Rouric y mi esposa se encargarán del negocio, que marcha solo, la verdad, porque el señor Abrabanel lo tenía muy bien montado. ¿Quién iba a decirme, Dios del cielo, que conocería al santo padre? ¿Cómo es, fray Ramon?, ¿conocéis al papa Clemente?

—Lo conocí hace dos años, en Lyon, cuando lo entronizaron. Formé parte del séquito del rey Jaume.

—¿Y cómo es?

—Lo he tratado poco, solo un par de veces, el día que lo

entronizaron y otra, cuando volví de Armenia. Esta será la tercera. Pero a pesar de que lo conozco poco, tiene mala fama. De hecho, para empezar, nadie sabe por qué lo hicieron papa si nunca ha sido cardenal. Seguro que sobornó a alguien. Me cuentan además que es un gran amante de la vida opulenta y licenciosa, y que gasta muchos caudales en finas vestiduras y en grandes banquetes, que ha hecho comprar vajillas y cubiertas de oro y plata, y que también peca de simonía.

—¿De simonía? ¿Qué quiere decir?

—¡No conoces los pecados contra Dios, Cornet! Mal vamos si aún tengo que enseñarte. La simonía es cuando pones a tus familiares en cargos importantes, y él ha llenado la sede papal de primos, hermanos, tíos..., de toda la parentela. Pero lo peor es que tiene una amante, es de dominio público en Aviñón y en toda la cristiandad.

—¿Una amante?

—Sí. La hija del conde de Foix, Mélisande de Périgord, y se gasta fortunas con ella, Cornet, verdaderas fortunas. Como ves, este papa está hecho todo un pecador, pues no hay pecado que no cometa, aunque Dios le pedirá cuentas. Pero es el único que puede bendecir una nueva cruzada contra los infieles, por eso tengo que hablarle, porque sin su beneplácito no lo lograré.

—¿Y por qué el papa ahora vive en Aviñón?

—Se ha quedado en Aviñón desde que lo entronizaron. Allí tiene la sede papal. No quiere pisar Roma, con la guerra entre los Orsini y los Colonna y las disputas de las grandes familias entre los partidarios del papado y los del Sacro Imperio. Además, Aviñón es tierra protegida por los franceses. Qué quieres que te diga, ¡vulgares y pecaminosas banalidades! Deberían dedicar sus esfuerzos a la obra de Dios y pierden el tiempo en sus vicios y sus ambiciones terrenales.

—Aun así, debe de ser un hombre sabio si se mantiene apartado de las guerras de Roma.

—Vete tú a saber si es sabiduría o si son los intereses del rey francés, pues me parece que está muy bien avenido con la Corona francesa. ¿Sabes que ha hecho caso de las denuncias de herejía del rey contra los templarios y ha entregado a Jacques de Molay al tribunal de la Inquisición? ¿Te acuerdas del gran maestre del Temple que te salvó de morir a manos de aquel marido celoso y que nos acogió en su casa?

—Por supuesto, sí, el señor templario. Estuvimos muy bien en su casa de Limasol. Fue allí donde os envenenaron aquellos criados desalmados.

—Exacto, el mismo. Pues ahora lo acusan de herejía y ya veremos cómo acaba el asunto, pues están persiguiendo a todos los templarios, y te aseguro que es cosa de poder y fortuna, porque es imposible que los templarios cometan herejía. Los conoces muy bien, hacen voto de pobreza y muchos que son nobles y de alto linaje regalan todas sus propiedades.

»Eso sí, te diré una cosa: los templarios tienen la culpa. Yo le expliqué al gran maestre mi *rex bellator*, mi plan para expandir el cristianismo y reconquistar Tierra Santa. Todo lo tengo pensado y escrito, y lo ilustro muy bien en el *Liber de fine*, que escribí en Famagusta: primero es necesaria la ofensiva espiritual, con monjes que hablen árabe y tártaro, en todas las tierras infieles, luego el bloqueo naval, y a continuación la ofensiva por tierra, que empezaríamos por Murcia, con el rey Jaume, y seguiríamos hacia el norte de África.

—Pero entonces, los templarios..., no lo entiendo, ¿qué culpa tienen?

—Muy sencillo. Todo mi plan *rex bellator* implicaba la unificación de todas las órdenes: templarios, hospitalarios..., todas, y ellos no aceptaron. Y míralos ahora, acusados de herejes cuando habrían podido ser muy fuertes si me hubieran hecho caso. Ahora bien, Cornet, yo no me creo la causa contra los templarios, pues este papa es francés y solo vela por el interés de su rey y no es de fiar. Aunque, bien mirado, tampoco sabría decirte qué papa lo es, pues las obras de Dios tienen poco que ver con la avaricia y la lujuria de sus obispos en la tierra. Te contaré algo que pasó cuando entronizaron a Clemente, algo estrambótico hasta tal punto que muchos lo consideraron un mal presagio.

—¿Un mal presagio?

—Espera, que te lo cuento. Yo mismo lo vi todo. El séquito papal bajaba de la iglesia de San Justo de Lyon, que es donde se había celebrado la ceremonia, y de repente se oyó un gran estrépito y cayeron un montón de piedras de un muro que se derrumbó. Puedes imaginártelo: la silla gestatoria se tambaleó y Clemente, que acababa de ser nombrado santo padre, acabó en el suelo, con las piernas al aire y la tiara medio torcida; Carlos de Valois en persona lo ayudó a

levantarse y se la colocó de nuevo, y la gente estaba aterrorizada porque no sabía muy bien qué ocurría.

—¡Madre de Dios! Suerte que no le pasó nada.

—A él no, pero murieron doce buenos cristianos que esperaban el paso del nuevo papa. Ya me dirás si no es un mal augurio para su mandato que el día en que lo coronan se caiga de la silla, acabe en el suelo y mueran doce cristianos.

—Buen augurio no es, por supuesto.

—Pues este es el hombre al que vamos a visitar, Cornet, el papa Clemente.

Cuando faltaban pocos días para el viaje, Cornet se vio implicado en una situación peligrosa que por poco le impide emprenderlo. La cuestión delicada, como solía sucederle, tenía que ver con señoras, descomunales atributos sexuales y una tendencia irrefrenable a gozar de los placeres de la diosa Afrodita. Los encuentros con las damas de Pisa, en calidad de acompañante de fray Ramon, no solo habían generado algunas alegrías crematísticas, sino también otras horizontales que rápidamente se convirtieron en habituales. De nuevo, como en la época almogávar, una señora descubría sus encantos ocultos, se lo contaba a otra, el rumor se difundía y el cotilleo circulaba entre los círculos de las hermosas damas de la noble República de Pisa, que decidían convertirlo en su juguete más preciado.

Ocurrió un anochecer, al volver a casa, tras haber cerrado un pedido con un comerciante mallorquín. Había descubierto pronto las intensas relaciones comerciales entre Pisa y la isla, sobre todo a raíz de un acuerdo firmado pocos años atrás entre el *comune* de la república y el rey de Mallorca. Los pisanos tenían en Mallorca cónsul, lonja y depósito propio, y la ciudad era la escala natural de la mayor parte de los mercaderes pisanos que viajaban hacia el norte de África. El negocio de aquel día había sido muy provechoso, y Cornet regresaba a casa especialmente satisfecho con el trato. Había adquirido un dominio considerable del arte del comercio, y a pesar de su juventud, pues acababa de cumplir veintitrés años, empezaba a ser respetado. Pero no era respeto, sino ira, lo que animaba al hombre que lo esperaba tras una esquina, a dos calles de su casa. Un hombre que

permanecía oculto se abalanzó sobre él empuñando un cuchillo al tiempo que gritaba como un poseso que vengaría el honor ultrajado de su esposa. Puñetazos, patadas, el cuchillo volando por los aires, y, de repente, un cuerpo cae al suelo con un cuchillo clavado en el corazón.

Acababa de matar a un hombre que, por la vestimenta que lucía, debía de pertenecer a la nobleza, pero no sabía quién era ni a qué dama ultrajada se refería, a pesar de que él no era un ultrajador, sino un humilde servidor de las señoras de Pisa.

Miró a todos lados, y, a pesar de la bronca, al parecer nadie había presenciado aquel encuentro fatídico. Aturdido, trató de limpiarse la sangre de las manos y se apresuró a volver a su casa con la esperanza de que nadie lo hubiera visto. Al día siguiente todo el mundo hablaba del asesinato del conde Pietro della Gherardesca, miembro de la principal familia gibelina de Pisa. Pronto supo que los Gherardesca contaban entre sus filas con santos, almirantes y políticos, y habían participado en todos los acontecimientos de la república. El hombre al que había matado era el sobrino del conde Ugolino Gherardesca, antiguo *capitano del popolo* de Pisa que, después de luchar contra los genoveses en la batalla de Meloria y de enfrentarse abiertamente al obispo Ruggieri, fue acusado de traición y encerrado con sus dos hijos y dos de sus nietos en la siniestra Torre della Muda, donde los emparedaron. Garsenda no cesaba de hablar del crimen y de la familia de ese hombre, excitada por algunas de las historias que contaban sobre ellos. La más colorida aseguraba que, condenados a morir de hambre en la torre, los hijos del conde le pidieron a su padre que se los comiera para vivir más tiempo y quizá conseguir el perdón. «Y cuentan que lo hizo, Cornet, que se los comió. Por eso sobrevivió al resto de su familia.»

Las habladurías sobre el crimen y la familia duraron muchos días, y a lo largo de ese tiempo Cornet vivió en un estado permanente de nerviosismo, convencido de que alguien podía haberlo visto o estar al corriente de sus visitas a la esposa del conde y sospechar algo. Cada vez que llamaban a la puerta creía que se trataba de un testigo del crimen que le pediría dinero a cambio de su silencio, o de la viuda, que lo delataría, o lo que es peor, de la policía que venía a detenerlo para conducirlo a la torre, donde lo emparedarían como habían hecho con el tío de aquel hombre, y donde moriría de hambre. Pero nadie había visto nada, la viuda mantuvo un silencio sepulcral y la policía

finalmente hizo una detención, pero no fue la suya, sino la de un hombre que tenía un negocio de juego y que había amenazado al conde por una deuda que este no le pagaba. Con la detención, las autoridades dieron el crimen por resuelto.

De nuevo el peligro y de nuevo la salida inesperada. Cuando, ya aliviado y tranquilo, pensaba en todo aquel asunto, se decía que debía abandonar su pasión por las mujeres, que siempre le daban quebraderos de cabeza. Pero, al mismo tiempo, se maravillaba de nuevo por su extraordinaria buena suerte. ¿Qué deidad lo protegía? ¿Las poderosas diosas del Olimpo que tan bien conocía? ¿El dios ortodoxo de su infancia en el monasterio? ¿El dios latino cuyo pendón blandía en las batallas almogávares? ¿O eran las ninfas mágicas que vivían en los ríos, los bosques y el aire y salían a bailar en las noches de luna llena? Puede que todos fueran el mismo Dios, que tenía muchos nombres y muchas religiones que lo servían, y todas formaban parte del mismo todo. «Debería comentárselo a fray Ramon», pero cada vez que lo pensaba descartaba la idea, temeroso de que Ramon Llull lo considerara un hereje.

Los días pasaron y llegó el momento de viajar a Aviñón para visitar al papa. La ciudad bullía de gente, frenética de toda clase de actividades, y su importancia religiosa se percibía en la cantidad ingente de frailes, capellanes y obispos que caminaban por las calles, en una sucesión ininterrumpida de túnicas monacales y púrpuras episcopales que le otorgaban un carácter sacro. Entre el bullicio, también se percibía la pobreza, con decenas de personas misérrimas que mendigaban en las puertas de las iglesias murmurando un rosario de lamentos y peticiones. Justo cuando caminaban por una calle central, a pocos pasos de la sede papal, donde Clemente los había citado, fray Ramon se fijó en una escena que lo inquietó. Un monje que vendía indulgencias le gritaba a un anciano que se quejaba del precio de una absolución. El hombre, que vestía pobremente y parecía enfermo, hablaba con un hilo de voz que casi no se oía, pero gesticulaba enfadado y le pedía una rebaja, alegando que no podía pagar el precio que le exigía.

—Eres un pecador y ahora tienes el alma negra. Si no pagas, Dios no te absolverá y no salvarás tu alma.

—Pero, señor fraile, por favor, no poseo el dinero que me pedís. Es una fortuna.

—Allá tú. Por tu aspecto, con esa tez amarilla y esas llagas, no te queda mucho tiempo. Y si no pagas antes de morir, tu alma se condenará.

«Cornet, ¡has oído a este mal hombre!», y, enojado, Ramon Llull se giró hacia al mosén de las indulgencias y lo abroncó de mala manera, «Eso no es piedad cristiana. ¡Ofendes el nombre de Dios!», y de un tirón le arrancó la indulgencia de las manos y se la dio al hombre, que contemplaba la escena con sorpresa. Luego, con un tono autoritario que acompañó con una mirada fija y furibunda, le dijo al capellán: «Eres tú el que tiene el alma negra. ¡Cómprate una indulgencia!», y se marchó malhumorado. Cuando Cornet le preguntó qué había pasado, Ramon Llull le contó que el papa Clemente imponía un diezmo del dos por ciento a todas las cosechas y beneficios comerciales, pero también añadía toda clase de impuestos para las cruzadas que nunca ponía en práctica, y obligaba a los cardenales y los obispos a pagar con una parte de su sueldo, así que estos hacían lo mismo con sus capellanes, que a su vez hacían negocio con los pobres para poder pagar a los obispos que pagaban al papa.

—Es una rueda podrida cuya única finalidad es contribuir a su vida de riqueza. Lo que te conté, Cornet, exprime a los pobres con las indulgencias y compra casas lujosas para su amante. Es un gran pecador. Aprende esta gran lección, Cornet: vale mucho más la vida de un eremita que la de un papa. Los eremitas llegan a Dios a través de la contemplación, y los papas solo contemplan su bajo vientre. No pueden estar más lejos de Dios. Si piensas en un hombre santo, piensa en un eremita, nunca en un papa, y menos en este. Lo que yo te diga, Clemente es un gran pecador.

—Un gran pecador al que necesitamos para la nueva cruzada.

—Exacto, lo necesitamos. Y por eso callaremos, pues la obra de Dios también obliga al silencio cuando la palabra puede ir en su contra.

—Es más importante recuperar Tierra Santa de los infieles.

—Amén, Cornet, amén.

Fue al salir de la sede papal cuando lo encontraron. La reunión con Clemente V había ido tan mal como era de esperar. El papa no mostró interés alguno en una nueva cruzada, a pesar de las buenas palabras

que tuvo para Ramon Llull, a quien cubrió de elogios. Hombre santo, sabio de la cristiandad, predicador infatigable, salvador de almas y una retahíla más de adulaciones que tenían como único objetivo negarle la petición de organizar una nueva cruzada. No era el momento, no tenían recursos suficientes, se necesitarían más impuestos para poder asumirla, «Más adelante te mandaré llamar, Dios te proteja, fray Ramon», y una bendición papal que Ramon Llull recibió con público agradecimiento e íntimo desdén, convencido de que aquel hombre no merecía ser el obispo de Dios en la tierra. Por suerte, su fe era indestructible y estaba por encima de las miserias de la curia, porque «si fuera por este papa, mi fe se tambalearía».

Decepcionados y enojados, salieron del palacio dispuestos a regresar a Pisa en cuanto acabaran las reuniones a las que los dos debían acudir, Cornet con unos contactos comerciales y Llull con los monjes de un monasterio franciscano que quería visitar. De repente, lo vio, y al momento supo que era él. Estaba en medio de un exiguo corro de hombres que lo escuchaban embobados mientras hablaba. Llevaba el típico birrete florentino, y toda su vestimenta, la túnica roja, los calzones largos y los complementos, delataban su origen. «¡Es él, seguro que es él!», dijo fray Ramon, y, presa de una gran excitación, cruzó la plaza a grandes pasos, como si lo persiguiera el maligno. Cornet lo siguió sin entender del todo qué estaba pasando, y cuando llegó a su lado oyó que Ramon Llull le preguntaba: «¿Sois vos, Dante?». «¿Quién pregunta por mí?», respondió el hombre, molesto por la vehemencia con que lo habían interrumpido, y cuando fray Ramon le respondió, «Me presento, soy Ramon Llull, fray Lullus», la alegría del florentino se fundió con la del mallorquín, ambos exultantes por haberse encontrado. Cornet el Catalán, antes Cornèlius de Famagusta, acababa de visitar al papa Clemente en compañía del sabio Ramon Llull, y poco después conocía al gran escritor Dante Alighieri. Cómo era posible que él, una pobre alma expulsada del vientre de una madre adolescente que ni siquiera era consciente de que daba a luz, hubiera llegado a relacionarse con sabios, papas y escritores...; y al pensar en lo que estaba viviendo, un escalofrío le recorrió la columna vertebral y, al llegar al cogote, lo hizo temblar, aunque fuera un temblor inexistente, solo perceptible en el fondo de su conciencia.

Lo que ocurrió luego trató de almacenarlo en alguna zona del

cerebro blindada al olvido. Quería recordarlo todo, las palabras, los dilemas, las conclusiones, la conversación que tuvo la extraordinaria suerte de escuchar entre dos grandes hombres de su tiempo, mucho más grandes que los emperadores y los papas, porque su grandeza no residía en su fortuna, sino en su sabiduría. Y convertido en piedra, pues hasta tal punto se quedó quieto, escuchó el debate entre Dante y Llull, que muy pronto olvidaron su presencia.

Completamente perdidos en su éxtasis, el escritor florentino elogiaba *El árbol de la ciencia*, que Llull había escrito diez años atrás durante una estancia en Roma, y el sabio mallorquín le hablaba admirado del *De vulgari eloquentia*, que Dante había redactado en latín hacía justo un año y que él acababa de adquirir en Aviñón. «Habéis escrito el bosque más impresionante que nunca haya sido creado», le decía Dante a Llull, maravillado por la versión enciclopédica del *Ars* de Llull, en el que dieciséis simbolismos arbóreos recorrían todas las ciencias. Y Llull respondía: «Vuestra defensa de la lengua vulgar es un gesto de nobleza», y coincidía con sus conclusiones: tenía la misma dignidad que el latín. «Incluso más, fray Lullus, ahora he ido más allá en el *Convivio*, el libro que acabo de escribir: la lengua vulgar es superior al latín en belleza y nobleza. Es la lengua del pueblo.» Y, cómplices en la necesidad de utilizar los idiomas vernáculos, Dante porque los consideraba dignos y Llull porque los consideraba útiles, se perdían en disquisiciones sobre la razón y la fe, y cómo la fe debía entrar por el ímpetu de la razón. «Es en la vida contemplativa donde se vive la vida suprema», afirmaba Dante, y Llull corroboraba: «Se llega con la fuerza de la razón, que fortalece la fe», y le contaba los cuatro meses que pasó en una cueva del Puig de Randa como eremita. Dios, la lengua, la nobleza, el papa, el poder, el exilio de Dante en Aviñón, las misiones de Llull en tierras sarracenas... Unidos los dos por la intensidad de su creatividad y la nobleza de sus valores, Llull dedicado a los hombres a través de Dios, y Dante dedicado a Dios a través de los hombres, los dos comprometidos, los dos rebeldes, los dos expulsados de una sociedad a la que servían y sobre la cual escribían.

—¿Estáis trabajando en un nuevo libro, fray Lullus?

—Ahora mismo estoy recuperando de la memoria un libro que escribí en Bujía, en la prisión. Es un debate con sabios musulmanes. Lo perdí en un naufragio antes de llegar a Pisa y lo estoy reescribiendo. Y

vos, maestre Dante, ¿con qué gran obra nos obsequiaréis pronto?

—Hace cuatro años que empecé en Verona un libro que seguramente se titulará *Commedia*. Es un poema épico que escribo en toscano. Todo él girará alrededor del sagrado número tres, en honor de la Santísima Trinidad, como podéis imaginar: tres serán sus partes, y tres los personajes que harán el viaje.

—En lengua vulgar, de nuevo, maestro Dante. Os felicito. ¿Quiénes serán esos personajes que viajarán?

—Bueno. Solo viajaré yo, y lo haré a través del infierno, del purgatorio y del cielo. Los otros dos son el gran Virgilio, que me hará de guía, y la dama Beatriz, con la que acabaré el viaje.

—¿La Beatriz de vuestra *Vita nuova*? Los sonetos que dedicasteis a la dama, ¿no? Los leí hace tiempo.

—Sí, Beatriz, con ella acabaré el viaje.

—¿Lo titularéis *Commedia* porque es un divertimiento, una sátira?

—No exactamente. Tomo el concepto de la *Poética* de Aristóteles, que la contrapone a la tragedia. Ya sabéis, lo que bien acaba es comedia. Os gustará saber que utilizo la alegoría como recurso que permite un gran juego de interpretaciones.

—El canon bíblico...

—Sí, sí, el canon bíblico.

—Eso del infierno... ¿qué queréis hacer con el infierno?

—En mi viaje por el infierno me encontraré con los pecadores. Justo estoy empezando a escribirlo. Y cuando los encuentro, hablo con ellos. Todos están allí a causa de sus pecados y sufren el castigo que se merecen. Pero son los castigos apropiados según la ética de Tomás de Aquino, porque creo que ningún pecador puede ser castigado con una pena superior a su pecado.

—¡Tomás de Aquino! Él recoge las ideas del gran Aristóteles a través del pensamiento del sabio Averroes, como yo: *rationes necessariae* y no *auctoritates*, la razón para entender a Dios, no la imposición. Su *Summa theologica* me interesó mucho, a pesar de que discrepaba de su pensamiento en algunos puntos importantes. Me habría gustado conocerlo en la Universidad de París, cuando era regente de los dominicos. Habría mantenido alguna apasionada *disputatio* con él. Pero murió poco antes de que yo llegara a París, demasiado pronto. No era mucho mayor que yo.

—Cierto. Murió demasiado pronto. Yo me considero un discípulo entregado de Tomás de Aquino. Era una mente prodigiosa con la que tengo la intención de dialogar en la *Commedia*. Y el purgatorio que describo se basa en su concepción de los pecados. Creo, como fray Tomás, que el hombre es la única criatura que sabe captar la huella de Dios en todas las cosas, y quien no la capta es porque no es bueno. Las cosas, amigo Llull, tienen un orden y tienden al bien...

—... y reflejan la belleza de Dios.

—Eso es, eso es. ¡Y pensar que condenaron a Tomás de Aquino por sus propuestas aristotélicas y averroístas!

—El edicto del obispo de París, Étienne Tempier... Y si solo fuera eso... Los alumnos ni siquiera pueden leer su *Summa theologica*.

—Exacto, el edicto. Un espíritu glorioso y una mente extraordinaria castigados por un obispo mediocre y vanidoso.

—La miseria del poder, maestro Dante, la miseria del poder...

Horas y horas de conversación perdidos en los recodos del cerebro, buscando ideas, contrastando conceptos, debatiendo matices, los dos absorbidos por la curiosidad de saber, exultantes de aprender el uno del otro. Cuando se despidieron efusivamente, avanzada la tarde, sin haberse levantado del banco de piedra de la plaza donde se habían sentado, sin comer ni beber, completamente enfrascados en la fascinación mutua, Cornèlius se dio cuenta de que había tenido el inmerecido honor de contemplar a dos mentes privilegiadas trabajando a pleno rendimiento. No había comprendido la profundidad de las ideas que escuchaba, y también se había perdido con el idioma, a medio camino entre el toscano de Dante y el catalán de Llull, y a menudo en un latín tan culto que le parecía un galimatías, pero la música de aquella conversación lo había alimentado como si fuera el maná bíblico, el néctar mismo del Olimpo.

«¿Sabéis por qué Dante está en Aviñón?», y durante el viaje de regreso a Pisa, Ramon Llull le contó las feroces peleas entre los *bianchi* y los *neri*, las dos familias güelfas que se enfrentaban por el poder en Florencia, la excomunión de los blancos, la entrada a sangre y fuego del francés Carlos de Valois en Florencia, el asesinato masivo de los perdedores, la huida de Dante... «Es un güelfo blanco y no puede

volver a su tierra. Está condenado a ser quemado vivo. Le han confiscado los bienes y derrumbado sus posesiones. En Florencia solo le queda la nostalgia.» Conmovido por aquella historia, Cornet pensó que la grandeza del pensamiento no servía de escudo protector ante el implacable combate de la vida.

De cómo la cabeza del duque Gualterio de Brienne se convirtió en un trofeo almogávar

Hacía tiempo que acariciaba la idea. Durante aquellos trece años en Pisa había acumulado una fortuna ingente y había creado una gran familia que incluía seis hijos con Garsenda, dos naturales, producto de unos amoríos con la joven Isabella Cialuffi, pariente de Dante por parte de la segunda esposa del padre de esta, y otro, también natural, con la señora Domenica della Fontani, reconocida modista de la ciudad. También decían que era el padre natural de los hijos de la dama Bella della Gherardesca, la hermosa viuda de Pietro della Gherardesca, el hombre al que había matado en un callejón de Pisa, y que estaba casada en segundas nupcias con un venerable señor de edad tan sobresaliente como su riqueza, con el cual, por gracia divina, había tenido tres hijos. La viuda en cuestión había mantenido el duelo por su marido durante semanas de lamentos, rezos y misas piadosas, pero su dolor se curaba milagrosamente por las noches, cuando el joven Cornet le regalaba sus delicadas artes amatorias. Haber nacido tan considerablemente dotado le otorgaba un notable prestigio entre las damas de la nobleza pisana, aunque también había pasado por algunas situaciones incómodas y otras consecuencias desafortunadas. Sumando todas sus alegrías sexuales, había procreado seis hijos matrimoniales, tres hijos reconocidos y tres hijos no reconocidos de los cuales se ocupaba a distancia. Por todos sentía devoción y un profundo orgullo, convencido de que esos doce hijos eran su triunfo más notable, su huella en la tierra, que lo sobreviviría en el tiempo.

Pero, a pesar de que los quería a todos, era Ximena la que le había robado el corazón. Se había convertido en una adolescente preciosa, con unos enormes ojos oscuros que atravesaban el alma y una larga melena negra que le recordaba a la chica que lavaba la ropa el día en que, siendo niño, visitó una granja y el monje Christos le dijo que aquella era su madre. A pesar de que Ximena se parecía mucho a Garsenda, secretamente creía que su hija había heredado la belleza de

su abuela, cuyo recuerdo se le había grabado en la memoria como una constante inmune al olvido. Y en ese momento en que Ximena tenía catorce años y Garsenda había empezado a buscar posibles pretendientes que estuvieran a la altura de su posición, pensó que había llegado la hora de tomar una decisión. Tenía treinta y cinco años, una gran familia y un negocio que lo había hecho muy rico y le garantizaba una vejez acomodada. Si deseaba hacer un cambio en su vida, debía ser entonces, cuando sus hijos aún eran pequeños y podían adaptarse fácilmente a una nueva situación. Además, Rouric, el hermano de Garsenda, se había convertido en un buen comerciante y conducía el negocio con destreza, de manera que lo podía dejar como su representante en Pisa mientras él buscaba nuevos horizontes. Estaba decidido: quería partir hacia las tierras del dominio del ducado de Atenas, quizá a Neopatria, donde se habían instalado la mayoría de sus compañeros almogávares.

Durante todos aquellos años había ido enterándose de las historias de la Compañía, a menudo contadas por mercaderes que venían del ducado de Atenas, donde los almogávares reinaban tras haber conquistado la vieja Atenas. Otras noticias le llegaban directamente de algunos almogávares que decidían volver a Cataluña o buscar fortuna en otros lugares. Entre unos y otros, supo que el infante Ferran y Ramon Muntaner habían sido apresados en la isla de Negroponte por las galeras de Tibaldo de Cepoy, al servicio de Carlos de Francia, y que el infante había estado preso en Nápoles hasta que su padre, el rey Jaume de Mallorca, pactó su liberación. También se enteró de que Ramon Muntaner había regresado a la Compañía, se había instalado en las ruinas de la vieja Casandra e, incapaz de conquistar Tesalónica, pues el emperador Andrónico la había fortificado y había recogido las cosechas de fuera de las murallas, había saqueado toda la península de Casandra y decenas de monasterios del monte Atos.

Entre aquellos saqueos, los de los monasterios del monte Atos inquietaron mucho a Ramon Llull, y durante semanas le habló de los monjes de la Gran Laura, que habían enviado mensajeros a Barcelona para pedirle al rey Jaume que detuviera la masacre, y de cómo había intercedido el teólogo Arnau de Vilanova, consejero espiritual del rey y gran amigo suyo. «Por suerte, el señor rey escuchó a Arnau y detuvo a los almogávares, pues no es bueno para la cristiandad que los

nuestros saqueen monasterios cristianos, aunque sean romanos.»

Pero la nueva que más lo impactó fue la muerte de Bernat de Rocafort. Se enteró de la mala noticia por un almogávar que pasaba por Pisa camino de Barcelona. «Nos rebelamos contra el comandante», y entonces le contó que los almogávares estaban hartos de sus abusos y su crueldad, que no respetaba los acuerdos del Consejo de los Doce y que, a pesar del apoyo de los turcos y los turcoples, los capitanes decidieron capturarlo y ofrecérselo al francés Tibaldo, que lo entregó al rey de Nápoles.

—Y ya sabéis que el comandante Rocafort tenía pendiente un delicado asunto a propósito de unos castillos en Calabria que no había entregado al rey de Nápoles tras la paz de Caltabellota, y cuando él lo tuvo en su poder, no se lo perdonó.

—Pero ¿estáis seguro de que ha muerto? ¿El gran Bernat de Rocafort ha muerto?

—Muerto y enterrado, Cornet, él y su hermano Gilbert. El rey los mandó encerrar en el castillo de Aversa y los dejó morir de hambre.

—¿Y ahora quién dirige la Compañía?

—Cuando la dejé, no la dirigía nadie, porque ninguno de los que hay ahora tienen la categoría de los grandes comandantes.

—No hay nadie como Roger de Flor.

—Bueno, el César no tenía iguales, por supuesto, pues no ha habido en la tierra comandante mejor para sus soldados. Pero me refería a los demás, que también eran grandes, como Berenguer de Entenza o Ferran Eiximenis, del que cuentan que está en Constantinopla con el emperador Andrónico, que se ha casado con una princesa imperial y que ha sido nombrado megaduque. Sin ellos y sin Rocafort, ya no quedaba nadie.

—¡Ferran Eiximenis megaduque! Eso sí que me sorprende. Pero, si nadie manda en la Compañía, ¿quién da las órdenes?

—Ahora manda un consejo de dos caballeros, un adalid y un almogávar, y los cuatro están bajo la supervisión del Consejo de los Doce.

—Como debe ser, pues eso fue lo que perdió a Bernat de Rocafort, que quería ser el jefe único y absoluto de los almogávares, y nosotros debemos regirnos por el consejo. ¡Pero acabar así, muriendo de hambre en una prisión, un guerrero tan grande!

La muerte de Bernat de Rocafort lo trastornó. Conocía muy bien el mal genio y los abusos de aquel capitoste arrogante que, obsesionado por el poder, había hecho de todo, hasta el punto de urdir el asesinato de un noble de alto linaje como Berenguer de Entenza. Pero a pesar de que era rudo y violento, Cornèlius lo admiraba profundamente. No del mismo modo que admiraba a fray Roger, que le parecía superior a la media humana. Para él, Roger de Flor era un invencible Aquiles, un Alejandro el Grande, un semidiós griego dotado del fuego del Olimpo, guerrero y líder, la esencia más pura del corazón almogávar. Bernat de Rocafort, en cambio, era un hombre brutal, más temido que respetado, más odiado que amado. Pero cuando lo veía en combate blandiendo la maza con una furia infernal, destrozando huesos, reventando cabezas y exterminando enemigos, no podía evitar sentir una gran fascinación, convencido de que aquel hombre era una máquina perfecta de matar, un asesino en estado puro. Y la mezcla de admiración y temor que sentía por él le causaba una gran excitación. Fuera como fuese, había muerto, y no había acabado con su vida una lluvia de flechas turcas, ni una afilada espada romana, ni había derramado su sangre sobre la tierra yerma de la batalla, sino que se había consumido lentamente encerrado en una celda fría, olvidado por el mundo, agotando sus últimas fuerzas, desesperado por una gota de agua o una miga de pan. No era la muerte de un héroe, como Roger de Flor, caído por culpa de una vil traición, sino la muerte innoble de un simple asesino, desprovista de la gloria del final. Y, al pensarlo, se sumía en una profunda tristeza, en una angustiosa sensación de decrepitud.

Los años pasaban, los viajeros llegaban a Pisa, y las noticias de la Compañía volvían a ser gloriosas. Supo que la Compañía había luchado durante un tiempo para el duque de Atenas, Gualterio de Brienne, que había conquistado decenas de ciudades y guarniciones bizantinas en favor del ducado, y que cuando el duque los traicionó no pagándoles el sueldo, los almogávares se atrincheraron en las fortificaciones y se quedaron con los botines conquistados para, acto seguido, declarar la guerra al ducado.

—No os imagináis qué gran compañía reunió el duque Gualterio, pues todos los francos de Grecia se unieron para acabar con los

catalanes, una gran caballería pesada, lo mejor de todos los guerreros francos, no faltaba ni uno, desde el marqués de Bodonitza hasta el señor de Salona y los barones de Verona. También había grandes caballeros de otros principados de la francocracia. En total eran más de setecientos caballeros y veinticuatro mil infantes.

—Y entonces..., decidme cuántos eran los catalanes.

—Los catalanes no llegaban a dos mil caballeros y a cuatro mil soldados a pie. Pero, señor Cornet, los almogávares fueron muy astutos. Al parecer saturaron de agua unos terrenos pantanosos y se colocaron detrás, y entonces el duque, que estaba muy seguro de sí mismo, creyó que ya los había atrapado y ordenó una carga frontal a la caballería, y allí se quedaron empantanados, y, tal como lo oye, la masacre fue total. De aquella batalla hablará toda la cristiandad, pues la victoria almogávar fue una de las más grandes que se han visto en la tierra, sí, señor, que no quedó un franco vivo y todos los caballeros del ducado murieron, menos dos nobles que se salvaron.

—Pero oí decir que el duque Gualterio también murió.

—Pues sí, murió, pero no en la batalla, fueron los catalanes quienes le cortaron el cuello bien cortado, y así acabó sus días el pobre duque de Atenas. Dicen que guardaron su cabeza como un trofeo.

Las noticias de la gran victoria de la batalla de Cefis recorrían el Mediterráneo de punta a punta y durante meses llegaban a Pisa novedades que confirmaban el éxito de los catalanes. Con toda la nobleza franca muerta o cautiva, la viuda del duque Gualterio, Juana de Châtillon, entregó Atenas a la Compañía, y el resto de los territorios del ducado, huérfanos de líderes y soldados, se rendían sin oponer resistencia. «Querido Cornet, el pendón de oro y los gules de los condes reyes de la Casa de Barcelona ondean orgullosos en Atenas», y, deseoso de saber más, Cornèlius seguía preguntando por el desarrollo de los acontecimientos a quienquiera que llegara a Pisa: «Decidieron quedarse en el ducado», «Se casaron con las viudas de los francos», «Se organizaron como una república militar catalana», «El Partenón es ahora el templo de Santa María», «Los turcos de Halil Pasha abandonaron la Compañía», «Dicen que vencieron a los romanos en el estrecho de Dardanelos y no queda ni uno», «Los turcoples de Malik también se han ido», y uno tras otro le hablaban del ducado que florecía bajo el poder catalán. Cornèlius de Famagusta,

definitivamente convertido en Cornet el Catalán, se moría de ganas por vivir en aquella república de almogávares, la única patria que reconocía como propia, porque era en aquella patria de soldados donde él había encontrado el sentido de la vida.

Había llegado el momento. Hacía dos años que las tropas almogávares habían conquistado el famoso castillo de hierro, Sidirókastro, el asentamiento fortificado más imponente del ducado de Atenas, construido al lado de la puerta de hierro que controlaba las rutas desde el río Cefiso hasta el río Asopo. Con aquella conquista, el ducado de Atenas quedaba bajo el dominio completo de los almogávares, y con la creación de un nuevo ducado, el de Neopatria, Sidirókastro se convertía en una de las tres capitanías del ducado y en territorio real. Los mercaderes hablaban de las muchas oportunidades que ofrecía ese nuevo ducado, de cómo mandaban los catalanes, de los usajes de Barcelona, que regían las leyes, de las fortunas que allí podían hacerse, y cada noticia que llegaba incendiaba su viejo espíritu aventurero y espoleaba su deseo cada vez más irrefrenable de volver con su gente. Si los almogávares que conquistaban Anatolia fueron el punto de partida, su verdadero bautizo en la vida, serían los almogávares que regían un imperio su punto final, el lugar donde establecerse definitivamente. A sus treinta y cinco años había vivido muchas vidas: acólito en un monasterio ortodoxo, juguete de señoras ricas, ayudante de un sabio franciscano, soldado del ejército más feroz del mundo y, actualmente, rico mercader de telas orientales. Había acompañado a Roger de Flor en su último viaje, había conversado con el papa Clemente a fin de preparar una nueva cruzada, había conocido a Dante, el florentino, y, en cuatro ocasiones, había esquivado el beso de la muerte. Se llamaba Cornèlius Bernabé Leónidas Papapoulus, rebautizado Cornet, y su nombre, coronado por un general, bendecido por un mártir, consagrado por un atleta y ennoblecido por un sabio, era el mapa de una vida completa. Estaba decidido: partiría con destino a Neopatria para reencontrarse con su gente. Era un almogávar y entre almogávares aceptaría su destino final, cuando el beso de la muerte finalmente le diera caza.

Epílogo
(26-4-1316)

De tota persona que no coneixs, hages bona intencio.

Libro de los mil proverbios,
RAMON LLULL

De cómo fray Ramon Llull se durmió plácidamente acunado por el mar

Era una noche serena, con una luna menguante que dibujaba un semicírculo casi perfecto, como si fuera un dibujo de los ángeles. Se apoyó en la barandilla de la tarida y respiró profundamente, impregnándose de la paz del momento. Acababa de dejar el puerto de Túnez, donde había regresado para debatir con los sabios sarracenos, una y otra vez, infatigable, resuelto, determinado. ¿Cómo era posible que no aceptaran a Cristo si él les mostraba las razones irrefutables de la verdad cristiana? Pero no podía desfallecer. La obra de Dios requería cada pizca de su vida, y aún no había escrito los suficientes libros, ni había hecho los suficientes peregrinajes, nunca habría bastante para alcanzar el único reto digno de ser vivido: difundir la palabra de Cristo en la tierra.

Sin embargo, tenía ochenta y cuatro años y sabía que le quedaba poco tiempo. No se sentía cansado, porque la fe renovaba sus fuerzas, y si el cuerpo ya era viejo, su afán era eternamente joven, pero la hora de rendir cuentas a Dios se acercaba. «¿Habré hecho todo lo que podía, Padre Santo?», y al preguntárselo sentía una punzada de dolor en el corazón, y una sombra de espanto le ensombrecía la mirada. Había luchado con papas y reyes para liberar Tierra Santa y no se había salido con la suya, el fracaso lo carcomía como si fuera óxido corroyendo su voluntad. Sentía un menosprecio profundo por los poderosos que lucían la cruz sobre el pecho y dedicaban su vida a la ambición y la lujuria, sin comprender el sublime ideal de humildad que representaba Cristo. «La naturaleza humana, frágil, voluble, pecaminosa...», y se santiguó, como si aquel gesto de piedad limpiara las miserias del mundo.

La noche avanzaba, apenas iluminada por dos farolitos que emitían tímidos haces de luz. Le costaba dormir, pero debía descansar si quería mantener las pocas fuerzas que le quedaban. Con fatiga, se tumbó sobre una especie de jergón que había en suelo de la cubierta y

cerró los ojos, pensativo. Antes de partir para Túnez lo había dejado todo resuelto, y cuando llegara a Mallorca repasaría su testamento por si necesitaba alguna modificación. Había ordenado hacer copias de los libros en pergamino que tenía en catalán y en latín y distribuirlas en monasterios e iglesias, siempre juntos para que todos pudieran conocerlos. También pedía que fueran traducidos a todas las lenguas vulgares y que sus albaceas se encargaran de hacer tres colecciones de toda su obra: una se quedaría en Mallorca, otra iría al monasterio de la Cartuja, en París, y la tercera, a Génova, donde permanecería bajo la custodia de micer Percival Spinola.

«¡Labor cumplida!», dijo en voz alta, como si lo proclamara en medio de la oscuridad, y, satisfecho por haber dejado en buenas manos su magno legado filosófico, se sintió extrañamente cautivado por la nostalgia, a pesar de que aquella era una tentación que siempre había rehuido. De repente, se vio de niño, con su padre, Ramon Amat, enseñándole el *Llibre del repartiment de Mallorca*, donde estaba escrito el nombre de su familia, «Mira, mira, aquí estamos nosotros», y entonces le hablaba de los tiempos de la conquista de la isla, cuando acompañaba al rey Jaume, y de la alta posición que habían alcanzado, «Nunca nos avergüences, Ramon», y entonces su madre, Isabel, lo miraba dulcemente y lo abrazaba, «Ven aquí, pequeño, estoy muy orgullosa de ti», y él se dejaba acunar, ablandado por su ternura. El vaivén de las olas era suave y la tarida se movía lentamente, como si se deslizara sobre el agua, y con ese balanceo del mar, acunado por su madre, fray Ramon Llull, sabio, poeta y misionero, se durmió para siempre.

Notas

De cómo Gastón de Torroella, padre de Garsenda, quemó Peralada

1 En Francia falta gente. En la actualidad subsiste «Cap a... hi falta gent!», expresión con la que se manda a alguien a paseo. *(N. de la t.)*

2 *Judacot*, término despectivo para referirse a los hebreos que procede del judío Judacot (siglo IX), mensajero enviado en el año 876 a la corte del emperador Carlos el Calvo. Es el primer judío de origen catalán del que se tiene constancia en la historia. *(N. de la t.)*

De cómo el senescal Corberán de Alet gritó: «¡Desperta ferro!», y miles de chispas saltaron en la oscuridad

1 *Guilla* (y su masculino *guillot*) es propio del catalán pirenaico. *Guineu* es la palabra más antigua y genuina, ya documentada en el siglo XIII. Ambas palabras significan 'zorro' o 'raposo'. *(N. de la t.)*

Cornelius, el almogávar
Pilar Rahola

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Cornèlius, l'almogàver*

© Pilar Rahola, 2024

Este libro ha obtenido el 57.º Premi Prudenci Bertrana de novela (2024)

© Columna edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U.
© por la traducción del catalán, Ana Ciurans, 2024
© del diseño y de la ilustración de la cubierta: Jesús Aguado

© Editorial Planeta, S. A. (2024)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2024

ISBN: 978-84-233-6649-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Table of Contents

Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Proemio (1285-1306)
    De cómo Cornèlius de Famagusta nació tres veces, o quizá cuatro
Épica (1282-1303)
    De cómo Gastón de Torroella, padre de Garsenda, quemó Peralada
    De cómo la Oliveta, la galera del corsario fray Roger de Flor, se hizo a la mar
    De cómo fray Ramon Llull quiso predicar al sultán de Babilonia y fue envenenado en Famagusta
Traición (1302-1304)
    De cómo el rey Jaume regaló la espada de Pere el Grande a su hermano, el rey Federico
    De cómo el almogávar Radulf de Monells descubrió que unos monjes de Malvasía hacían un vino muy dulce
    De cómo Cornèlius de Famagusta cogió el puñal y degolló a un genovés
    De cómo fray Roger de Flor fundó el Consejo de los Doce mientras pasaba el invierno en el cabo de Artacio
    De cómo el senescal Corberán de Alet gritó: «¡Desperta ferro!», y miles de chispas saltaron en la oscuridad
    De cómo el patriarca Atanasio I escribió una carta indignada al emperador Andrónico
Venganza (1305-1307)
    De cómo Roger de Flor desabrochó la delicada camisola de María de Bulgaria
    De cómo el noble Ramón Alquer, caballero de Castellón de Ampurias, se ocultó en un campanario
    De cómo el almogávar Perico de la Clara secuestró a dos genoveses en los jardines de Constantinopla
    De cómo el rey Jaume liberó al noble Berenguer de Entenza de la prisión de Génova
Bonanza (1307-…)
    De cómo arrastraron a fray Ramon Llull por las calles de Bujía con una cuerda atada a la barba
    De cómo fray Ramon Llull y Cornet el Catalán se encontraron con Dante Alighieri en Aviñón

De cómo la cabeza del duque Gualterio de Brienne se convirtió en un trofeo almogávar
Epílogo (26-4-1316)
De cómo fray Ramon Llull se durmió plácidamente acunado por el mar
Notas
Créditos